Memoria

David Lagercrantz

Un caso para Rekke y Vargas

DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Agradecimientos del autor

Notas

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Claire Lidman falleció catorce años atrás, pero Samuel, su marido, siempre se ha negado a aceptarlo. Cuando un buen día cree reconocer su perfil en una fotografía tomada delante de la basílica de San Marcos, en Venecia, recurrirá al profesor de Psicología Hans Rekke y la policía Micaela Vargas en busca de ayuda. Los dos se muestran escépticos al principio, pero Rekke descubre indicios sorprendentes. ¿Es posible que Claire siga viva? ¿qué la llevó a desaparecer? ¿O sólo quieren aceptar el caso como excusa para seguir trabajando juntos?

La frenética investigación los llevará atrás en el tiempo y Rekke se verá obligado a revivir dolorosos recuerdos de su propio pasado, mientras Micaela deberá hacer frente a las amenazas de su despiadado hermano Lucas. Además, el nuevo amor de Julia, la hija de Rekke, hará temblar los cimientos de la ordenada vida del profesor y se verá obligado a enfrentarse, de nuevo, a su terrible enemigo de juventud, Gabor Morovia.

Memoria

Un caso para Rekke y Vargas

David Lagercrantz

Traducción de Martin Lexell y Mónica Corral

Ediciones Destino

Prólogo

El 1 de junio de 2004, un hombre de negocios húngaro, dotado de una capacidad de deducción insólitamente buena, recibió una llamada en el teléfono fijo que estaba sobre su mesa de trabajo. La conversación versó sobre eso que se llamaba análisis global, y no se pretendía abordar ningún asunto decisivo ni importante. Pero, como el analista que llamó ese día veía las cosas con optimismo —a excepción de la situación en Irak—, habló de todo un poco y llegó a mencionar de pasada al profesor Hans Rekke.

—Tengo entendido que Rekke se ha interesado por la muerte de Claire Lidman.

No dijo nada más. Aun así, fue suficiente para que al hombre de negocios húngaro le diera la sensación de que el mundo entero cambiaba de color.

Ahora bien, la historia, evidentemente, había empezado mucho antes.

Capítulo 1

En aquel entonces Hans Rekke solo tenía doce años.

La nieve caía copiosamente y en la espaciosa casa que poseían en Viena alguien llamó a la puerta. Entró el doctor Brandt, el profesor de matemáticas, provisto de un gorro de piel demasiado grande, y a su lado iba un chico de la edad de Rekke con pelo rizado y unos vivaces ojos oscuros. El doctor Brandt lo presentó como Gabor, y Hans le tendió la mano.

La mano se quedó suspendida en el aire.

El chico se limitó a pasar por delante de Rekke con ligereza y elegancia, cual ágil felino. Había algo inquietante en él, y Hans no entendía lo que estaba sucediendo. La mirada del chico lucía verde y todos sus movimientos desprendían un aire de vigilancia, un estado de alerta. El profesor les pidió que se sentaran en la mesa grande junto a la librería en la que reposaba el busto de Beethoven, y no fue hasta ese momento cuando las cosas empezaron a aclararse un poco.

Al parecer, el chico poseía dotes de algún tipo y la idea era que los dos compitieran, midiéndose entre ellos. El doctor Brandt repartió unos ejercicios —sobre la demostración que realizó Cantor de los infinitos en la matemática— y en ese mismo momento una tensión intensa emergió. El chico, Gabor, temblaba de entusiasmo y se puso manos a la obra en seguida. Hans, por su parte, permaneció quieto, como paralizado, con la mirada clavada en las líneas que los músculos dibujaban en los hombros del chico.

—¿Por qué no escribes? —preguntó el doctor Brandt.

—Ahora voy —dijo.

Pero estaba atrapado en sus pensamientos, absorbido por un misterio que le atraía más que las matemáticas. Fascinado, observaba al chico realizar sus cálculos, rápido como un rayo, casi de forma virtuosa, mientras pensaba: voy a dejarle ganar. ¿Qué más da? Aun así, había algo en su interior que lo animaba a contraatacar, y poco a poco se metió en la tarea. Después le pareció que no lo había hecho

del todo mal, quizá no había sido una ejecución brillante, pero sí decente. Sin embargo, cuando alzó la vista, los ojos de Gabor resplandecían triunfantes.

—Estoy impresionado, chavales. ¿Qué os parece si nos tomamos un descanso de unos veinte minutos para que os conozcáis? —propuso el doctor Brandt, visiblemente contento, y entonces Hans y Gabor se abrigaron y salieron al jardín con pasos que crujían sobre el suelo congelado.

La nieve caía en copos grandes, hacía mucho frío. De repente, Hans percibió un débil pitido, un tono de sol 6, que se oía cada tres o cuatro respiraciones. Se trataba de una especie de vulnerabilidad que contrastaba con el explosivo carisma del chico.

—¿Qué deporte haces? —preguntó.

Gabor pareció reflexionar.

—Autodefensa.

Eso era demasiado vago para Hans.

—¿En qué sentido? —quiso saber.

—Puedo enseñártelo.

El cuerpo de Gabor se tensó, y el débil pitido de su respiración bajó medio tono, cosa que distrajo a Hans. Aquello formaba parte de su maldición durante aquellos años: frente a una variación en la sonoridad no podía dejar de analizar compulsivamente los tonos del entorno. Por eso no estaba preparado cuando Gabor lo agarró.

Era como si hubiese quedado atrapado en un lazo. Su cuerpo giró con una tremenda fuerza antes de acabar en el suelo, y durante unos segundos no vio nada. Luego intuyó los ojos de Gabor allí arriba, que ahora parecían contentos, satisfechos, como los de un depredador que ha conseguido lo que perseguía.

Después desapareció, y Rekke permaneció tumbado en el suelo con un intenso dolor en el cogote, y no fue hasta el tercer o cuarto intento que logró ponerse de pie y entrar tambaleante en la casa. Tenía el pelo mojado y pringoso, y permaneció un buen rato delante de la bañera en la planta baja tratando de detener la hemorragia. Cuando volvió a la biblioteca habían pasado quince o veinte minutos.

El doctor Brandt seguía junto a la mesa lamentando con gestos ampulosos y una mirada de profunda decepción que Gabor se hubiera marchado a casa. Por eso no advirtió que Rekke estaba lastimado y pálido, algo que, por cierto, tampoco notó la madre de Rekke. Ella

pasó toda la tarde ocupada buscando unas joyas que, de pronto, habían desaparecido.

Capítulo 2

La agente de policía Micaela Vargas, de Husby, se había mudado a la casa del profesor Hans Rekke en Grevgatan, en uno de los barrios más elegantes de Estocolmo, algo que había provocado un revuelo considerable a su alrededor dando pie, además, a cotilleos generalizados. Pero ahora quería marcharse de allí.

Micaela se desesperaba con Rekke, que estaba deprimido y apenas salía de su dormitorio. En cuanto se serenara un poco, iría a recoger sus cosas. Pero antes quería cerrar el caso que habían empezado a investigar. Se trataba de una mujer a la que habían declarado fallecida, pero que aun así parecía que salía en una fotografía recién sacada por un turista durante unas vacaciones en Venecia, y aunque Micaela en realidad no acababa de creérselo, había algo en la historia que despertaba su curiosidad.

Por eso se había acercado a la jefatura de policía, en Bergsgatan, para ver al inspector Kaj Lindroos, que había investigado la muerte de la mujer hacía casi catorce años. Pero Kaj Lindroos tardaba en aparecer, cosa que no le sorprendía, pues por teléfono había sonado malhumorado y reacio a recibirla. Mientras esperaba en la recepción, aburrida, Micaela miraba a la calle, por donde pasaba un camión con estudiantes que pegaban gritos celebrando la graduación del instituto ataviados con las tradicionales gorras blancas. Era el 5 de junio de 2004, un radiante día de principios de verano, y a punto estaba de marcharse cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¿La compañera que hace de detective privado, supongo?

Micaela se dio la vuelta y le tendió la mano. El inspector era más joven de lo que se había imaginado, sin duda menos de cincuenta, con grandes ojos marrones y pelo rubio peinado hacia atrás, pero también lucía un aspecto más descuidado de lo que esperaba. El hombre la miró como si fueran las tres menos cinco de la madrugada. Micaela se cerró la cazadora vaquera.

—Te agradezco que me atiendas —dijo ella.

—Claire Lidman está muerta —soltó Kaj Lindroos.

—Probablemente. Pero creo que esto, aun así, podría resultar de cierto interés —replicó ella mientras se palpaba el bolsillo interior—. Prometo no alargarme demasiado.

El inspector Lindroos continuaba recorriendo el cuerpo de Micaela con la mirada.

—Puedes alargarte todo lo que quieras. Pero no me lo creo.

Micaela deseaba tener algo que meterle a ese tío por la garganta.

—Quizá deberías echar un vistazo a la foto antes de decidirte —sugirió y lo acompañó al ascensor.

Kaj Lindroos, evidentemente, miraría la foto, y era ridículo, claro, que le molestara que la chica fuera tan joven, y para colmo inmigrante. Por otra parte, controlar sus prejuicios no le resultaba tan fácil, sobre todo si se trataba de la investigación de Lidman. Era la gran espina clavada de su carrera; no cabía duda de que había algo raro en la historia. Hacía catorce años, una mujer muy guapa y muy preparada, que había negociado con los peces más gordos del mundo empresarial sueco, se esfumó sin dejar rastro solo para aparecer unos meses más tarde muerta y quemada hasta el punto de resultar irreconocible tras un accidente de tráfico con un camión cisterna en España. Claro que le había dado mil vueltas a aquello. Aunque, joder, en serio..., eso ya era historia, y ahora era viernes por la tarde. Debía asegurarse de llegar pronto a casa, entonarse con unos copazos y quizá tirarle los tejos a esta chica también. Al menos podía merecer la pena intentarlo.

—Así que te dedicas a la delincuencia juvenil —comentó.

—Trato de hacer otras cosas también en mi tiempo libre.

—¿Y eso sienta bien en la comisaría?

—Mucho.

—Ya me imagino. Me gusta tu cazadora vaquera —dijo, pero se refería más bien a los pechos, y volvió a escanearla de arriba abajo.

Las piernas podrían haber sido más largas, y no le vendría mal sonreír de vez en cuando. Pero tampoco había mayores motivos para quejarse.

Entraron en su despacho y se apresuró a recoger un poco la mesa. Al otro lado de la ventana abierta, los estudiantes pegaban gritos de júbilo subidos a las cajas de los camiones que circulaban por el centro.

Tuvo ganas de soltar algún comentario despectivo sobre ellos, pero desistió, no quería dar la impresión de ser un carca.

—Menuda fiesta —dijo—. Casi dan ganas de unirse.

—Casi —contestó ella.

—¿También gritaste tanto el día de tu graduación?

—Todo lo que pude.

—No hace mucho de eso, ¿verdad? —continuó Lindroos, pero se arrepintió de inmediato.

Le había salido el mismo tono irritado de antes, la misma manera inconsciente de dejar claro que ella era demasiado joven y que le faltaba la experiencia necesaria para presentar extrañas teorías sobre la resurrección de Claire del reino de los muertos. Pero no podía remediarlo.

—¿Quieres decir algo con eso o...? —dijo ella.

—No, no —respondió él—. Pero en mi época esas gorras blancas se consideraban reaccionarias. Y ahora de repente todo el mundo se las pone.

—Ah, ¿sí? —dijo ella con evidente desinterés.

—Al parecer, ya no se lleva ser rebelde.

—¿Tú crees?

—¿Te gusta Ulf Lundell?

—¿Quién?

Estas malditas tías del extrarradio no saben nada de la cultura sueca, pensó él.

—Venga, ¿qué te parece si nos ponemos ya con lo nuestro? —continuó con una voz que era incapaz de abandonar por completo la irritación, y entonces ella asintió con la cabeza, metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó una pequeña funda de plástico en la que había una fotografía.

Durante un instante él sintió miedo. No era capaz de entender por qué. Pero no podía ser, se dijo a sí mismo para tranquilizarse, era imposible. Había un certificado de defunción, y unas pruebas de ADN, y había visto el cuerpo con sus propios ojos. Definitivamente, Claire Lidman no podía estar paseándose de nuevo por las calles envuelta en sus elegantes abrigos rojos.

Capítulo 3

Hans Rekke tocaba el adagio de *Pathétique* en el piano de cola. Lo dejó al cabo de unos pocos minutos. La pieza ya no le decía nada, pero sin duda no era culpa de Beethoven. Nada le decía nada ya, y se levantó preguntándose adónde ir. ¿A la derecha o a la izquierda?

Últimamente, su vida consistía en ese tipo de decisiones. ¿Debía acostarse o quedarse sentado? En la calle aullaba la alarma de un coche y el reloj de la pared hacía tic, tac, tic, tac, como para mostrar cuántos segundos se malgastaban en cosas sin sentido.

¿Dónde se había metido Micaela? Llevaba una semana sin verla. Quizá había vuelto a su casa, ¿y quién podía reprochárselo? Él había sido una compañía horrible. Pero le dolía de todos modos. Decidió ir a la cocina y tomarse una copa de vino, y tan mal estaba que incluso esa idea le pareció una señal de iniciativa. Pero ni siquiera llegó a hacerlo. En su lugar se desvió hacia el cuarto de baño y abrió el armario botiquín. Ciérralo, pensó. Sal de aquí. Pero sus manos tenían vida propia, y cogió esas nuevas pastillas que le había dado Freddie, su médico del infierno.

Oxycontin se llamaban, nada adictivas, según el prospecto. Timadores, pensó, y se dejó caer sobre el inodoro mientras permitía que los recuerdos lo inundaran, ninguno bueno, claro, solo más de esos escombros angustiosos, como aquellos días lejanos en Viena, cuando la nieve no paraba de caer. ¿No desaparecerían nunca? Se levantó y aguzó el oído. ¿Se oía algo? Sí, sin ninguna duda. Pasos en la escalera, pasos que le resultaban familiares.

Los tacones de su hija Julia repiqueteaban contra el suelo ahí fuera, igual de rítmicos que siempre, o quizá... Escuchó con más atención... Quizá no, a pesar de todo. Los pasos se ralentizaban, privándose de su elasticidad y su soberbia juvenil, y se acordó de que las últimas veces que la había visto Julia se le había antojado preocupada. Pero los viejos recuerdos cubrían sus pensamientos como un velo y no se acordaba de si ella le había comentado algo al

respecto.

Se limitó a arreglarse el pelo y dirigirse a la puerta. No le hizo falta abrirla. Julia entró sin esperarlo, y Rekke se quedó contemplándola, aún sin tener la cabeza despejada del todo. Ella llevaba unos vaqueros con rotos en las rodillas, una cazadora de cuero, comprada en una tienda de segunda mano, y un par de zapatos negros, con tacones tan altos que rozaban lo ridículo. Además, iba exageradamente maquillada. Se arrebujó en la cazadora, como si tuviera frío.

—Hola, cariño. ¿Está nevando? —dijo mientras miraba el hombro de su hija, como si hubiese descubierto unos copos de nieve.

—¿Eso ha sido una broma?

—Sí —contestó Rekke avergonzado—. Claro.

Abrió los brazos con la intención de abrazarla, pero ella pasó por su lado sin hacerle caso.

—Estamos en verano, papá.

—Por supuesto.

—¿O es que nieva en algún sitio dentro de tu cabeza? —continuó ella, comentario que por desgracia daba de lleno en la diana.

Pero ahora, Rekke tenía que regresar al presente. Su hija había venido a verlo, y la examinó un poco más de cerca. No cabía duda de que había adelgazado, y a él eso no le gustaba. Ese castigo corporal estaba en la familia. Su madre lo veía como una virtud, claro, una señal de elegancia y de clase. Pero Rekke sabía que esa virtud a veces ocultaba un horror, una adicción mortal, la única adicción que conocía que perseguía una carencia, una ausencia.

—Cariño —dijo—. Vamos a comer juntos.

—¿Vas a cocinar tú o qué?

Había un tono hostil en la voz, y algo tenso en sus delgados brazos.

—Efectivamente —dijo él antes de entrar en la cocina y abrir la nevera—. Sé que mi torpeza suele divertirte. Si no, seguro que la señora Hansson ha preparado algo. Esto, por ejemplo. —Miró en un cuenco que había en el estante central—. Risotto, sin duda —continuó antes de olerlo—. Con vino blanco, caldo de verduras y parmesano. Y mira aquí. —Se le iluminó la cara—. Champiñones salteados, y rúcula, esto va a ser un pequeño festín.

—No, no, me tengo que ir.

—Pero si acabas de llegar. Lo caliento en el micro. Incluso puedo ofrecerte una copa de vino, porque acabas de cumplir diecinueve años, ¿no?

Mostraba una amplia sonrisa mientras fingía estar más despistado de lo que en realidad estaba, pero no obtuvo ninguna sonrisa de vuelta.

—Solo he venido para decirte una cosa —anunció Julia, y entonces Rekke se quedó quieto con el cuenco del risotto en la mano y con el presentimiento de que iba a escuchar algo inquietante.

Pero quizá no se trataba más que del recuerdo de aquel invierno que se abría paso en su mente, e hizo lo que pudo para aparentar ser un padre tranquilo y seguro, como si no acabara de echarse al coleto un puñado de opiáceos.

Capítulo 4

No debería haber venido, pensó Micaela. No debería haber dejado que me involucraran en esta historia.

Ahora bien, tenía muy claro en qué momento sucedió. Eran las ocho y media de la tarde del 10 de mayo cuando Samuel Lidman, el viudo, subió a verlos a Grevgatan y, pegando un señor golpe en la mesa de centro del salón, dejó en ella la fotografía. Fue un momento doloroso. Samuel Lidman respiraba con vehemencia y sudaba copiosamente por la frente y la pechera. Vestía un traje marrón de pana y botas vaqueras recién lustradas, y aunque de cuello para abajo mostraba una figura imponente, como esculpida en piedra, tenía una cara bien roja y unos ojos tristes. No resultaba difícil compadecerse de él.

—Tenéis que estudiar la foto con atención —dijo—. He traído más. Fijaos en la oreja, la nariz y los labios, resulta asombroso.

No era una empresa fácil probar lo que se había propuesto. Su mujer llevaba trece años y medio muerta, no muerta como en desaparecida y en paradero desconocido, sino identificada como persona fallecida a través del registro dental, y enterrada en el cementerio católico de Solna. Tratar de resucitarla era —tal y como Rekke lo expresó— un proyecto bastante ambicioso. Pero Samuel, a todas luces, quería intentarlo señalando a una elegante mujer vestida con un abrigo rojo que se entreveía en una fotografía sacada durante unas vacaciones en Venecia.

—¿Lo veis, lo veis? —insistió.

—Sí, vamos a echarle un vistazo —respondió Rekke.

Micaela suponía que Rekke, con la mayor consideración posible, despacharía el hallazgo del hombre. Al fin y al cabo, Rekke era un caballero al que no le gustaba herir a nadie, y Samuel daba la impresión de que toda su vida estaba en juego.

No cabía duda de que Samuel era un hombre que había sufrido mucho. Había estado perdidamente enamorado de Claire y llevaban

muy poco tiempo casados cuando la mujer lo dejó sin previo aviso y sin dedicarle una palabra de despedida. Hacía mucho, fue en otoño de 1990. Pero la herida se había abierto una y otra vez, y era cierto que la historia no cuadraba. Claire era una belleza y su gran talento para los negocios la había llevado a ascender profesionalmente de forma meteórica. Trabajaba como analista jefe de uno de los bancos más grandes de Suecia, Nordbanken, y respondía solo ante el director ejecutivo, William Fors. En aquella época —al principio de la crisis económica— cobraba préstamos y garantizaba líneas de crédito a grandes empresas e importantes hombres de las finanzas cuyos negocios empezaban a tambalearse. Trabajaba bajo mucha presión, pero le gustaba, contaba Samuel. No solo era una luchadora, sino también una persona a la que le gustaba asumir riesgos, y tenían un matrimonio feliz, aseguraba. Estaban entrelazados, fue la expresión que utilizó.

Pero una tarde Claire salió para echar al buzón una carta que le había escrito a su hermana, que vivía en Londres, y no regresó. Desapareció sin dejar rastro y ya al día siguiente la policía inició una amplia operación de búsqueda. Fueron unas semanas terribles, contó Samuel. Aun así, echaba de menos aquellos días, dijo, porque entonces todavía conservaba su pasado. El tiempo que había vivido con Claire seguía siendo hermoso e inmaculado. Pero de eso también lo privarían. Cuando la actividad policial se encontraba en la fase de mayor intensidad, recibieron noticias de ella, no una larga carta como la que le había dirigido a su hermana, sino una mera tarjeta postal, con una reproducción de un cuadro de Cézanne —el motivo del pueblo de Gardanne— en la que decía que lo había dejado y que no podía más.

Le hizo más daño que si ella hubiera muerto, dijo, y poco tiempo después se marchó de viaje. Un peregrinaje, lo llamó, y durante varias semanas fue imposible contactar con él. Cuando al final telefoneó a casa desde Bombay, se enteró de que Claire había muerto en un accidente de tráfico con un camión cisterna en San Sebastián, y al parecer todavía estaba a tiempo de verla y de llegar al entierro en la iglesia de Solna.

Pero no quiso.

—Ya no existía para mí —explicó, y enterarse de que el cuerpo presentaba graves quemaduras no hizo más que reforzar su decisión.

Pasó olímpicamente de todo y continuó su viaje.

—Fue el error de mi vida —se lamentó—. Dejé que me engañaran.

No resultaba fácil seguirle en su lógica. Tanto la hermana como la madre y el inspector Kaj Lindroos habían identificado el cuerpo, pero Samuel empezó a obsesionarse cada vez más con la idea de que Claire, a pesar de todo, podía seguir viva. Evidentemente tenía que ver con el hecho de que no había podido despedirse de ella, y de que Claire debía de haber recibido ayuda para salir de Suecia. Si no, lo razonable hubiera sido que ella dejara más rastros, y no que se hubiera esfumado sin más. Pero en cualquier caso todo eso resultaba absurdo, y Micaela recordaba cómo Samuel retorcía su musculoso cuerpo y sudaba todavía más mientras Rekke examinaba la fotografía. La imagen dejaba mucho que desear en cuanto a calidad, estaba muy lejos de constituir una prueba de la resurrección de la mujer. Aun así, Rekke se dedicó a estudiarla con gran seriedad —por cortesía, creyó Micaela— mirando fijamente no solo esa instantánea, sino también otras antiguas fotografías de Claire que Samuel había traído.

—Fascinante —concluyó.

—Lo ves, ¿no? ¿Es ella? —dijo Samuel.

—No lo sé —continuó Rekke—. La resolución no es muy buena, ¿verdad? No me atrevo a pronunciarme con seguridad, más allá de decir que Claire y esta mujer tienen un porte parecido. *«Where I go, life goes»*,[1] como un violinista muy vanidoso me comentó en una ocasión. Pero me pregunto... Espera un momento...

No dijo nada más por mucho que Samuel Lidman siguiera parloteando sobre todas las similitudes entre Claire y la mujer de la foto. Rekke no le oía. Había desaparecido en uno de sus estados de trance.

—Está un poco ansiosa, ¿verdad? —señaló al final—. Como si buscara a alguien con la mirada, ¿no?

—Sí, quizá.

Samuel Lidman contemplaba a Rekke con expresión tensa.

—Pero sobre todo...

—¿Sí?

—Hay algo especial en su forma de andar. Avanza volando, pero con cierta asimetría. ¿Se lesionó alguna vez la rodilla derecha?

Samuel Lidman puso cara de asombro.

—Sí, sí —asintió—. ¿Por qué lo preguntas? Se rompió los ligamentos esquiando.

—Porque esta mujer se mueve de manera compensatoria al andar. El pie izquierdo y la cadera, ¿lo veis ahí?..., se inclinan ligeramente cargando más peso, y puede que sea algo ocasional, un desequilibrio repentino. Pero al mismo tiempo no hay nada defensivo en ella, ninguna sensación de que algo se hubiera alterado en su cuerpo, o de que le hubiera dado una punzada de dolor.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa forma compensatoria de girar el cuerpo es algo que ha practicado hasta alcanzar la perfección, y quizá por eso ni siquiera se advierte en ella. Quizá haya que congelar la imagen para percibirlo, y puede, claro está, que tenga su origen en una antigua fractura en la parte baja de las piernas o en los muslos. Pero las lesiones ahí no suelen molestarnos durante mucho tiempo. Más bien diría que se debe a algo en el menisco que no se ha curado del todo.

Samuel Lidman se levantó volando de la silla y recorrió la cocina de un extremo a otro; a cada minuto que pasaba mayor era su nerviosismo.

De ese modo consiguió crear un ambiente febril, como si realmente se encontraran tras la pista de algo, y durante una media hora más o menos Micaela se dedicó sobre todo a tratar de calmarlo. Por eso tardó en darse cuenta de que Rekke guardaba silencio y se retraía. Necesitaba estar solo, dijo, y no fue hasta el día siguiente cuando ella comprendió que había empezado a dudar de sus conclusiones.

Eso era típico de Rekke. En un instante su cerebro advertía una serie de detalles y los unía en una imagen, una observación. Pero después dedicaba más tiempo a dudar de su deducción del que había necesitado para llegar a ella, y en esta ocasión se le veía particularmente avergonzado. Había embaucado a un hombre desgraciado. «Soy un idiota», dijo, y quizá ese fue el comienzo de su crisis, de su caída hacia la oscuridad.

Pero daba igual cuánta vergüenza sintiera. Samuel Lidman ya estaba como loco y no le importó en absoluto el cambio de actitud de Rekke. Se limitó a seguir insistiendo hasta que al final Micaela prometió que intentarían llegar al fondo del asunto, y por eso se había presentado en el despacho del inspector Kaj Lindroos para darle la lata

con la fotografía. Pero también era el motivo por el que le faltaba aplomo a su convencimiento, y ahora, cuando dejó la imagen en la mesa de Lindroos —atiborrada de papeles—, pensó que era anodina e insignificante.

—Así que ahí está —dijo Kaj Lindroos, y la cogió.

Pero no dedicó mucho tiempo a mirar la foto. Desvió la vista hacia la ventana como si esperara oír de nuevo a los estudiantes celebrando la graduación.

—Quizá deberías mirarla más detenidamente.

Lindroos se rebulló molesto.

—¿Te apetece tomar una cerveza luego? ¿En algún sitio junto al agua, quizá? Podría contarte algunas cosas.

Lindroos observó a Micaela con una nueva atención mientras se desabrochaba de forma un poco neurótica un botón de la camisa, como si ya hubiese empezado a ponerse más informal ante la perspectiva de una cita.

—¿Qué? No, lo siento —dijo Micaela—. Tengo que irme a casa.

Se sentía incómoda.

—¿Estás segura? Es viernes y hace bueno.

—Es que tengo que ir a ver a mi madre —se inventó Micaela.

—Ah, ¿sí? Vale, vale —respondió Lindroos mostrando con su lenguaje corporal que con esa negativa pensaba dedicar aún menos energía a estudiar la ridícula foto, y Micaela se preguntó si debería añadir algunas palabras para suavizar el impacto de su respuesta, algo del estilo de «en otra ocasión quizá», pero decidió que eso sería una tontería, además de cobarde. En su lugar se concentró en la instantánea.

—¿Ves? —dijo—. Especialmente la oreja y la nariz tienen un parecido significativo.

—¿Lo tienen? —bufó Lindroos mientras volvía a abotonarse la camisa—. O sea, esta foto, si lo he entendido bien, la encontró Samuel Lidman en casa de su vecino.

Él devolvía el golpe, eso resultaba obvio, y Micaela se puso a la defensiva.

—Un amigo de Samuel Lidman la encontró en casa de *su* vecino —le corrigió Micaela.

—¿Y eso no te parece un poco raro? —replicó Lindroos, algo que, por otra parte, no se podía negar.

Habría sido mejor que hubieran hallado la fotografía tras una larga y metódica búsqueda, en lugar de aparecer así de pronto en un álbum de fotos vacacionales en el círculo de conocidos de Lidman. Pero eso era lo que había pasado, y pronto Micaela, con un poco de suerte, podría marcharse de allí y olvidarse de todo.

—¿Tiene alguna importancia cómo se encontró la foto? O es Claire Lidman o no lo es.

—Sí, ya. Claro —concedió Lindroos volviendo a coger la instantánea, y entonces Micaela cerró los ojos y pensó que le encantaría ser como la mujer de la imagen: poder aparecer con esa elegancia y brillar con una confianza innata.

Capítulo 5

Rekke tomó nota de todo lo que había visto en su hija: la palidez, la delgadez, pero también otras cosas, como una nueva y rebelde felicidad en la mirada.

Intentó detectar más indicios, entrando de pronto en un estado febril, como si la preocupación por su hija lo hubiese despertado a la vida de nuevo, y al principio no vio nada, solo más señales de que había perdido peso. Luego descubrió una marca roja en la muñeca derecha, la huella de un fuerte agarre que se iba difuminando.

¿Era algo que ella había consentido? ¿Un juego, una mano llevada por el amor? ¿O alguien la había atacado? No, no, pensó. Ella parecía estar bien, y su cerebro siempre creaba escenarios terribles. Formaba parte de su crisis. Seguro que a su hija no le pasaba nada, solo tenía que asegurarse de que comiese mejor.

—Dime, corazón —le pidió—. ¿Qué ha pasado?

—Lo he dejado con Christian —explicó ella, y entonces Rekke pensó que eso, de alguna manera, debía de ser una buena noticia.

Nunca había aguantado a Christian. Era uno más de entre todos esos chicos seguros de sí mismos, altaneros, que soltaban un montón de estupideces sobre cosas que no entendían.

—Vaya, me da mucha pena —dijo Rekke.

—No te da ninguna pena. Nunca te cayó bien.

—Que sí, es un buen chaval —contestó mientras se preguntaba si, pese a todo, era eso lo que pensaba de él, o al menos lo que debería pensar.

No es fácil ser joven. A esa clase de chicos les lleva mucho tiempo darse cuenta de que no son mejores que los demás. *Nescit occasum*. Que no conocen el declive. Primero la vida ha de dejar su impronta. Por otra parte, el tema no era ese. Otra persona había ocupado su lugar. Ahora lo veía con claridad.

—Dices tantas tonterías, papá...

—Quizá —admitió—. Pero has conocido a otra persona, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

Lo veo en las marcas de tu muñeca, pensó. Otra mano, más fuerte, te agarra estos días, y te cala más hondo que la de antes.

—Solo lo adivino, mi tesoro. ¿Quién es el afortunado?

Ella se lo quedó mirando, de manera crítica, sin duda, pero también nerviosa. Le habría gustado poder pasar de la opinión de su padre, pero no era capaz, y a él eso le otorgaba algo de esperanza a pesar de todo. Seguía siendo pequeña, una niña que no sabía hasta qué punto debería liberarse de su influencia. Él se inclinó hacia delante para abrazarla, pero ella se apartó. El movimiento la hizo parecer aún más delgada.

—Nadie que tú conozcas.

—No, claro. ¿Pero cómo es? ¿Qué es lo que te gusta de él?

—No lo entenderías —respondió ella.

Rekke se preguntó si lo pensaba de verdad.

Tenía miles de carencias y acababa de tomarse unos opiáceos, como un yonqui cualquiera. Pero entendía muy bien las fuerzas de la atracción, tanto las buenas como las destructivas, y si resultaba que —cosa que supuso al ver la reacción de su hija— había conocido a una persona que no correspondía con las expectativas de la familia o que, incluso, era una antítesis de estas, no se escandalizaría en absoluto. Él mismo, sin ir más lejos, había anhelado huir de su entorno atraído por todo tipo de reclamos y cantos de sirenas. Lo entendería, y creía que ella lo sabía.

—Vale, vale —murmuró—. Pero quizá puedes contarme algo de él. ¿A qué se dedica? ¿Estudia?

—¿Tanto importa lo que haga?

—Algo sí que importa, ¿no? Pero, sobre todo, me interesa si es buena persona.

—No es bueno en el sentido aburrido de Djursholm.

—Ah, ¿no? —contestó Rekke, con una sensación desagradable—. Espero que tengas cuidado. Para que no te pase nada. No quiero que nadie... —volvió a mirarle de reojo la muñeca— te haga daño, ni lo más mínimo.

—¿Y por qué alguien iba a hacerme daño?

—Ya, ¿por qué iban a hacerte daño...? —dijo, y pensó: pero si alguien te lo hace, entonces iré a por él. Si tú supieras, corazón, si tú supieras...

En ese instante le vino a la mente de nuevo aquel invierno en Viena, cuando la nieve no paraba de caer.

Capítulo 6

La foto mostraba la plaza de San Marcos en Venecia. Pero la catedral, la basílica de San Marcos, se veía cortada por la mitad, y, aparte de un grupo de japoneses de edad madura que no parecían haber reparado en la cámara, no había nadie en particular en primer plano. Las protagonistas de la foto eran más bien las palomas, que revoloteaban por todas partes, y estos pájaros también habían sido la razón por la que en realidad se hizo la foto. El fotógrafo Erik Lundberg quería mostrar que Venecia estaba plagada de turistas y de palomas, y que si por él fuera la ciudad bien podía «hundirse en el mar».

Pero sin que Erik Lundberg se hubiera dado cuenta, una mujer que llevaba un abrigo rojo se había colado en la esquina derecha de la imagen, neutralizando así el propio objetivo de exponer algo feo y arruinado. La mujer rondaba los cuarenta o cuarenta y cinco años, era morena y brillaba, y no solo por el abrigo rojo. Había algo en su paso y su carisma que atraía todas las miradas, y, aunque justo en ese momento giraba la cabeza como para mirar atrás, los rasgos faciales resultaban bastante visibles.

—Claro que Samuel quiere que sea Claire. A mí también me gustaría que fuera mi mujer —comentó Kaj Lindroos.

Micaela, incómoda, bajó la mirada a sus manos.

—Hay grandes similitudes, y la edad debería cuadrar bastante bien. Tengo fotos anteriores con las que puedes comparar —indicó.

Kaj Lindroos hizo un gesto esquivo. Con todo, se lo tomó lo suficientemente en serio como para sacar unas gafas de lectura del bolsillo interior de su americana, y Micaela se preguntó por qué no las llevaba puestas desde el principio.

—Por la manera de girar el cuerpo y de pisar se puede intuir que esta mujer también tiene un menisco dañado —continuó Micaela.

Lindroos se quedó mirándola como si no pudiera decidir si le tomaba el pelo o si iba en serio.

—¿Qué? —dijo.

—Si te fijas, aquí... —siguió Micaela, inclinándose hacia delante y señalando la cadera y la pierna izquierda de la mujer, pero tras darse cuenta de lo poco convencida que estaba ella misma de que así fuera dejó la frase a medias. Quizá también porque esa inseguridad la llevó a pensar en su hermano Lucas.

Durante los últimos tiempos, Lucas aparecía en sus pensamientos constantemente y a veces, como ahora, le entraba un miedo inesperado. Se acordó de cuando le vio apretar una pistola contra el cuello de un chaval en una zona boscosa de Järvafältet. Había supuesto un shock de tal envergadura que empezó a ver su vida de una manera nueva, y desde entonces ayudaba a los compañeros de la brigada de estupefacientes proporcionándoles información sobre su hermano, y sabía que Lucas se había enterado. Tenía la sensación de que algo desagradable iba a ocurrir. Pero, aun así, la intensidad de su miedo la asombraba.

Era como si la hubieran transportado lejos de la habitación en la que estaba. Por eso no reparó en que Kaj Lindroos se quedaba de piedra, como si hubiese visto un fantasma. Más bien pensó que solo estaba irritado porque no había querido tomar algo con él, ya que cuando ella alzó la mirada parecía molesto y estaba sacando su teléfono.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Micaela.

—¿Qué...? No, no, es que también tengo que ocuparme de mi trabajo de verdad.

Empezó a escribir algo en el móvil dejando claro que quería que Micaela se callara y le dejara concentrarse.

—Pero, como he comentado —continuó después de haber terminado de teclear—, Samuel se equivoca. Y, por cierto...

—¿Sí?

Sostenía la foto cerca de los ojos, mientras una sonrisa amarga, aunque con cierta autosuficiencia, se esbozaba en sus labios.

—¿Qué es lo que lleva la mujer en la mano?

—Un libro —respondió Micaela.

—Ahí pone algo, ¿no?

—*Love*, creemos. Parece haber otra línea por arriba, pero no se ve.

—O sea, ¿una novela de amor?

—Probablemente, a juzgar por el color. Pero no se trata de un

libro muy conocido. No he podido encontrarlo.

Kaj Lindroos sonrió aliviado, como si hubiese descubierto algo que lo liberaba de una carga.

—Claire Lidman nunca leería una novela de amor.

—Ah, ¿no? —contestó Micaela.

—No, nunca. Siempre estaba ocupada, siempre tenía un propósito y nunca dedicaría tiempo a algo ficticio o sentimental.

—No es exactamente lo que he oído.

—Claro que no —bufó él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nos llevó mucho llegar a entenderla. Pero esa mujer no perdía el tiempo con novelas y mierdas así. Siempre iba dos pasos por delante, por eso podía apretarles las tuercas a financieros como Axel Larsson. Siempre estaba tramando algún plan.

—Quizá haya cambiado.

—Está muerta —replicó antes de mirar de nuevo el móvil; parecía repasar lo que acababa de escribir.

—Sin embargo, aquí estás conmigo.

Él la miró ofendido.

—Supongo que soy como cualquier otro idiota ambicioso. No cierro ninguna puerta.

—A pesar de que viste el cuerpo.

—El cuerpo estaba completamente quemado, ya lo sabes, y no soy tan estúpido como para no darme cuenta de que hay algo raro en esta historia. Pero eso no quiere decir que vaya a tragarme cualquier cosa.

Micaela extendió la mano para recuperar la fotografía, pero Lindroos la detuvo con un gesto con el que le pedía que aguardara un momento.

—He oído que colaboras con un catedrático al que despidieron de Stanford.

—En Stanford sin duda les habría gustado que continuara con ellos.

—¿Y quién lo echó?

La CIA, pensó Micaela.

—Es una historia complicada. Pero es un hombre con una mirada increíble para los detalles.

—Una mirada demasiado buena, tengo entendido —dijo

Lindroos, antes de meter con total tranquilidad la fotografía en el cajón superior de su escritorio.

—¿Me devuelves la foto, por favor? —pidió ella.

—Me la quedo —contestó él.

—No puedes quedártela.

—Guardamos toda la mierda que nos trae Samuel Lidman. Un día de estos vamos a tener que pararle los pies. Altera a los familiares y...

No le dio tiempo a terminar la frase. Llamaron a la puerta y acto seguido un señor mayor, algo calvo, entró. Sus ojos eran pequeños y desprendían una mirada crítica, y llevaba un jersey de cuello vuelto. Parecía estresado y preocupado, y explicó que por desgracia tenía que interrumpirlos, y entonces ella, naturalmente, debería haber dado más guerra para recuperar la foto. Pero estaba cansada del asunto, y a decir verdad: ¿alguna vez se había llegado a creer esa historia? ¿No se había implicado en ella más que nada porque había soñado con volver a trabajar con Rekke? Ahora bien, eso fue en el mes de mayo, cuando él todavía conservaba esa vertiginosa mirada para los detalles.

Últimamente no veía ni las patas de las sillas ni los umbrales que se interponían en su camino cuando alguna vez hacía el esfuerzo de levantarse para ir al baño. Rekke le robaba toda la energía y la arrastraba a su depresión. Tengo que alejarme de él, pensó. Se despidió de Lindroos y del hombre del jersey de cuello vuelto con un movimiento de cabeza y salió del despacho decidida a olvidarse de Claire Lidman y a ocuparse de su propia vida.

Capítulo 7

Julia se fue y Rekke se preguntó qué tipo de brazos la esperaban.

Se sacudió la desazón. Necesitaba acostarse. Últimamente no tenía fuerzas para nada. Pasaba la mayor parte del tiempo tumbado o recostado de cualquier manera, y ni siquiera conseguía llegar hasta el rellano de la escalera. Pero ahora, al menos, se acercó al piano. ¿Iba a tocar? No, las teclas le sonreían burlonamente, y murmuró: «Cartaphilus». *Cartaphilus*. Era la palabra que lo había desencadenado todo.

La había oído por casualidad cuando Micaela, hacía alguna semana, hablaba por teléfono sobre la mujer que había desaparecido y había sido declarada muerta en España. El caso no le interesaba de manera especial, pues toda la historia se le antojaba manchada de sueños e ilusiones, y se avergonzaba de sus análisis medio psicóticos de la fotografía. Pero en ese momento, justo cuando él se disponía a marcharse, Micaela mencionó esa palabra.

Resultó que la mujer, Claire, había negociado con Cartaphilus poco tiempo antes de esfumarse, cosa que era ya de por sí preocupante.

Cartaphilus era una compañía de inversión húngara, anteriormente relacionada con la KGB y el crimen organizado de la Unión Soviética. Pero no era eso lo que le había hecho reaccionar, sino que la palabra lo había transportado de vuelta a aquellos días de copiosas nevadas en Viena, y por eso salió a pasear inquieto durante horas.

A su regreso, Micaela ya no estaba y desde entonces no la había visto. Sin duda debería llamarla y contarle lo que sabía, pero le faltaban fuerzas para remover aquello. Dios mío..., ¿por qué el pasado no podía soltarle y dejarle en paz?

Es que la infancia fue una sucesión de días idénticos tan aburrida... Las mañanas las pasaba siempre en casa con su madre practicando escalas, arpegios y *études*. Hasta después de comer no

acudían los otros profesores, como el doctor Brandt, y de vez en cuando también otros alumnos que habían destacado de algún modo, como Gabor, con su respiración aguda y esa técnica que lo tiró al suelo. Rekke aún se acordaba de la sangre en sus dedos, de las manchas en la almohada la mañana siguiente.

Recordaba que se levantó con una sensación de que el mundo había adquirido una luz nueva, más nítida, y de que todos los movimientos a su alrededor se habían tornado más amenazantes y angulosos. De alguna manera le pareció como si se encontrase en dos sitios a la vez: tanto en el ahora como en el ayer, en el momento en que se producía el ataque en la nieve.

El movimiento ejecutado por Gabor se proyectaba una y otra vez en su cabeza. Al principio pensó que solo se trataba de la manera en que su cerebro lo atormentaba o lo preparaba para otro posible ataque en cualquier momento. Pero poco a poco se dio cuenta de que aquellas imágenes del recuerdo también cumplían otro objetivo, y ya el día siguiente se fue a la biblioteca.

—Quiero todos los libros que tengan sobre artes marciales —dijo, y después se sentó en un rincón al fondo de la sala de lectura, provisto de un buen montón de volúmenes que se dedicó a hojear febrilmente.

A las cinco y cuarto de aquel día la encontró. La llave se llamaba *osotagari*, y era una de las cuarenta técnicas originales del judo, desarrollada por Jigoro Kano. La vio descrita en varios libros. Rekke pudo seguirla paso a paso en los dibujos y así entender con mayor claridad cómo había sido arrojado al suelo. Logró congelar cada instante del ataque. Después, esa comprensión arraigó en él: la cantidad de tiempo que uno podía detenerse en lo fugaz. Es posible quedarse en un segundo durante horas. Pero no solo buscaba entender el curso de los acontecimientos, también quería desarrollar una defensa, una forma de contraatacar, y estuvo mucho tiempo como en trance. Al final la respuesta le llegó a modo de revelación.

Comprendió que debería haber movido la pierna izquierda hacia atrás, haber asentado bien los pies para contragolpear invirtiendo la técnica. Vio una momentánea belleza en su solución, una simetría como en un baile, y se quedó otro largo rato ejecutándolo de manera teórica. Luchaba en sus pensamientos. Luego se levantó mostrando ya un nuevo porte, y durante el paseo a casa la llave se asentó en su cuerpo. Empezó a andar de otra forma, y en cada momento que tenía

libre practicaba en su habitación, y no solo esa técnica de la que había sido víctima, sino que también se imaginaba otros agarres y ataques, y con una claridad cada vez mayor entendió el corazón mismo de la filosofía que iba camino de conquistar: es posible ganar al más fuerte.

Solo se trataba de seguir el movimiento que se dirige contra ti hasta su inevitable punto de inflexión, y allí, justo allí, encontrar tu punto de apoyo y devolver el golpe. *Fortitudo hostium amicus est*. La fuerza de tu enemigo puede convertirse en tu amiga. Practicaba hora tras hora, y al final ya no pudo contenerse; necesitaba desahogarse y le preguntó a su madre:

—Ese chico, Gabor, ¿podríamos volver a invitarlo?

—El doctor Brandt dijo que no os habíais caído muy bien —contestó la madre con expresión preocupada.

—Pero me estimuló —respondió Rekke, y esas eran siempre las palabras mágicas.

En cuanto algo lo estimulaba, su madre estaba a favor de ello, y una tarde, cuando volvió a nevar, o al menos así era en sus recuerdos, Gabor apareció de nuevo. Ese día, el gato Ahasverus rondaba entre los pies de los chicos. El animal se mantuvo cerca de ellos y saltó a la mesa mientras hacían sus ejercicios de matemáticas, como si percibiera algo en el aire. Después salieron al jardín, al igual que la otra vez, y Rekke se esforzó por mostrarse tan despistado como entonces. Quería sorprenderle aparentando una supuesta desventaja, y con tono casi sumiso preguntó:

—¿Podrías enseñarme esa llave otra vez?

Gabor no parecía esperarse esas palabras. Era como si no entendiera que Rekke pudiese ser tan estúpido. Aun así, su expresión cambió al instante, y esbozó una sonrisa burlona mientras el débil pitido de su respiración bajaba de nuevo medio tono. Luego atacó a Rekke, pero no con la misma técnica, para nada, por lo que durante los primeros instantes Hans estuvo convencido de que lo humillaría igual que la vez anterior. Pero ahora sus sinapsis neuronales conectaron con mayor rapidez, y dio un paso hacia atrás mientras, concentrado, seguía los movimientos de Gabor.

Los vio como a la luz de una lámpara quirúrgica, y, al detectar un momento de inestabilidad, avanzó un paso y agarró a Gabor de tal manera que quedaron los dos en la misma posición que en la ocasión anterior. Acto seguido se inclinó hacia atrás y Gabor probablemente

pensó que tenía ventaja de nuevo. Pero esa era justo la ilusión que Rekke buscaba crear.

Utilizando la propia fuerza de Gabor, como en un movimiento de palanca y con una potencia asombrosa, lo lanzó al suelo, sorprendido de su ausencia de emociones. Sin haberlo previsto levantó a su contrincante y repitió el movimiento, y cuando la cabeza de este dio contra el suelo experimentó una descarga de adrenalina en el pecho. Después sucedió algo. Nunca lo olvidaría.

Vio la cara de Gabor, y contuvo el aliento. El rostro estaba de repente desnudo, como si toda la regia arrogancia hubiera sido barrida y sustituida por algo parecido al desamparo, e instintivamente Rekke comprendió que pagaría por lo que había presenciado. Gabor no era un chico que soportara la humillación. Se trataba de una persona que tenía la constante necesidad de vengarse y ganar. Pero en aquella época Rekke aún no se podía imaginar la brutalidad con la que Gabor era capaz de devolver los golpes.

Se limitó a quedarse parado en la nieve mirando cómo la espalda de Gabor desaparecía cual promesa amenazadora mientras el doctor Brandt salía corriendo de la casa haciendo aspavientos con las manos.

Capítulo 8

Micaela se dirigía hacia el Rådhusparken, sumida en sus pensamientos. ¿Por qué Lindroos se había quedado con la foto si rechazaba por completo la idea de que Claire Lidman siguiera viva? No lo entendía. Pero quizá, a pesar de todo, no fuera tan raro, pensó. Al fin y al cabo, toda la historia era absurda. Decidió pasar olímpicamente del tema.

Estaba de vacaciones, aunque no fueran del todo voluntarias, y había otras cien cosas que debía atender. En realidad, habría preferido disfrutar de más días en julio, pero la necesitaban en pleno verano, decían, así que había cogido dos semanas ahora a principios de junio y el resto lo dejaría para septiembre. Trabajaba en delincuencia juvenil en el extrarradio, en torno a Järvafältet, algo con lo que no había soñado precisamente cuando pegaba gritos subida en uno de esos camiones celebrando su graduación del instituto. Pero contaba con la ventaja de que podía estudiar de cerca cómo la droga entraba en esos barrios, y eso era, claro está, otro motivo más por el que había empezado a ver a su hermano con otros ojos.

Ahora disponía de informaciones de primera mano que indicaban la importancia de Lucas en el tráfico de drogas en esa zona. Pero era difícil demostrar nada y, sinceramente, se estaba obsesionando, algo que con toda probabilidad no resultaba muy sensato. Había comentarios, le lanzaban pullas, recibía amenazas veladas y a veces, como hacía un momento en el despacho de Lindroos, un fuerte malestar invadía todo su ser. Una furgoneta blanca le pasó por delante. Sonó el móvil. Era Vanessa, su mejor amiga, o al menos su mejor amiga la mayor parte del tiempo.

—Hola —dijo Vanessa—. ¿Qué tal?

—Bueno, tirando. Estoy pensando en comprarme unos zapatos nuevos.

—Con que no sean zapatillas blancas...

Micaela bajó la mirada a sus pies. No solía calzar otra cosa que

zapatillas blancas. Pero algún día tendría que cambiar, pensó.

—No, qué va, antes muerta.

—Ya.

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Le he teñido el pelo a un tipo que casi no tenía, sin contar el que le salía de las orejas, claro. Pero ahora me piro y pienso ligarme a algún tío. Me siento a punto de estallar.

—Eso sería una pena.

—¿A que sí? Por cierto, Lucas te está buscando.

Micaela se mosqueó.

—Y entonces ¿por qué no me llama él?

—Dice que te ha llamado como cien veces.

Tres veces, pensó, máximo. Pero no había tenido ganas de ponerse, y le molestaba que Vanessa le hiciera de recadera. Seguramente le pasaba como a todas las demás idiotas: se sentía atraída y un poco fascinada por él.

—¿Qué quiere?

—No sé, pero me parece muy cariñoso.

—*Sure.*

—Dicen que intentas meterlo en la cárcel.

—Es un criminal.

—Tampoco es que sea el único.

Pero es el peor, pensó Micaela.

—Eso no es ninguna excusa —replicó ella.

—¿Quién grita?

—Los estudiantes. ¿Tomamos una cerveza?

—Voy a salir con Malika. ¿Tiene algo que ver con Jorge?

En parte tenía que ver con Jorge. Pero de eso no quería hablar con Vanessa, así que buscó otra cosa que comentar, lo que fuera. En la acera, un poco más allá, un hombre encorvado encendía un cigarrillo. A la luz se le veía demacrado y con la tez amarillenta.

—¿Has oído que piensan prohibir fumar en los bares? —dijo.

—¿De qué estás hablando?

—Al parecer los noruegos lo hicieron ayer.

—¿Es algo religioso?

—Podría estar bien, ¿no?

—¿Crees que Lucas ha acojonado a Jorge y a su vieja?

Micaela pensaba que sí, pero tampoco tenía nada que lo probara,

solo una sensación que se había ido intensificando durante los últimos meses.

—Creo que estás siendo injusta con él —continuó Vanessa—. Solo quiere lo mejor para ti.

Micaela cerró los ojos y de nuevo se esforzó por buscar otros temas de conversación.

—Estoy pensando en volver a casa de mi madre —dijo.

Vanessa se quedó callada, casi perpleja.

—¿Qué...? ¿Estás de broma? ¿Por qué?

—Por nada, solo que me parece mejor así.

—¿Ha pasado algo?

Ella se planteó describirle la situación en Grevgatan con un poco más de detalle, hablar de cómo Rekke se había sumido de nuevo en la oscuridad y que resultaba imposible sacarle una sola palabra que tuviera sentido.

—No, no es eso.

—Pero ¿no va bien la cosa o qué?

Micaela percibió un tono en la voz de Vanessa que no le gustó, quizá no fuera exactamente alegría, pero en definitiva una especie de triunfo contenido, un «¿qué-te-decía-yo?».

—No, no se trata de nada en concreto —contestó un poco a la defensiva—. Solo echo de menos algo de paz y tranquilidad.

—Claro, cariño, claro. ¿Quieres que nos veamos? Puedo cancelar lo de Malika. Yo cuidaré de ti.

¿Y esa voz melosa a qué venía ahora?

—No pasa nada, no te preocupes.

—Claro que no. Pero, sinceramente, quizá está bien que lo hayas pensado ahora, no sé..., antes de que te hicieran daño.

—¿Y por qué me iban a hacer daño?

—Quizá no estaba en el destino que funcionara. No perteneces a ese mundo, no de verdad —continuó Vanessa, cosa que, evidentemente, era cierta, pues Micaela se encontraba muy lejos de Rekke en muchos sentidos.

Sin embargo, se irritó y se arrepintió de haber mencionado la mudanza. Además, no había nada decidido, solo era una idea que llevaba tiempo rondándole por la cabeza.

—¿Y tú qué sabes a qué mundo pertenezco? —espetó como respuesta.

—Pero, madre mía, relájate, no te pongas así. Solo quería decir que... que te he echado de menos —contestó Vanessa, y era posible que Micaela también echara de menos a Vanessa y sus conversaciones diarias. Pero no tanto, se le ocurrió, como echaba de menos al Rekke de aquellos días en primavera, cuando el mundo resultaba como transparente para él.

—Perdón —se disculpó.

—No pasa nada.

—Si ves a Lucas, dile que lo llamaré.

—¿Vas a colgar ahora?

—Recuerdos a Malika —dijo, y, en efecto, colgó, con una brusquedad un poco innecesaria, pero de repente se sintió sola y decidió ir a ver a su madre a Husby, tal como le había comentado a Lindroos.

Su madre, al menos, era alguien que sin duda alguna había estado a favor de que se mudara al barrio de Östermalm, aunque, naturalmente, se debía a que vivir allí le daba una sensación de refinamiento.

Kaj Lindroos, de todas maneras, tenía previsto terminar el viernes reuniéndose con el comisario jefe Lars Hellner. Pero le había enviado un SMS para asegurarse de que acudía a su despacho un poco antes y así poder echar a esa maldita tía latina, y ahora se arrepentía de haberlo hecho. No porque le diera pena que la tía se hubiera largado. Por él, como si se quedaba en el extrarradio con su madre para siempre.

Pero le habría gustado pasar un rato a solas con sus pensamientos, aunque estos seguramente no fueran más que paranoias y estupideces, porque la de la foto no podía ser Claire. Le parecía igual de imposible como que su padre ya fallecido apareciera de repente en una barbacoa en Mallorca para turistas. Por Dios, qué ganas tenía de tomarse una copa.

—Se te ve tenso hoy —dijo Hellner.

—Solo estoy un poco cansado —contestó, y se preguntó si no debería sacar la foto sin más y enseñársela a Hellner para que este lo tranquilizara de una vez por todas.

Pero no le apetecía involucrar a nadie en aquella historia, y

menos a Hellner, quien se había encargado del caso después de él y luego lo había dejado fuera. En realidad, debería romper la foto en mil pedazos, olvidarse de todo y empezar a prestarle atención a Hellner para ver qué nuevo caso tenía para él. Pero no conseguía centrarse. Los recuerdos se abrían paso; se acordó de la primera noticia que tuvo del accidente en San Sebastián. Hacía trece años y medio, era muy tarde y todavía estaba en el despacho. Un policía español, un tal comisario Antonio Rivera, lo llamó y le informó de unas circunstancias que no parecían tener mucha relación entre sí. Se trataba de un camión cisterna que, tras volcar en el arcén o en una rampa de montaña, había caído a una calle donde había personas que regresaban a casa después de un concierto y se había incendiado.

Dieciséis personas muertas, muchas con quemaduras tan graves que identificarlas resultaba imposible. Pero eso no era el verdadero motivo de la llamada. De lo que el comisario Rivera realmente quería hablarle era de una mujer, con doble nacionalidad, inglesa y sueca, que dos días antes se había alojado en el Grand Hotel, en la ciudad. Esta mujer había dejado su pasaporte en la recepción y había salido a dar un largo paseo para no volver nunca.

—Se llama Claire Lidman —informó el comisario Rivera—, y creemos que es una de las víctimas del accidente.

Lindroos se acordaba de su reacción cuando asimiló la noticia. Sufrió una profunda decepción. No porque Claire Lidman posiblemente hubiese fallecido —no la conocía—, sino porque la investigación perdía su importancia. Si era Claire la que había muerto, se trataba de un accidente y nada más. Nadie, ni siquiera un genio del mal, podía orquestar una catástrofe de ese calibre y al mismo tiempo asegurarse de que Claire Lidman se encontrara en el lugar.

Había demasiados factores y parámetros fortuitos, y Lindroos partió para España demasiado tarde. No había vuelos hasta el día siguiente, y cuando su compañero Roffe Sandell y él llegaron a San Sebastián por la tarde la hermana y la madre de Claire ya se encontraban allí. Fumaban delante de la entrada de la morgue y tenían un aspecto un poco vulgar, le pareció, muy lejos de la imagen que se había hecho de Claire; aunque sabía que ella había ascendido por la escala social durante su carrera profesional. Las saludó educada y respetuosamente, y le sorprendió ver a las dos mujeres tan serenas o quizá incluso contentas, como si siempre hubiesen sabido que

terminaría así.

Pensó que a buen seguro le habían tenido envidia, que el éxito de Claire no les había alegrado una mierda. Dijo: «Siento mucho que nos veamos en estas circunstancias». Linda, la hermana, respondió: «Gracias. Claire era la mejor de todos nosotros, es terrible», o una frase por el estilo, algo irreprochable y conmovedor, pero que no sonaba del todo sincero, y recordaba haberse esforzado por no lanzarle miradas inadecuadas.

Linda tenía un aire algo provocador, pensó, algo casi barriobajero, que no mejoraba precisamente con esa falda ceñida que se le arrugaba. Era una mujer grande con ojos pequeños, formas voluminosas y una tez propia de alguien que llevara fumando como un carretero y saliendo de juerga desde los trece años. Recordaba haberle abierto la puerta para luego seguirla al entrar en la morgue. Sus zapatos chirriaban. Los tirantes del sujetador de la hermana se veían bajo una blusa negra, y se pilló a sí mismo adivinando el tamaño de la copa, quizá no la actividad más digna en ese momento. Pero el ser humano es como es y la muerte, al parecer, funciona como un afrodisíaco. Ya a bastante distancia percibió el olor. Era peor de lo que se había imaginado: espeso, dulzón, nauseabundo. No solo se le había quemado la piel, sino también los músculos y la sangre, y encima de eso estaba el fueloil y la goma. Resultaba insoportable, y se echó hacia atrás, a punto estuvo de vomitar y sintió una inmediata alienación.

No puede ser Claire, pensó, es inimaginable. Pero comprendió que se trataba de una reacción natural: nadie está preparado para ver a una persona tan destrozada, sobre todo a una mujer como ella. No podía entender que la madre y la hermana parecieran tan enteras. Él estaba al borde de sufrir un ataque de nervios. Era un espectáculo terrible: un ser rojo, chamuscado, maloliente, lacerado, negro en algunas partes, yacía delante de él. No había manera de saber cómo comportarse ante aquello. ¿Cómo podían los demás limitarse a estar ahí mirando tan tranquilos? Resultaba incomprensible. Más tarde supo que la madre y la hermana ya la habían visto y, por lo tanto, estaban preparadas para la impactante visión. Quizá simplemente se negaran a aceptar lo que veían.

Junto con el comisario Rivera se movieron alrededor del cuerpo, desde los pies quemados hasta la cabeza, donde ya no quedaba nada

de pelo ni casi rostro tampoco. Le señalaron todos los rasgos que podían identificarla y que él ya conocía, el hueco entre los dientes y la vieja fractura en la clavícula. «Es ella», dijo la madre. «Es ella», y ¿por qué iba él a dudar, con el hueco entre los dientes y todo?

No obstante, le quedó la sensación de que algo no cuadraba; no es que eso lo llevara a actuar, ni siquiera se lo tomó muy en serio, pero la había percibido, quizá en parte debido al comisario Rivera.

El comisario Rivera se le antojó una persona demasiado elegante para tener que perder el tiempo en las morgues. Hablaba un inglés perfecto. Estaba destinado en Madrid y su porte parecía el de un militar de alto rango; carecía por completo de ese respeto por doctores y otras personas eruditas que desde pequeño le habían inculcado a Kaj Lindroos. Le daba órdenes al médico forense un poco a su capricho, tomaba la iniciativa todo el tiempo y les aseguró que se realizarían todas las pruebas de laboratorio pertinentes; y los resultados de dichos análisis llegaron, en efecto, con una rapidez sorprendente.

Las huellas digitales se habían borrado con el fuego, pero la tarjeta dental confirmaba la identificación. No parecía caber ninguna duda, pero aun así... algo le reconcomía por dentro, y al igual que le pasaba con la fotografía de las vacaciones —guardada en el cajón de su escritorio— quería al mismo tiempo indagar sobre ello y despacharlo como una tontería. Recordar y olvidar a la vez.

—¿Has oído una sola palabra de lo que te he dicho?

Hellner lo arrancó de sus pensamientos. Lo contemplaba preocupado, con esos ojos marrones, un poco afilados, que siempre parecían escépticos y reprobadores.

—Sí, claro —dijo—. Solo que estoy un poco...

—¿Qué, Kaj...?

—Distraído —continuó, y de nuevo tuvo la tentación de mostrarle la fotografía y hablarle de sus temores, pero más recuerdos lo inundaron y la idea de hacerlo se le antojó aún más imposible.

—¿Tiene que ver con la chica que estaba aquí? —preguntó Hellner.

—Un poco, quizá.

—¿En qué sentido?

—Nada, solo que me ha soltado unas cuantas chorradas acerca de Claire Lidman —contestó, y se arrepintió al momento.

Hellner reaccionó al oír el nombre, y se puso desagradablemente

en guardia.

—¿Qué ha dicho?

—Lo de siempre, ya sabes..., que Claire podía estar por ahí, viva, disfrutando de la buena vida.

—¿Y dónde ha sido esta vez?

—No me acuerdo muy bien. Me ha parecido muy poco serio —dijo sin gustarle cómo sonaba su voz.

Se notaba que su indiferencia no era auténtica, de modo que Hellner lo observó con mayor intensidad.

—¿Así que no puedes contarme nada más concreto?

—No, la verdad es que no —aseguró.

—Me sonaba la cara de la chica. ¿Es policía?

—Sí, de alguna manera —respondió confiando en no tener que mencionar su nombre.

Sentía en todo el cuerpo que no quería que nadie volviera a hurgar en ese asunto, de modo que hizo lo posible por cambiar de tema y charlar de lo que se le ocurriera, sin tener ni idea de que Lars Hellner lo había calado desde el primer momento y de que estaba más interesado en la joven agente que acababa de marcharse que en cualquier otra cosa que él pudiera contarle.

Capítulo 9

Rekke se levantó de la silla del piano con el presentimiento de que algo horrible iba a suceder. Pero seguro que no se trataba más que de sus viejos recuerdos jugándole una mala pasada de nuevo, porque en su vida ya no ocurría nada digno de mención, aparte de que la señora Hansson subiera a verlo de vez en cuando para saber si se cuidaba, cosa que no hacía.

Era un despojo humano, ¿y en realidad qué estaba haciendo? Se dedicaba a pensar en un viejo gato, al que dicho sea de paso había sido una estupidez llamar Ahasverus. Pero de niño le había fascinado el tema, quizá por la sencilla razón de que había una gran cantidad de libros al respecto en la biblioteca de sus padres. Goethe había escrito sobre Ahasverus, Schlegel y Hamerling también, e incluso Hans Christian Andersen, Fröding y Pär Lagerkvist.

En las descripciones, sobre todo en los textos de Lagerkvist, Ahasverus era a menudo una persona decente, un hombre normal y corriente que llevaba una vida tranquila con su familia, pero que residía en un lugar un poco desafortunado. Por delante de su casa pasaban los condenados a muerte, pobres diablos que cargaban con sus cruces a la espalda de camino al Gólgota, y un día uno de ellos quiso descansar unos instantes en las escaleras de su morada. A Ahasverus no le habría importado darle su permiso —corazón no le faltaba—, pero no quería problemas con las autoridades, por lo que ahuyentó al hombre; y así cayó sobre él la maldición: errar como alma en pena durante toda la eternidad. Había algo en esa historia que atrapaba a Rekke en aquellos días. El destino de Ahasverus se describía no solo como una maldición, sino también un poco como un oscuro regalo.

Después de haber echado a Jesucristo de su puerta se decía que Ahasverus ya no podía sentir alegría ni emoción alguna. Todo lo que contemplaba se cubría de ceniza. Pero tampoco se le podía deslumbrar. Donde los demás veían grandeza él veía vacío,

amaneramiento donde los demás hacían reverencias y se pavoneaban, y cuando Rekke tuvo la ocurrencia de ponerle ese nombre a su gato, el animal adquirió una especie de sombría majestuosidad. Quería con locura a aquel maldito minino y se sentía unido a él. Por eso, cuando el animal desapareció poco después de la última visita de Gabor Morovia, Rekke empezó a preocuparse.

Lo buscó por toda la casa sin encontrarlo, y no es que el tiempo invitase precisamente a que un gato se aventurara a salir. Estaban a varios grados bajo cero y nevaba. Se avecinaba una tormenta. Rekke recorrió el barrio gritando: «¡Sverus, Sverus!». Pero no lo encontró, y cuando decidió regresar a casa, a última hora de la tarde, inmerso en sus pensamientos, se oyó un crujido en los arbustos. La esperanza lo embargó durante un segundo o dos.

Luego se puso tenso al vislumbrar algo junto al buzón que pensó que era la gorra de piel del doctor Brandt. El doctor siempre la llevaba poco encajada en la cabeza, de modo que le resultó plausible que con las fuertes ráfagas de viento hubiera salido volando. Pero, de repente, el objeto se incendió. La piel crepitaba en la fría noche. Olía a gasolina, y a algo todavía peor, y de pronto la gorra de piel se arqueó lanzando un terrible alarido. Rekke se acercó corriendo para apagar el fuego con su abrigo.

Se quemó el hombro y el pecho, y su mirada se cruzó con la de Ahasverus mientras el gato todavía vivía, chamuscado y sin piel, como si estuviera a punto de perder algo más que la vida. Ni siquiera recordaba qué hizo con el cuerpo.

Quizá se limitó a salir huyendo de todo dejando que la señora Hansson se ocupara de enterrarlo. En cambio, de lo que sí estaba seguro es de que aquella noche soltó un montón de dramáticos juramentos y que practicó sus técnicas de lucha japonesa sin descanso, un día tras otro, como si eso pudiera salvarlo de derrumbarse por completo. Por otro lado..., no era más que un gato, y hacía mucho tiempo de aquello. Tonterías, murmuró, y se sentó frente al ordenador para buscar «Gabor Morovia» y «Cartaphilus». Mientras iba mirando lo que encontraba, se dio cuenta de lo poco que sabía de aquel tipo, y eso se debía en parte a que Morovia, con toda probabilidad, habría limpiado casi toda la información sobre su persona en internet, pero en igual medida se debía a que él no había investigado con su energía habitual. Por mucho que Morovia hubiera sido una sombra

amenazadora en su vida, había rehuido el asunto, cosa que, a todas luces, había sido un error. *Nosce hostem*. Hay que conocer al enemigo. Pero Magnus, su hermano, el gran intrigante, seguramente lo sabía todo. Además, él estuvo allí en la época en que Nordbanken se cargó a Axel Larsson, cuando, al parecer, Cartaphilus acechaba entre bastidores. ¿Tendría fuerzas para hablar con Magnus? ¡Difícilmente! Cada conversación que mantenía con su hermano le dejaba la nauseabunda sensación de que las personas eran como cotizaciones de bolsa, que subían y bajaban según su estatus y su utilidad. Pero aun así... hablar con ese bellaco quizá podría arrojar un poco de luz sobre el asunto.

Por eso Rekke sacudió la cabeza, sacó el teléfono y se aseguró de sonar tan miserable y drogado como se sentía, pensando que quizá eso animaría a Magnus. Si no había cosechado mucho éxito en la palestra de la política internacional, al menos podría alegrarse de las depresiones de su hermano.

La debilidad de los demás complace a todo pequeño Maquiavelo.

Capítulo 10

Micaela se bajó del metro en Husby y se encaminó a casa de su madre, en Trondheimsgatan. Había bastante gente en la calle: tenderos que daban voces, un grupo de colegiales que pasaba con banderitas amarillas en las manos, dos chicos adolescentes que hacían sonidos de bombos y platillos con la boca, una adolescente que llevaba una sudadera con capucha y el pelo teñido de lila que la saludó.

—¿Qué tal, poli?

Todo estaba como siempre, y a la derecha, en una de las zonas verdes, un grupo de chavales jugaba al fútbol, al igual que en otras ocasiones. Aun así, le daba la sensación de que había algo diferente. No era capaz de precisar qué era, pero recibió más miradas suspicaces y menos sonrisas. A lo lejos, Hugo Pérez se acercaba a ella con un gorro de lana en la cabeza pese al calor estival.

Hugo Pérez solo le llevaba un par de años. Era muy macho, un chuleta, pero también le gustaba coquetear, siempre con una sonrisa socarrona dibujada en los labios, como si el mundo entero fuera una gran broma. Ahora —lo veía ya a mucha distancia— se pavoneaba sacando pecho. ¿A qué venía tanta tontería?

—Hola, Hugo. ¿Qué tal?

No contestó.

—Bonitos pantalones.

Hugo ignoró ese comentario también y pasó por delante de ella con un aire de estudiada indiferencia.

—Aunque podrías subírtelos un pelín, la verdad —continuó Micaela, y no le faltaba razón.

Los pantalones, unos vaqueros descoloridos, le dejaban medio culo al aire. ¿Y de qué iba llevando gorro en pleno verano?

—Imbécil —murmuró ella, pero no le sirvió de gran ayuda. La actitud fría de Hugo la afectaba y, de repente, se sintió un poco como una forastera en su propio barrio. Podía deberse al hecho de que llevaba un tiempo viviendo en Östermalm, claro. Pero no, lo sabía, no

tenía nada que ver con Rekke ni con Grevgatan.

Se trataba de Lucas, y había una lógica en ello. Si la imagen que tenía de Lucas estaba cambiando, todo el barrio de Husby debía cambiar con él. Durante su infancia, Lucas había sido el fuerte hermano mayor que la protegía de todo lo malo. Pero ahora, desde que casi a diario le llegaba información sobre sus actividades delictivas, más bien representaba una amenaza.

Estaba más claro que el agua que Husby no podía ser igual después de eso, y tampoco era de extrañar que tipos como Hugo la vieran como una traidora. Ella removía asuntos que era mejor no tocar, pero no podía remediarlo. Tenía que saber.

—¡Micaela!

Había llegado a Trondheimsgatan y miró desorientada a su alrededor. Era su madre quien la llamaba. Pero, por mucho que buscara con la mirada, no la veía.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí, tonta![1]

Su madre estaba detrás de los columpios y de la casita de juegos sacudiendo alfombras. Llevaba pantalones hippies de cuadros y un holgado jersey de algodón con un corazón rojo en el pecho. Lucía el pelo suelto y recién teñido, y calzaba unas sandalias con tacón.

—¿Vas a ir a una fiesta?[2]

—¿Qué? No —dijo tirando de manera un poco teatral de su ropa —. No son más que unos trapillos. Pero si tú supieras lo que pesan estas alfombras... —añadió antes de darle un buen golpe a una de ellas con el sacudidor.

—¿No te vale con pasarles la aspiradora?

—Quería darles una buena paliza a las cabronas, se lo tienen merecido —explicó su madre con una sonrisa burlona, pero acto seguido se puso seria, como si recordase algo.

Escrutó a Micaela de arriba abajo, con un descontento manifiesto. La agarró de la cazadora vaquera y se la estiró, y con los dedos le peinó el pelo hacia atrás mientras la miraba fijamente a los ojos, con decepción.

—He oído que tu profesor quiere que te vayas de su casa.

—Para nada.

—Ah, ¿no? Acabo de hablar con la madre de Vanessa, y Dolores me ha dicho que tienes que marcharte de allí. No entiendo cómo es

posible que hayas echado a perder esta oportunidad tan rápido. Micaela, es lo mejor que te ha pasado desde...

Parecía que a su madre no se le ocurría ninguna otra cosa buena que le hubiera pasado, y Micaela pensó en repetir por enésima vez que solo vivía allí, que no era la novia de nadie, pero le dio pereza. La sacaba de quicio que la noticia hubiera viajado tan rápido y, en realidad, no solo que hubiera viajado, sino que se hubiera tergiversado casi antes de haber sido recibida.

—No hay nada decidido todavía —dijo Micaela—. Pero estoy harta de él. Está deprimido y toma demasiadas pastillas.

—Incluso en las mejores familias se abusa de las pastillas —constató su madre, y no cabía duda de a qué familia se refería; Simon, el otro hermano de Micaela, apenas había pasado un solo día limpio desde que cumplió los catorce años.

—Te lo tomas tan a la ligera... —se quejó Micaela.

—¿A la ligera? ¿Yo? ¿Después de todo por lo que he pasado? ¿Estás loca? Pero tú tienes que quedarte a su lado y ayudarlo, ¿y por qué demonios no te arreglas un poco? Ponte un vestido, que se te vean las curvas, y deja de peinarte el flequillo hacia delante, que parece que te escondes. ¿Y por qué no te pones unos zapatos de tacón? Esas zapatillas blancas te hacen más baja de lo que eres.

—Mamá, no puedo más.

—Una mujer tiene que...

—Pero ¿no me habías dicho que eres feminista? —la interrumpió Micaela.

—Soy socialista, cariño, socialista, y creo que debemos ayudarnos unos a otros. Y, por el amor de Dios, un hombre como él... Un hombre de mundo... A una persona así hay que cuidarla y, además, deberías presentármelo antes de que sea demasiado tarde. Creo que le caería bien, a mí siempre me ha interesado la psicología. ¿No se te habrá olvidado que conocí a Erich Fromm en una ocasión?

—¿No era más bien que casi lo conociste?

—Vale, vale, quizá fue así. Pero he leído sus libros. Tendría muchas cosas interesantes que decir.

—Seguro —dijo Micaela mientras sentía que necesitaba salir de allí. Había sido una estupidez ir.

—¿Ya te vas?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Demasiadas, según Lucas.

Micaela le clavó una mirada irritada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada en absoluto. Solo te cuento lo que me ha dicho Lucas. Piensa que te estás creando problemas.

—Quizá quiero tener problemas.

—Bah, no digas eso, ahora suenas como tu padre.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Lucas solo quiere lo mejor para ti. Si supieras cómo ha cambiado últimamente... Natali es una buenísima influencia, y no me sorprendería nada que estuvieran pensando en tener un niño y convertirme en abuela, por muy increíble que suene —dijo antes de hacer un movimiento coqueto con el pelo.

—Déjalo —pidió Micaela.

—¿Que deje el qué? Creo que no estás siendo justa con él. De verdad. Dicen que vas husmeando en su vida y que haces un montón de preguntas desagradables.

Micaela alzó la mirada hacia la casa y la galería exterior desde la que su padre se precipitó hacía dieciséis años.

—Me da la sensación de que ya no estás de mi lado —dijo.

La madre dejó el sacudidor de alfombras encima del tendedero y se acercó a Micaela con los brazos abiertos.

—Cariño, amor mío. ¿Cómo puedes decir una cosa así? ¿De dónde has sacado eso? Pero si siempre estoy de tu lado. Solo que no quiero que te metas en líos. Lucas y yo estamos preocupados por ti.

—Preocupados por vosotros mismos más bien —murmuró, y se apartó del abrazo, mientras pensaba que no pertenecía aquí, pero tampoco al mundo de Rekke.

Capítulo 11

El secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, Magnus Rekke, se encontraba en el vestidor de su casa, en la calle Ulrikagatan, metiendo un traje negro en una funda de Huntsman & Sons, mientras se probaba el esmoquin y se ponía una pajarita. Iba a ir a Arromanches, un pequeño pueblo de Normandía, para asistir a los actos de conmemoración del sesenta aniversario del Día D, algo por lo que no sentía un interés especial.

La Segunda Guerra Mundial no solo era historia, sino algo manido hasta la saciedad. Prácticamente conocía todas y cada una de las batallas que se habían librado. Pero, por lo demás, la ceremonia era un auténtico regalo. Estarían todos: Bush, Blair, Chirac, Schröder y el amigo secreto de Schröder, Putin, y, joder, hasta la reina de Inglaterra, además de todas las eminencias grises, así que él no pensaba desaprovechar ni un solo segundo.

Pero, caray, cómo le apretaba el esmoquin. Y eso que se lo había puesto hacía nada, en la entrega del Premio Polar, y le quedaba como un guante. Era imposible que hubiera engordado desde entonces. Imposible. O quizá... Estaba claro que tenía que dejar la maldita cerveza y volver a beber vino. Mientras no tuviera que mantenerse sobrio, por Dios... Sonó el móvil. ¿Dónde diablos lo había puesto? Rebuscó entre sus jerséis y camisas hasta que al final lo encontró en el bolsillo del pantalón del traje gris que acababa de probarse. Para entonces el teléfono había dejado de sonar. Mejor. Aunque, Dios mío... Era Hans. ¿Había resucitado de entre los muertos, levantándose de su reino de sombras? Magnus le devolvió la llamada.

—¿Estás vivo? —dijo.

—*Morituri te salutant* —respondió Hans.

—Tengo un coche esperando para llevarme a Arlanda, así que sé breve —continuó Magnus disfrutando de hacerse el ocupado ahora que la lumbrera de la familia, el pequeño genio favorito de su madre, se perdía apático entre las nieblas de sus drogas en Grevgatan.

—Entonces, mejor te llamo en otro momento —dijo Hans a la defensiva.

Magnus no sintió más que desprecio.

¿Encima has empezado a doblegarte ante mí?

—Pero te puedo conceder cinco minutos, si te portas bien.

—Muy amable —continuó Hans, sin apenas atisbo de sarcasmo—. ¿No sabrás algo sobre el nuevo novio de Julia?

De modo que se trata de un asunto de familia, pensó Magnus.

—Solo sé que al parecer no lo ha sacado de las habituales familias nobles —contestó—. Pero no tengo detalles y no creo que Lovisa los tenga tampoco.

—Entiendo —dijo Hans, todavía dócil o quizá incluso preocupado de verdad, pero luego su tono cambió—. Acabo de acordarme de cómo tú y el Ministerio de Hacienda destrozasteis a Axel Larsson a principios de los años noventa.

—Así que lo que buscas es mi vieja brutalidad.

—Más bien lo que te dio la fuerza para mostrarla.

—Axel Larsson merecía ser destrozado.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —respondió Hans, mordaz, lo que también irritó a Magnus.

Solo faltaba que ahora le diera por defender a Axel Larsson.

—¿Acaso has olvidado a qué se dedicaba en los ochenta? Compraba inmuebles y obras de arte e invertía en empresas de armas como si fuera el rey Creso. Pero cuando intervinimos Nordbanken durante la primavera de 1990 resultó que estaba endeudado hasta las orejas, ¿y recuerdas lo que se decía en aquel entonces?

—No, ¿qué se decía?

—Si tienes un crédito de un millón, es tu problema. Si tienes uno de cien millones, el que está en un aprieto es el banco. Y si has tomado prestados miles de millones, el que se juega el culo es el Estado. Y en esas estábamos, con Nordbanken desangrándose por culpa de haber concedido malos préstamos, y no nos quedó otra que darle un toque de atención. Y no me avergüenza admitir que disfruté un poco haciéndolo. Axel subió a la sala de juntas hecho un figurín, engominado y luciendo esas grandes hombreras de los ochenta, pensando que lo tenía todo bajo control. Pero nosotros íbamos bien preparados y le planteamos un ultimátum: o nos quedamos con tus inmuebles y tus acciones, o te llevamos a la quiebra personal. Se puso

bastante pálido, pero al final, tras vociferar y protestar un rato, firmó. Cuando se marchó parecía haber encogido unos diez centímetros.

—Me imagino que supuso una gran alegría para ti.

—Disfruté un poco, como he dicho, pero sobre todo me sentí como un buen funcionario del Estado. Les devolvimos el dinero a los contribuyentes.

—Ya, bueno..., pero el banco quebró de todos modos.

—Resucitó con una forma nueva, como bien sabes, y si te preocupas por Axel Larsson, puedes dejar de hacerlo en seguida. Al parecer, se le vuelve a ver por Riche, con sus rubias jóvenes, bebiendo Dom Pérignon. ¿Por qué te interesa esa mierda?

—Porque el Estado no fue el único que se quedó con el patrimonio de Larsson, ¿verdad? ¿No colaborasteis también con una empresa húngara de inversiones?

Magnus se desabotonó los pantalones del esmoquin.

—¿A qué te refieres?

—Me he enterado por casualidad de algo que deberías haberme contado hace catorce años.

—¿El qué? —inquirió Magnus, molesto.

—Que os aliasteis con Cartaphilus, la empresa de Gabor Morovia.

El sudor empezó a manchar la camisa de Magnus. Hizo una mueca ante el espejo. Mierda, pensó. Pero consiguió reponerse y darle un tono bastante burlón a su respuesta.

—¿Esto guarda alguna relación con tu viejo gato?

—En cierto sentido —dijo Hans.

—Mis conocimientos jurídicos no están muy frescos en esos temas —continuó Magnus—, pero ¿el delito de *quema de gato triste* no habrá prescrito a estas alturas?

—Déjate de estupideces.

—¿O, dada tu autoridad de experto, quieres decir que quien quema animales de niño ocupa Polonia de adulto?

—Quizá un poco. Pero sobre todo me interesan las circunstancias objetivas. Gabor odiaba a nuestra familia, y por desgracia debo añadir que en parte no le faltaba razón. ¿Cómo es posible que hayáis colaborado como dos viejos amigos?

—Más bien éramos lobos luchando por la misma presa. Además, sinceramente, nunca lo vi. Por lo general, se mantiene en la sombra.

—Pero, cuando aparece, alguien sufre.

—Bah, venga, ya vale —dijo Magnus—. Tú mismo has dicho que los psicópatas realmente inteligentes son los que mejor se adaptan. Saben que a la larga no merece la pena cortar cabezas de caballo. Ahora Gabor es un hombre de negocios pragmático y astuto, nada más —añadió consciente de que no era del todo cierto.

—Qué reconfortante, querido hermano —replicó Hans.

—¿A que sí? Lo siento, pero... tengo que irme ya.

Miró su reloj de pulsera como para reforzar sus palabras ante sí mismo.

—¿Te acuerdas de Claire Lidman? —quiso saber Hans.

—No, creo que no —volvió a mentir Magnus.

—Imagino que fue ella quien concibió el plan para el golpe que le asestasteis a Axel Larsson.

—Ah, sí, es verdad —dijo fingiendo acordarse—. ¿No murió en una explosión en San Sebastián?

Quemada como tu gato, pensó, pero, naturalmente, no lo dijo.

—Eso es —respondió Hans—. Una personalidad interesante, aunque nunca llegué a comprender del todo de qué lado estaba.

—Del nuestro, claro. Del mío.

—Por supuesto.

—¿Insinúas algo?

—No se me ocurriría jamás. Pero corre, querido hermano, corre. Siento haberte puesto nervioso.

—No estoy nervioso —replicó con voz nerviosa.

Pero entonces Hans ya había colgado. Magnus se quedó delante del espejo con el esmoquin puesto preguntándose cómo Hans era capaz de resurgir del inframundo solo para meter el dedo en la llaga. Aunque seguro que había una explicación lógica. Solo las peores historias podían despertar a los muertos.

Capítulo 12

Madre mía, era tremendo hasta qué punto todo había sido horrible antes de ser maravilloso, pensó Julia.

Y lo peor de todo, su madre, claro. Le había puesto la cabeza como un bombo hablando de Lydia y de la plaza que había conseguido en Yale. Y no solo se trataba de Lydia, no, sino de toda una serie de amigas a las que habían admitido en carreras prestigiosas o que simplemente eran estupendas en general mientras que ella —ni siquiera tenía que decirlo— no hacía nada, solo estudiaba un poco de Historia del Arte y holgazaneaba sin la menor ambición de llegar a algo.

Seguramente suponía una vergüenza para la familia de cualquier manera imaginable, o pensándolo bien, no, no lo era en absoluto. Según su padre, más bien era lo correcto. Al principio hay que hacerse con una formación humanista, luego toca especializarse.

Aun así... su madre y su abuela y el tonto de su tío de Asuntos Exteriores no la dejaban en paz, y las viejas dudas regresaban: ¿acabaría siendo una decepción? Sus notas de bachillerato no eran muy allá y tampoco había nada en especial que la apasionara. Estaba como condenada a ser una persona mediocre; ¿y era siquiera particularmente inteligente? ¿Tenía acaso un ápice de la mirada de su padre sobre el mundo? Quizá solo había heredado sus demonios, y si era así no quedaba más que decir: «Felicidades, Julia. Te ha tocado el premio gordo».

Era bastante mona de cara, eso sí, lo que no dejaba de ser un plus. Pero sus muslos... Madre mía. Estaban demasiado gordos, y su barriga... Sin comentarios. Sobresalía descaradamente. Había llegado el momento de renunciar a cosas tan absurdas como el desayuno, algo que, dicho sea de paso, la llevaba a pensar en Christian. ¿Acaso hacía él algo más aparte de comer y decir gilipolleces? Bueno, ver porno online, poco más. ¿Y cuándo fue la última vez que le había hecho un cumplido?

Hacía cien años. Habría acabado dejándolo de todos modos. Pero ahora ese proceso se había acelerado. Cortó con él el lunes pasado, pero en la práctica la relación ya había muerto a las diez de la mañana del martes anterior. Un día que había empezado igual de mal que casi todos.

Iba paseando por Storgatan sintiéndose fracasada y sola. Además, le preocupaba su padre, pues se hallaba en un estado pésimo y lo único bueno que le había ocurrido en los últimos tiempos —el hecho de que Micaela se hubiera instalado en el piso— tocaba a su fin. Micaela ya no le aguantaba, cosa entendible, claro, pero aun así... ¿no podía tener un poco más de paciencia? No todas las personas eran tan fuertes. No todas se habían criado con la convicción de que la vida consistía en luchar o morir. Por lo demás, era una mañana nublada y un poco lluviosa. Había una manifestación en Strandvägen, algo sobre Israel, creía. Le dolían la cabeza y el estómago, y nada en absoluto apuntaba a que algo fantástico estuviera a punto de suceder. Pero cuando pasó por delante del restaurante Eriks Bakficka oyó una voz a sus espaldas:

—Perdón, disculpa.

Al darse la vuelta vio a un hombre de unos treinta y cinco años, vestido con unos pantalones chinos grises y una camisa azul. Llevaba unas gafas de sol Ray-Ban subidas a la frente, el pelo corto y era musculoso; sin duda, un tipo guay, de eso se dio cuenta al instante. No obstante, mostraba una sonrisa cautelosa, casi tímida, y ella también sonrió:

—¿Sí?

—Quería comprar unas cortinas —dijo.

—Cortinas —repitió ella y le dio la sensación de que conectaban de inmediato. Había algo cómico en eso de las *cortinas*. No pegaba con su imagen, y de eso eran conscientes los dos, como si en seguida hubiesen compartido una broma.

—Quería arreglar la casa un poco —continuó.

—Si buscas la tienda de telas, está al otro lado de Narvavägen, pero no creo que haya abierto todavía.

—Se ve que no tengo ni idea —dijo y volvió a sonreír, y entonces ella dio un paso acercándose a él y en seguida la incomodó el hecho de ser más alta. No había nada que odiara más que sentirse grande. Por otra parte, se le olvidó rápido. Sintió la presencia del hombre

como una descarga en el pecho, y la invadió una repentina confianza en sí misma. Como si se tratara de algo con lo que la mirada del hombre la hubiera dotado.

—Muy chulas las gafas —comentó.

Él se las bajó a los ojos al tiempo que ponía un gesto tonto como imitando a un héroe de acción. Ella soltó una risita y lo contempló más detenidamente. Madre mía, solo ya con su forma de mover las manos hacía que Christian pareciera soso e infantil en comparación.

—¿Sabes una cosa? —dijo él y tardó en continuar, como si de repente le hubiera entrado timidez.

—No, ¿qué?

—Eres muy muy guapa.

No se lo esperaba. Encajó esas palabras como una descarga y, aunque había algo en ella que quería despacharlo como el típico nuevo rico que se hacía el interesante, detectó una expresión insegura en su rostro, como de tanteo, que la reconfortó. Quizá también le resultaba familiar, como si lo hubiera visto antes; o al menos a alguien que se parecía a él, que era buena persona.

—Gracias —respondió y sintió el impulso de apartar la mirada.

Esperaba no haberse sonrojado, por Dios.

—Quizá ha sido una estupidez soltarlo así sin más.

Ella intentó pensar en algo ingenioso que decir.

—Ojalá hubiera más gente así de estúpida.

Él se echó a reír.

—Entonces, seguiré con gusto... siendo estúpido.

Ella bajó la mirada a los pies y a sus bailarinas sucias.

—A mis zapatos les vendría bien que los animaran un poco.

—Muy chulos.

—Aunque les vendrían bien unos tacones.

—Eso tiene fácil solución —dijo él como si quisiera comprarle un par de zapatos nuevos inmediatamente.

Luego no recuerda bien lo que ocurrió. Ese día no fue a la universidad, sino que dio un paseo con él. Por la noche la invitó a cenar en el Riche y entonces quedó aún más claro que no era como Christian. No hablaba de sí mismo todo el tiempo.

Mostraba un auténtico interés en ella y le daba totalmente igual si estudiaba en un sitio prestigioso. Le preguntaba por lo que *ella* quería, y para él carecía de importancia que fuera una *Rekke*. Ni

siquiera parecía sonarle el apellido de la familia. Solo tenía ojos para ella y en absoluto para su linaje, y cuando se inclinó hacia delante y dijo: «Perdona, te tengo que interrumpir, pero es que eres maravillosa», algo en su interior que llevaba tiempo dormido se estremeció. Era un presentimiento de felicidad.

Con su carisma —con su forma de dedicarle toda la atención— hizo que se diera cuenta de hasta qué punto y durante cuánto tiempo había llevado una vida triste, y ella, que siempre se había mostrado tan callada con Christian, empezó a darle a la lengua ahora, como si las palabras fueran un torrente sin fin. Desde entonces los días habían pasado volando, y a menudo le daba la sensación de que cuando iba por la calle más que andar bailaba. Sin embargo, no todo era fácil siempre. Seguía comiendo demasiado y los muslos estaban todavía demasiado gordos, pero ya no se sentía para nada como una decepción, ahora se sentía especial.

Por fin hay alguien que me ve de verdad, pensó.

Micaela ya estaba lejos cuando oyó los pasos de su madre a sus espaldas. Guardaba la esperanza de oír un «lo siento, he sido una tonta». Pero algo en la expresión de su madre le hizo dudar de que fuera realmente una disculpa lo que iba a escuchar.

—Cariño[1] —dijo.

—Sí, mamá. ¿Qué?

—¿Te has enterado de que han subido el alquiler? Y tengo que cambiar el lavaplatos; se pone como un polvo blanco sobre todo, y esa monstruosa máquina de café que compró Lucas...

Micaela hizo un gesto indicando que no le hacía falta saber más. Sacó la cartera. Allí había dos billetes de quinientas coronas y le dio uno a su madre.

—Muchas gracias.[2] Pero es que no es fácil, mi amor —continuó su madre—. Y la verdad es que no necesito pintar, en realidad. Pero significa mucho para mí y tengo talento. Lo dice todo el mundo, y estas pinturas que me hacen falta no te creerías lo que cuestan.

Micaela suspiró y le dio el segundo billete también. Después soltó unas palabrotas en silencio. ¿Lucas ni siquiera era capaz de encargarse de esto? Dinero tenía, dinero sucio, ganado a costa del futuro de los chavales del barrio, y encima alardeaba de ello. *Maldito gilipollas*.

Hombre de negocios, se llamaba a sí mismo. Narcotraficante debería decir, uno de esos que les metía una pistola en la garganta a quienes no se doblegaban ante él.

Micaela se iba calentando cada vez más, y no solo se trataba de ser hermana de un criminal con todas las letras. Más bien era la sensación de ser la única de la familia y del círculo de amistades que quería saber no solo lo que Lucas hacía hoy en día, sino quién había sido en realidad durante toda su infancia y juventud.

La vieja, Vanessa y Simon, su hermano menor —igual de desesperante, pero mucho más débil que Lucas y que vivía de las migajas que este le tiraba—, así como todos los demás que conocía en Husby, no querían saber nada, se limitaban a cerrar los ojos y a seguir como si tal cosa. No pillaban para qué servía la verdad si resultaba que podía interferir en sus vidas. Pero Micaela no pensaba rendirse solo porque la gente de su barrio la mirara mal.

Estaba decidida a averiguar exactamente qué era lo que Lucas se traía entre manos y, sobre todo, a encontrar a gente dispuesta a testificar en un juicio. Pero, claro..., se armaría un buen follón. Supondría la guerra abierta en la familia. ¿Aunque quizá era eso lo que en realidad deseaba? No solo era una policía que odiaba la delincuencia y que todavía soportaba peor que fuera su hermano quien la cometía, sino que también era una policía que quería problemas, tal y como le había dicho a su madre.

Quería que ocurrieran cosas y que las cosas cambiaran, aunque costara, y quizá por eso Rekke la sacaba de quicio. Su pasividad la provocaba. Era como ver a un purasangre tirado en la hierba sin ganas de moverse. Era un despilfarro obsceno, y aun así... qué diferente había sido. No hacía mucho tiempo había habido momentos en los que no solo había demostrado una mirada tan extrañamente clara.

A veces también todo su larguirucho cuerpo se mostraba inesperadamente alerta, como si aguardara un ataque. Podía quedarse inmóvil en una posición defensiva que parecía extrañamente entrenada, y había algo en ello que no cuadraba con la imagen que Micaela tenía de él. Daba la sensación de que se preparaba para un violento combate cuerpo a cuerpo. Pero dudaba mucho de que eso pudiera ser verdad. Era pianista y catedrático de Psicología, un intelectual frágil, no un maestro de taekwondo. Y aun así... algo podía activar en él una especie de explosividad latente. Se lo preguntaría

cuando volviera a ser el de antes.

Bajó al metro. En las paredes se veían anuncios de la nueva película de Harry Potter. Una voz en la otra escalera mecánica gritó:

—Deja de joder a tu hermano, poli de mierda.

Sonaba como Hugo, pero no estaba segura y no levantó la vista. El móvil zumbó, y se refugió en él esperando que fuera Rekke y que estuviera en mejor forma. Pero se trataba de una mujer mayor algo formal que se presentó como Rebecka Wahlin. Micaela tardó en situarla en su memoria, hasta que se acordó de que había trabajado con Claire Lidman en Nordbanken, y que habían hablado brevemente con anterioridad, pero que la mujer entonces no quiso decir nada, al igual que tantos otros peces gordos del banco. Como si la crisis económica desatada en aquellos días hubiese provocado un comportamiento que todos deseaban eliminar de su memoria.

—¿Llamo en mal momento? —preguntó.

—No.

—Hay una cosa en la que he estado pensando y sobre la que no lo he contado todo.

—¿Y qué es?

—Durante los últimos días antes de desaparecer, Claire conoció a un hombre que, creo, le dio miedo.

—¿Quién?

—Prefiero no decirlo por teléfono. ¿Tendrías tiempo para que nos viéramos? Vivo en Linnégatan, en Östermalm —dijo la mujer.

Micaela pensó que, aunque quizá ya era momento de aceptar que había abandonado la investigación sobre Claire Lidman, tampoco pasaba nada por hacerle una visita a esta señora y, en cualquier caso, no tenía otra cosa que hacer, aunque, naturalmente, estando en la primera semana de sus vacaciones, debería cogerse la tarde del viernes libre. Pero su vida estaba como estaba, en una especie de limbo, así que...

Llegaría en cuarenta minutos, dijo, y subió al vagón de metro sin advertir que unos ojos hostiles la observaban de nuevo.

Capítulo 13

Tenía claro que Magnus le había mentido. Pero Rekke no sabía cuánto, estaba demasiado afectado por sus pastillas y, a decir verdad, no le importaba especialmente. Por su parte, solo se había tratado de un ataque de curiosidad, nada más, creía, y si algo le preocupaba era más bien Julia. Llamó a su exmujer, Lovisa.

Ella contestó tras la segunda señal y cuando Rekke oyó su voz se dio cuenta de lo poco que la había echado de menos. A quien sí echaba en falta era a Micaela, y mientras Lovisa parloteaba sobre la casa en Djursholm y sobre alguna bomba de calor que había que cambiar, se preguntaba si, después de todo, no debería hacer un esfuerzo. ¿Acaso no añoraba a Micaela?

—¿Cuida bien de ti la señora Hansson? —quiso saber Lovisa.

—De una forma ejemplar —respondió—. Me preguntaba... ¿No te parece que Julia está delgada hasta un nivel inquietante?

—Al contrario, creo que está muy guapa. Cuida mucho su línea, gracias a Dios, y además, como tiene novio nuevo...

—¿Sabes quién es?

—No quiere presentármelo, y adivino que sus padres no se mueven en nuestro círculo precisamente. Pero mentiría si te dijera que me preocupa. Julia es una chica sensata, y el chico parece que la anima mucho. Hace tiempo que no la veo tan radiante.

Lees a las personas igual que un ciego, pensó. «Cuida mucho su línea»; y una mierda.

—Voy a llamar al doctor Richter —dijo—. Y que hable con ella.

—Por cierto, ¿no estabas tú igual a esa edad? Que te atraía todo tipo de personas.

—¿Te refieres a alguien en especial?

—A esa Ida Aminoff, por ejemplo.

Las venas se le hicieron visibles en el dorso de la mano.

—Murió —replicó.

—Lo sé. Pero estuvo a punto de arrastrarte a la perdición,

¿verdad?

Medio mundo pasó revoloteando por su cabeza.

—Puede —murmuró.

—Siempre has sido un desastre, Hans.

—Es una suerte que tú siempre hayas estado ahí como el gran ejemplo a seguir.

—Por cierto, ¿cómo te va con esa asistenta con la que te has liado?

Rekke se llevó la mano a la frente.

—No es una asistenta, y no nos hemos liado.

—Vaya, lo siento. Pero con ella no hace falta que te inquietes por ninguna delgadez preocupante. Magnus me ha dado una descripción muy gráfica. Al parecer es extranjera también, del sur, ¿no? Un poco india, incluso.

—Me pregunto... —empezó asegurándose de sonar casi tranquilo.

—¿Qué te preguntas?

—Si siempre has sido tan despectiva e idiota, o si es algo que te ha pasado en los últimos tiempos, al librarte de mi mala influencia.

Colgó y se arrepintió de sus palabras, al menos durante un instante. Luego, en cambio, se cabreó aún más y quería volver a llamarla para decirle que Micaela era mejor persona que ella y todas sus amigas juntas. Pero eso, evidentemente, solo sería infantil y, además, pronto aparecieron otros pensamientos en su cabeza.

No solo era Ida Aminoff, su gran amor de juventud o, en realidad, más que eso —la locura de su vida—, quien se presentaba ante él con total claridad por primera vez en mucho tiempo. Sino también Magnus y lo que había dicho y no dicho acerca de Gabor Morovia. Toda una serie de reminiscencias y reflexiones lo invadieron a raudales, como si algún tipo de dique se hubiese roto y, de repente, tuvo una idea, provocada por su enfado. La primera idea constructiva en una eternidad, y eso era un pequeño milagro, así que muchas gracias, Lovisa.

Quedaría con el financiero Axel Larsson, nada menos, y posiblemente tomaría un poco de champán él también. Siempre viene bien celebrar las crisis y los divorcios, ¿y qué mejor compañía que un ostentoso timador?

Micaela bajó del metro en Karlaplan pensando en todo y en nada, pero principalmente en Lucas. Eran tantas las cosas que había malinterpretado durante la infancia: dinero que él había tenido y que había dicho que había ganado como vigilante de seguridad en el centro, chavales que le lanzaban miradas de admiración, pero seguro que de miedo también, disparos que se habían producido y hombres que en días así se acercaban para susurrarle algo al oído.

Una parte estaba relacionada directamente con ella, como la desgracia de Jorge Moreno.

Jorge Moreno iba a la misma clase que ella en el colegio y todo el mundo le consideraba un poco como un perdedor, pero a Micaela le caía bien. Veía algo enternecedor en su desesperado empeño de ser querido, y no era tonto en absoluto. Se le daban bien las mates y lo sabía todo acerca de las ballenas y los delfines, y, aunque tartamudeaba y le costaba mirar a la gente a los ojos, podía ser increíblemente hablador en determinadas compañías, y a veces quedaban, pero no en plan serio. A Micaela nunca le atrajo ni estuvo enamorada de él. Pero sentía una afinidad, una voluntad de ayudarle, y una noche de viernes o sábado, cuando tenían dieciséis años y habían bebido bastante, Jorge la llevó a Lofotengatan. Quería enseñarle algo, dijo. Pero en esa calle no había nada, y Jorge empezó a comportarse de forma rara y la empujó contra la pared de uno de los edificios.

Al pedirle que se calmara, él perdió el control. Se le oscurecieron los ojos, le arrancó los botones de los pantalones y le desgarró las bragas. Ella le propinó un rodillazo y salió corriendo, y sufrió una mala caída cuando los pantalones se le bajaron. Llegó a casa cojeando y, en realidad, quizá no fuera algo tan importante; además, Jorge le gritó a la espalda:

—Perdón, Micaela, no quería hacerte eso, joder, no sé qué me ha pasado.

Pero debería haber ido al hospital cuando el dolor de cadera no se le pasaba y, desde luego, no tendría que haberle contado nada a Lucas. «No voy a dejar que nadie te haga algo así», dijo, y al principio esas palabras le sentaron fenomenal, al igual que siempre durante todos esos años en los que él cuidó de ella. Pero, al cabo de unos días, Jorge apareció con muletas, la pierna escayolada y un ojo morado. Se había caído del tejado del garaje de Bergengatan, dijo, y al principio

ella lo creyó. Todo el mundo lo creyó, o fingió hacerlo.

Ya se sabe lo torpe que es el tío, decían. Menudo perdedor, joder. Aunque poco a poco las cosas fueron cambiando. Los fines de semana ya no se le acercaba nadie para enrollarse con ella. Mantenían las distancias, y poco tiempo después Jorge y su madre se mudaron de Husby. Dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. Naturalmente, debería haber tomado cartas en el asunto, haber ido a ver a Jorge. Pero se engañó a sí misma, sin duda, como en tantas otras ocasiones durante aquellos años, y solo de manera subconsciente lo entendía.

Su hermano, su ángel guardián, su padre en funciones, le había dado una paliza de la hostia a Jorge; además, le había metido un miedo de muerte a la familia de este, y seguro que había hecho cosas peores por menos motivo. Se puso la mano en la cadera donde sintió una punzada de dolor, de verdad o como un dolor fantasma. Luego giró a la derecha para entrar en Linnégatan intentando sacudirse de encima el malestar que le había provocado su visita a Husby, pero no le fue demasiado bien.

Miró hacia atrás con la sensación de que alguien la seguía mientras apretaba el paso de forma un poco exagerada dirigiéndose hacia la casa de Rebecka Wahlin.

Capítulo 14

Axel Larsson no daba crédito. Algún maldito miembro de la familia Rekke quería invitarlo a una copa. Solo oír el nombre le sacaba de sus casillas. ¿Estás loco?, quería gritar. Antes tomaría algo con el mismísimo diablo. Pero el hombre —que era el hermano del secretario de Estado de Exteriores— afirmó que podían tener intereses en común y entonces le picó la curiosidad, a pesar de todo. Nunca se sabía. Incluso los hermanos pueden volverse enemigos, y ahora se encontraba de camino al hotel Diplomat.

Iba a cenar allí de todos modos, había quedado a las siete con el director financiero de Carnegie, así que no le importaba empezar con un par de copas con ese idiota de Rekke. Además, ¿no había sonado el hombre algo achispado? Daba igual, a él tampoco le parecía mala idea emborracharse un poco. Acababa de comprar un gran lote de acciones de Nokia y esos valores no podían más que subir. La adquisición hizo chisporrotear su nervio vital, un poco como antes, y lanzó ávidas miradas a las tiendas de Strandvägen y a las mujeres jóvenes que desfilaban por la exclusiva calle.

¿Acaso no me merezco una aventura, una pequeña locura?, pensó. Que sí, claro que sí, se contestó a sí mismo. Luego entró en el hotel. El conserje le recibió con una reverencia antes de señalar una mesa frente a la ventana donde se sentaba un caballero alto, delgado, que vestía una camisa negra y que tenía un rostro algo aguileño.

—El señor Rekke, supongo —dijo Axel Larsson.

—En efecto. Qué honor —replicó el hombre, y le dio la mano.

—Tranquilo —contestó magnánimo antes de tomar asiento y observar con calma al hombre.

Se trataba de una persona larguirucha, de gran estatura, con dedos extrañamente largos y unas facciones acentuadas, algo afiladas. Parecía cansado, como si llevara una semana sin dormir. Los ojos se veían acuosos y no había hecho un gran esfuerzo en acicalarse antes del encuentro precisamente: tenía el pelo despeinado y parecía que ni

siquiera se había abotonado bien la camisa. ¿Por qué diablos iba a hablar con semejante desgraciado? Bah, qué más da, joder, pensó. Lo consideraría un acto de caridad.

—Hans, ¿verdad? —dijo.

—Sí, eso es.

El hombre lo observaba con ojos entornados, como si se acabara de despertar, mientras se pasaba la mano por el desgreñado pelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Axel Larsson, ya aburriéndose.

—No tan mal, a pesar de todo —respondió el hombre—. No todos los días puede uno tomarse una copa con una institución financiera, con una leyenda. Déjame que te invite a algo especial.

Me está dando coba, pensó Axel al tiempo que paseaba la mirada por el restaurante en busca de mujeres de su gusto: a poder ser rubias y jóvenes, y mejor si tenían algo de cazafortunas, de esas que no le hacían ascos a un hombre de su edad.

—¿Qué te parece un par de copas de Roederer Cristal del 86? —continuó el hombre.

—Suena muy bien.

—Tengo entendido que acabas de hacer un gran negocio.

Axel Larsson lo miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Lo veo en tus pupilas y tu actitud, y en la forma un poco voraz, hormonal, de ver el mundo. Además, tus dedos tamborilean al compás de tres tiempos. Un poco como los caballos de carreras que quieren llegar a la meta y triunfar. ¿Qué has comprado?

—Es confidencial.

—Ah, ¿sí? ¿No sería más bien algo positivo que los demás, los que no estamos tan capacitados para los negocios, entráramos a comprar ahora para ayudarte a subir la cotización?

—Los amateurs deben mantenerse alejados.

—Claro, cómo no, aunque algunos de los amateurs somos lo suficientemente sabios como para saber que no sabemos nada.

—El futuro es incierto, ¿es eso lo que quieres decir?

—No solo incierto, desconocido. Pero, por supuesto, me rindo ante los expertos.

—Haces bien. Aunque al parecer eres un experto en champán.

—En absoluto —dijo el hombre—. Solo estoy fingiendo y,

además, ante todo quiero calmar mis nervios. Pero vayamos al grano.

—Tenemos intereses en común, has dicho.

—Exacto, los dos queremos incordiar a la compañía de inversiones húngara, Cartaphilus, ¿verdad?

Axel Larsson se sobresaltó. Una buena sarta de recuerdos desagradables desfiló por su cabeza.

—No es una empresa con la que te puedas enfrentar así como así.

—¿Por qué no? —quiso saber el hombre esbozando una sonrisa tan inocente que a Axel le entraron ganas de propinarle un puñetazo en la cara.

—Te destrozarán.

—Eso es algo que conviene evitar, desde luego. Por cierto, ¿conociste a Gabor Morovia?

Axel murmuró algo en respuesta mientras lanzaba nerviosas miradas a la calle.

—¿Perdón? —dijo el hombre.

—En aquella época yo estaba al borde de la ruina.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que Gabor Morovia difícilmente le habría dedicado tiempo a alguien como yo.

—¿Tan engreído es?

—Pregúntaselo a tu hermano. Gabor y él son íntimos, ¿no?

Llegó el champán y el hombre —Hans— brindó con él y, de repente, ya no parecía en absoluto un ingenuo, ni tampoco se mostraba especialmente zalamero. Más bien daba la impresión de que lo había calado con la mirada.

—Lo dudo —dijo—. Nuestro padre, Harald, como bien sabrás, dirigía una compañía naviera. Aunque me gustaría aprovechar esta oportunidad para dedicarle un par de palabras amables, me temo que no sería muy fiel a la verdad. Mi padre era un hombre duro y carecía de escrúpulos, y en los años sesenta logró, con sobornos y la creación de cárteles, llevar a la ruina a un competidor cuyo nombre era Morovia Shipping. El dueño, Sandor Morovia, acabó en la insolvencia, un poco como te pasó a ti, y al mismo tiempo le ocurrieron otras desgracias. Su esposa lo abandonó, se quedó solo con su hijo Gabor y se vio obligado a regresar a la Hungría comunista que odiaba. Al cabo de un tiempo, en un acto de misericordia, no por otra cosa, le dieron un puesto en la embajada en Viena. En nuestra familia, durante

mucho tiempo, vivimos felizmente ignorantes de esta historia. Pero pronto nos dimos cuenta, por la vía dura, se puede decir, de que Gabor nos odiaba a muerte.

—No creo que tu hermano renunciara a un acuerdo con el mismísimo diablo si sirviera a sus intereses.

Ahora el hombre mostraba una sonrisa más bien triste.

—No andas del todo desencaminado. Pero mi querido hermano también es una persona compleja y allí, en algún lugar, tiene un corazón, una lealtad que se extiende más allá de la primera victoria a la vuelta de la esquina. Gabor y él difícilmente serían capaces de construir una relación a largo plazo. Al menos eso espero. Por cierto, ¿qué sabes de él?

—¿De Morovia?

El hombre asintió con la cabeza.

—Que no conviene ser su enemigo.

—Es verdad. Pero, por desgracia, yo ya lo soy. Me crucé con él una vez después de un concierto que di en Berna.

—¿Eres músico?

—Fui pianista hace ya mucho tiempo, y Gabor se presentó en el camerino. Fue encantador conmigo. En esa época había defendido su tesis doctoral en matemáticas en el Trinity College de Cambridge, a una edad récord, por supuesto, y enseñaba métodos de evaluación de instrumentos derivados en la London School of Economics. Como bien sabes, era algo así como un niño prodigio, y asombrosamente amable.

—¿De verdad?

—Por desgracia, no le respondí con la misma elegancia, y cuando me dio su tarjeta de visita resulta que la rompí con bastante esmero. De modo que mi pregunta es sencilla: ¿cómo puedo contactar con él?

Axel Larsson observó al hombre preguntándose si hablaba en serio. ¿De verdad quería desafiar a Gabor Morovia, o tenía otros planes?

—Yo te recomendaría que lo dejaras en paz.

—Me temo que debo insistir.

—Tiene un contacto aquí en Estocolmo. Una abogada que se llama Alicia Kovács. La encontrarás en el bufete Adler, no muy lejos de aquí.

—¿Amiga quizá de la fallecida Claire Lidman?

—No creo —dijo.

—Por cierto, ¿cuándo viste a Claire Lidman por última vez?

—No me acuerdo —contestó, y sin darse cuenta empezó a tamborilear los dedos en un nuevo compás inquietante que el profesor Rekke leyó cual sismógrafo.

Capítulo 15

Rebecka Wahlin tenía un piso grande con libros por todas partes, y la actitud de Micaela hacia ella en seguida se tornó más benévola. Durante la primera parte de su infancia, la parte buena —cuando su padre todavía vivía—, su casa era una auténtica biblioteca. Pero, desde que su padre se precipitó por la galería exterior, Lucas se fue deshaciendo de los libros de uno en uno, aunque su madre protestaba todo lo que podía.

—¿Cómo consigues encontrar algo entre todo esto? —preguntó Micaela.

Rebecka Wahlin era alta y esbelta, de unos sesenta años, más o menos, con el pelo corto peinado hacia atrás, y llevaba una falda de cuadros escoceses y una americana negra. A pesar de su nombre sueco, su aspecto era asiático, con ojos oscuros y pelo negro azabache, y se advertía que se trataba de una persona acostumbrada a mandar. Sus movimientos emanaban autoridad.

—Los organizo por temas —respondió—. Allí están las biografías políticas, aquí a la izquierda hay libros de economía, y aquí, las novelas. También tengo una estantería de novela negra, y aquí... —Dio unos pasos hacia el salón—. Aquí están mis libros de ajedrez.

—¿De ajedrez? —repitió Micaela.

—Sí —respondió Rebecka—. Me ha interesado toda la vida. A veces jugaba contra Claire y perdía, claro.

—¿Por qué «claro»?

Rebecka se echó a reír mientras se dirigía hacia dos sillones blancos en el salón, situados delante de un cuadro con un paisaje marítimo de gran colorido. Micaela se quedó mirando la estantería con los libros de ajedrez. Había algo allí que la retenía.

—Porque contra Claire perdías. Ocurría siempre. Estaba por encima de nosotros, los meros mortales. Pero era buena ganadora y yo la perdonaba la mayoría de las veces.

Micaela se apartó de la librería y se sentó frente a Rebecka. Le

costó un poco mantener la concentración, pues sentía que algo la atraía hacia los libros.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Rebecka.

—No, gracias, estoy bien —dijo—. Me decías que... —No sabía muy bien cómo continuar y es que, en resumidas cuentas, la verdad era que había dejado la investigación de Claire Lidman—. Que había un hombre que la había asustado.

—Exacto. Es un tema sobre el que no lo he contado todo, ni siquiera a la policía.

Micaela levantó la mirada.

—¿Quieres decir que no comunicaste esa información?

—Quizá más bien que no la entendí del todo, y después de su muerte ya no parecía tener importancia. Y posiblemente quería ahorrarle el disgusto a Samuel.

—¿Qué disgusto?

—No quería que sufriera más. Es que era una pareja un poco atípica. Muchos no entendíamos muy bien qué veía Claire en él. Había una desigualdad evidente entre ellos: Claire tenía dinero, belleza, inteligencia, una carrera profesional, mientras que Samuel...

—Sí, ¿qué tenía él?

Rebecka Wahlin volvió a reírse, pero esta vez con mayor despreocupación.

—El físico. Tenía su cuerpo, sus músculos y sus amables ojos. Un poder de atracción enorme, sin duda. Si te soy sincera, yo misma lo sentí. También era muy atento y la mimaba mucho. Cocinaba, limpiaba, se encargaba de todo lo práctico, y luego era un carpintero fantástico. Pero sobre todo... —dudó antes de seguir.

—¿Sí?

—Teniendo en cuenta sus experiencias, creo que Claire sobre todo necesitaba un hombre amable.

—¿Qué experiencias?

—De eso justo quería hablarte.

—¿Así que no crees que se cansara de él? —preguntó Micaela.

—Podría haberse cansado, sin duda, y es posible que él la estuviera matando de amor, por así decirlo. Pero no creo que ese fuera el motivo por el que se marchó. No sé, ¿tú qué dices? —Rebecka hizo ademán de levantarse—. ¿No deberíamos tomarnos una copa o dos? Es viernes por la tarde y esta historia no se puede contar sin echarse

una copita al coleto.

—Sí, claro —dijo Micaela—. ¿Qué bebes tú?

—Vino tinto, un burdeos ligero, preferentemente.

—Vale —respondió Micaela, y Rebecka Wahlin atravesó el parqué en espiga con pasos enérgicos. Micaela se preguntó si no debería acercarse de nuevo a la librería; algo la atraía hacia allí.

Lo despachó como un impulso irracional.

—Cuéntame —dijo cuando Rebecka Wahlin regresó con una botella de vino y dos copas—. ¿Por qué crees que se marchó?

Julia estaba tumbada desnuda en la cama de su apartamento en Karlaplan con los ojos cerrados. Era feliz. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía feliz? Mil años. Era como si una ráfaga de viento hubiese barrido todos los viejos problemas, aunque, bueno, venga, vale, todavía tenía que comer un poco menos y no ser tan formal y aburrida. Pero en ello estaba. Abrió los ojos y le dijo a él:

—Soy un poco aburrida, ¿verdad?

Él se rio de esa manera perfecta, como si la palabra *aburrida* fuera lo último que asociaría con ella, y ella se enroscó a él en señal de gratitud.

—Me gustaría ser más alocada —continuó.

—¿Y qué te lo impide?

Sí, eso, qué, pensó ella, preguntándose si debería dejarse llevar y hacer alguna locura, sentarse a horcajadas sobre él, quizá, fingir morderle en el cuello como una vampiresa, seducirle de una manera menos aburrida. Pero se quedó tumbada a su lado, quieta, mirándole el pecho. Tenía un aspecto tan masculino y experimentado, con esos rasgos nítidamente marcados y sus músculos definidos, que ella más bien se sintió avergonzada y tuvo el impulso de taparse con el edredón.

Pero no quería parecer mojigata, menos ahora cuando quería ser más lanzada y alocada, y le acarició la barriga torpemente. Él le devolvió una sonrisa, igual de tranquilo y de segura que siempre, y quizá fue por eso que ella se sobresaltó cuando el cuerpo de él se tensó. Era su móvil, que emitió un pitido, y ella comprendió que él debía de haber apagado el teléfono las otras veces que se habían visto. No había oído ese pitido antes, y cuando él estiró la mano para

alcanzar el móvil, que estaba en la mesilla de noche, ella, hechizada, se quedó mirándole la espalda.

En la parte alta del omóplato había unos arañazos. ¿Eran de sus uñas? Tenían que serlo.

El cuello de él se movió hacia delante en un gesto tenso.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella.

Él no contestó. Se giró y la miró con ojos ausentes, y entonces ella resistió una vez más la tentación de subir el edredón para taparse, pero más no se le podía pedir. Necesitaba un par de palabras amables. Se había vuelto adicta a sus cumplidos.

—¿Crees que estoy lo suficientemente delgada? —dijo.

Él no pareció oírla. Se había quedado inmerso en lo que acababa de leer en el móvil y ella tuvo que repetir la pregunta para que el rostro de él se iluminara justo como a ella le encantaba.

—Eres perfecta.

Él se tumbó de nuevo a su lado y empezó a acariciarla del ombligo al cuello hasta que el movimiento de la mano se detuvo y apretó con el dedo justo entre las clavículas. Ella se quedó sin aliento. Algo primitivo y atávico se despertó en su interior, algo que a la vez resultaba atractivo y un poco amedrentador.

—¿Alguna vez has...? —dijo ella.

No sabía muy bien lo que quería preguntar. Pero pensó en su espalda. Aquella espalda había querido decirle algo.

—¿... hecho daño a alguien? —continuó ella, sorprendida de sus palabras.

—¿No lo hemos hecho todos? —contestó él para acto seguido llevar la mano al cuello de ella y clavarle en los ojos una mirada que brillaba, ella lo percibió en un instante de clarividencia, con algo sin límites, algo que nunca había visto en nadie.

—Yo no —respondió ella.

—¿No? —dijo él—. ¿Cómo está Christian hoy?

—No del todo bien, supongo.

—Ahí lo tienes —replicó él.

Ella lo meditó y sintió que quería decir algo filosófico, algo que mostrase que ella no era como las otras chicas con las que él había estado.

—¿Tenemos que hacer daño para ser libres?

Él sonrió, como si fuera una idea que nunca se le hubiera cruzado

por la cabeza, pero que justo por eso le divertía.

—Sí, quizá —dijo mientras le acariciaba el pelo con ternura, y entonces ella quiso preguntarle si no podía quedarse a pasar la noche.

Pero siempre solía tener que irse, así que se lo calló. En su lugar se apretó contra su pecho y lo rodeó con los brazos. No quería que se marchara nunca.

Capítulo 16

Rebecka Wahlin estaba sentada en el sillón blanco con su copa de vino en la mano. Tenía un aire soñador, como si quisiera posponer su historia o hablar de otra cosa completamente diferente.

—Cuéntame —repitió Micaela.

—Axel Larsson —dijo Rebecka—. ¿Lo conoces bien?

—Bastante bien.

—Pero eres demasiado joven como para acordarte de sus días de gloria, ¿no?

—Sí, quizá.

—Era cliente habitual de Studio 54 en Nueva York y compraba cuadros de Matisse y Picasso. Era la personificación del yuppie, el del dinero rápido que se dedicaba a la buena vida. A finales de los años ochenta su patrimonio ascendía a siete u ocho mil millones de coronas. Pero toda la ecuación se basaba en la subida del valor de los bienes inmobiliarios y de las obras de arte. Cuando el mercado cayó en picado en otoño de 1990, se vio en un buen aprieto. Por desgracia, no fue el único.

—Los bancos también estuvieron al borde de la quiebra.

—Especialmente nosotros en Nordbanken. Los intereses andaban por las nubes y habíamos ganado tanto con nuestros préstamos que perdimos la cabeza, y de pronto nos arriesgábamos a que los créditos impagados acabaran con nosotros, de modo que presionamos mucho para salvaguardar todo lo que pudimos. Pero no fue suficiente. Como sabes, esa primavera nos habían nacionalizado y pensamos, de una manera algo ingenua, que nosotros éramos los duros mientras que los funcionarios del Ministerio de Finanzas eran unos intelectuales blandengues. Pero, madre mía, qué equivocados estábamos. Magnus Rekke, de entre todos, apareció en una de nuestras reuniones de dirección.

Micaela se sobresaltó.

—¿De verdad?

Pensó en el día en que Magnus Rekke había irrumpido en el piso de Grevgatan confundiéndola con la asistenta y mirándola como si no valiera nada.

—Magnus, claro, era bastante joven en aquel entonces, y aún no estaba vinculado a Asuntos Exteriores ni a Kleeberger —continuó Rebecka—. Pero ya tenía un peso considerable en la Secretaría General del Gobierno y era a quien se recurría cuando los ministros no querían ensuciarse las manos.

—Me lo puedo imaginar —comentó ella.

—A Magnus lo había contactado un colega en Bonn, creo, y así se enteró de que Axel Larsson tenía un crédito igual de grande que el que había contraído con nosotros, o más, concedido por un banco de inversiones húngaro que se llamaba...

—Cartaphilus —completó Micaela.

—Eso es. Cartaphilus. Un nombre peculiar. Pero resultó ser una entidad importante.

—Eso tengo entendido —dijo ella, y se acordó de cuando Rekke le había preguntado al respecto.

Había sido una de las pocas veces últimamente en las que Rekke había dado la impresión de estar vivo de nuevo. La había mirado con ojos un poco funestos pidiendo más detalles. Pero en seguida se retiró a su habitación, igual de sombrío que antes.

—Axel había tomado prestada la misma cantidad de dinero de Cartaphilus que de nosotros —dijo Rebecka y bebió un poco de su vino—. Y no cuadraba. El respeto que habíamos sentido por él se esfumó por completo. No solo parecía un hombre dispuesto a correr riesgos, sino alguien sin ningún límite, como si ya desde el principio hubiera querido cavar su propia tumba. Luego tuvimos que reconsiderar esa idea también. Resultó que poseía bienes ocultos en Nobel Industrier, Saab y Airbus, y acordamos que Cartaphilus y nosotros trabajáramos por una reconstrucción o, para expresarlo de forma más cruda, una adquisición.

—¿Y Claire tuvo un papel protagonista?

—Sí, supongo que fue así. Magnus Rekke en seguida se dirigió a ella como su interlocutora principal.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Por todo tipo de motivos, supongo, más que nada porque ella sabía cosas de Cartaphilus que los demás desconocíamos, y quizá

también porque queríamos involucrarnos lo menos posible. Por eso la responsabilidad recayó al final en Claire y en el director ejecutivo de Nordbanken, William Fors, o Wille, como lo llamábamos. Claire y él iban a reunirse con los representantes de Cartaphilus para una conversación inicial, y esa es en realidad la historia por la que te he llamado —continuó Rebecka Wahlin, y apuró la copa.

Rekke salió del hotel Diplomat y entornó los ojos bajo el sol vespertino. ¿Qué tenía él que ver con Axel Larsson? Nada, suponía. Pero era verdad, había conseguido un nombre, un contacto, y ¿quién sabe? ¿Quizá eso lo sacaría un poco de su desánimo?

Se había cruzado con Gabor Morovia también de adulto o, pensándolo bien, quizá no tan adulto. No había sido mucho mayor de lo que Julia era ahora y estaba perdidamente enamorado de Ida Aminoff. Se encontraba en un camerino en Berna después de haber tocado el concierto de piano de Ravel cuando lo avisaron de que había un joven que quería verlo.

Se negó, no tenía fuerzas. Pero el joven caballero se presentó de todos modos y, de repente, ahí estaba, en el hueco de la puerta, con un ramo de flores en la mano y asegurando que nunca había oído a nadie tocar a Ravel de forma tan expresiva y melancólica. Rekke contestó: gracias, ¿con quién tengo el honor de hablar?

No le hizo falta esperar la respuesta. El hombre, que era moreno e iba vestido de manera extravagante con un traje gris de chaqueta cruzada y un elegante fular rojo en el cuello, dio un par de pasos hacia delante. Se oyó un débil pitido en su respiración, un sol que bajó a un fa sostenido, y entonces Rekke se levantó de un salto como preparándose para defenderse de una llave de judo. Pero Gabor Morovia pareció no advertirlo, pues se limitó a darle el ramo de flores y a tenderle la mano, por lo que Rekke no vio otra salida que estrechársela.

—Qué visita más inesperada —dijo.

—He pensado que deberíamos hacer borrón y cuenta nueva y ser amigos.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad?

—He oído que no solo tocas de forma brillante —dijo Gabor e hizo un gesto señalándose los ojos—. También tengo entendido que

sabes observar, no solo mirar ciegamente como los demás.

—No lo sé —respondió Rekke mientras, con rapidez, intentaba hacerse una idea general de cómo era el camerino.

—Dicen que sabes leer a las personas y los lugares —continuó Gabor.

—Y entiendo que tú, por tu parte, eres un hacha con los números.

Gabor avanzó otro paso más y no cabía duda de que su cuerpo se mostraba igual de explosivo ahora que antes. Daba la sensación de que en un instante podía transformarse en algo agresivo y ágil.

—Me interesan los patrones, las señales inquietantes, lo que precede a los cambios dramáticos —explicó Gabor.

Rekke dejó a un lado las flores para tener las manos libres.

—Suena como un interés valioso —dijo.

—Sobre todo lucrativo. Quien prevé los movimientos repentinos es el dueño del futuro.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —respondió Rekke retrocediendo un par de pasos.

Acto seguido agarró una jarra de agua que había junto al espejo sin saber del todo qué hacer con ella. Pero luego sirvió dos vasos y le dio uno a Morovia.

—Me temo que no tengo mucho más que ofrecerte.

—Con haber podido venir me basta. Aquí tienes mi tarjeta. He montado una empresa, y un pájaro me susurró al oído que te habías cansado de la vida como pianista.

Rekke cogió la tarjeta y contempló tanto las manos de Gabor como la posición de sus piernas y la parte superior de su cuerpo. Casi de manera automática, como un instinto de supervivencia, dibujó en su cabeza toda una serie de escenarios de lucha.

—Ah, ¿sí? —dijo.

—He oído que has afirmado que la música carece de *claritas*, y que querías buscarte otra cosa. Y eso me interesó. Quizá podríamos colaborar.

La mirada de Rekke recorrió las líneas que formaban los músculos del hombro de Gabor y no se detuvo hasta llegar a las arrugas de su frente.

—El problema es que me cuesta olvidar —dijo—. Es un defecto que tengo. Las cosas se me quedan grabadas, a fuego.

—La maldición del talento.

—También puede ser síntoma de inercia. Una dificultad para seguir adelante.

—Lo dudo.

Rekke bajó la mirada a la tarjeta que sostenía en la mano y descubrió el nombre de la empresa. Se estremeció con desagrado.

—¿Y ese nombre? —murmuró.

—Sí, pues me vino a la cabeza, así sin más —respondió Gabor, y en ese momento Rekke perdió el control.

Agarró a Gabor y lo empujó contra la pared con una fuerza y una rapidez que le sorprendieron incluso a sí mismo. La cara de Gabor resplandeció como si le hubieran inyectado una nueva vitalidad.

—Solo era un gato, amigo mío. Un gato. Puedo compensarte regiamente.

—Fuera —le espetó Rekke, y, asiéndolo de la solapa de la americana, le pegó un tirón tan fuerte que la tela se rompió.

Luego lo echó del camerino con dos o tres movimientos rápidos que debía de haber preparado inconscientemente. Gabor se tambaleó, pero sin llegar a caerse, y tampoco entonces pareció perder la compostura. Aun así, cambió. Fue como si creciera, y, al igual que la primera vez que se vieron, los ojos le mudaron de color: del verde a algo casi negro.

—Lárgate —espetó Rekke.

—Si insistes. Pero he oído que has empezado a salir con Ida Aminoff, toda una conquista, somos muchos los que hemos soñado con ella.

Rekke dio un paso hacia él, preparado para volver a atacarlo si fuera necesario.

—¿Y? —dijo.

—Solo quería felicitarte —continuó Gabor—. Y comentar que tienes que cuidar de ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Solo que es una joven a la que le gustan las drogas y las alturas. Sería una pena que le ocurriera algo.

—Si la tocas...

—Entonces ¿qué pasaría? —le retó Gabor con aire siniestro, como si tuviera pleno control de la situación y encontrase placer en ello.

Pero Rekke no contestó, sino que se limitó a clavarle una mirada

furiosa, y Gabor se despidió con un movimiento de cabeza. El ritmo de sus pasos al marcharse se quedó grabado para siempre en la mente de Rekke, y ahora, al cabo de muchos años, mientras estaba en Strandvägen, volvía a él como el preludio de una catástrofe inminente. ¿Qué iba a hacer?

Nada, fue su conclusión. Tengo una hija, tengo amigos, tengo algo que al final puede llamarse vida. Voy a dejar en paz a ese hijo de puta. Después regresó a Grevgatan y pensó en Micaela, en ese brillo que había en sus ojos, que le hacía querer ser mejor persona.

Capítulo 17

Rebecka Wahlin se sirvió otra copa de vino y se quedó mirando fijamente por la ventana.

—Claire se reunió con un representante de la empresa —dijo Rebecka—. Alicia Kovács, se llama. Es húngara, pero lleva muchos años viviendo en Estocolmo. Hemos coincidido alguna vez y me cae bien. Es abogada y economista, de un nivel extraordinario, debo decir. Por eso resulta sorprendente que trabaje para esta compañía que cada vez se asocia más con el crimen organizado. Pero para ellos vale su peso en oro, claro. Da una imagen respetable de cara al público, y por lo visto Alicia ya conocía a Claire de antes y le propuso que se reuniera con el dueño de la empresa. En seguida se convirtió en algo importante.

—¿En qué sentido?

—En aquel momento no sabíamos quién era él. La empresa estaba registrada bajo una fundación en Suiza y el nombre del propietario no se había hecho público. Pero cuando empezamos a investigar comprendimos que circulaban muchos rumores acerca de esa persona. Decían que poseía un poder casi hipnótico sobre la gente y que era un negociador infernalmente habilidoso, así que, como comprenderás, nos preocupaba. Teniendo en cuenta las cantidades de dinero de las que se trataba, para nosotros resultaba de extrema importancia no ceder, y William Fors, nuestro director ejecutivo, insistía en participar en la reunión. Pero al parecer eso era imposible. El dueño recibiría a Claire sola o no recibiría a nadie. Sopesamos los pros y los contras durante mucho tiempo. Pero al final acordamos que sería bueno establecer un contacto, y Claire, desde luego, no era una mala emisaria, ni mucho menos. Por eso la preparamos a conciencia y le proporcionamos una buena documentación, y a mí me tocó asegurarme de que tuviera un look de siete millones de dólares. No vendría mal que causara una buena impresión de todas las maneras posibles, así que nos fuimos de compras. Supongo que yo me lo

planteé como una pequeña aventura, pero en seguida advertí que Claire estaba cambiada. Se la veía intranquila y me preocupé. «¿Has coincidido con el dueño antes?», pregunté. Claire no respondió, y recuerdo que el nombre de la empresa me intrigaba. Quiero decir... ¿A quién se le ocurre llamar a tu empresa como el hombre que fue condenado por Dios?

—¿Condenado por Dios?

—Lo consulté y me enteré de que Cartaphilus es un nombre que a lo largo de la historia se ha empleado en lugar de Ahasverus, quien según el mito no dejó que Jesucristo descansara en el quicio de su puerta.

—Un poco extraño.

—Sí, exacto, un poco raro. Pero ¿sabes lo que contestó Claire? «Es malvado», dijo. *Malvado*. Sonaba tan..., no sé, tan anticuado, y yo intenté aligerar el ambiente echándome a reír. Pero se negó a seguirme la corriente y cambió de tema. Dijo que iba a coger la bici para ir a la reunión.

—¿La bici?

—Siempre iba en bici a todas partes y no quiso que la lleváramos en la limusina del banco, como teníamos pensado.

—¿Cuándo fue eso?

—Seis o siete semanas antes de que desapareciera. Fue un jueves, creo. Insistió en que ninguno de nosotros pasáramos a verla para hacer un último repaso de todo. Quería prepararse sola y los demás ni siquiera nos enteramos de dónde iba a celebrarse la reunión. Estuve toda la noche esperando a que me llamase para contarme cómo le había ido. Pero no lo hizo. No la vi hasta el día siguiente y entonces llevaba un jersey de manga larga y le costaba andar.

—¿Le costaba andar?

—Al menos había algo esforzado en su forma de moverse.

—¿Qué había pasado?

—Dijo que había bebido demasiado y que se había caído con la bici, pero que no ocurría nada, aseguró, aunque no acabé de creérmelo. Por lo demás estaba completamente centrada en la presentación del plan de reconstrucción que ella y el dueño habían acordado, y sobre el que discutimos un montón en Nordbanken. El tema se impuso sobre todo lo demás y hubo bastante jaleo y gente gritando que ella había salido perdiendo. Pero gran parte de todo eso

no era más que envidia y mentiras, y lo que ella, y nosotros, habíamos conseguido supondría una enorme transformación en la industria sueca. Se trataba de un planteamiento agresivo, elegante. Trabajamos a fondo los detalles del acuerdo que William Fors y Magnus Rekke iban a presentarle a Axel Larsson, y yo...

—Pero esto que me cuentas es una cosa muy gorda —interrumpió Micaela—. ¿Alguien le habría dado una paliza, o tú qué crees?

Rebecka Wahlin apuró su copa y, de repente, se la notó incómoda.

—No, no sé... Después, Claire le quitó importancia al tema y pronto se recuperó.

—Dijiste por teléfono que estaba asustada.

—Esa era mi sensación, sí.

Micaela pensó en la historia de Samuel Lidman. Él no había dicho ni una palabra de que la hubiera notado asustada durante las últimas semanas. Lo único que había mencionado era que le había dolido el estómago y que se había encerrado en el baño.

—¿Se lo contaste a la policía?

—Les dije que creía que le había sucedido algo desagradable durante la reunión con el dueño de Cartaphilus. Pero no tenía detalles, y me dio la impresión de que a Lindroos no le pareció muy importante.

—Idiota —murmuró Micaela.

—Sí, seguramente.

—¿Os enterasteis luego de quién era el dueño?

—Sí, claro.

Rebecka volvió a parecer incómoda.

—¿Y puedes decírmelo, por favor?

—Se llamaba Gabor Morovia.

—¿Te ha costado pronunciarlo?

Rebecka soltó una risa nerviosa.

—Sí, quizá.

—¿De modo que era un poco malvado?

—Supongo que eso sería pasarse. Es una persona importante en el ámbito económico, serio, con amigos poderosos en todo el mundo.

—Pues eso tampoco demuestra lo contrario precisamente.

—No, quizá no, y a veces me lo pregunto... No hay muchas fotos de él ni mucha información en internet. Pero William Fors, nuestro

director ejecutivo, una vez nos puso una grabación de su voz. Creo que la había hecho él mismo con su móvil, y tengo que admitir que me dio escalofríos. Resultaba casi imposible imaginarse a alguien negándole algo a esa voz.

—¿Qué quieres decir?

—No sé exactamente —respondió Rebecka Wahlin—. La voz me afectó. Como si quisiera llevarme a un lugar oscuro.

—Vaya, suena muy dramático.

—Quizá estoy exagerando.

Micaela reflexionó unos segundos mientras se inclinaba hacia delante.

—Eso que le pasó a Claire —dijo—. ¿No hay algo más que puedas contarme?

Rebecka se quedó pensando.

—La verdad es que no —replicó.

—Esa no es una buena respuesta para un policía —comentó Micaela.

—De acuerdo, hay una cosa que no le he contado a nadie porque creo que solo existe en mi imaginación.

—Te escucho.

—Se trata de la figura de Claire justo antes de que desapareciera. Tuve la impresión de que parecía embarazada.

—¿Bromeas?

—No, no. Es que había contado que Samuel quería niños y que estaba planteándose dejar la píldora, y por eso un día en el trabajo tuve la osadía de comentarlo. ¿Debo felicitarte?, dije señalando su barriga. Ella se lo tomó a mal, y creí que había herido sus sentimientos. Aunque después me pregunté...

—¿Si no estaría embarazada a pesar de todo?

—Sí, quizá.

—Pero ¿de otro, no de Samuel?

—Sí, quizá, y no podía dejar de pensar en su educación católica. Me pregunté si realmente sería capaz de abortar en una situación así.

Micaela asintió con la cabeza y se levantó, como si, de repente, tuviera prisa por hacer algo.

—Se podría especular con un... —dijo, pero no terminó la frase.

—¿Una violación?

—Quizá —respondió—. ¿Has hablado con Samuel de esto?

—No —admitió Rebecka—. No me he visto capaz.

Pero cómo es posible, joder..., pensó Micaela. Se despidió y llamó a Samuel Lidman mientras bajaba la escalera.

Capítulo 18

Samuel Lidman se estaba echando cal en las manos y apretándose el cinturón de halterofilia cuando sonó el móvil.

Se encontraba en el gimnasio de Hälsingegatan, su segunda casa, se podía decir. Entrenaba allí desde que el sitio se llamaba Rellos, cuando aún no tenía vestuario femenino. En esa época había un letrero encima de la entrada donde ponía: LAS CHICAS MALAS NO ESTÁN MAL, y por todas partes colgaban fotos de Arnold Schwarzenegger y Frank Zane.

Era un mundo de hombres, y en ese mundo Samuel había sido el rey.

Cuando curvaba la espalda para hacer ocho repeticiones de ciento sesenta kilos en press de banca, la gente lo miraba fijamente, hechizada. Luego los chavales lo contemplaban embelesados mientras posaba en el vestuario y se echaba linimento en las lesiones. Una gran diferencia con el mundo exterior, donde lo atormentaban los sentimientos de inferioridad y sus noventa kilos de músculos bien definidos no valían nada. La mayor parte del tiempo se sentía como un cero a la izquierda. Pero aquí estaba en su elemento, por lo que cogió el teléfono de su bolsa sin importarle lo más mínimo hablar demasiado alto.

Después, aun así, bajó la voz y salió al pasillo. Lo llamaba Micaela Vargas, la policía que vivía con el profesor Rekke, y le hizo una pregunta que en seguida lo alteró. ¿Podía haber sido Claire víctima de un abuso durante su encuentro con el dueño de Cartaphilus? Él contestó que no, no lo creía en absoluto. Pero los pensamientos echaron a andar de todos modos y le vino a la mente aquella noche. La había esperado despierto. Ya antes había sentido que se trataba de una reunión importante, incluso un poco fatídica, pero no sabía gran cosa del contenido; Claire siempre se parapetaba tras el secreto profesional de la banca. Recordó que la puerta se abrió en torno a la una o una y media de la madrugada. Ella entró en

silencio, con pasos sigilosos, y se encerró en el cuarto de baño. La oyó sollozar allí dentro y se levantó y preguntó: «¿Cómo estás, cariño?». Ella dijo: «Estoy bien, es que me he caído con la bici, nada más, la falda era demasiado ancha», y la explicación le sonó creíble.

Ella siempre iba en bici, incluso con tacones y vestida con sus mejores galas, y a la mañana siguiente él mismo vio que la rueda estaba torcida y un par de radios, rotos. No había nada que indicara que alguien le hubiera hecho daño a Claire adrede, entonces no, no durante los primeros días. Pero luego empezó a preguntarse, es verdad. Ella no le dejó acercarse durante una semana o más, y parecía que lo que le dolía era sobre todo el estómago, algo que no cuadraba con el accidente de bici. Una noche, cuando ella volvió a salir del cuarto de baño tras haber pasado mucho tiempo allí dentro, murmuró un perdón que a él le resultó inquietante.

—¿Perdón por qué? —inquirió él.

—Por haber ido a esa reunión.

Pero por mucho que él la presionó no dijo nada más. Poco tiempo después aquella escena parecía olvidada y los días siguieron igual de luminosos que siempre, hasta que llegó la catástrofe.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Samuel.

—Solo quiero saber si algo grave le ocurrió a Claire antes de que desapareciera —aclaró Micaela Vargas.

—¿Te has enterado de algo más acerca de la foto?

Micaela Vargas permaneció callada un instante.

—No —dijo y añadió—: ¿Alguna vez intentaste contactar con él?

—¿Con quién?

—Con el dueño de Cartaphilus.

—En alguna ocasión al principio, pero eso era mejor olvidarlo, me dijeron. Todos me aseguraron que él no tenía nada que ver.

—¿Quiénes son todos?

—La policía y los jefes de Claire.

—Me parece muy raro que estuvieran tan seguros de eso.

Micaela colgó y salió a la calle, sumida en pensamientos. Pero no solo era el encuentro de Claire con Morovia lo que ocupaba su mente. También había otra cosa que había visto, o más bien intuido, en casa de Rebecka Wahlin y que le cubría los ojos como un irritante velo.

Pero no comprendía qué era, y la única sensación clara que tenía era la del hambre. ¿Qué iba a hacer? ¿Sentarse a comer algo en algún sitio y reflexionar sobre todo? Sonaba razonable. Giró a la derecha y vio una limusina que estaba esperando con el motor en marcha en Ulrikagatan. Detrás de ella un Porsche negro salió del garaje en frente de la iglesia de Oscar.

Qué locura de barrio, pensó. Vanessa tenía razón; Östermalm no era para ella. La invadía una sensación de vulnerabilidad en ese entorno y pensó en Jonas Beijer, su antiguo compañero en la brigada de delitos graves en Solna. A él este mundo no le resultaría ajeno, pero comprendería en seguida hasta qué punto ella se encontraba incómoda en él y hallaría la manera de que se sintiera mejor. ¿Debía llamarlo para desahogarse? No era mala idea, se animó un poco al pensar en ello. Alguien gritó:

—¡Micaela!

Miró calle abajo, hacia Narvavägen, y descubrió una figura familiar. Era Julia, la bella y joven Julia, que fue a su encuentro con pasos rápidos. Había algo nuevo, ampuloso, en su forma de moverse. Llevaba unos vaqueros rotos y una cazadora de cuero que le llegaba hasta la cintura, y ya no parecía la niña bien de antes. O, mejor dicho, sí que lo parecía, aunque una niña bien que quería dárselas de dura y decadente, pero que no lo lograba del todo, y que además daba la impresión de haberse vestido deprisa y corriendo. Iba despeinada, como si acabara de despertarse, o de hacer el amor. La blusa colgaba fuera de los pantalones; y, por cierto, ¿no había adelgazado también?

Micaela siempre había envidiado casi todo en Julia: su clase, su belleza, su cultura, que había mamado desde que nació, la esbeltez de su cuerpo y la vivacidad en su mirada, que recordaba a su padre. Pero ahora resultaba diferente, y por primera vez Micaela se preguntó: ¿está, de verdad, bien? Apartó de su mente aquel pensamiento. De alguien como Julia era de lo último de lo que debía preocuparse, de modo que estiró los brazos para darle un abrazo.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —dijo ella.

Micaela la miró a los ojos.

—Estás radiante.

O al menos quieres parecerlo, pensó.

—Sí, quizá —contestó Julia sonrojándose ligeramente.

—¿Estás enamorada o algo así?

—Algo así.

—Qué emocionante —continuó Micaela, pero sin mucho entusiasmo, quizá porque por un momento le pareció vislumbrar al elegido.

Lo intuyó en el nuevo estilo de Julia y en su mirada, y pensó que ella también había conocido a chicos así, tíos guais que te miran y en seguida quieres ser otra, alguien a quien te imaginas que el chico en cuestión va a querer un poco más.

—¿Quién es?

—Es bastante reciente. Ya te lo contaré. Pero te quería preguntar una cosa... —dijo Julia, y la miró con intensidad, como si se le hubiera ocurrido algo inesperado.

—¿Qué? —contestó Micaela.

—Si un chico se larga de repente, así sin más, o sea, en un segundo, y dice que en seguida vuelve, ¿qué puede significar?

Micaela la miró, sorprendida por la pregunta, y sorprendida de que Julia, quien solía poder sacar conclusiones mejor que la mayoría, le hiciera esa pregunta a ella que nada sabía de las circunstancias.

—Pues supongo que puede significar cualquier cosa.

Julia pareció sopesar la respuesta.

—Sí, claro, perdón. Ha sido una pregunta tonta.

—Que no, para nada. ¿Adónde vas?

—Solo quería dar un paseo y pensar un poco —continuó Julia.

Micaela se preguntó si debía ofrecerse a acompañarla, pero todavía había algo en ella que la reconcomía por dentro y quería estar sola con sus pensamientos.

—¿Y tú? —dijo Julia—. ¿Vas a ver a mi padre?

Micaela negó con la cabeza.

Julia miró hacia Strandvägen.

—¿No te habrás cansado de él? —dijo.

Desde luego que sí, me he cansado de él.

—No, simplemente tengo otros planes —respondió Micaela.

—Te necesita.

—Se las arreglará.

—Se le han ocurrido un montón de historias absurdas. Ve oscuras amenazas por todas partes. Incluso piensa que el chico que he conocido, que es superbueno y...

Julia no terminó la frase.

—Estoy preocupada —admitió en su lugar—. Necesita ayuda.

Yo no soy ninguna maldita enfermera, pensó Micaela.

—Tiene a la señora Hansson —dijo.

—Sí, claro, pero contigo papá se espabila. Le sientas bien, y a veces creo que...

—¿Qué crees?

—Nada. Ya sacarás tus propias conclusiones. Pero me alegraría muchísimo que le echaras un vistazo —continuó Julia.

—En otra ocasión —dijo Micaela, distante, pero en seguida se rehízo y se despidió de Julia con un abrazo diciéndole que seguro que todo iría bien con el novio nuevo.

Después se marchó de allí sin saber adónde ir y sin reparar en los pasos que la seguían a tan solo diez metros de distancia.

Capítulo 19

Rekke estaba sentado delante de la pantalla de su ordenador buscando información sobre Axel Larsson. Mientras leía cada puñetera palabra que se había escrito sobre él, pensó en lo extraordinariamente preocupado que se había mostrado el viejo rufián cuando el nombre de Claire Lidman salió en la conversación. No solo fue el tamborileo neurótico en la mesa de roble. También fue todo el vertido de microexpresiones faciales propias de la mentira: un trazo de vergüenza en los ojos que intentó reprimir a toda costa, y que por eso se le había desplazado hacia abajo, hacia la boca, en un espasmo fugaz. ¿Podía haberle hecho Axel Larsson algo a Claire?

Posiblemente. Por otra parte, ya no era capaz de interpretar a la gente. Tenía el cerebro hecho papilla. Si ya estaba mal con los opiáceos, ahora el champán, que le había subido el ánimo durante unos instantes, lo había deprimido todavía más. Entró en el cuarto de baño para echarse agua fría en la cara, lo que le alivió tan solo durante un segundo.

La niebla que cubría el mundo aún permanecía, y cerró los ojos dejando que unos colores desordenados danzaran ante él hasta que fueron despejándose y se convirtieron en imágenes. Entonces vio a Micaela: Micaela corriendo hacia él en el andén del metro por la noche, Micaela mirándolo como si la hubiese decepcionado profundamente.

Decidió llamarla para pedirle perdón y decirle que se encontraba mejor. Si hasta había tomado champán con un millonario para intentar obtener información acerca de un enemigo, maldita sea; ¿acaso no era eso una señal —tan válida como cualquier otra— de iniciativa? Pero por mucho que los buscara no lograba dar con el móvil ni con la cartera, y al final empezó a levantar cojines y edredones sin orden ni concierto e, incluso, abrió el congelador y la nevera y miró en la basura. Dios mío, ¿qué le estaba pasando?

Cansado de sí mismo, cansado de todo, se dejó caer delante de su

Steinway y llevado por un capricho empezó a tocar *Un sospiro*, de Liszt, una pieza en la que las manos se cruzan y que le divertía cuando era joven, y aunque al principio solo era una manera de calmar los nervios, pronto se olvidó del mundo exterior y se perdió en la pieza. Dejó que toda su tristeza y todo su tedio se manifestaran en los tonos. Era como si la música lo transportara; quedó atrapado por ella y comenzó a mecer el cuerpo de un lado a otro. Por eso tardó en darse cuenta de que llamaban a la puerta y, aunque solo deseaba ignorarlo, se levantó y dio un paso en falso. «Joder...», murmuró. Luego abrió y durante unos segundos no entendió nada.

Micaela paseaba por Storgatan, ajena a la ciudad. Pero ya no pensaba en Rekke o en Julia, ni siquiera en lo que Gabor Morovia podría haberle hecho a Claire Lidman, sino en la estantería dedicada al ajedrez de Rebecka Wahlin. Micaela había intuido algo allí, entre los libros. Era un pensamiento que cada vez cobraba mayor fuerza, algo importante había brillado fugazmente entre los lomos de aquellos volúmenes. Y entonces, al darse la vuelta de golpe, descubrió a Hugo Pérez. ¿Qué hacía él ahí?

Acababan de verse en Husby, y le extrañaba que ahora apareciera por Östermalm, que no era precisamente su territorio, y en circunstancias normales seguramente se habría acercado a él para preguntarle de qué coño iba: ¿qué tonterías eran esas de no saludarla siquiera? Pero andaba tan ocupada con sus propios pensamientos que no acabó de comprender hasta qué punto era raro que volvieran a verse en otro barrio. Se limitó a lanzarle una mirada malhumorada y soltó un:

—Idiota.

Hugo —el payaso de la sonrisa tonta de su infancia— reaccionó como un yonqui hinchado de anfetas y hormonas. Se lanzó sobre ella, la empujó contra la fachada del edificio y le dio un puñetazo en el labio y el mentón. Ella se puso como loca y se lo quitó de encima a golpes, y en ese momento Hugo soltó, entre toses, una frase ininteligible.

Ella le pidió que lo repitiera.

—Deja de sacar mierda sobre tu hermano. Nadie va a testificar hagas lo que hagas. Solo vas a joderle la vida a tu familia —dijo.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Si sigues, puede pasarle algo a alguien que te importa.

—¿Qué?

—Es la verdad. Pueden pasar cosas —murmuró, y entonces ella perdió la cabeza por completo.

Lo empujó hacia la calle, y descubrió que un hombre de unos cuarenta años se había parado no muy lejos de ellos, preparado para intervenir.

—No pasa nada —dijo ella—. Solo un gilipollas que busca pelea.

Se volvió hacia Hugo de nuevo, que ahora le recordaba un poco más al Hugo de antes, no con esa sonrisa tonta, era verdad, aunque al menos ya no parecía alguien que jugaba a ser peligroso.

—Soy policía, ¿lo sabes? Me estás amenazando a mí y a los míos. Te va a caer una denuncia que te cagas.

—Solo te lo digo a modo informativo —explicó él, y eso la irritó aún más. Volvió a empujarlo.

Hugo se tambaleó.

—¿Y por qué Lucas no puede decírmelo él mismo? —le espetó.

—Él no sabe nada.

—¿Te crees que soy idiota? Te mataría si se enterara de que has hecho algo así sin su conocimiento.

—Solo digo que nos dejes en paz.

—¿«Nos»? —repitió furiosa—. Así que ahora sois un jodido «nos». Vete a la mierda, ¿y crees que eso me va a detener? Os voy a joder todo lo que pueda —amenazó, y le dio un empujón en el hombro antes de marcharse y subir de nuevo hacia Karlaplan.

No daba crédito. ¿Ese patético idiota la había seguido? ¿Y de quién estaba hablando? Alguien *que te importa*... No podía referirse a su madre ni tampoco a Simon, que ya dependía del todo de Lucas y se plegaba a sus más mínimos deseos. Difícilmente podían ser Vanessa o Malika, ya que las dos estaban prácticamente enamoradas de él. Además, seguro que no eran más que chorradas, un juego de poder, pero aun así... sintió un repentino malestar. ¿Hasta dónde era capaz de llegar su hermano? Quizá no tenía límite; no si lo que estaba en juego era su propia vida, y de eso se trataba en cierta manera.

Tenía que hablar con él, eso era lo primero que tenía que hacer, y por eso sacó el móvil y lo llamó. Pero no contestó. Será cobarde, pensó mirando a su alrededor, y soltó una retahíla de palabrotas.

Todo el barrio le resultaba tan provocadoramente tranquilo y pacífico, con aquel montón de personas pulcras, vestidas con camisas y vestidos, que le daban ganas de gritar. Podía encontrarse en otra época. No había ni un solo edificio en los alrededores que no se hubiera construido hacía más de cien años, y sobre todo ello se alzaba la iglesia de Oscar, con sus torres verdinegras y sus ventanas góticas. A lo largo de Narvavägen se extendían alamedas con árboles bien podados, y por todas partes se veía a viejas elegantes y a niñas arregladas paseando con sus perritos falderos y sus bolsos de marca. No podía estar más lejos de Husby, su barrio, y no tenía ni idea de adónde ir. Hacía un momento se había encontrado de nuevo de camino a casa de Rebecka Wahlin para inspeccionar su librería. Pero ahora la rabia y el miedo bullían en su interior y Claire Lidman le importaba una mierda. Era agua pasada.

Estaba muerta. Todo lo demás no era más que vanas ilusiones e imaginaciones de un viudo, y lo único que tenía alguna importancia era lo que Hugo había murmurado: «Puede pasarle algo a alguien que te importa». Se detuvo bruscamente. ¿Se referiría a Rekke? No, eso tenía que ser imposible, ¿verdad? Una cosa era meterse con la gente del barrio, pero atacar a alguien como Rekke, con sus contactos y su posición... Nunca se atreverían a hacer algo así. De eso estaba segura.

De todos modos, a punto estuvo de darse la vuelta y acercarse a Grevgatan solo para comprobarlo, pero no se decidió. Se limitó a seguir su camino y se contentó con llamarlo por teléfono. Rekke no contestó, ni en el móvil ni en el fijo. Estará durmiendo la mona pastillera, pensó subiendo hacia Linnégatan. Un hombre joven vestido con un traje azul claro la miró con expresión más bien asustada. «¿Qué miras?», le espetó, y se acercó la mano a los labios.

Los dedos se le mancharon de sangre. ¿A quién le importaba? El problema no estaba en el labio, y menos aún en lo que estos pijos pensaran de ella. Lo importante era la amenaza, y de nuevo imaginó a Lucas: Lucas desenfundando su arma en el bosque de Järvafältet; Lucas, que hacía que la gente retrocediera solo con mirarlos. ¿Acaso no se trataba de una persona que daba miedo de verdad? Sí, así era; aunque a ella le había llevado mucho tiempo percatarse de ello.

Se dio cuenta de que estaba frente a la casa de Rebecka Wahlin otra vez. El portal resultaba fastuoso, coronado con soldados tallados en madera. ¿Volvería a subir, a pesar de todo? Llamó al telefonillo.

—Diga —dijo Rebecka Wahlin por el altavoz.

—Soy Micaela Vargas de nuevo —anunció—. Se me ha olvidado preguntarte una cosa. ¿Puedo subir?

—¿Cómo? Ah, ¿sí? Sube, sube —respondió Rebecka Wahlin, y abrió el portal.

En ese mismo momento llamó Lucas hablándole con voz suave, como si solo deseara lo mejor para ella.

Capítulo 20

Rekke abrió la puerta y entornó los ojos bajo la luz de la lámpara del descansillo. Probablemente esperaba encontrarse a otra persona, porque durante unos instantes no comprendió lo que estaba viendo. Pero delante de la puerta había una mujer morena, elegante, de unos cuarenta y cinco años, vestida con un traje de sastre azul. Quizá no resultaba llamativa, pero sí al menos interesante, con una discreta sonrisa, nerviosa aunque bonita, y unos vivaces ojos marrones que brillaban por las lágrimas y daban una impresión contradictoria.

No podía determinar si la mujer había sido víctima de un accidente y pedía ayuda o si venía por un asunto de índole más combativa. Quizá esto último, a pesar de todo. Ella enderezó la espalda. Se trataba de una persona con formación universitaria, a todas luces. Por los movimientos resueltos y eficaces de las manos vio que era alguien que atendía asuntos importantes; que contrataba y despedía a gente. Era una mujer con poder e influencia, pero el cometido en concreto que la traía aquí la afectaba mucho, pensó.

—Profesor Rekke, supongo —dijo la mujer, y le tendió la mano.

—No en su mejor versión, me temo —contestó.

—Me parece igual de impresionante que la fama que lo precede. Siento presentarme sin avisar. He intentado llamar. Mi nombre es Alicia Kovács.

—Mi teléfono ha desaparecido y mi raciocinio también. Su nombre me suena familiar —dijo.

—Represento a Cartaphilus. Me ha dicho Axel Larsson que está buscando a mi mandante —explicó ella, y entonces Rekke comprendió que tenía que estar atento, pero en ese momento parecía imposible, y se preguntó si ella no podría esperar un poco.

Necesitaba beber agua y refrescarse la cara de nuevo, así que se marchó. Cuando volvió esbozó la mejor sonrisa posible y enderezó la espalda.

—Le pido disculpas —dijo—. Pero me siento honrado, por

supuesto, especialmente por las prisas, por la celeridad con que ha venido.

—Sigo el principio de no posponer las cosas.

—Ah, ¿sí? —dijo distraído—. Una virtud, desde luego, aunque una de la que no siempre soy partidario. *In dubio non est agendum*. En caso de duda, no se debe actuar. Pero bienvenida de todos modos, aunque me temo que la decepcionaré. Visto como enemigo no soy gran cosa en la actualidad.

Lanzó otra mirada a la mujer, intentando deducir el propósito de su visita. Adivinó que ahora formularía una sutil amenaza. Los hombros y las manos de la mujer estaban tensos, y esos ojos acuosos —que dejaban entrever que estaba emocionada o afectada— se habían petrificado. Rekke se hallaba, sin la menor duda, ante una inteligencia compleja, tanto en lo racional como en lo sentimental.

—¿Enemigo? No, no, mi mandante...

—Debo pedir disculpas de nuevo —interrumpió Rekke—. Me cuesta un poco ese vocabulario jurídico. ¿Podemos llamarlo Gabor? ¿O profesor Morovia? Lo que más le convenga. Es que mandante tiene un timbre tan tedioso, tan burocrático...

—Sí, claro —dijo ella—. El profesor Morovia subraya que eres una persona excepcional. Al parecer ves cosas que nadie más ve.

—Al igual que el paciente psicótico.

—Por Dios, no me malinterpretes. No hay nadie de quien hable con tanto respeto, y ahora que acabo de escucharte tocar, Liszt, ¿verdad?, solo quiero sumergirme y desaparecer en la música. Era de una belleza indescriptible.

—Muy amable. Y dile a Gabor que las alabanzas son mutuas. Tengo tantos recuerdos de él... Mis quemaduras, sin ir más lejos.

Se tocó el pecho.

—Quemaduras tenéis los dos, pero las suyas son peores.

Rekke no comprendió y quería preguntar a qué se refería. Le molestaba que hubiera algo fundamental que se escapaba a su comprensión. Pero lo dejó estar y condujo a Alicia Kovács a la cocina.

Sus tacones hacían un ominoso eco, clac, cloc, clac —do, sol, do —, y por segunda o tercera vez ella se toqueteó el bolsillo de la americana. Rekke supuso que ahí llevaba algo que temía perder, y estaba bastante seguro de que a ella no le gustaba su cometido, aunque es verdad que se había acalorado —con una agresividad

cercana al placer— al hablar de las quemaduras.

—Tienes una casa muy agradable —dijo.

—Si no me hubieran ayudado, se habría desmoronado por completo. A diferencia de usted, madame, yo lo pospongo todo, hasta la más mínima tarea en la cocina. Pero gracias de nuevo. ¿Te puedo ofrecer una copa de vino? Tengo un Corton Charlemagne excelente en la nevera. Aunque la verdad es que no me considero ningún experto en vinos, mi hermano dice que soy un bárbaro en esa materia.

—Me temo que tengo que declinar el ofrecimiento. Voy a ser breve. El profesor Morovia me pidió...

Ella se pasó la mano por la nuca. Las lágrimas todavía resultaban visibles en sus ojos y a Rekke le entraron ganas de recomendarle que cambiara de jefe. Pero suponía que no era tan fácil librarse de Gabor.

—¿Qué te pidió? O, mejor dicho, siéntate primero —indicó haciendo un gesto hacia una de las sillas de la cocina—. Debo reconocer que admiro tu coraje. Te ha costado venir, ¿verdad? Insisto en ofrecerte algo, si no vino, agua.

Se levantó, sacó una botella de Ramlösa y le sirvió un vaso.

—Gracias —dijo, y tomó un trago—. Y tienes razón, claro, a veces el trabajo no es tan fácil como a una le gustaría —contestó ella volviendo a sonreír, una sonrisa bonita, melancólica, pensó Rekke.

—Entonces compartimos una carga, porque no vienes con buenas noticias, ¿a que no? —comentó, y se sentó él también.

—No —respondió—. Sabes... Tengo una misión permanente del profesor Morovia. La he tenido durante muchos años, desde los primeros días con él.

—Cuéntame —le pidió Rekke mientras la miraba, y, aunque seguramente debería preocuparse más por sí mismo, sintió el impulso de consolarla.

—Le prometí al profesor Morovia —continuó— que en cuanto el profesor Rekke se pusiera en contacto, o en cuanto diera señales de querer contactar, le entregaría una cosa.

Rekke la observó concentrado y se dio cuenta de que algo decisivo estaba a punto de suceder.

—¿Por qué tiene que esperar a que yo mueva pieza? —dijo—. ¿No le solía encantar tomar la iniciativa?

—Le parece más elegante responder.

—¿Siempre es así de vanidoso?

—Creo que también quiere dejar claro que desafiarlo sale caro.

—Entonces, miremos el precio.

Alicia Kovács metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y dejó en la mesa un collar de perlas con un colgante de oro que, durante un momento, Rekke estudió con máxima atención. Luego fue como si el suelo se abriera bajo sus pies, y la vista se le nubló un instante. No es posible, pensó. No es posible.

Magnus Rekke estaba sentado en el avión oficial con una copa de vino tinto en la mano, absorto en la lectura de un informe de inteligencia sobre la lucha antiterrorista en el extrarradio de Estocolmo. Pero el informe se le antojaba demasiado especulativo y prolijo, y dirigió la mirada hacia el aeropuerto. Un avión con la bandera de Arabia Saudí acababa de despegar justo al lado. Esperaban al primer ministro, que llegaba tarde, y Magnus se sentía impaciente y alterado. Se volvió hacia Kleeberger, el ministro de Asuntos Exteriores, a quien tenía sentado en frente repasando el programa del día.

—Mi hermano acaba de llamar —dijo.

Kleeberger alzó las cejas. Siempre se ponía nervioso cuando le hablaban de Hans Rekke.

—¿Qué quería?

—Se ha interesado por un antiguo asunto de mi época en el Ministerio de Finanzas. Te acordarás de Axel Larsson, ¿no?

—¿Quién puede olvidarse de Axel Larsson?

Kleeberger siguió ojeando sus documentos. Una azafata le sirvió una bandeja con la comida, y él murmuró gracias sin levantar la vista.

—Entonces también te acordarás de que no logramos quedarnos con tantos bienes suyos como esperábamos. Una compañía de inversiones húngara con conexiones en el Kremlin se apoderó de las mejores piezas —continuó Magnus.

—Exacto, eso es —convino Kleeberger, y levantó la mirada.

—Nos aliamos con esa compañía y aun así salimos perdiendo.

—Eso no fue nada bueno, desde luego. Pero ¿por qué le interesa ese tema a tu hermano?

Magnus se preguntó cuánto iba a contar. En realidad, debería callarse la boca, claro; era su propia cabeza la que estaba en juego. Pero no pudo resistir la tentación.

—Se pregunta quizá si fuimos objeto de presiones, o si establecimos lazos con el crimen organizado.

—Vaya.

—Pero sobre todo tiene que ver con el hecho de que él y el dueño de la compañía son enemigos personales. El dueño se llama Gabor Morovia, un viejo matemático y un mujeriego.

De repente, Kleeberger pareció asustado, o al menos esa fue la impresión que le dio a Magnus, pero se le pasó en seguida.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —se limitó a decir el ministro.

—¿Lo conoces?

Kleeberger apuró su copa de vino.

—Difícil no hacerlo. Dicen que tiene debilidad por los actos de venganza exagerados y por los juegos intelectuales, especialmente el ajedrez. Y es un hombre brillante, ¿no?

—Sí, es posible —respondió Magnus, igual de incómodo haciendo cumplidos que siempre.

—¿Qué quiere tu hermano de él?

Magnus habría preferido contentarse con lo que ya había dicho, pero había despertado el interés de Kleeberger y no tenía más remedio que asumir las consecuencias.

—Se conocían de niños —dijo—. Pero también se reencontraron más tarde, cuando Hans tenía veintipocos años y salía con Ida Aminoff.

—Ida —repitió Kleeberger con tono soñador.

—¿También la conocías?

—Sí, ya lo creo, pertenecía al círculo habitual. Era hija de Werner, el embajador en Moscú, y nuestros padres eran amigos. Increíblemente inteligente. Me acuerdo de sus cuadros y de sus poemas, que leía en alguna de las salas del centro. Como todos los demás, yo estaba un poco enamorado de ella, aunque al mismo tiempo me asustaba.

—Asustaba a toda nuestra familia —dijo Magnus—. Era como si solo fuera capaz de vivir cuando arriesgaba algo decisivo.

—Sí, de algún modo —convino Kleeberger.

—Pero Hans la quería. Fue su gran amor. Lovisa, en comparación, no fue más que un matrimonio de conveniencia, y él se preocupaba siempre por Ida. Justo en esa época, después de un concierto en Berna, volvió a ver a Gabor Morovia, quien le formuló

algún tipo de amenaza. Tres o cuatro semanas más tarde, como seguramente ya sabes, hallaron a Ida muerta en el piso de su padre, en Torstenssonsgatan.

—De hecho, me crucé con ella esa última noche en Estocolmo —dijo Kleeberger.

—¿Estuviste en la fiesta de la boda en Djurgården?

—Eso es, todo el mundo estuvo allí. ¿Tú también, quizá?

A Magnus le habría encantado negarlo y decir que había estado de viaje en la otra punta del planeta. Aun así, asintió con la cabeza.

—Y todo el mundo andaba detrás de Ida —continuó Kleeberger —. Pero ella solo jugaba con los hombres, ¿a que sí?

—Volvió loco a Wille Fors, entre otros —afirmó Magnus, reticente y temerario a la vez.

Kleeberger pareció sorprendido.

—¿El que después sería director ejecutivo de Nordbanken?

—Exacto.

—¿Quieres decir que ambas historias guardan relación?

Sobre eso no voy a hacer el más mínimo comentario, pensó Magnus, pero aun así, a modo de explicación, dijo:

—Estaban involucradas las mismas personas, y, aunque Wille en aquella época no era más que un niñato mimado, su actitud hacia el dinero era la misma que ahora.

—Que al dinero hay que darle aire, ¿no?

—Sí, efectivamente, o incluso tirarlo o prenderle fuego, si es que con eso lograba un poco de estatus entre los idiotas. Pero justo esa noche perdió la cartera y acusó a Ida de haberle robado. De madrugada la siguió hacia el centro, tanto con la esperanza de recuperar su cartera como de poder acompañarla a casa.

—¿Quería acostarse con su ladrona?

—Estaba completamente trastornado.

Ahora Kleeberger lo miraba con interés, demasiado para el gusto de Magnus.

—¿No estarás insinuando que William Fors tuvo algo que ver con la muerte de Ida?

—No, no —respondió Magnus con rapidez—. Pero, para Hans, Wille era uno de los interrogantes. Nunca aceptó la investigación policial, como sabes, y se puso a indagar por su cuenta. A veces creo que...

Dudó antes de seguir.

—¿Qué crees, Magnus?

—Que la fascinación de Hans por los crímenes sin resolver empezó en ese momento.

—De todos modos, no llegó a averiguar quién fue, ¿verdad?

—No, su carrera de detective se inició con un fracaso, y me temo que eso fue uno de esos pedagógicos golpes de suerte que ofrece la vida. El fracaso le curó de toda soberbia y lo llevó a ser más meticuloso.

—Pero algo tuvo que encontrar. La mirada de Hans es como la de un águila.

—Descubrió un montón de cosas, claro, pero no consiguió que las piezas del puzle cuadraran, y quizá no estaba en condiciones de ver con claridad.

Gracias a Dios, pensó Magnus.

—La verdad es que he pensado en ello con bastante frecuencia —añadió.

—¿En qué sentido?

—A lo raro que me parece que lo dejara estar. Fue la mayor pérdida de su vida, y él no es alguien que suela soportar lo inexplicable. Pero esto, lo peor y lo más importante que le había pasado, lo dejó atrás. Llevo esperando desde entonces que lo retome.

—¿Y ahora lo ha hecho?

—O si no, es otra cosa. En el peor de los casos, va a por Gabor Morovia personalmente, y eso no puede acabar bien.

Kleeberger se lo quedó mirando, con ojos a la vez preocupados y burlones.

—¿Para ti o para él?

—Para él —repuso, y tuvo el repentino impulso de derramar su copa de vino tinto en las rodillas de Kleeberger.

Capítulo 21

Micaela se bajó del ascensor una planta antes para que Rebecka Wahlin no pudiera oír la conversación. La provocaba más el hecho de que Lucas permaneciera tan extrañamente tranquilo.

—¿Cómo eres capaz? —dijo.

—Tranquila, pequeña.

—No me llames así.

—Vale, Micaela, vale. Pero no he mandado a nadie. Hugo estará preocupado por sus propios asuntos. Tiene la condicional, ya lo sabes.

—Muy inteligente por su parte agredir a un policía, entonces.

—¿Quién ha dicho que sea inteligente? Es un idiota. Acuérdate del colegio.

—Nunca se atrevería a hacer algo así sin tu bendición.

—Ah, ¿no?

—No, jamás.

—Vale, escúchame, voy a decírtelo solo una vez...

Se calló y el ambiente cambió en un instante. Una sensación de frío llenó el vacío que acababa de dejar su voz.

—Te escucho.

—Lo que pasa, hermana, es lo siguiente: eres *tú* quien me amenaza a mí, y yo no puedo limitarme a esquivar los golpes. Tengo mi vida. Deberías dejarlo. Si no, acabará mal, ¿lo entiendes?, mal. Somos familia y tenemos que estar unidos. Así de sencillo.

Micaela se enfadó de nuevo.

—Eres un criminal, Lucas. Vendes droga a niños y aterrorizas a la gente. Eres tú el que lo fastidia todo —le espetó, y se dio cuenta de que lo provocaba aún más por decírselo por teléfono.

—Cuidado, hermana. Cuidado —advirtió.

Luego la conversación terminó, y sintió como si la sangre la abandonara, o quizá como si le hubiesen propinado un puñetazo en el estómago. Una vez recuperada y con la respiración más acompasada, su primer pensamiento fue que no tenía nada que hacer contra él. La

frialdad en su voz y la imperturbabilidad de sus palabras solo le dieron ganas de rendirse. ¿Cómo coño se había metido en esta situación? Pero ya no había remedio. No le quedaba otra que hacer de tripas corazón y lidiar con las cosas de una en una.

Subió el tramo de peldaños hasta la casa de Rebecka Wahlin. Más abajo se cerró una puerta. Un olor a detergente y a fritura se filtró a la escalera desde algún sitio, y antes de llamar al timbre Micaela inspiró hondo mientras viejas imágenes de Lucas desfilaban por su cabeza.

¿Qué era lo que Gabor había dicho? Una sensibilidad divina en la pulsación. Como si insuflara vida a las teclas. *Nadie toca como él, nadie*. Cuando Alicia Kovács se detuvo en el rellano de la escalera y escuchó la música, fue como si la arrancaran de su propio cuerpo; solo quería dejarlo todo y llorar sobre su vida. Pero era una profesional, por el amor de Dios, así que se recompuso, y ahora estaba sentada frente al hombre del que tanto había oído hablar.

Resultaba extrañamente atractivo en todo su deterioro y pensó que le gustaría pedirle que tocara algo de nuevo o que le contara por qué había dejado la música. Pero no era el momento. Parecía fuera de sí, y con manos temblorosas toqueteaba el collar que ella le acababa de dar.

El colgante lucía aún más bonito en sus largas manos, y eso que a ella siempre le había encantado. Durante muchos años había estado guardado en la caja fuerte en Strandvägen, y a veces, cuando metía alguna otra cosa allí, un documento o una grabación, lo había alzado en el aire para admirar la orfebrería y la apagada luz que emitían las piedras.

En la parte inferior del collar colgaba una lemniscata en oro, un símbolo de infinito con dos elipses perfectas, y por supuesto sabía que la joya tenía mucho que contar. El collar había pertenecido a una mujer joven a la que hallaron muerta en su cama después de una larga noche de fiesta en Estocolmo, y ella sabía que Rekke había amado a esa mujer y que Gabor tenía algo que ver con su muerte. Aun así, no se esperaba un shock de tal calibre.

—¿Cómo estás? —preguntó.

A Rekke se le veía como ido, en otro mundo. Ella tuvo el impulso de agarrarle las largas manos. Pero no había ido hasta allí para eso, y

le dejó sostener el collar mientras él murmuraba palabras que ella no era capaz de captar.

—¿Fuiste tú quien le regaló la joya a la mujer? —preguntó.

—¿Qué? —contestó Rekke.

—¿Fuiste tú...? —repitió la mujer.

—Yo era joven —dijo.

Toqueteaba la alhaja y movía los dedos por las perlas como un monje que repasaba su rosario.

—El signo del infinito —comentó ella, y rozó también el colgante de oro por la parte de abajo—. ¿Tenías alguna idea especial con eso?

—¿Idea?

—Sí.

—No lo sé —dijo—. El infinito me fascinaba en aquella época. En una perspectiva infinita ocurre todo lo que puede ocurrir, también algo tan asombroso como que yo estoy vivo y puedo reflexionar sobre ello; y que amo a una mujer con unos ojos tan negros que casi me hacen perder la razón. Creo que pensé algo del estilo. Pero entonces pasaba una etapa maníaca y estaba enamorado. Enfermo por partida doble, podría decirse.

—Parece muy caro —observó ella.

—Costaba tanto como una casa al lado del mar y había algo indecente en ello, una locura que me avergonzaba incluso entonces; una ausencia de límites que en realidad me resulta ajena, y ahora...

Se calló y ocultó la cara entre las manos. Alicia no veía ningún motivo para pedirle que siguiera contando, y aún menos para hacer algún comentario y así perderse en sus propios razonamientos filosóficos, y de alguna manera él no parecía dirigirse a ella sino a sí mismo. Por eso, añadió en un tono más profesional:

—El profesor Morovia se pregunta si quieres decirle algo.

Las venas se hicieron visibles en los antebrazos de Rekke y se volvió para mirarla con ojos húmedos murmurando algo que ella no captó, pero que por un momento interpretó como: «Dile que lo voy a destrozar».

Aunque probablemente lo oyó mal porque, al preguntarle de nuevo, él respondió:

—Salúdalo y dale las gracias de mi parte. Me ha devuelto algo.

—¿El collar?

—Más bien la determinación —contestó—. La fuerza que nos

hace salir de la tumba.

—Entiendo —dijo ella, y se puso de pie—. Entonces, te voy a dejar con tus pensamientos. Si quieres comunicarle algo más al profesor Morovia, ponte en contacto conmigo.

Rekke también se levantó.

—Bueno —dijo—. Quizá, a pesar de todo, me gustaría saber...

A ella le resultaba difícil mirarle a los ojos.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Si esto ha sido una jugada de contraataque como respuesta a mi invitación, o si se trata del comienzo de toda una partida.

—Supongo que el tiempo lo dirá —contestó ella—. Siento de corazón si te hemos causado sufrimiento.

Rekke dio un paso acercándose a ella.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Si es la verdad lo que tu regalo me ha dado, no me importa sufrir. Por lo demás, me temo que debo reprimir mi natural voluntad a mostrarme abierto.

Ella tragó saliva.

—¿A qué te refieres?

—Si resulta que es una de las partidas de Gabor que acaba de comenzar, entonces no debo desvelar mis movimientos con antelación —continuó—. Porque tú, madame Kovács, eres una persona huidiza e interesante. Actúas como una amiga, pero vienes con información letal. ¿Es una táctica que utilizas a menudo? Acariciar con una pata que oculta las garras. *Ex ungue leonem*.

—Me limito a cumplir con mi deber —respondió ella sintiendo que quería marcharse de allí cuanto antes.

Aun así, se quedó junto a la mesa de la cocina mientras Rekke sacaba esa botella de Charlemagne de la que había hablado y se servía una copa.

—¿De verdad que no te puedo invitar a una copa? —insistió—. Incluso tú pareces necesitar que te ayuden a sobrellevar un poco el dolor, cosa que te honra, naturalmente. Para quien siente culpa siempre hay esperanza.

Ella desvió la mirada.

—Gracias, tengo que irme.

—Entiendo —dijo Rekke.

Ella le tendió la mano, pero la retiró en seguida y se contentó con un breve movimiento de cabeza antes de desaparecer hacia la puerta.

No llegó muy lejos, solo un par de pasos. Se oyó un crujido y se dio la vuelta. Sangre y vino goteaban de la mano de Rekke. Añicos de cristal y el pie de la copa rodaban por el suelo. Rekke, por su parte, no parecía haberse dado cuenta de lo que había pasado.

—Dios mío —exclamó ella.

—¿Qué? —murmuró Rekke.

—Tu mano —dijo ella.

—Ay, sí, perdón —contestó él, y bajó la mirada a sus dedos, llenos de sangre—. Muy torpe por mi parte, y las copas son tan finas hoy en día que resulta desesperante, voy a llamar para quejarme. Pero yo me ocupo. Venga, vete y descansa un poco. ¿No es día festivo hoy para los trabajadores? Yo tengo que...

De nuevo quiso abrazarlo. Pero mantuvo la compostura y volvió a despedirse con un movimiento de cabeza antes de salir al descansillo. Mientras bajaba en el ascensor pensó que eran sus manos, y no las de Rekke, las que estaban manchadas de sangre, pero como en tantas otras ocasiones —cuando le entraban dudas sobre su cometido— recordar a su hijo le dio fuerzas. Luego se dirigió con pasos apresurados al coche que tenía aparcado en Riddargatan.

Capítulo 22

Rebecka Wahlin abrió la puerta y examinó a Micaela con la mirada; eso la irritó. ¿Qué te pasa?, quería bufarle. ¿Qué miras? Pero luego se acordó de su labio y comprendió.

—Me crucé con un idiota, nada más —explicó.

Entró en el piso, se acercó a la librería y se quedó allí delante mirando sin saber lo que buscaba. Rebecka Wahlin se puso justo a su lado, incómoda con la situación.

—¿Querías preguntar algo más? —dijo.

—¿Qué? No, en realidad, no —contestó Micaela, y siguió inspeccionando las estanterías.

Pero por mucho que buscara no veía más que sus propias imágenes interiores de Lucas.

—Estaba equivocada —murmuró.

—¿Sobre qué?

—No lo sé muy bien —continuó mientras miraba a Rebecka como pidiendo perdón.

Vio que Rebecka se había retocado el maquillaje y llevaba otra blusa.

—¿Vas a salir?

—Pensaba tomarme una copa con una amiga.

—Claro —dijo Micaela mientras intentaba centrarse de nuevo—. Fue interesante lo que me contaste sobre que Claire podría haber sido víctima de una agresión.

—No tengo ni idea de si fue una agresión o no.

—Pero algo pasó, ¿no? Has dicho que parecía tener miedo.

—Sí, miedo y odio, creo. Daba la impresión de que odiaba al dueño de Cartaphilus.

—¿Y no sabes por qué?

—Solo que se remonta a su época en la London School of Economics. Morovia impartía clases allí y se rodeó de un grupo de estudiantes. Claire y Alicia Kovács formaban parte de ese círculo. Creo

que le profesaban una admiración desmedida antes de darse cuenta de que también tenía otra cara.

—¿Qué otra cara?

—Una mala, supongo. Implacable.

—Ya entiendo —dijo Micaela, sorprendida de no haber oído tal cosa hasta ahora—. ¿Conoces a alguien más de ese círculo con quien podría hablar?

—Claire mencionó a una mujer que se llamaba Sofía y que era española.

—¿No será de San Sebastián, por casualidad?

—No, no creo que tenga ninguna relación con aquello, e incluso puede que me confunda. Puede que no fuera española, pero estoy bastante segura de que se llamaba Sofía.

—¿No es un poco escandaloso que esta pista con Morovia no se haya comprobado mejor?

—Quizá se ha comprobado a fondo.

—Pero ¿lo habéis hecho vosotros en el banco?

Rebecka negó con la cabeza.

Y tampoco el maldito Lindroos, pensó Micaela, y de repente quiso marcharse de allí. Pero no llegó a hacerlo porque la estantería con los libros de ajedrez atrajo de nuevo su mirada. Allí había algo, pese a todo: el lomo azul de un volumen que despertó su instinto.

Se trataba del mismo lomo que destelló en su subconsciente antes, pero que ahora se veía con nitidez y no solo como un súbito estímulo en la retina. Sacó el libro con un movimiento rápido y al principio no tuvo claro qué se había esperado. Pero en cuanto vio la portada comprendió, e impaciente, introdujo la mano en el bolsillo interior para sacar la fotografía. Aunque ya no estaba.

Aun así... entornó los ojos y con plena concentración observó la cubierta, la palabra *Love* que estaba escrita con letras negras sobre un fondo azul. Parecía ser el mismo *Love* que el del libro de la mujer de la instantánea. La única diferencia era que ahora Micaela podía ver toda la portada y todo el título.

El libro se llamaba *Sicilian Love*. En la cubierta había un dibujo de un hombre algo corpulento con una nariz protuberante y el pelo rizado, vestido con una chaqueta larga o un abrigo. La disposición daba a entender que era el autor del libro, más que un héroe ficticio dentro de él. Debajo ponía: «Chess Tournament, Buenos Aires, 1994».

—¿Qué libro es este? —preguntó Micaela.

—¿Qué...? —dijo Rebecka—. ¿Por qué te interesa?

—Por nada, cuéntame.

—¿Qué quieres que te diga? —continuó Rebecka—. No lo he leído con mucha atención. Está un poco por encima de mi nivel. Lo ha escrito Lev Polugayevski, gran maestro y uno de los mejores jugadores durante muchos años. Era un maestro en defensa, sobre todo en la siciliana.

—Perdón —dijo Micaela—. Pero es que no soy muy de ajedrez.

—La siciliana es la mejor respuesta defensiva a una apertura blanca 1-e4. Polugayevski lo hacía tan bien que por su sesenta cumpleaños se celebró una competición en Buenos Aires en su honor donde todas las partidas comenzaban con la defensa siciliana. Él no pudo participar. Se estaba muriendo a causa de un tumor cerebral, así que supongo que tampoco terminó el libro sin ayuda.

—¿Es algo que Claire podría haber leído?

—Se publicó después de su muerte, así que no. Pero si no... Sí, sí, es un libro típico de Claire.

—¿En qué sentido?

—No solo porque le encantaba toda esa mierda friqui, y perdóname, Claire —continuó Rebecka al tiempo que levantaba un poco las manos al cielo en un gesto de rezo—. Ella a menudo jugaba negras, y siciliana. Sí, lo habría devorado. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque...

Micaela dudó.

—¿Sí?

—La mujer que se parece a Claire en aquella fotografía lleva ese libro en la mano.

—Vaya —dijo Rebecka.

—Sí, eso es, vaya, pero no necesariamente significa...

Bajó la mirada a sus zapatillas de deporte blancas.

—No, claro —convino Rebecka con voz titubeante.

—Aunque la mujer de la foto también tenía una lesión de rodilla y un elegante abrigo rojo.

—¿Estás diciendo que empieza a haber demasiadas cosas en la balanza?

—Sí —contestó Micaela, y se volvió hacia la puerta—. Debería hablar con...

Se interrumpió.

—Tengo que marcharme —añadió.

—No, no —dijo Rebecka Wahlin—. Tienes que explicarme de qué va todo esto. ¿Realmente crees que Claire puede seguir con vida?

—No lo sé. Te agradezco que me hayas recibido. ¿Puedo llevarme el libro?

Rebecka Wahlin hizo un gesto de consentimiento con los brazos.

—Puedes llevarte lo que quieras, basta con que me tengas al tanto de lo que averigües.

—Lo prometo. Pero entonces, tú tampoco puedes... —dudó—. ¿Ocultarme nada?

—No lo haré —aseguró Rebecka, de repente muy seria.

Micaela asintió con la cabeza, salió al rellano y bajó las escaleras con rapidez mientras pensaba: esto solo puede significar una cosa, ¿no? Claire Lidman está viva, por inverosímil que pueda parecer, y eso era algo que tenía que comentar con Rekke. Lo visualizó como hacía tiempo que no había hecho. ¿Qué tontería era esa de abandonarlo? Puede que sea un desastre y un maldito drogadicto y que esté deprimido. Pero una vez que se despierte —y ahora no le quedaba más remedio— no hay nadie como él, y de repente le entró prisa y quiso verlo ya. Una vez en la calle echó a correr.

El tiempo parecía apremiar, y se preguntó si no debería llamar a Kaj Lindroos por el camino. Pero lo más probable es que ese idiota ya se hubiera ido de fin de semana y estuviera bebiendo, así que siguió bajando hacia Grevgatan 2B y entró en el ascensor sin darse cuenta de que había sangre en la manija. Estaba concentrada en mirar fijamente la portada del libro e imaginarse todo lo que iba a decirle a Rekke.

Capítulo 23

Axel Larsson estaba cenando con el jefe financiero de Carnegie. Pero apenas era capaz de escucharlo, no solo porque ya estaba como vacunado contra toda charla comercial de nuevas salidas a bolsa. Se sentía completamente trastocado. Había llamado a Alicia Kovács. Formaba parte de su viejo acuerdo: su esclavitud, como solía decir cuando la amargura se apoderaba de él.

Cartaphilus lo había salvado con la condición de que fuera el hombre y los oídos de la empresa en Suecia. Debía comunicar cada rumor, cada cotilleo que pudiese influir en las cotizaciones bursátiles o revelar algo importante acerca del mundo financiero, cosa que cumplía a conciencia. Pero raramente le hacían caso. Cualquier dato que proporcionaba, aunque fuera sobre adquisiciones y fusiones, era recibido con indiferencia. Por eso había dudado antes de hacer la llamada. Era poco probable que la información les interesara, pensó, aunque concernía al mismo Morovia.

Resultó ser todo lo contrario. Lo que contó era pura dinamita. Alicia Kovács no lo dijo abiertamente, se limitó a escuchar fingiendo indiferencia, como siempre. Pero él no se dejó engañar.

El nerviosismo de la mujer era evidente, algo que parecía incomprensible. ¿Por qué a la empresa podía interesarle ese perdedor de Rekke, que ni siquiera era capaz de llevar bien abotonada la camisa? No lo entendía. Lo cierto era que nada de lo que les había contado antes había provocado una reacción así y ahora —echó un vistazo a su móvil— ella volvía a llamar. Se disculpó:

—Lo siento, pero tengo que atender esta llamada.

Se acercó el móvil al oído.

—Diga.

Había interferencias en la línea, se oía un chisporroteo. Pero de repente apareció la voz de ella.

—Hola, Axel —saludó—. Te paso una llamada. Morovia quiere hablar contigo —anunció.

Se quedó de piedra. ¿Morovia? Había hablado con él una sola vez, y entonces apenas fue consciente de lo que dijo. Fue ridículo. Se convirtió en un niño asustado, y eso que no era una persona que se dejara intimidar con facilidad. Había puesto en su sitio a más de un pez gordo. Pero con Morovia era distinto. Ante él se asustó de verdad y no le servía de gran consuelo que a otros muchos les pasara lo mismo. Tenía conocidos del mundo de los negocios que se limitaban a susurrar su nombre, como si fuera peligroso pronunciarlo en voz alta.

—Y pensar que al final vas a resultar útil.

Axel Larsson reaccionó de forma física al oír la voz, se levantó apresuradamente y salió para poder hablar sin que lo molestaran.

—Ah, ¿sí? —dijo—. Me alegro. Hago lo que puedo.

Si sonaba sumiso le daba igual. Lo único importante era salir ileso de la conversación y no verse obligado a hacer algo.

—Una de las cosas que más me interesan en la vida es el profesor Rekke —continuó Morovia.

—¿De verdad? —reaccionó Axel asombrado.

No podía entender que la persona que acababa de conocer mereciera semejante atención.

—Así es, podría considerarse como una pasión para toda la vida. ¿Te dio alguna idea de lo que quería?

—Quería contactar contigo. Creo...

Dudó antes de seguir, pero de pronto sintió una inesperada sed de sangre.

—... que quiere hacerte algo. Te llamó su enemigo.

Morovia se rio.

—¿Se expresó de forma tan explícita? Suele preferir los eufemismos y las citas en latín.

—Hablaba de Claire Lidman.

—Tengo entendido que está interesado en ella. Ya me lo han susurrado al oído.

—Me pareció que insinuaba que... —Axel Larsson dudó— que le hicimos algo a Claire.

Morovia permaneció callado un instante.

—Vaya —dijo luego—. Sin duda las circunstancias le quedarán claras bastante pronto.

Axel no entendió a qué *circunstancias* se refería Morovia, pero no se atrevió a preguntarlo.

—Sí, quizá —se limitó a decir.

—Así es, así es —continuó Morovia como si hablara consigo mismo—. A Rekke no se le puede esconder nada. Es uno de los desafíos al tratar con él. Te cala solo con mirarte y jamás se rinde hasta no haber encontrado tu esencia íntima. En fin, lo dicho, Axel, fantástico que por fin hayas podido contribuir con un poco de información de calidad. Ahora, cuídate.

Axel se puso rígido, preocupado por si eso había sido una amenaza. Pero, cuando colgaron poco después, decidió verlo más bien como un gesto de amistad, un signo de atención. Pues a todas luces estaban en el mismo bando ahora: Morovia y él contra la maldita familia Rekke. Cuando regresó a la mesa, se sentía, a pesar de todo, algo más animado.

Al ver que nadie contestaba al timbre, Micaela entró. La puerta no estaba cerrada con llave, y gritó «¡Hans! ¡Hans!» antes de continuar hasta la cocina. Era evidente que la señora Hansson había pasado por allí. Todo estaba limpio y recogido. Pero una de las sillas se encontraba apoyada con descuido en el fregadero, como si alguien se hubiese levantado con prisas o la hubiese apartado. Encima de la mesa se veía una botella de vino abierta y un vaso de agua medio lleno. El mantel rojo estaba arrugado y debajo de la estantería de los condimentos, junto al fregadero, había una botella grande de Ramlösa. Al lado, un rollo de papel de cocina volcado. Micaela se acercó con un par de pasos a los fogones y al gran extractor metálico. Algo crujió bajo sus pies. Sonó inquietante, como si hubiese pisado algo valioso.

Era un fino y delicado trozo de cristal de una copa de vino. En cuclillas miró a su alrededor y descubrió manchas de sangre en el parqué, y durante unos segundos permaneció en esa postura reflexionando. Luego empezó a dar vueltas por el piso buscando por todas partes. Pero Rekke no estaba, y entonces lo llamó.

El teléfono sonaba en algún sitio dentro de la casa. Lo revolvió todo hasta que por fin lo encontró bajo un cojín del sofá, en el salón, y al mismo tiempo advirtió que el teclado del piano estaba manchado de sangre. Se maldijo a sí misma una vez más por haberlo abandonado. ¿Cómo podía ser tan egoísta? Pero es que... la sacaba de quicio. ¿Qué había pasado?

Llamó a la señora Hansson, pero ella tampoco sabía nada acerca del paradero de Rekke, así que Micaela simplemente colgó y se marchó. Se encaminó hacia Djurgården; él solía dar paseos maníacos por allí cuando se alteraba, y ella miró por todas partes. Había mucha gente en la calle, era viernes por la noche y se notaba la animación, y en el muelle junto al puente vio a otros tantos estudiantes con gorras blancas y rostros alegres.

Pero ni rastro de Rekke, y eso que solía ser fácil distinguirlo entre la gente, y no solo por la altura. A menudo te daba la sensación de que andaba con un ritmo distinto al de los demás, como si fuera ajeno a un mundo donde todos menos él se dirigían a algún lugar. Pero ahora había desaparecido y la preocupación de Micaela iba en aumento. ¿Lo habrían secuestrado? ¿Podrían haberle hecho daño Hugo y el resto de los malditos esbirros de Lucas? No, pensó, tranquilízate. No se trataba más que de una copa de vino rota. Se acordó de que hace poco había querido tomar una cerveza con Jonas Beijer, su antiguo compañero de la policía de Solna. ¿Debía comentarlo con él?

Lo llamó y él contestó a la primera señal, y pensó, aunque solo fugazmente, que hasta hacía muy poco se habría alegrado al oír su animado saludo:

—¡Hola, amiga mía! Cuánto tiempo. Te he echado de menos.

Pensó en decirle también algo amable, pero fue directa al grano.

—Temo que le haya ocurrido algo a Rekke —dijo.

Sus palabras parecieron irritar a Jonas. Claro, sin duda le pasaba lo mismo que a todos los demás, se sentía amenazado por la amistad de Micaela con Rekke. Era como si todos estuvieran convencidos de que la mera cercanía a él la alejaría del mundo normal al que ellos pertenecían.

—Ha desaparecido y hay sangre en el suelo —continuó.

—¿Estás diciendo que debemos activar una alerta?

—No lo sé —dijo ella, y realmente no lo sabía, pero poco después tuvo otras cosas en las que pensar.

Se había metido por Museistigen internándose en la zona boscosa que conducía a Nobelgatan, y a lo lejos, en un banco junto al agua, lo vio. Estaba sentado, con el cuerpo hundido y la cara entre las manos. Le dijo a Jonas:

—Puede que no pase nada después de todo, te volveré a llamar.

—Espera —le oyó decir antes de colgar y apresurar aún más el

paso.

Rekke llevaba vaqueros, un par de sus viejos zapatos Church, a los que seguramente la señora Hansson había sacado brillo, y una camisa negra que colgaba por fuera de los pantalones. Iba despeinado, tenía el rostro pálido y en sus rodillas había algo, parecía un collar de perlas. A pesar de que ella ya estaba muy cerca, él no levantó la vista.

—Reconozco esos pasos —se limitó a decir.

—¿Otra vez mi vieja lesión de cadera?

—No, no —contestó —. Es la fuerza y el compás de ocho por ocho con puntillo de las pisadas.

Ella esbozó una discreta sonrisa, Rekke hablaba con voz ronca y alterada, pero al menos había un tono juguetón en las palabras, un vestigio de aquello que lo entretenía antes, en los buenos tiempos.

—¿No tenía yo otro ritmo la última vez?

—El temperamento influye, la preocupación. Has estado en la cocina, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Me ha dado la impresión de...

Se apartó las manos de la cara. En la mejilla se veían manchas de sangre. Ella supuso que procedían de la mano derecha, que sangraba. Los ojos estaban inquietos, pero más despiertos ahora.

—... de que sonaba como si tuvieras una esquirla de cristal en tu zapato izquierdo —continuó él.

Ella levantó su zapato izquierdo para mirar. No encontró ningún cristal.

—Parece que no —dijo ella.

—Entonces, han sido imaginaciones mías.

—Pero he estado allí. ¿Qué ha pasado?

Él la miró mientras se limpiaba la mejilla con un movimiento torpe. Por el agua se deslizaba un cisne blanco, y en ese momento su majestuosidad se le antojó inquietante, como si formara parte de la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Solo me quedé KO un momento —explicó Rekke, y sonrió amablemente, como si no quisiera molestarla con ello.

Ella sintió una inesperada ternura y, de repente, tuvo ganas de rodearlo con el brazo y compensarlo por todas las idioteces que había pensado.

—¿Y por qué? —preguntó.

Él observó el rostro de ella.

—¿Y *a ti* qué te ha pasado? —repuso, y ahora parecía ser él quien quería tenderle una mano, pero tampoco completó el movimiento.

—Nada —dijo ella.

—No, claro que no, mi querida amiga espartana.

—No te cachondees. Cuéntame, venga. ¿Por qué te quedaste KO?

Rekke levantó el collar; brillaba a la luz vespertina. Era de una belleza casi chocante. Pero también tenía algo de fatídico.

—Una vez hace muchos años compré este collar en una tienda de los Campos Elíseos, en París —explicó—. Era demasiado caro y extravagante. Pero estaba en fase maníaca, y esa noche se lo puse en el cuello a una joven mujer de hombros delgados y ojos negros. Aún puedo ver la escena ante mí. Ya entonces sabía que esa mujer no me iba a dar más que problemas. Pero estaba ciegamente enamorado de ella, y quizá eran problemas lo que yo quería en aquella época.

—Acabo de comentarle algo parecido a mi madre sobre mí misma.

—¿Sí?

—Pero esa es otra historia. Continúa —dijo Micaela.

—La mujer se llamaba Ida Aminoff. Cantaba como los ángeles y escribía unos poemas que me arrancaban el corazón del pecho. Pero también tomaba anfetaminas y alcohol y tranquilizantes, y todo el tiempo quería que subiéramos a tejados y barandillas de puentes, cosa que a mí me aterrorizaba. Pero quizá...

—¿Te atraía también?

—Sí, me temo que sí. Supongo que en cierto modo estaba preparado para que algo terrible pudiera sucederle, y debería haberla ayudado más, claro. Pero sinceramente... en aquel entonces no fui capaz. Su magnetismo me absorbió y ella me condujo a la adicción que sufro desde entonces. —Como si quisiera mostrarle una suerte de prueba, sacó del bolsillo del pantalón un blíster con pastillas—. Pero también fue ella quien me hizo abrazar la vida y por fin empezar a vivir.

—Estabas enamorado.

—Sí, sí, perdidamente. No podía vivir sin Ida, y conseguí que me acompañara de gira por Europa. No se apartaba de mi lado más que muy de vez en cuando. Cuando di un concierto en Helsinki, su ciudad natal, se marchó a Estocolmo para evitar cruzarse con su familia en

Finlandia que iban a verme tocar, y la eché tanto de menos que era como si hubiera perdido un brazo. Esa noche no pude dormir. No paraba de buscarla en la cama con la mano y de dar vueltas. A esas horas se celebraba una boda de la alta sociedad en Estocolmo. Se organizó una gran fiesta en una casa aquí, en Djurgården. Todo el mundo que yo conocía asistió. Ida me llamó en mitad de la fiesta para contarme que estaba tan harta de todos los estúpidos discursos y de los idiotas engreídos que quería hacer algo escandaloso. La animé a que se marchara de la fiesta. «Te quiero», dije. «Yo te quiero tanto que me da miedo», contestó ella. «Casi me dan ganas de echarlo todo a perder.»

—¿A qué se refería con eso?

—Más o menos a lo que decía, supongo. Siempre desbarataba lo que había conseguido o recibido. El motivo por el que compré el collar, para empezar, se debía a que ella había tirado una joya de diamantes, que le había dado su abuela, al Sena. Siempre quería deshacerlo y destruirlo todo, especialmente lo que amenazaba con hacerla feliz, y yo tenía un mal presentimiento. Por la mañana no logré contactar con ella y llamé a todas las personas de su círculo. Al final respondió su padre y me dijo que estaba muerta. La habían encontrado sin vida en el apartamento del padre en Torstenssonsgatan, en Östermalm, y me quedé destrozado. Estuve a punto de quitarme la vida yo también. Pero esa es otra historia, como tú decías.

—Algo he oído de aquello.

—Todo parecía indicar que murió de una sobredosis, conclusión a la que también llegó la investigación policial. Pero había circunstancias sospechosas. Una pequeña marca en el cuello donde había estado el cierre del collar, por ejemplo.

—¿Así que ya no lo llevaba?

—No, el collar no estaba, y supongo que resultaba obvio que lo habían robado. Pero los policías, esos pobres idiotas (y el aún más idiota: yo) pensaban que lo había tirado o vendido por una suma escandalosa solo para provocar. Había un testimonio que apoyaba esa hipótesis. Se decía que había amenazado con arrojarlo a la bahía de Djurgårdsbrunn, y aunque no debería haber hecho caso (había elementos dudosos en ese testimonio) lo acepté. Era como si eso confirmara la imagen que tenía de mí mismo.

—¿A qué te refieres?

—Todo era como un pozo sin fondo, y me imaginé que ella no solo había muerto, sino que en algún sentido también me había abandonado.

—Que había destruido vuestro amor, tal y como ella había dicho.

—Más o menos así, y eso sin duda contribuyó a que no viera con la claridad debida —continuó—. Me limité a huir de todo aquello. Pero ahora...

—Te han devuelto el collar.

—Sí —dijo.

—De modo que ahora resulta aún menos probable que lo tirara al agua.

Rekke asintió y a continuación bajó la cabeza, en apariencia completamente destrozado. No obstante, solo duró un par de segundos. Cuando alzó la vista, más bien irradiaba determinación.

—¿Crees que alguien acabó con su vida?

—Sí, eso creo —confirmó Rekke—, y estoy bastante seguro de que la persona que me dio el collar quiere que lo piense.

—¿De quién estamos hablando?

—Gabor Morovia, se llama. Es el dueño de la empresa que mencionaste: Cartaphilus. Y también la dirige.

El cuerpo de Micaela se tensó.

—¿Hablas en serio?

—Sí, por desgracia, ya reaccioné cuando me lo dijiste por teléfono, pero...

Se quedó callado mientras seguía toqueteando el collar.

—... dudaste de todas las verdades que habías formulado hasta descartarlas una a una —completó Micaela.

—¿Lo hice?

—Sí, incluyendo tu conclusión sobre la lesión de rodilla de la mujer de la foto.

—¿Estás diciendo que yo tenía razón?

—Contéstame primero. ¿Por qué lo descartaste todo?

—Creí que Samuel Lidman nos había insinuado que Claire tenía esa lesión ya cuando nos habló de ella la primera vez. Me dio la sensación de que, más que examinar la fotografía sin ideas preconcebidas, había encontrado lo que subconscientemente buscaba.

Micaela se quedó pensando y volvió a examinar la suela de su

zapato izquierdo; entonces, en efecto, encontró una pequeña esquirla de cristal, y, aunque no estaba segura de que procediera de la cocina de Rekke, la sostuvo en el aire como si de un gran hallazgo se tratara.

—¿Ves? Tienes más razón de lo que quieres creer.

—A veces a lo mejor —dijo y se quedó absorto en sus pensamientos, y quizá ella debería haberle dejado hablar más del collar y de Morovia, pero estaba desesperada por hablar de su propia pista.

—Creo que la mujer de la foto es Claire Lidman de verdad.

—Resucitada de entre los muertos.

—El libro que lleva en la mano, y que parece ser una novela de amor, es en realidad este —continuó y le tendió el volumen de ajedrez.

Rekke fijó su mirada en la portada un momento.

—Lev Polugayevski —murmuró—. Lo conocí en Praga, pero nunca me interesó tanto el ajedrez como la gente parece pensar. Me fascinaba más la vida más allá del tablero. ¿Por qué este libro convertiría a la mujer de la foto en Claire Lidman?

—Era una jugadora apasionada, que a menudo jugaba con negras y apertura siciliana.

—Ah, ¿sí? —respondió—. Eso es interesante. ¿No tendrás aquí la foto por casualidad?

Ella dudó un segundo antes de contestar.

—No —dijo.

—¿No?

Rekke parecía decepcionado, y ella maldijo otra vez más a Kaj Lindroos.

—Pero por lo visto ese Gabor Morovia conoció a Claire, y la asustó —continuó—. Es posible que abusara sexualmente de ella. Morovia tiene que estar relacionado con la desaparición de ella de una manera u otra.

Rekke la miró con preocupación, como si fuese ella y no Claire quien hubiera conocido a Morovia.

—Vaya —dijo, y se quedó quieto, y quizá pasó un minuto entero, era difícil de decir.

Ella se sumió también en sus pensamientos. Luego Rekke se levantó; pareció tambalearse un poco, seguía igual de pálido que antes. Con todo, ahora daba la impresión de mostrar más

determinación y sonaba como si murmurara *«Claritas, claritas»*, pero lo más probable es que ella lo hubiera entendido mal, pues difícilmente podía haber surgido ninguna gran claridad de todo aquello. Pero algo se le había ocurrido, así que ella también se puso de pie y preguntó si no deberían irse a su casa, en Grevgatan. Rekke no parecía oír. Se limitó a permanecer inmóvil con la mirada fija en el agua.

—Estoy pensando en una cosa —comentó—. O, mejor dicho, en dos. —Y entonces ella sonrió, no pudo evitarlo.

Había echado de menos esas palabras y necesitaba oírlas. Era como si algo apagado en su interior se encendiera de repente. Cogió a Rekke del brazo y juntos se fueron paseando hacia Grevgatan mientras el sol empezaba a ponerse sobre la ciudad.

Capítulo 24

Julia enfiló Fredrikshovsgatan y así consiguió evitar por los pelos cruzarse con la superambiciosa y superguapa Lydia, quien acababa de ser admitida en Yale. Bueno, al menos algo le salía bien.

Definitivamente, no tenía fuerzas para ver a su vieja pandilla. Le rayaba un montón la estúpida fijación que tenían por el estatus y todas esas gilipolleces sobre las fabulosas fiestas y vacaciones a las que iban a ir en verano. Ella amaba a un hombre que estaba por encima de todo aquello, y *él* la amaba a ella. Él se lo repetía una y otra vez, y ella lo veía en sus ojos y lo sentía en su forma de tocarla. Solo que... ¿Por qué se marchaba todo el tiempo?

Hacía un momento, sin ir más lejos, había sido un encanto. Pero luego le llegó un SMS y entonces tenía que irse, dijo. Que solo iba a arreglar una cosa. Que volvería en seguida, y se vistió sin mirarla ni una sola vez, como si de repente se hubiese olvidado de ella. Dejó tras de sí un vacío para el que no estaba preparada y los viejos pensamientos destructivos volvieron a adueñarse de ella.

No llegaría a ser nada, jamás podría medirse con las Lydias del mundo. Carecía de ambición y de talento, y ¿a que él había dudado antes de contestar a la pregunta de si estaba lo suficientemente delgada? Cada vez tenía más claro que no lo estaba, por eso había decidido dar un paseo. Quería quemar unas calorías y recuperar el control, y eso había ayudado.

Pero ahora, mientras se acercaba a su apartamento en Karlaplan, la preocupación y el malestar reaparecían. A él le pasaba algo más, pensó, algo que ella no era capaz de precisar exactamente. ¿Acaso no se convertía a veces en otra persona, alguien que no solo era amable y comprensivo, sino que la observaba como si fuera más una cosa que un ser humano? Se le había metido en la cabeza que así era, y de nuevo se acordó de su espalda y de la sensación que le había provocado —de que él había hecho daño a gente— y más bien con desgana entró en el portal y cogió el ascensor. Me estoy imaginando

cosas, razonó. Pero no consiguió desembarazarse de esa sensación y pensó en sus uñas, que quizá o quizá no habían dejado arañazos en esa espalda. Le dio un escalofrío y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, había llegado a su planta, y miró a su alrededor desorientada. Al segundo siguiente se sobresaltó asustada. Una sombra avanzaba hacia ella y llevaba algo en la mano: un arma, pensó, o algo con lo que golpearme.

Cuando Rekke entró en el salón y se sentó en el sofá con la mano envuelta en un trapo de cocina, Micaela se acordó del día en que lo conoció. También era verano. El grupo de investigación, toda la pandilla de tíos y ella, había visitado el elegante chalé en Djursholm donde Rekke vivía en esa época, para que los ayudara a que un sospechoso de asesinato hablara en los interrogatorios.

Pero nada salió como habían pensado, pues en lugar de ayuda para obtener una confesión del sospechoso les cayó una implacable descalificación de su labor, y poco tiempo después lo pusieron en libertad. Fue una humillación pura y dura, no había otra manera de llamarlo. Y no es que Rekke se mostrara antipático o arrogante. Simplemente era... mejor que ellos. No solo más rico y sofisticado, sino también más inteligente.

Durante el viaje de vuelta en coche, la rabia reprimida y la envidia resultaron palpables, y ella, por su parte, tampoco quedó exenta de ese tipo de sentimientos. Era como si Rekke en toda su persona les recordara aquello de lo que carecían. Pero aun así... también se habían despertado otras fuerzas en su interior: el anhelo, por ejemplo, de ese tipo de claridad que caracterizaba las observaciones de Rekke. Y por eso Micaela estaba con él ahora.

Ese día dio con la pista de algo que ignoraba que necesitaba, y cuando durante los meses siguientes escuchaba a la gente expresándose como si fueran idiotas o con una lógica deficiente, a menudo fantaseaba con lo que Rekke habría dicho. De esa manera, él siempre estaba presente en sus pensamientos, al tiempo que seguía siendo inalcanzable, como alguien de la realeza.

Luego... ¿Qué iba a decir? Luego el cielo se le cayó encima. Lo vio en el metro cuando estaba a punto de tirarse delante del tren. Una persona mejor que ella seguramente habría sentido simpatía y

compasión, pero a ella le enfureció que él, que lo tenía todo, quisiera poner fin a su vida, así que le echó una buena bronca.

Abroncó al hombre a quien nunca creyó que podía llegar a conocer de cerca, y desde entonces había oscilado entre la decepción y la admiración. Desde fuera, en Strandvägen, les llegaba el bullicio nocturno del viernes, y ella lo miraba mientras él, hundido en el sofá, movía la pierna izquierda con nerviosismo. Se le veía consumido y un poco desconcertado. Pero sus ojos brillaban.

—Entonces ¿qué era eso en lo que pensabas? —preguntó ella.

Rekke miró hacia la ventana.

—Pensaba en mi viejo amigo, Herman Camphausen.

—¿Por qué?

—¿Te puedo ofrecer algo? —continuó Rekke—. ¿Como compensación por lo desastre que soy o, incluso, porque estamos aquí de nuevo hablando de un antiguo caso?

Ella sonrió.

—¿Por qué no?

—Entonces empezamos con un poco de vino blanco, que no me dio tiempo a tomar —siguió él mientras agitaba en el aire la mano envuelta en el trapo—. Luego pediremos que nos suban algo de comer.

—Suena bien —dijo ella, y vio cómo él desaparecía hacia la cocina para regresar con la botella que había visto antes en la mesa.

—Ya no está muy frío. Espero que se pueda beber de todos modos.

Ella hizo un gesto con las manos, como diciendo que le daba igual.

—Herman y yo nos conocimos de niños —continuó Rekke—. Herman era músico, tocaba la guitarra clásica, pero también un ratón de biblioteca, un bibliófilo que coleccionaba libros, a menudo históricos. Al igual que yo, había conocido a Gabor Morovia y se quedó impresionado. No había nadie que progresara con tanta rapidez en el sistema escolar.

—Así que los dos lo conocíais —dijo Micaela.

—Sí, lamentablemente —siguió Rekke—. Para el pobre Herman aquello llevó a que sus libros más preciados, la primera edición de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbon, del siglo XVIII, ya sabes, encuadernados en cuero, cuatro volúmenes, carísimos, muy queridos por él, como si de amigos íntimos se tratara,

se esfumasen un día solo para volver a aparecer carbonizados delante de la casa familiar, y eso nos unió. Teníamos un enemigo común.

—¿Así que tú ya habías sido víctima de Morovia en aquel entonces?

—Sí, ya me había pasado. Mi gato, Ahasverus...

Ella se puso tensa.

—¿Tenías un gato que se llamaba Ahasverus?

—Sí, eso es, una pequeña muestra de precocidad y estupidez por mi parte. Aunque ya no importa. Lo que iba a decir era que Herman y yo perdimos el contacto y no nos reencontramos hasta mucho más tarde, en una recepción en la embajada de Francia en Viena. Entonces a Herman se le dio tan mal contestar a mis preguntas sobre su vida que llegué a la conclusión de que debía de haberse hecho oficial de inteligencia, y al final seguramente aceptó que yo supiera lo que no debería. De esto hace diez años, o más. Rusia era nuestro nuevo mejor amigo, parecía que todos nos encaminábamos hacia los seguros brazos de la democracia liberal, y yo me preguntaba con curiosidad lo que él y todos los demás espías iban a hacer ahora que la Guerra Fría había acabado. ¿Se dedicarían a escribir *thrillers* o se harían todos consultores? Él respondió (me acuerdo perfectamente) que, si bien era cierto que Rusia se había acercado a Occidente, también había muchas cosas que seguían intactas desde la época comunista. La KGB todavía existía, aunque habían cambiado algunas letras del nombre, y nada indicaba que la organización se hubiera vuelto más amable o humana. Todo lo contrario: estaban en proceso de casarse con el crimen organizado, y en ese contexto mencionó a Gabor Morovia.

—¿De qué manera? —quiso saber ella.

—Dijo que Gabor tenía conexiones con el servicio de inteligencia ruso, sobre todo con la oficina de San Petersburgo, y que ayudaba a saquear el país y a ocultar patrimonio en Suiza y en Londres. Supongo que me puse un poco en plan asesino y le dije: «Pues, detenlo». Pero Herman se limitó a rebullirse incómodo, se sentía avergonzado, creo.

—¿Por qué?

—Por no haber podido hacer nada. Resultaba difícil llegar a Morovia, dijo. Era imposible convencer a quienes sabían algo de que testificaran. Nadie se atrevía a dar la cara, y los que pese a todo lo hicieron desaparecieron o fueron asesinados. Había trabajado mucho con programas de protección de testigos, pero tampoco funcionaban.

Quien está cerca de un policía secreto encuentra grietas también en esos programas, pero hizo de todo, me aseguró, para desarrollar un plan de seguridad para aquellos que se atrevieron a hablar. Pensaba de manera creativa, aseguró.

—Vale... —dijo ella pensativa.

—Y fueron esas palabras las que me vinieron a la mente cuando estábamos sentados en el banco, allí fuera. Las palabras me susurraban algo.

Ella lo miró con intensidad.

—¿Qué te susurraban?

Él sirvió más vino.

—Que puede haber, a pesar de todo, una explicación para la extraña hipótesis de que Claire Lidman se levante de la tumba y aparezca en una fotografía turística con un libro de ajedrez en la mano.

—¿Y cuál sería esa explicación?

—Quizá Claire Lidman sabía algo decisivo sobre Morovia. ¿Quizá pesaba sobre ella una seria amenaza y le ofrecieron una identidad nueva, protegida?

—¿Bajo la tapadera de estar muerta?

—Sí, eso es lo que creo. Que la policía, quizá precisamente con la ayuda del servicio de inteligencia, vio una oportunidad de proporcionarle la mejor protección que existe cuando aparecieron aquellos cuerpos quemados e irreconocibles. Conozco un par de casos similares en Estados Unidos y en Italia. Pero claro... —Tomó un poco de vino con gesto melancólico—. No es la solución ideal al problema, sobre todo, para Samuel —continuó.

—¿Qué quieres decir?

—Este tipo de protección se le suele ofrecer a una pareja. No se separa al matrimonio, a no ser que se den unas circunstancias especiales, o un claro deseo por parte de la persona expuesta.

—¿O sea que Claire no quiso llevarse a Samuel a su nueva vida?

—Me gustaría, de verdad, ver esa foto —dijo, y se tomó otro trago de vino.

Micaela maldijo por milésima vez a Lindroos preguntándose lo que él había descubierto en la foto.

Kaj Lindroos no había descubierto una mierda, en realidad. Lo que pasaba es que la arrogante tía latina le había irritado y puesto de mal humor, y había empezado a ver fantasmas por todas partes. De camino a casa creyó atisbar a un hombre al que había arrestado por estafa grave hacía unos años, pero al que habían soltado en seguida por falta de pruebas y que había amenazado con demandarlo. Toda la ciudad parecía haberse llenado de sombras y fantasmas, y sin mirar siquiera el correo que había en la alfombrilla del recibidor de su casa se acercó a la nevera a por una cerveza, una Heineken.

Pero le pareció muy poca cosa. Necesitaba algo más fuerte y se decantó por el vodka, vodka puro, en una especie de estrategia rusa de guerra, sin ni siquiera molestarse en hacerse con un vaso o mezclarlo con algo. Se limitó a agarrar la botella y a sentarse en su estudio con ella. Pensó en llamar a alguien, a una mujer, una examante preferentemente, que no fuera ni melindrosa ni muy finolis, y que lo ayudara a olvidar todas esas tonterías. Pero la curiosidad y la inquietud prevalecieron, y empezó a rebuscar en los cajones del escritorio.

Bajo un par de documentos del seguro dio con dos fotografías de Claire que, evidentemente, debería haberle devuelto a Samuel hacía ya mucho. Pero habían circulado tantas copias que pudo quedarse con esas dos sin problema, y no lo hizo por motivos policiales, para ser sincero. Lo tenían un poco hechizado, en particular la instantánea en la que se veía a Claire en un sofá de jardín luciendo un vestido de algodón de lunares negros que se le había subido a los muslos. A veces, cuando quería relajarse un poco, se llevaba la foto a la cama y se desabrochaba los pantalones. Es que no era más que un ser humano, y por eso conocía la cara y el cuerpo de Claire a fondo, y por lo demás no pensaba que Samuel la mereciese.

Pero un momento... ¿De verdad se atrevería a hacer una comparación? Sí, joder..., ¿por qué no? No era nada. No podía ser. Sacó la foto de la plaza de San Marcos que había traído del despacho, la puso encima del escritorio, junto a la de Claire con el vestido de lunares, y se tomó un buen trago de vodka. Vamos a ver, murmuró.

Lo primero que sintió fue alivio. La foto era peor de lo que recordaba. Carecía de nitidez y, en realidad, no había nada que indicase que fuera Claire, nada de nada, aparte de esa espeluznante sensación que se apoderó de él de nuevo. Así que bebió un poco más y

miró otra vez la imagen con la esperanza de poder confirmar que se trataba de otra persona. Pero tuvo la impresión de que la mujer de la foto se parecía cada vez más a Claire, y al final hizo algo que no podía explicar del todo, aunque en el fondo se trataba, claro está, de culpa, culpa por no haber llevado la investigación como habría debido.

Rompió la instantánea, no solo por la mitad, sino en diez, veinte pedazos. Pero aun así el sentimiento de culpa no desapareció, y de nuevo pensó en el comisario Antonio Rivera y en la madre y la hermana de Claire en la morgue de San Sebastián; en toda la sensación de prisa, y en el dulce y nauseabundo hedor del cuerpo, que acabó con su voluntad de resistencia y le llevó a salir de la morgue ignorando sus instintos policiales. Debería haber mirado con mayor detenimiento. Debería haber hecho otras muchas cosas e inquieto toqueteó el móvil preguntándose si no debería contactar con el Departamento de Análisis del Laboratorio Nacional de Investigación Forense. Tiene que haber expertos para este tipo de mierdas, ¿no? Pero tampoco iba a poder entregarles una foto hecha trizas, y no soportaba la idea de llamar al comisario Rivera, y la madre de Claire había fallecido ya.

Pero Linda, la hermana, con su sujetador de copa G, o la que fuera. ¿Debía contactar con ella? Vivía en Estocolmo ahora. ¿Por qué no? Solo necesitaba beber un poco más primero y dejarse llevar por los sueños. Sí, ¿y si se marchaba a Venecia de vacaciones y a buscar a Claire...? ¿Quién sabe? Quizá una noche la encontrase en el vestíbulo de algún hotel cuando él bajara a tomarse un dry martini. Quizá podrían... Bufó y se le escapó un poco de saliva y vodka que acabó en el escritorio. Tenía que dejar de soñar con ser James Bond. Salud, por cierto, se dijo a sí mismo antes de tomarse otro trago, y de repente marcó el número de la hermana. Quizá no estaba del todo sobrio. Por otra parte, era un experto en ocultarlo.

—Siento molestarte un viernes por la noche. Soy el comisario Lindroos —dijo ascendiéndose a ese puesto por alguna razón.

—Hola, Kaj —saludó la hermana—. Cuánto tiempo. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no —respondió—. O, más bien, sí. Hemos recibido una foto que se ha sacado hace muy poco, y parece que quizá sea a Claire (aunque lo más probable es que no, claro) a quien se ve al fondo de la imagen. Por eso me gustaría saber...

—¿Me estás tomando el pelo? —interrumpió.

—En absoluto —aseguró él—. Pero pienso a menudo en la identificación de San Sebastián, y a veces me pregunto si no me ocultasteis algo.

—Dios mío, ¿has bebido?

—En realidad, no.

—¿De qué fotografía estás hablando?

—Una foto de vacaciones normal y corriente —dijo, y con algo de torpeza trató de encajar las piezas de la instantánea que acababa de romper.

—¿Y cómo, por todos los demonios, podríamos haberte ocultado algo? Está muerta, Kaj. Muerta. La vimos tanto tú como yo, y no puedo entender que me llames un viernes por la noche para reavivarlo todo —le recriminó ella en tono alterado, pero quizá no solo eso, se imaginó Lindroos. También daba la impresión de estar asustada, le pareció no solo irritada por un poli borracho, sino atemorizada, y tuvo la sensación de que ese miedo respondía a su pregunta.

Le habían engañado, aunque no sabía muy bien qué hacer con esa información, más que apurar la botella de vodka y asegurarse de no hacer más llamadas idiotas. Quizá también debería decir unas palabras para quitarle hierro al asunto. No le convenía nada que a ella se le ocurriera llamar a Lars Hellner o a alguno de sus superiores.

—Lo siento si he sonado un poco burdo. Siempre me has caído bien, Linda. ¿Te apetece tomar una copa y lo comentamos? Al fin y al cabo, es viernes por la noche, como bien dices.

Tras oír el clic cuando ella colgó el teléfono, le dio tal patada al escritorio que la botella de vodka cayó al suelo.

Capítulo 25

¿Había sido Claire víctima de un abuso durante la reunión con la compañía de inversión húngara?

La mera idea enfureció a Samuel. Nadie había podido leer a Claire como él. Jamás se le pasaría por alto algo así. Era verdad que no había llegado a casa en muy buenas condiciones aquella noche. Pero describió con todo lujo de detalles cómo se había caído de la bici, y según la policía también había testigos del suceso. Se trataba de un accidente de bicicleta, nada más. Estaba convencido, o casi convencido, de que eso fue lo que pasó. Pero, claro..., no parecía que lo hubiera tenido todo bajo control, la verdad.

Ella lo abandonó sin que comprendiera por qué, así que estaba meridianamente claro que tenía que haber un montón de cosas que él no había captado, y a veces había llegado a creer que ella se había liado con el dueño de esa empresa, o, al menos, que habían tenido algún tipo de relación. Irradiaba una excitación muy difícil de interpretar ante el encuentro, y por mucho que él insistiera no quiso contarle nada acerca del hombre. «No puedo, cariño —se limitaba a repetir—. No puedo.»

Resultaba preocupante lo callada y reservada que se mostraba. Era innegable, y después tampoco consiguió sonsacarle mucho más a Lindroos. Este solo dijo que al dueño lo habían investigado, interrogado y descartado, y, aunque Samuel no se conformó, tampoco indagó en ello tan bien como habría debido.

Lo único que hizo fue contactar con una colaboradora que trabajaba para la empresa en Estocolmo. Kovács, se llamaba, creía. Y ella se mostró tan amable y cariñosa que él, por idiota que pueda parecer, se quedó tranquilo, especialmente cuando la mujer luego lo volvió a llamar para decirle que lo habían echado de menos en el funeral. «¿Así que fuisteis?», le dijo. «Por supuesto, Claire nos ayudó con la mayor elegancia», contestó la mujer y añadió otros tantos elogios exagerados. ¿Cómo había contactado ella con esa mujer? No se

acordaba, pero Rebecka Wahlin, la antigua compañera de Claire, lo sabría, ¿verdad? Podría ponerse en contacto con ella para conseguir un número, algo tenía que hacer. No podía quedarse ahí sentado con los brazos cruzados. Por eso, se levantó, cogió el teléfono y llamó.

La sombra se movía hacia Julia y ahora lo vio; realmente llevaba algo en la mano, y retrocedió asustada un par de pasos antes de darse cuenta de que eran flores.

—Ay, mi niña. Perdona que me marchara. No voy a dejarte nunca más —dijo sonriendo con toda la cara.

Ella apenas podía asimilarlo y se apoyó en el pecho de él. *Flores*. Qué detalle más maravilloso. Por lo visto, se había percatado de su preocupación y había ido corriendo a una floristería. Nadie más de entre la gente que conocía haría una cosa así. Miró las flores y luego levantó la vista hacia él, y la invadió el mismo sentimiento que tantas veces antes. El mundo entero desaparecía al estar a su lado.

—Son preciosas —dijo ella.

—Debería regalarte flores todos los días —respondió él.

Ella lo besó, abrió la puerta, entró en la cocina para coger un jarrón azul y metió las flores en él. Él apretó su pecho contra ella. Olía a *aftershave* y a algo más áspero, a hombre, pensó. *Hombre*. Ella se giró y lo agarró por la espalda, la misma espalda que hacía nada le había dado esas extrañas ideas, y de forma un poco sorprendente dijo:

—Trátame con mano dura.

Se arrepintió en seguida, no porque no lo dijera en serio. La tentación había llegado como una fuerza inesperada y contradictoria procedente del cuerpo de él y de su olor, pero le dio vergüenza haberse sincerado así. Él se quedó mirándola.

—¿En serio? —preguntó.

Ella asintió audaz, y entonces entrevió algo nuevo en su rostro. Los ojos se volvieron inexpresivos, y la agarró de las muñecas con tanta fuerza que las manos emblanquecieron. Acto seguido, estaba en la cama encima de ella, y aunque ella pasó por breves momentos de pánico, se estremeció de excitación, o al menos eso fue lo que se dijo a sí misma. Después, tras haber gritado tanto de dolor como de deseo, quiso desahogarse y vaciarse de todos los pensamientos idiotas que su padre le había metido en la cabeza y de los que había tenido ella

misma, de todas esas tonterías que habían aparecido solo porque se había sentido abandonada y fracasada.

—Papá piensa que no eres bueno para mí.

Por un instante pareció preocupado. Luego respondió:

—¿No es eso lo que los padres siempre piensan? Nadie es lo suficientemente bueno para sus hijas.

Julia se tocó una de las muñecas, que le dolía.

—Sí, pero también se le ocurren otras cosas. Ve algún pequeño detalle en el cuerpo y saca unas conclusiones tremendas.

—Un auténtico detective —comentó él mostrando ahora una amplia sonrisa.

—Sí, desde luego. La gente piensa que es como el tío más listo del mundo porque está así todo el tiempo. Pero la verdad es que no se entera de nada, te lo juro. Es capaz de decir las mayores estupideces —siguió ella, y él escuchaba, justo de esa manera que a ella le encantaba, cosa que le dio aún más confianza para seguir.

Habló de las depresiones de su padre y de cómo abusaba de las pastillas, y entonces él le acarició el pelo y el cuello, y reconoció que su padre había sido igual: todo el tiempo con los ojos pegados a algún libro, debilucho y generalmente un desastre. Pero al final se ocupó de ello, dijo, y a ella le conmovió que tuvieran experiencias parecidas.

Había pensado que él venía de un mundo completamente diferente, y ella siguió hablando toda la tarde, como si estuviera formulando una nueva historia de vida para sí misma. Una narración en la que su padre ya no era el héroe de su vida y en la que ella poco a poco se iba liberando para al final acabar junto a él, junto a este hombre que se llamaba Lucas y que la protegería de todo lo malo.

Alicia Kovács cerró la puerta del coche y subió andando hacia su casa, en Lidingö. Era otro día de tristeza, y seguramente por eso se había conmovido tanto al escuchar a Rekke tocar con una belleza que podría hacer llorar a los ángeles. Aquel hombre había resucitado para ella un mundo que creía perdido. Pero, claro, no debería haberse dejado seducir. No podía ablandarse.

La lluvia había empezado a caer. El viento soplaba desde el agua, y tras desactivar la alarma entró en su enorme chalé. Todavía la asombraba el lujo que la rodeaba. Solo uno de esos cuadros de la

pared costaba más de lo que su madre había ganado en toda su vida. Todos los muebles sin excepción eran exclusivos y ninguno se podía comprar en una tienda normal. Pero, al fin y al cabo, lo había pagado todo con su alma, como solía decirse a sí misma.

Se quitó la americana y los zapatos de tacón, y fue a la cocina para sacar una botella de vino blanco de la nevera, no muy diferente a la que Rekke le había ofrecido. Se sentó en el sofá con vistas hacia el jardín y la piscina, y apuró la primera copa de un solo trago.

Visualizó al profesor en su cabeza: sus penetrantes ojos azules y sus manos largas y esbeltas. Rekke se parecía a Gabor y, al mismo tiempo, era su total antítesis. Quizá incluso se trataba justo del tipo de persona en la que Alicia había esperado que Gabor se convirtiera: un intelectual que no solo pensaba, sino que también sentía, alguien capaz de afligirse y no solo de devolver golpes y vengarse de sus decepciones.

Alicia sabía, mejor que nadie, que de niño Gabor había sido abandonado por su madre y así perdió todos los privilegios que creía suyos. Sabía que Gabor consideraba que la familia Rekke tenía la culpa de todas sus desgracias, y que ningún agravio era lo bastante grande para compensar esa injusticia. Sabía que, desde entonces, para él siempre resultaba indispensable, en un plano puramente existencial, ser la persona más lista de la sala, y sabía que el único que suponía una seria amenaza a ese título era Hans Rekke. Se había dado cuenta de que Gabor lo odiaba y lo admiraba al mismo tiempo por ello.

Pero lo que no sabía y lo que le preocupaba era lo que en realidad Gabor pretendía con Rekke. El hecho de que hubiera tardado tanto en entregarle el collar debería ser una buena señal. No siempre se mostraba despiadado. A veces solo jugaba con sus enemigos y, sinceramente, ¿no lamentaría perder a Rekke si este no estuviera allí como un reto que desear, alguien a quien no solo quería aniquilar, sino también vencer en el plano intelectual, alguien sobre el que triunfar?

Gabor había entrado en la vida de Alicia a principios de los años ochenta, y la había hechizado con su encanto y su agudeza intelectual. Eran tres mujeres jóvenes en aquella época, las tres brillantes en los estudios y leales, así como las chicas buenas a menudo lo son con sus profesores y mentores. Pero, sin que apenas se dieran cuenta, los límites se fueron desplazando hacia delante, y al final se hallaron en

una realidad que no deberían haber conocido. Pero se acostumbraron, o al menos *ella* lo hizo. Incluso aprendió a sentir pasión por el juego en sí. Aunque también era verdad que... ¿Qué elección tenía? De las tres, ella fue la que se quedó embarazada, resultó la ganadora, o más bien... Sonó el teléfono.

Lo ignoró y se masajeó los pies y se tomó otra copa más de vino. Fuera, a lo lejos, pasó un tren, y sintió ganas de levantarse a poner un disco, quizá algo de Liszt, *Liebestraum*, por ejemplo, que siempre le había encantado. El teléfono volvió a sonar, y entonces lo cogió. Podría ser Gabor, pero no... Dios mío. Era Samuel Lidman, de entre todos los viejos fantasmas, y sin duda no podía ser una casualidad. Tenía que guardar relación con lo que había cobrado vida a consecuencia de las investigaciones de Rekke.

—Buenas tardes —dijo ella—. Cuánto tiempo, Samuel. ¿Cómo estás?

—Rebecka Wahlin me ha dado tu número de teléfono —respondió él impaciente.

—Dale muchos recuerdos de mi parte.

—Lo haré —dijo Samuel—. Pero también me he enterado de otras cosas. Al parecer hacía mucho tiempo que Claire y tú os conocíais.

Ella comprendió que debía tener cuidado con lo que decía.

—Sí, así es —reconoció—. El mundo es un pañuelo. Fuimos compañeras de curso en la London School of Economics.

—¿Erais amigas?

—Sí, yo diría que sí —dijo ella—. Pero costaba convencerla para que saliera con nosotras por la noche. Era una chica muy ambiciosa en todos los sentidos, se pasaba todo el tiempo trabajando.

—Pero algo hacíais, ¿no?

—Salimos a correr juntas alguna vez, y en una ocasión la acompañé al médico. Había empezado a dolerle mucho la rodilla. Bueno, ya sabes lo que le pasaba.

—¿Así que no jugasteis al ajedrez?

Está buscando algo, pensó ella, pero no entendió el qué, y se aseguró de reírse como si le resultara divertido.

—No, por Dios, no me habría atrevido. Ella era una maestra.

Aunque no tanto como para poder ganarle a Gabor, pensó.

—¿Por qué me lo preguntas? —añadió.

—Porque...

Luego Samuel dijo algo tan incomprensible que ella apenas pudo asimilarlo.

—¿Perdón? —dijo.

—El ataúd que se enterró tiene que haber contenido otro cuerpo que el de Claire.

—¿De qué estás hablando?

—Claire está viva, tengo pruebas —afirmó.

Alicia se quedó de piedra.

—No entiendo nada.

—Pero así es —insistió—. Y sigue jugando al ajedrez y desarrollando su defensa siciliana.

—Siciliana —tartamudeó, y un recuerdo desagradable se apoderó de ella, pero recuperó la compostura en seguida.

Hizo lo que pudo para ordenar sus pensamientos mientras Samuel le hablaba de una extraña fotografía que había aparecido, y en ese momento pensó en Gabor y en lo que decía una y otra vez en aquella época cuando sucedió: «No me gusta la manera en la que murió y tampoco el momento del accidente».

—¿Y realmente crees que la de la foto es Claire? —preguntó.

—Estoy seguro —dijo.

Deben de ser imaginaciones suyas, pensó. Era *vox populi* que Samuel Lidman se había vuelto loco de dolor. Aun así, Alicia sintió un creciente malestar, Gabor no era el único al que la muerte le pareció sospechosa y que se produjo en un momento demasiado oportuno. Ella misma había especulado con que la policía podía haber fingido la muerte de Claire y haberla usado para llegar hasta ellos. Pero, cuando los años pasaron y nada ocurrió, esos temores desaparecieron. Aunque también era verdad que Gabor quizá sabía algo más, algo que le había ocultado a ella, al igual que hacía con algunas de las mujeres con las que la engañaba.

—¿Me podrías enseñar esa foto? —pidió ella.

—Claro que sí —respondió Samuel Lidman, que de nuevo sonaba inseguro, y eso la tranquilizó un poco, aunque no pensaba correr ningún riesgo.

—¿Te viene bien pasar por nuestra oficina en Strandvägen mañana a las nueve?

—Vale, perfecto —contestó casi dando la impresión de estar lleno

de esperanza.

Alicia tomó otra copa de vino mientras pensaba: pobre hombre, pobre desgraciado si resulta que tiene razón.

Capítulo 26

Mientras disfrutaban de una tardía cena que la señora Hansson les había preparado —bacalao frito con mantequilla, patatas nuevas y ratatouille—, Micaela le contó a Rekke todo lo que sabía de la historia mientras este, en general, se limitaba a permanecer en silencio. Después, se levantó e inquieto empezó a recorrer la cocina de un lado a otro.

—Si tengo razón... —empezó.

—¿Si realmente Claire Lidman tiene una nueva identidad?

—Sí. ¿Estará Lindroos al tanto?

—Seguro que no.

Rekke la miró.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la investigación lo irrita y le causa complejo de inferioridad. Nunca se mostraría tan amargado si estuviese al tanto de un gran secreto.

—Parece una conclusión sensata —dijo—. Pero no deja de ser raro que se haya quedado la fotografía.

—Una estupidez por mi parte no haberlo evitado.

—¿La habrá reconocido y se habrá asustado?

—Es vanidoso, sobre todo. Le pone de los nervios cualquier cosa que pueda dejarle en mal lugar.

—Así que es probable que esté algo preocupado.

Ella asintió con la cabeza mientras reflexionaba sobre el hecho de que, de repente, hablaran de Claire Lidman como si de verdad estuviera viva.

—¿Tú realmente te lo crees? —quiso saber Micaela.

Rekke detuvo su deambular por la cocina y se quedó mirándola.

—Me lo creo como una hipótesis que merece ser investigada. Pero llevas razón, claro, en que tengo mis propias razones para implicarme.

—Tu collar.

—Sí, efectivamente —dijo—. Lo que me pregunto, sin embargo, es... —La miró con ojos de preocupación—. Es tu papel en todo esto.

—¿Mi papel?

—No se puede entrar en un juego con Morovia así como así. Es peligroso de verdad.

—Yo me apaño —aseguró ella.

Rekke parecía tenso.

—Mejor que la mayoría. Pero eso no es necesariamente suficiente, y quiero que te mantengas al margen.

Micaela sopesó hablarle de Lucas y Hugo, para decirle que ya andaba bien enredada en líos. Pero no vio ningún motivo para cargarle con aquello también. Era otra historia. Era su vida.

—Me crucé con Julia —dijo.

Rekke la miró concentrado.

—Ha conocido a alguien —continuó.

—¿Te dijo quién era?

—Me dio la sensación de que se trataba de un tipo duro, más alguien de mi barrio que del tuyo.

—No tiene por qué ser algo malo.

—Hombre, pues no, claro que no —contestó ella, ofendida de alguna manera, pero luego pensó en esa sensación de sentirse perdida tanto en Husby como en Östermalm.

—Pero no facilita las cosas —añadió.

—Ha adelgazado —dijo Rekke—. Me preocupa.

—No creo que sea para tanto —continuó Micaela, no del todo fiel a la verdad, y entonces él miró hacia la ventana y, aunque parecía a punto de comentar algo, permaneció callado y ella lo dejó estar unos instantes.

Después, cuando no dijo nada, preguntó:

—¿Cómo seguimos adelante con Claire Lidman?

Rekke volvió a sentarse a la mesa de la cocina.

—Creo que debemos dejarla en paz. Por cierto, ¿tú no ibas a estar de vacaciones? Vete de viaje, desconecta.

Ella negó con la cabeza.

—Me quedo —dijo.

Rekke reflexionó.

—En tal caso, creo que, de todos modos, debemos dejarla en paz.

—¿Por qué dices eso?

—A una mujer que no quiere que la encuentren no se la debe molestar innecesariamente.

—Es cierto —asintió Micaela.

—Y aunque nos pusiéramos con ello, no sería fácil. Si la hubieran visto en algún otro sitio, podríamos suponer que vive por allí cerca, pero en Venecia...

—Todos son turistas.

—Igual podría vivir en Japón que en Italia.

—Pero aun así tendría su emoción intentarlo —dijo ella, y sonrió al pensarlo.

—Además, hay algo con esa foto... —continuó él.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Ese ligero giro de la cabeza de la mujer, ¿te acuerdas? Se podía intuir que las pupilas se movían hacia la izquierda, como si estuviera a punto de mirar hacia atrás.

—¿Y eso qué significaría?

—Que no iba sola. Quizá quería saber si su acompañante le seguía el ritmo. Ella parecía andar muy rápido.

—Es interesante —dijo ella.

—Posiblemente.

—Luego, claro, está el quid de la cuestión: si tu teoría sobre la protección de testigos es correcta —continuó Micaela—, ¿qué sabía ella de Morovia que la hacía interesante tanto para la policía como para el servicio de inteligencia?

Rekke acercó su silla a Micaela.

—Supongo que se conocían de antes —respondió Rekke.

—¿Por qué dices eso?

—¿No me decías que Claire estudió en la London School of Economics a principios de los años ochenta?

Micaela asintió con la cabeza.

—No sé tanto de Morovia como debería —continuó Rekke—. Es raro lo poco que hay sobre él en internet, supongo que tiene a gente limpiando su rastro por todas partes. Es un hombre extremadamente cauteloso y misterioso, y quizá no he investigado con la energía necesaria. Pero sé que daba clases justo en la LSE, la London School of Economics, durante aquella época, y que siempre ha sabido rodearse de personas con talento, en particular de mujeres con elevados principios morales. Es como si le encantara convertirlas en una especie

de Albert Speer.

—¿Qué quieres decir?

—A Speer, el arquitecto y ministro de Armamento de Hitler, a veces y de forma algo generosa se le suele denominar como uno de nosotros, *one of us*, alguien que estaba destinado a hacer el bien, pero que tuvo la mala suerte de cruzarse con una persona malvada durante un período vulnerable de su vida. He vuelto a pensar en ello al conocer a Alicia Kovács.

—¿Era ella una mujer con elevados principios morales?

—Quizá lo fue una vez y quizá en algún lugar. Pero no era como tú.

Él la miró.

—¿Cómo soy yo? —preguntó Micaela.

—No te dejarías moldear por un poder superior.

Ella sonrió.

—Suena a cumplido.

—Es un cumplido.

Podría decirte muchos más, pensó Rekke, y continuó mirándola, sonriendo al principio, y luego cada vez más concentrado, y entonces vio lo que ya había sospechado. Ella apartó la mirada, como si entendiera lo que él había descubierto.

Rekke se preguntó si lo mejor no sería simplemente callar.

—Has tenido un enfrentamiento con tu hermano —dijo.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó ella.

Si tú supieras, pensó él.

Si tú supieras.

Julia debía de haberse quedado dormida por la tarde. Se despertó con una desagradable sensación de falta de aire y abrió los ojos. Lucas justo acababa de girarse hacia el salón, como si hubiera oído algo sospechoso, y ella aguzó el oído también. Un autobús pasó por Karlaplan. Una moto aceleró a lo lejos. Por lo demás, reinaba el silencio, y se acercó la mano a la garganta.

Tosió y salió sangre y flema. Madre mía, se encontraba realmente fatal. Tengo que levantarme, pensó. Tengo que salir al balcón para que me dé un poco de aire, pero no fue capaz. Necesitaba quedarse quieta y concentrarse en su respiración.

—Tengo miedo —dijo, en realidad sin pretenderlo, y le preocupó haberse sincerado demasiado.

Lucas había estado maravilloso escuchándola toda la tarde y diciendo las cosas apropiadas. Pero también sabía que en su mundo había que ser fuerte y no quejarse. No había que analizarlo todo como hacía su padre, y eso a ella le gustaba. Pero ahora, cuando todo su cuerpo se contraía, no era tan fácil ser dura.

—No me encuentro bien —dijo.

Lucas se volvió. La pálida cicatriz de su frente adquirió color. Los ojos se estrecharon y a ella le pareció ver algo reptiliano ahí dentro.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó él.

—Noto presión en la garganta.

Lucas se inclinó hacia delante y le puso las manos en el cuello, como un médico que le palpase las amígdalas.

—¿Dónde te aprieta?

—Más o menos ahí donde estás tocando —contestó ella, esperando que entendiera la indirecta.

En su lugar, él apretó más fuerte, o quizá simplemente ella lo sintió así. Al final, Lucas aligeró la presión y Julia aprovechó la oportunidad para incorporarse en la cama, insegura de lo que en realidad estaba pasando. ¿Podía hallarse en peligro? No solo eran las náuseas y la presión en la garganta, también se trataba de Lucas. Había algo raro en su reacción. Se le notaba más bien molesto.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Yo bien. ¿Por qué?

—Nada, solo me lo preguntaba —dijo ella—. Parecías tan tenso hace un momento...

—Tengo muchas cosas de las que ocuparme.

—¿Como por ejemplo?

Le interesaba de verdad. Todavía sabía muy poco de él, pero Lucas no contestó, y casi mejor así, teniendo en cuenta lo mal que ella se encontraba. Aun así, le ofendió que él se levantara sin pronunciar palabra. Cuando volvió llevaba una cerveza en la mano, por suerte solo para él. La cerveza era una bomba de calorías. Pero ¿no podía haberle preguntado si quería algo cuando fue a la nevera? La sed le quemaba la garganta, y la sensación se intensificó al verlo beber ávidamente, casi de forma agresiva.

—Deberías alegrarte de no tener hermanos —comentó él.

—¿Por qué debería alegrarme de eso?

—Porque, cuando te traicionan, duele.

—¿Alguien te ha traicionado?

Tomó otro voraz trago. La cicatriz de su frente se contrajo y se desplegó como si tuviera vida propia.

—Sí —respondió—. Una traición de la leche.

—Lo siento.

Ella se acarició el cuello, la presión en la garganta no aflojaba.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo.

Lucas no contestó.

—¿No pasa lo mismo en tu familia también? —preguntó luego.

—¿Qué quieres decir?

—¿No me decías que tu tío Magnus hace cosas a espaldas de tu padre todo el tiempo?

—Sí, es verdad —admitió ella, sin estar segura de haberlo expresado realmente así.

—¿Y tu padre lo perdona cada vez?

—Eso no lo sé —dijo ella—. Pero creo que ha aceptado que es así.

—¿Sabes cómo debería gestionarlo tu padre?

—¿Cómo?

No le dio tiempo a reaccionar. Algo llegó silbando por el aire. La mejilla le ardió y la cabeza fue arrojada a un lado, y sintió tanto dolor como desconcierto. ¿Qué había ocurrido? Le había dado una bofetada. Pero ¿por qué? Lucas se limitó a sonreír y a tomarse otro trago de cerveza.

—Así debe tratarlo. Devolverle el golpe. Entonces, Magnus no se atreverá a hacer ni una mierda.

Ella no consiguió pronunciar palabra.

—¿Entiendes? —dijo.

—Vale, se lo diré —murmuró ella mientras se pasaba la mano por la mejilla.

Luego se fue al baño, y allí se quedó sentada temblando, preguntándose si debía llamar a su padre, pero desechó la idea. ¿Qué conseguiría aparte de empeorarlo todo? Y en realidad —intentó consolarse a sí misma— no pasaba nada, solo había sido una broma, una manera de ilustrar lo que quería decir, ¿verdad? Se levantó y permaneció delante del espejo durante un buen rato toqueteándose la

barriga, que volvía a sobresalir. Se sentía fea y miserable, y pensó que debería irse de viaje, lejos, y no regresar en mucho tiempo.

Capítulo 27

—¿Cómo puedes saber que he hablado con mi hermano? —dijo Micaela.

—Lo veo en tu cara —contestó Rekke, y se acordó de cuando había mirado a los ojos de Lucas intuyendo algo frío y sin fondo allí dentro: toda la oscura triada (narcisismo, maquiavelismo, psicopatía), tal y como se había dicho a sí mismo.

Pero sobre todo había notado la reacción de Micaela ante Lucas. Las pupilas se le encogieron. La mandíbula se tensó, y los hombros se elevaron hasta la nuca. Desde entonces sabía cuándo Micaela había visto a su hermano o incluso cuándo su mera existencia la atormentaba. Lucas dejaba huella en su rostro y cambiaba el ritmo de sus pasos.

—*Creepy* —dijo ella.

—Para nada. Estamos evolutivamente condicionados a reaccionar al sentirnos amenazados. Lo has desafiado, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y Rekke se quedó mirándola. Era tan extrañamente joven y atractiva. Pero su mirada envejecía cuando hablaba de Lucas, y supuso que llevaba tiempo siendo así, incluso en los días en los que creía admirarlo.

—¿De qué manera? —continuó Rekke.

—He sido una ingenua —dijo ella—. Una idiota que miraba para otro lado. Pero hoy sé que trafica con drogas y que usa a chavales menores de edad como vendedores. He intentado conseguir pruebas. Durante las últimas semanas me he obsesionado un poco.

—¿Hay algo concreto que lo ha desencadenado?

Ella reflexionó.

—Quizá —dijo—. Vi una cosa. Lo seguí y me escondí en el bosque cerca de Järvafältet. Lucas estaba discutiendo con un chico joven que llevaba un plumas y, de repente, sacó un arma y se la puso al chaval en el cuello. Le dio un susto de muerte. Pero ¿sabes lo peor?

—No.

—Fue la sensación de que se trataba de algo rutinario, de que lo había hecho antes, y no sé si soy capaz de describir el shock que me causó darme cuenta de eso. Empecé a ver mi vida de otra manera.

Rekke puso su mano sobre la de ella y miró a sus preocupados ojos marrones, que parecían preparados para la batalla.

—Es una mierda —continuó—. Husby solía ser un lugar bastante bueno cuando me crie allí. Nunca lo vi como un barrio conflictivo del extrarradio. Pero ahora está inundado de anfetaminas, khat, éxtasis, cannabis y esa mierda que tomas tú: fentanilo. Ha habido muertes. Un chico de solo catorce años. Se llamaba Muhammad, si lo quieres saber.

—Lo siento.

Ella apartó, irritada, la mano.

—Déjalo —le espetó—. Sabes de sobra de qué formas parte, y que te lo dé tu médico no cambia nada.

—No, quizá no.

—Pero, de todos modos —siguió ella en tono más suave—, desde que vi a Lucas sacar esa arma las piezas del puzle han ido encajando, y, en lugar de mirar hacia otro lado como antes, he intentado convencer a gente de Husby de que testifiquen en su contra.

—No del todo desprovisto de riesgos, supongo —reflexionó él.

—No, y me he precipitado. Pero ha sido como si algo de repente se hubiese activado dentro de mí. ¿Te he hablado de mi padre?

—El historiador.

—Exacto. Siempre me ponía libros en las manos y quería que levantara la vista y mirara el mundo. Odiaba Husby. Lo veía como un infierno de bloques uniformes, una pesadilla futurista, y siempre insistía en que debía ir a la universidad para poder marcharme de allí. Quería que estudiara una carrera, como él, y que me mudara al extranjero, o al menos a la ciudad de Lund. Aun así, cuando me gradué del instituto...

—Con buenas notas, naturalmente.

—Pues, sí, la verdad es que sí... Entonces solicité la admisión en la escuela de policía.

—Y elegiste trabajar en Husby.

—Exacto, y a veces me cruzaba con mis antiguos profesores. Me daba cuenta de su decepción, y no era capaz de explicarles ni a ellos ni a mí misma qué hacía allí vestida de uniforme.

—Pero de alguna forma lo sabías.

—Sí, de alguna forma. Se trató de Lucas todo el tiempo.

—Querías claridad.

—Había demasiadas preguntas de mi infancia que me reconcomían.

—Como, por ejemplo, la muerte de tu padre.

—Sí, quizá, pero en muchas de esas cosas resulta inútil hurgar. No hay posibilidad de encontrar respuestas después de tanto tiempo. Debería haber dejado que mis compañeros hicieran el trabajo. Ahora solo lo he empeorado todo y tengo a unos idiotas encima.

—¿Aparte de tu hermano?

—Sí —dijo dubitativa—. Hoy, cuando iba a ir a casa de Rebecka Wahlin para ver sus libros, me encontré con uno de los recaderos de Lucas. Hugo, se llama.

—¿Y Hugo te ha puesto así el labio?

—Me amenazó, y no solo a mí. Dijo que podía pasarle algo a alguien cercano, y entonces se me ocurrió que podían ir a por ti, Hans. Por eso me quedé helada al ver la sangre en el suelo de la cocina.

—Yo ya me apañaré —dijo él esbozando una sonrisa serena.

Pero acto seguido se sintió incómodo, y de nuevo lo invadió la sensación de que un gran peligro se estaba gestando.

Capítulo 28

Está claro que quien sale en la foto no es Claire. Claro que no.

Sin saberlo, Alicia Kovács sonaba más o menos como el inspector Kaj Lindroos, quien, en un momento de debilidad, se había ascendido a sí mismo a comisario. Pero, a diferencia del beodo policía, Alicia era extraordinariamente aguda y metódica, y puso una foto de Claire tras otra encima de la mesa de su despacho.

Todavía sentía esa vieja punzada de celos. Claire tenía algo de lo que ella y Sofía carecían. Irradiaba un aire de cosmopolitismo. Claire podía plantarle cara a Gabor y cuestionar sus análisis. Era la estrella de las tres amigas, la que todos pensaban que Gabor elegiría. Pero ¿qué ocurrió?

Alicia se levantó de la mesa, se acercó la mano al corazón y aguzó el oído hacia el jardín y el camino. La amenaza contra su vida parecía oírse allí fuera en la oscuridad, los preparativos para algo terrible, un fuego que se propagaría desde el suelo hasta sus pies y sus piernas, y lentamente la consumiría. Que no, pero qué tonterías, murmuró para sí misma.

Gabor se ocupaba de ella, la amaba, estaban unidos por un niño y una tragedia. No iba a pasar nada. Nada de nada. Pero aun así... habían sido tres: Claire, Sofía y ella; tres mujeres que, prendadas de Gabor, lo habían cortejado. Tres personas jóvenes, felices y llenas de esperanza que estaban convencidas de que su futuro era luminoso y resplandeciente.

Hoy en día, Alicia era la única que seguía con vida, al menos eso esperaba, aunque sonaba duro formularlo así. A Sofía la encontraron muerta y torturada en su casa de Madrid, que quedó reducida a cenizas. Claire Lidman murió consumida por las llamas después de que un camión cisterna se saliera de la carretera en San Sebastián. Fuego, fuego, siempre el fuego. Como si ellas dejaran tras de sí paisajes quemados.

Alicia apartó la mirada de la ventana y bajó de nuevo a la cocina

para abrir otra botella de vino y calmar su inquietud. Pero se arrepintió. No sería profesional beber más. Pensó en cuando volvieron a ver a Claire en Estocolmo, en septiembre de 1990. Se acordaba de las expectativas que sobrevolaban el aire, las secretarias que corrían de un lado para otro, los papeles, las propuestas de contratos que se entregaban, Gabor delante del espejo poniéndose bien el traje y engominándose el pelo. Era un día importante para él. No solo por la oportunidad de quedarse con el patrimonio de Axel Larsson y así enriquecerse aún más en una época en la que los demás se desangraban. Era importante para él ver otra vez a Claire, el eslabón perdido, la mujer que más le atraía. Pero nada salió como él había esperado. Claire llegó, y Gabor la besó en la mejilla. Claire reaccionó con un evidente desagrado físico. Incluso hizo un gesto como para limpiarse los besos. Lo odiaba, y no intentaba ocultarlo. Aquello era una locura y no saldría bien. Alicia se dio cuenta en seguida.

Pero, por supuesto, Gabor hizo como si no pasara nada. Halagó a Claire, la invitó a champán y le propuso una partida de ajedrez, como un calentamiento antes de las negociaciones. Claire aceptó a regañadientes. Alicia contempló la partida desde un sillón justo al lado, y desde el principio resultó obvio que Claire había mejorado notablemente. Jugaba negras y empleó la defensa siciliana, y resistió durante mucho tiempo antes de que Gabor la aplastara y volcase su rey con el dedo meñique. «Te queda mucho —dijo—. Aún no puedes desafiarme.»

Lo dijo con una sonrisa y una voz casi tierna. Pero Alicia advirtió de inmediato la amenaza que se ocultaba tras sus palabras, y poco después ocurrió lo que había temido. Gabor le pidió que se marchara. Quería estar a solas con Claire. Alicia se acordaba de la mirada indefensa de Claire, los ojos que vagaban a su alrededor como buscando una salida, y la puerta que se cerraba. Recordaba sus propios pasos bajando las escaleras, y los sentimientos de celos y de terror. Seguía sin saber lo que sucedió aquella noche, solo que fue algo terrible.

Lo vio en Gabor al día siguiente, como una sombra en su rostro y en sus movimientos, y por eso tampoco se sorprendió cuando Claire desapareció al cabo de unas semanas. Ya se veía venir, y, aunque lloró al enterarse de su muerte, no le resultó del todo inesperada. Claire había sellado su sentencia al haber mirado a Gabor con su gélido odio.

Así fue. Esa era la realidad en la que había acabado viviendo Alicia, y que poco a poco había llegado a aceptar, especialmente después de dar a luz al hijo de Gabor y de haber visto lo mucho que, a pesar de todo, era capaz de amar y de afligirse. Gabor seguía siendo el hombre más inteligente e interesante que había conocido. Seguía siendo Gabor, el hombre que le había abierto el mundo y que había iluminado su vida convirtiéndola en una gran promesa. Más allá, en el agua, un barco se movía en la oscuridad. Volvió a aguzar el oído hacia el jardín y echó un vistazo al reloj.

Las diez y cinco, demasiado tarde para llamar. Las noches de Gabor eran sagradas. Pero qué coño... Tenía un asunto que tratar con él, y muchas preguntas que hacerle. Alicia marcó el número y Gabor se puso en seguida, y sonaba amable y cálido. Como el Gabor bueno, al que ella estaba unida.

—Se nos olvidó el cumpleaños de Jan la semana pasada. Habría cumplido diecinueve, como sabes —dijo él.

—No me pareció que hubiera gran cosa que celebrar. Pero estuve en la terraza con una vela encendida.

—Un gesto bonito. ¿Tienes algo más que contar sobre Rekke?

Ella reflexionó.

—Dio las gracias.

—¿Las gracias?

—Por haberle despertado de su sopor. Su sueño de la bella durmiente —dijo ella sin recordar si era así exactamente como lo había expresado—. Se le veía bastante decaído —añadió.

—Puede estar todo lo decaído que quieras, pero nunca hay que subestimarlo. ¿Hizo alguna observación más?

Notó mi vergüenza, pensó Alicia. *Para quien siente culpa siempre hay esperanza*.

—En realidad, no —dijo ella.

—Entonces se lo ha callado —dijo Gabor—. Lee a las personas como si fueran un libro abierto.

Como tú, Gabor, pensó ella. Como tú.

—¿Lo admiras? —preguntó ella.

—Ve con claridad. Eso me fascina.

Pero sobre todo le odias, pensó ella.

—¿Hay algo relacionado con la muerte de Ida Aminoff que deba saber?

Alicia contuvo la respiración.

—Parecía ser una mujer interesante —respondió Gabor—. Poco disciplinada, pero interesante.

¿La mataste?, pensó ella.

—¿Por qué había tanta prisa por devolverle el collar?

Gabor se quedó callado.

—Él preguntó por mí y yo le devolví algo —dijo.

—En serio, Gabor. ¿Por qué?

—Yo ya sabía que iba a acercarse a nosotros.

—¿Lo sabías?

—Sí, me dieron un soplo, y después he indagado un poco y he recibido cierta información inesperada. De momento no es más que una sospecha, pero intento confirmarla. Tiene que ver con Jan.

—Vaya —dijo ella, y no se atrevió a hacer más preguntas.

Decidió ir al verdadero motivo de su llamada.

—Me llamó Samuel Lidman —informó.

Gabor respiró hondo.

—¿De verdad? —dijo Gabor—. Bueno, era de esperar, supongo. ¿Qué quería?

—Afirma tener pruebas fotográficas de que Claire vive y de que ha sido vista en Venecia.

Gabor volvió a callar y respiró pesadamente.

Pero una vez que se puso a hablar no había ninguna gravedad, ningún odio latente en la voz como cuando hablaba de Rekke; solo una nota de diversión y de curiosidad.

—Vaya, vaya —dijo.

—Exacto, suena como una absoluta chifladura. Pero, no obstante, he concertado una reunión con él mañana a las nueve de la mañana para tantearlo.

—Posponla —dijo Gabor—. Viajaré a Estocolmo para verlo. Quizá... —añadió dudando— vaya acompañado.

Ella se sorprendió, no porque fuera a acudir acompañado. Siempre aparecía con nuevas bellezas, nuevas amantes, pero le extrañó que quisiera encargarse de la reunión con Samuel. Por lo general, solo a los más ricos y poderosos se les concedía el honor de conocerlo.

—¿Te puedo preguntar por qué?

—Porque será interesante —dijo.

—¿Te da tiempo a llegar a la una?

—Creo que sí —contestó.

Ella dijo con voz dura:

—¿Quién te acompaña? ¿A quién haces feliz esta vez?

—No es lo que piensas. Te lo explicaré con detalle. Pero antes quería pedirte otra cosa.

Ella se mordió el labio.

—Me he dedicado a la delicada labor de indagar en la situación personal de Rekke, y ha sido más interesante de lo que habría cabido esperar —continuó.

—Ah, ¿sí? —dijo ella preocupada.

—Resulta que Rekke tiene una inquilina en su casa, una mujer joven, una chica lista, creo, policía, muy íntegra, una luchadora en muchos sentidos, en absoluto mimada desde la cuna como él.

No vayas a por ella también, pensó Alicia.

—No he coincidido con ella.

—No, me imagino que no. Pero, y esto es interesante, tiene un hermano que se siente amenazado por ella y que, de hecho, odia a Rekke y la influencia que ejerce sobre su hermana. Se llama Vargas también, Lucas Vargas, he hablado un poco con él y parece abierto a escuchar propuestas.

Se deja comprar, quieres decir, pensó ella.

—¿No te parece que Rekke ha sufrido ya bastante?

—No ha sufrido como nosotros.

—¿Qué quieres que haga? —quiso saber Alicia.

—Habla con el hermano. Ha surgido una situación, y mientras tanto intentaré confirmar mis informaciones.

—Claro, Gabor —dijo ella—. Claro que sí. Pero...

No terminó la frase. Se limitó a desearle buenas noches y empezó a gestionar lo que había prometido. Reprogramó la reunión con Samuel Lidman y habló durante un buen rato con Lucas Vargas, quien la sorprendió con su encanto y su sentido del humor. Le recordaba un poco a Gabor, aunque en versión más primitiva. Después llamó a Morovia de nuevo y, mientras hablaba, fijó su mirada vacía en la oscuridad y pensó:

¿Qué estoy haciendo en realidad?

¿Qué estoy haciendo?

Capítulo 29

El móvil zumbó y Rekke se sobresaltó. Pero no había nadie al otro lado de la línea y eso lo dejó pensativo. Acto seguido llamó a Julia, quien dijo que ya estaba en la cama —eran las once menos diez de la noche— y él se disculpó en seguida y colgó.

—¿Por qué has llamado a Julia? —dijo Micaela.

—No lo sé muy bien.

—No puedo dejar de pensar en lo del collar que te han devuelto sin más.

—¿Qué?

Toqueteaba nerviosamente el móvil, como si quisiera volver a marcar el número de Julia.

—El collar que te han dado —insistió Micaela.

—Ha sido un poco dramático.

—Has dicho que ya desde el principio existían unas circunstancias sospechosas en torno a la muerte de Ida Aminoff.

—Sí.

No parecía muy dispuesto a hablar.

—¿Qué circunstancias?

—Una marca roja en la nuca, como he comentado, un poco por debajo del nacimiento del pelo —aclaró Rekke.

—¿Y qué dijeron de eso?

—Creían que podían habérselo hecho cuando le arrancaron el collar.

—¿Le arrancaron? —repitió Micaela.

—Sí, posiblemente.

—Bastante sospechoso, diría yo.

—Por otra parte, podría habérselo hecho ella misma. Siempre le costaba quitarse el collar. Nunca fue capaz de hacerlo ella sola, y podía volverse muy descuidada y enfadarse mucho cuando había bebido —explicó Rekke.

—¿Y has dicho que la causa oficial de la muerte fue sobredosis?

—Sí, asfixia por sobredosis. Había grandes cantidades de opiáceos y anfetaminas en el cuerpo. Y la concentración de alcohol en sangre era de 1,6; y además estaba muy delgada. Resulta perfectamente plausible que muriera a causa de todo eso.

—Pero ¿no se supo con total seguridad?

Rekke se quedó callado toqueteando el móvil.

—Según el médico forense, no cabía duda. No había señales de otras causas, dijo.

—Pero ¿*tú* qué pensabas? —quiso saber Micaela.

—Yo no estaba igual de convencido. Pero al mismo tiempo me sentía sin fuerzas y sin autoridad.

—¿Pudiste ver el cuerpo?

—Sí, cogí un vuelo a casa desde Helsinki e insistí en verlo. Pero fue todo muy rápido, en el Instituto de Medicina Forense de Solna. Me sacaron de allí en seguida.

—¿Te dio tiempo a descubrir algo?

Rekke se giró hacia ella.

—Una cosa posiblemente. Había estudiado un poco e hice una cosa irrespetuosa. Le miré los labios por dentro. —Pareció visualizarlo en su imaginación, mostró una mueca fugaz—. Sabía que era difícil, casi imposible, ver si una persona había muerto asfixiada, si en el asesinato había estado inconsciente o a punto de perder la consciencia. Si no se advierten marcas de uñas o dedos, hay que buscar señales pequeñas, muy pequeñas.

—¿Y no lo habían hecho?

Rekke sonrió, como si estuviera más presente.

—No con la minuciosidad que yo más tarde consideraría una virtud.

—¿Qué viste bajo los labios? —preguntó Micaela.

—Una pequeña hemorragia en el frenillo del labio superior, algo que podía indicar movimientos forzados o desesperados con la lengua y los dientes, pero era tan discreta que dejé que el médico forense me despachara de allí.

—Aunque en realidad...

—Fue cuando me surgió la sospecha de que podía haberse cometido un asesinato al amparo de un proceso agudo de enfermedad, pero no logré convencer a los investigadores y en esa época era demasiado inseguro y estaba demasiado desesperado como para

insistir —explicó Rekke.

—¿Así que no se halló ADN de ninguna otra persona?

—Esa tecnología no existía entonces.

—¿Ninguna otra lesión defensiva ante un ataque? —inquirió Micaela.

—Solo unos moratones en los hombros, que se suponía que se los había hecho aquella misma noche, pero antes de la hora de la muerte. En cambio, se veían indicios de alboroto en el apartamento. En el suelo había una maceta rota. La policía pensaba que la propia Ida la había tirado al suelo.

—Y, por lo demás, ¿estaba el apartamento recogido?

—Sí y no. Había ropa de Ida por todas partes, como era de esperar. Pero alguien acababa de pasar la aspiradora, y la mesilla y la lámpara de encima se habían limpiado cuidadosamente.

Ella se lo quedó mirando asombrada.

—Increíble que lo dejaras estar, tú entre todas las personas.

—Sí —admitió Rekke—. Es verdad.

—¿Por qué crees que lo hiciste?

—Quizá no quería o no tenía fuerzas para indagar en ello. Pero no resulta del todo impensable que... —esbozó una melancólica sonrisa— que me pasara a mí un poco como a ti con tu hermano.

—¿En qué sentido? —quiso saber Micaela.

—Creí que lo había dejado atrás, pero en realidad afectó a toda mi vida.

—¿Cómo?

—Abandoné la carrera de concertista de piano, empecé a estudiar Psicología y me interesé por los testimonios y la técnica forense.

—Entiendo —dijo ella, y apuró su copa antes de añadir—: ¿Había testimonios en la investigación que querías, consciente o inconscientemente, entender mejor?

Rekke se apartó el pelo de la frente.

—Sí —contestó—. Había uno en particular que no me gustaba.

—¿De quién?

—De William Fors.

Ella se sobresaltó.

—¿William Fors de Nordbanken?

—Entonces aún no trabajaba en banca. Estudiaba en la Escuela de Economía de Estocolmo, pero sí, es la misma persona —puntualizó

Rekke.

—¿Quieres decir que hay una conexión con la desaparición de Claire Lidman?

—Hay algo sobre el collar que aparece de repente que me molesta. La noche que murió Ida se estaba celebrando una boda de la alta sociedad en Djurgården. Todas las personas de mi entorno asistieron, todas menos yo, y al parecer nadie se portó peor que William. Se emborrachó, tuvo una actitud chulesca e intentó ligar con Ida. Pero Ida sobre todo se metía con él y, cuando ella se marchó a casa, William la siguió. Lo mandó a la mierda, pero se empeñó en acompañarla, y en seguida empezaron a discutir sobre el collar. Al menos eso fue lo que William afirmó.

—¿Así que entonces Ida todavía lo llevaba? —preguntó Micaela.

—Sí, y William lo elogió, dijo él, y quiso saber cuánto costaba. Pero al parecer ella se cabreó y soltó un montón de chorradas de que quería tirar el collar al agua porque odiaba las baratijas y el parloteo y los cumplidos chabacanos.

—Así que fue él quien contó eso.

—Sí, fue él, y ahora *a posteriori* da la impresión de que quería vendernos la historia de que fue Ida quien se deshizo del collar. Algo en su testimonio suena cada vez más falso en mi memoria.

—¿Alguien vio a Morovia en Estocolmo aquella noche?

—No conseguí dar con su rastro por mucho que le preguntara a todo el mundo. Pero ahora he pensado... —Se levantó.

—¿Investigarlo más detenidamente? —completó Micaela.

—Sí, en efecto. Tengo una idea de cómo empezar. Y, según mi querida colega e inquilina, no me conviene desconfiar demasiado de mis ideas.

Mostró una sonrisa y se alejó de ella, de nuevo con el teléfono en la mano y un gesto de preocupación en la cara.

Julia se despertó pronto y con hambre. Luchó contra ello visualizándose a sí misma bailando, ligera, en un muelle junto al mar, y cuando consiguió controlar la sensación la invadió una suave euforia que revoloteó por la habitación como una frágil mariposa. La luz del día se filtraba por el borde inferior de las cortinas.

Goteaba sobre el vierteaguas de la ventana. Fuera caía una lluvia

apacible y miró a Lucas. Por fin había pasado la noche con ella, y no se había marchado, como siempre. Pero aun así sentía que algo no iba del todo bien, y no se debía solo a la bofetada. Lucas había estado corriendo de un lado a otro toda la noche hablando por el móvil. Había una pequeña crisis familiar, dijo, quizá eso de lo que había hablado sobre sus hermanos. Pero ella tenía la sensación de que algo iba mal.

Lucas dormía boca arriba roncando ligeramente, y Julia se apartó de él todo lo que pudo en la cama, presa de una sensación desagradable provocada por sus hombros y el fuerte tórax. ¿Qué iba a hacer? Naturalmente no había estado durmiendo cuando su padre la llamó anoche. Es que no quería hablar con él con Lucas delante. Pronunciar una sola palabra más habría terminado en catástrofe. Nadie te cala como él, con solo oír el tono de voz. Pero ¿quizá podía salir sigilosamente y llamar ahora? La tranquilizaría oír su voz y desahogarse un poco. Pero no, no podía ser. Es que no podía contarle lo de la bofetada. Solo lo malinterpretaría, y lo cierto es que no era para tanto, ¿y quizá Lucas estaba de mal humor también por ese lío familiar?

Las cosas se arreglarían, y además lo habían pasado bien anoche, entre todas esas llamadas de móvil. Lucas había prometido una «sorpresa de superlujo», una compensación por todo el follón. El fin de semana estarían solos él y ella, y nada de teléfonos, había dicho. Sonaba muy bonito. Total, es verdad, sería una pena cargarse el buen rollo aún más. Sintió una mano en el hombro. Lucas se había despertado y la miraba con su sonrisa más amplia y más bonita, la que casi podía hacer desaparecer todos los problemas.

—Buenos días —dijo.

Ella le devolvió la sonrisa mientras se preguntaba si debía besarlo, como para demostrar que no había pasado nada. Pero se contentó con un buenos días ella también.

—Mi chica guapa —dijo.

Ella inspiró hondo.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Vamos a pasarlo genial —respondió—. Iremos a un hotel. ¿Te gusta el champán?

—Sí, me gusta —contestó ella, pero no sintió un gran entusiasmo, aunque quizá se debía a todas las calorías que había en el champán.

—Solo voy a hacer unas llamadas. Luego preparamos la maleta y nos largamos —comentó él.

—Tengo que ver a mi padre primero.

—Bah, venga —dijo él—. Ni siquiera te cae bien. Ahora somos tú y yo.

—Vale, de acuerdo —accedió ella sonriendo—. Tú y yo.

Luego, a pesar de todo, se enroscó en él, aunque le supuso un esfuerzo inesperadamente grande.

Capítulo 30

Samuel Lidman había hecho una nueva copia de la fotografía vacacional, y ahora esperaba recién peinado, afeitado y luciendo su mejor traje en un bareto de Birger Jarlsgatan mientras tomaba una cerveza temprana.

No puedo más, murmuró para sí mismo. No puedo más. Pero no estaba del todo claro a qué se refería. Quizá no era más que una manifestación de la inquietud que sentía ante el encuentro con Alicia Kovács, o quizá era una reacción a lo que Rebecka Wahlin había dicho sobre el libro de ajedrez que aparecía en la foto. Quizá, incluso, no lo había comprendido de verdad hasta ese momento.

Tras las palabras de Rebecka, la trascendencia de que realmente la mujer de la foto *era* Claire caló hasta el fondo, y no solo de que Claire lo hubiera abandonado, sino que todavía anduviese por ahí con abrigos elegantes y leyendo sofisticados libros de ajedrez como si él nunca hubiese existido. Ser consciente de eso superaba lo que podía aguantar, de modo que pidió otra cerveza más y su nerviosismo fue creciendo hasta el punto de cabrearse también con Micaela Vargas. Al parecer era ella quien había deducido de qué libro se trataba, y aun así no se lo había contado, como si él no pintara nada en esta historia. Esas no son maneras, joder, pensó, y sacó el teléfono para llamarla. Le sorprendió lo contenta que sonaba Micaela.

—Hola, Samuel —dijo—. Pensaba llamarte.

—Yo también… —empezó él.

—Hemos descubierto una cosa —interrumpió ella.

—Ya lo sé —repuso enfadado, y soltó una larga y furibunda diatriba sobre cómo el amor de Claire por el ajedrez era, por lo visto, mayor que el amor por él.

Micaela esperó hasta que terminó.

—¿Así que Lev Polugayevski era una persona importante para ella? —preguntó luego.

—¿Qué…? Sí —dijo—. Totalmente. Si hablamos de ajedrez, lo

prefería a él antes incluso que a Kaspárov.

—¿No hay nada más que recuerdes de la noche en la que se reunió con Gabor Morovia? —preguntó Micaela.

Lo revivió de nuevo, cómo ella entraba tambaleándose, pálida y alterada, y se metía en el cuarto de baño, pero, a diferencia de las otras veces que le había venido a la memoria, no sintió ninguna calidez. Más bien vio algo traicionero en la cara de Claire y en cómo rehuía sus besos.

—Era una puta falsa —espetó.

—¿Perdón?

—Me ha arruinado la vida.

—Sí, ya, pero... —empezó Micaela, a todas luces consternada.

Luego Samuel debió de colgar. En todo caso, de repente, Micaela dejó de estar al otro lado de la línea, y él se levantó con una mueca y salió dando tumbos a la calle mientras otros recuerdos desfilaban por su cabeza, y, como para fastidiarle aún más, Claire aparecía desnuda y maravillosa en la mayoría de ellos. Pero, en lugar de querer acercar su cuerpo al de ella, quería gritar y pelear, y acabó tirando al suelo un sombrero gris de señora que llevaba puesto una maniquí que había en la acera.

—¿Qué haces? —gritó alguien.

—Odio los sombreros —dijo antes de seguir hacia el teatro Dramaten mientras pensaba en cómo diablos iba a hacer tiempo hasta la reunión con Alicia Kovács en Strandvägen.

Micaela se quedó parada con el móvil en la mano mirando desconcertada a Rekke, quien acababa de salir de su estudio. Llevaba la misma ropa que el día anterior, pantalones grises y una camisa negra que había cosechado unas cuantas arrugas. Entornaba los ojos, al parecer había pasado la noche en vela. Quizá ni siquiera se había tomado los tranquilizantes. Sus manos temblaban cuando se atusó el pelo.

—He hablado con Samuel Lidman —dijo ella.

Rekke la miró.

—¿Qué te ha dicho?

—Ha llamado puta falsa a Claire.

—No muy amable, cabría decir.

—¿Puedes dejar de ser tan irónico, por favor? —pidió ella, enfadada porque él no se lo tomaba más en serio.

—Sí, claro —dijo Rekke—. ¿Quieres que hablemos de eso?

Ella lo observó airada.

—Ahora suenas como un jodido psicólogo.

—Soy un jodido psicólogo.

—¿Y qué es lo que tienes que decir al respecto? —preguntó ella en tono más amable—. ¿Que nuestro simpático atleta se ha vuelto loco de repente?

Rekke la invitó a sentarse con un gesto, lo cual significaba que él quería hacerlo. Se había percatado de esa manía suya hacía ya tiempo: Rekke no podía sentarse si ella no se acomodaba antes.

—En seguida me llamó la atención que el atleta bondadoso no se enfadara más al hablar de la foto y de Claire —empezó.

—¿Qué quieres decir?

—Hablaba como si pensara que todo se arreglaría por el mero hecho de encontrarla. Pero un encuentro así difícilmente acabaría bien. Ese tipo de desapariciones no se pueden curar.

—¿No te parece que eres demasiado pesimista? Es que el hombre siempre se ha mostrado tan bueno que casi se aniquila a sí mismo.

—No suele ser una buena solución a las crisis.

—¿Te refieres a que puede acabar explotando o algo así? O quizá... —Micaela reflexionó antes de seguir— ya lo ha hecho.

Rekke se abrió de brazos. Estaba claro que no quería especular, y Micaela volvió a visualizar esa fotografía: la mujer que avanzaba volando entre la muchedumbre con un libro de ajedrez en la mano.

—Creías que Claire no estaba sola en la plaza de San Marcos.

—Lo adiviné por un momento.

—Puede que tenga un nuevo marido. Eso no facilitaría las cosas —especuló Micaela.

—Puede que lo tenga, claro, pero yo más bien me pregunto...

Micaela se inclinó hacia delante.

—¿Qué? —dijo.

—Me pregunto si su mirada no reflejaba demasiada angustia para eso.

—¿Cómo podías ver angustia en esa fotografía tan poco nítida?

—Intuí algo contradictorio en sus movimientos —respondió Rekke.

—Mencionaste una vieja lesión.

—También había otra cosa. Algo a la vez arrogante y protector. Te acuerdas, ¿verdad? Una paloma había salido revoloteando y ella levanta la mano para protegerse, pero también parece girar el cuerpo para mirar hacia atrás con un poco de preocupación.

—¿Así que lo que quieres decir es...?

—Que, más que un hombre o un amante ahí detrás, diría que se trata de un niño, u otro individuo más vulnerable.

Micaela recordó las palabras de Rebecka Wahlin cuando comentó que Claire parecía estar embarazada justo antes de desaparecer, y una pregunta empezó a formularse en su mente. Comprendió en seguida que resultaba imposible contestarla, pero la soltó de todos modos:

—¿Qué edad podría tener el niño?

Para su sorpresa, Rekke se tomó la pregunta en serio.

—Si damos por buena mi premisa fundamental, que es volátil, mi conjetura sería doce o trece.

Ella lo miró perpleja.

—¿Bromeas?

—A un niño más pequeño sin duda lo llevaría cogido de la mano, especialmente en un lugar como la plaza de San Marcos. Un niño algo mayor no le provocaría la misma angustia en la expresión.

—Así que sería...

El niño de Samuel, quería decir. Pero no terminó la frase, era todavía muy pronto para especular. Quizá incluso se trataba de una especie de fantasía, la consecuencia del deseo repentino de que la historia tuviera un final feliz.

—Sería bonito que Samuel pudiera recuperar tanto a Claire como a un niño.

—¿Lo ves? —dijo Rekke—. Tengo la molesta costumbre de despertar vanas esperanzas.

Acto seguido se despidió de Micaela con un movimiento de cabeza y regresó a su estudio.

Durante unos instantes se detuvo a escuchar. Micaela se marchó de la cocina también, con ese compás de ocho por ocho con puntillo que le gustaba tanto a Rekke. Qué diferentes eran sus pasos a los de Ida Aminoff. Si Micaela sonaba como una marcha irregular que nadie podía parar, Ida había sido como un errante solo de jazz, capaz de tomar un rumbo nuevo e inesperado en cualquier momento, cosa que

dificultaba cualquier investigación sobre ella. Había una constante imprevisibilidad ahí; una sensación de que realmente podría haber tirado unas joyas de valor incalculable a la bahía de Djurgårdsbrunn.

Rekke había pasado toda la noche revisando sus notas sobre la investigación, y era peor que leer viejos diarios. Sus defectos, su incapacidad le quemaban como agujas, y le resultaba cada vez más incomprensible haber abandonado el caso. Faltaba información decisiva. Algo que no tenía por qué significar que alguien había asesinado a Ida. Pero resultaba profundamente irritante que nadie supiera lo que había sucedido durante las últimas horas de su vida. A Ida la habían encontrado tumbada en la cama boca arriba con uno de sus zapatos de tacón todavía en el pie. La mano derecha descansaba sobre la garganta como si hubiese tenido dificultades para respirar. El sufrimiento se veía reflejado en su rostro. La puerta no estaba cerrada con llave.

Alguien podría haber entrado a hurtadillas para matarla —o para ayudarla a morir— y coger el collar. Alguien que podría, a pesar de todo, haber sido Gabor o una persona relacionada con él. Uno de los vecinos también creyó haber oído pasos durante la madrugada y, posiblemente, cierto alboroto en el piso.

Había toda una serie de idiotas sospechosos que podían haber aparecido en su casa por la noche, y Rekke veía con creciente preocupación que el candidato más probable fuera William Fors. Rekke se había reunido con él pocos días después de la muerte de Ida en un bar del centro. William Fors se mostró profundamente incómodo, resultó casi imposible hablar con él. Estaba avergonzado, sin duda. En sus apuntes sobre el encuentro, Rekke había escrito:

> Parco en palabras, se rebulle, difícilmente el autor del crimen, pero ¿oculta algo? Habla de cómo se separaron por la noche delante del Nordiska Museet. Ella se alejaba tambaleándose hacia el puente de Djurgården, en dirección a su casa, en Torstenssonsgatan. «Parecía estar a punto de desplomarse», dice él, y añade medio desvariando que Ida amenazaba con tirar el collar al agua. Pide disculpas una y otra vez: debería haberla dejado en paz. Es que yo sabía que te quería a ti, Hans.

Los apuntes lo avergonzaron. No había ninguna observación precisa, nada de valor, ¿y por qué había anotado esa última frase? Intuía el motivo. En lugar de contestar a su propia pregunta —¿está William ocultando algo?— o al menos formular por qué la había

hecho, se aferró al único consuelo que le quedaba: el amor de Ida. La juventud era un estado imperdonable. Pero su instinto probablemente no le fallaba.

William no se lo había contado todo. ¿Podría volver a hablar con él? Podía hacer cualquier cosa, por supuesto. Pero ¿cómo consigues que un hombre hable de lo que quiere olvidar? Pues le das algo por la molestia, claro, y ahora ya no había ninguna inocencia de juventud a la que culpar.

Rekke se levantó apresuradamente, decidido a tomar cartas en el asunto. Por desgracia, no solo era la muerte de Ida lo que le preocupaba, y al salir del estudio pensó en Julia y la llamada de la noche anterior. Sacó el teléfono y la llamó. No contestó. Tras intentarlo una y otra vez, preso de la misma sensación desagradable, decidió acercarse a su casa. Tampoco pasaba nada por ir a ver si estaba allí con el móvil apagado.

Julia se miraba en el espejo. Iban a ir a Trosa de celebración, le había dicho él, y se sentía, a pesar de todo, ilusionada. Pero su aspecto no le gustaba. Tenía una cara infantil, se le antojó. Las mejillas eran mofletudas y los ojos parecían los de una muñeca. ¿Y la tripa? Más grande que nunca. Además, la mejilla le escocía. Arriba, junto al pómulo izquierdo, se veía un moratón. Menuda vergüenza. Tengo que inventarme una buena explicación, pensó mientras salía del baño. Se detuvo en medio del salón, presa de una premonición. ¿Volvería a pegarla?

No, no, era la típica cosa que solo sucedía una vez. Pero debería haberle dejado más claro que le daba miedo. Violencia de género, murmuró esas fatídicas palabras. Era evidente que no se trataba de eso, pero aun así... debería hablarlo con él, quizá simplemente explicarle que no entendía muy bien lo que él había querido decir con eso.

—Lucas —gritó.

Él no contestó. Estaba ocupado con el móvil en el dormitorio, y algo en sus movimientos, en la tensión de sus brazos, hizo que ella se callara lo que quería decir. Tampoco había motivo para fastidiarle ahora que iban a ir a un hotel, ¿verdad? Se acercó y apretó su cuerpo contra él, y entonces bajó la mirada hacia el móvil, sin querer, sin

ninguna intención en absoluto. Pero él lo interpretó como si lo espiara. La apartó y ella se ofendió. No obstante, sonrió.

—¿No vamos a irnos ya? He hecho la maleta y me he puesto guapa —dijo ella con la esperanza de recibir un cumplido.

Ni se dignó a mirarla, ni siquiera cuando ella le dedicó unas palabras amables. Se limitó a murmurar que iba a salir al rellano a hacer otra llamada. Luego se irían, dijo. Él bajó una planta y ella, aunque no habría debido, claro, escuchó un ratito a escondidas. Hablaba en inglés. Pronunciaba sorprendentemente mal, como si no hubiera recibido clases nunca, y justo le dio tiempo a pensar en lo diferentes que debían de haber sido sus infancias antes de captar algo que la sobresaltó. *«I must have a guarantee that you don't hurt her»*, dijo. ¿Quién no debía hacer daño a quién? ¿Eso era parte de la crisis en su familia? ¿O se refería a ella? Avanzó otro paso por el descansillo y escuchó un poco más. Lucas seguía la llamada con murmullos y dijo: *«Yes, yes, sounds great»*.[1] Luego se animó. Se rio y dijo *«wow, cool»*, y eso quizá debería haberla tranquilizado. Pero había algo en esa risa que no le gustaba, una especie de exclusión, creía, como si alguien al otro lado fuera a pagar un precio, e intentó oír algo más, pero entonces Lucas pareció alejarse, de modo que ella volvió al cuarto de baño.

Era una especie de maldición. Cuanto menos contenta estaba con su aspecto, más la atraía el espejo. Se arrimó a él mientras pensaba en esas palabras, «una garantía de que no le vais a hacer daño». ¿Debería huir de allí? Permaneció quieta, como paralizada, y se cubrió el moratón con corrector. Luego empezó a maquillarse aún más y, como si eso no fuera suficiente, volvió a examinar su barriga y los muslos y se pellizcó la piel, pero al final la invadió el asco. ¿Qué estaba haciendo? Resultaba denigrante. Debería buscar un sitio discreto, ella también, y llamar a su padre.

Oyó los pasos de Lucas en la escalera y salió del cuarto de baño y lo miró preocupada. Pero no fue capaz de interpretar su expresión. Él pasó por delante de ella, entró en la cocina, anotó algo en un pósit que quitó del taco y se lo metió en el bolsillo.

Luego mostró una amplia sonrisa y la besó, y entonces ella se sintió mejor, no del todo bien, claro, pero aun así más tranquila, y aunque todavía estaba pensando en largarse de allí, metió las últimas cosas en la maleta y salió con él al ascensor. Mientras bajaban, él

volvió a sacar su móvil e hizo un gesto solemne con la mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Apagar el teléfono. Ahora solo somos tú y yo.

Ella apagó también el suyo, insegura de lo que realmente sentía, y quizá él lo advirtió.

—Tengo muchas ganas de estar contigo —dijo, y le acarició el pelo.

Olía a *aftershave*.

—Yo también —dijo ella.

La cogió de la cintura y salieron. Su Audi Cabriolet estaba aparcado justo delante del portal. Era un día bonito, sin una sola nube en el cielo, y quizá, a pesar de todo, pasarían un maravilloso fin de semana, pensó ella. Ya se notaba calor en el aire, y un poco más allá tocaba una orquesta. Era un día como hecho para la fiesta.

Ella dirigió una ojeada hacia Narvavägen, como para aspirar el ambiente urbano una última vez antes de que se marcharan. Se sobresaltó. Más abajo en la calle venía una inconfundible figura alta, vestida con una camisa negra, y, aunque le entraron ganas de salir corriendo a su encuentro y abrazarlo y hablarle de todo lo que había pasado, el instinto de huir la dominó.

—Venga, vámonos —dijo—. Creo que aquel que viene por ahí es mi padre.

—¿Por dónde? —contestó Lucas con una voz más tensa de lo que a ella le hubiera gustado.

—Por ahí —repitió, y señaló con el dedo, y entonces a él le entró mucha prisa.

Le abrió la puerta del coche, se sentó al volante y pegó un violento acelerón para arrancar que provocó una sensación de vértigo en el estómago de Julia.

Capítulo 31

Unos decrépitos vejestorios desfilaban por la calle, viejos veteranos de la invasión de Normandía. Todos parecían tener cien años o más, y a algunos los llevaban en silla de ruedas. Otros avanzaban tambaleantes. Deberían haberlos dejado quedarse en casa con las piernas cubiertas por una mantita.

En la costa atlántica se alineaban los buques de guerra, y en las gradas debajo de él se sentaban los dignatarios, y cada uno de ellos —por qué no admitirlo— impresionaba. Pero, por otra parte, cómo detestaba este tipo de ceremonias. Había algo tan presuntuoso y falso en ellas que le entraban ganas de gritar obscenidades.

Y, para más inri, pronto aparecerían sin duda los aviones de guerra armando ruido y jodiéndole la resaca. Qué idiotez haber bebido la noche anterior. Pero la culpa era de Hans, naturalmente, y de Gabor Morovia. El malestar que le provocaron le llevó a echarse al coleto una cerveza tras otra. La próxima vez tendría que ser vino, pensó tocándose la barriga. Pero ya se las arreglaría. No era el tipo de hombre que se desesperaba. Era un luchador, y ahora, además, alguna mierda aburrida ocurría ahí abajo. El presidente Chirac, que estaba sentado al lado de la reina de Inglaterra en la primera fila, se levantó. Seguramente le tocaría a ella entregar condecoraciones o alguna otra tontería de las suyas y pronunciar un discurso igual de polémico que el amén en la iglesia. ¿Por qué no le dejaban escaparse a tomarse una cervecita equilibradora, un reconstituyente? Qué desesperación.

Sintió unas punzadas de inquietud. Recorrió las gradas con la mirada. Por cierto, ¿dónde se había metido Putin? ¿Quizá le fastidiaba tener que reconocer que los aliados también habían contribuido a derrotar a Hitler? Pero espera... Allí estaba, en el balcón con el rey Harald. ¿Debía intentar contactar con él? Habían hablado un poco cuando Putin era primer ministro de Yeltsin, y Putin debía de conocer a Morovia, era probable que se hubieran ayudado a enriquecerse mutuamente cuando vaciaron Rusia de todos sus bienes.

Kleeberger le dio unos golpecitos en el hombro. ¿Qué querría ahora?

—¿Has visto lo calvo que está Chirac? —dijo, y quedaba muy claro lo que pretendía con ese comentario.

Trataba de curar sus propios sentimientos de inferioridad buscando defectos en aquellos más poderosos que él, y en situaciones así Magnus solía seguirle el juego: sí, Schröder parece alcoholizado; sí, Berlusconi se ha destrozado la cara con la cirugía plástica; sí, Tarja Halonen es una abuelita, una maestra de colegio. Pero ahora no tenía ganas.

—No me parece para tanto —replicó con dureza, e independientemente de que quisiera o no, Gabor Morovia se le venía a la cabeza; Gabor, que se inclinaba y hacía algo terrible con la mano.

En la calle, Rekke se cruzó con la señora Hansson, que regresaba con un par de bolsas de ICA Banér, y entonces la ayudó a entrar y le preguntó cómo andaba de su gota. No se podía quejar, dijo naturalmente. Y añadió que estaba muy pero que muy contenta de que Micaela hubiera vuelto.

—Ahora quizá habrá un poco más de orden.

—Sí, quizá —dijo él.

—¿Vas a salir a dar un paseo?

—Me voy a acercar a ver a Julia —continuó Rekke, y le devolvió la sonrisa, como si solo se tratara de una visita de cortesía.

Pero, en cuanto se despidió de la señora Hansson, el malestar regresó y sus intentos por despacharlo como una reacción irracional no sirvieron de nada. Se acordaba del toque un poco arácnido en los movimientos de Julia cuando se apartó de él en la cocina.

Una mirada más dura observaba a su hija ahora, la suya propia o la de otra persona, y se fijó en un caballero mayor con americana a cuadros que pasaba por la acera de en frente.

El hombre andaba despacio y, como tantas otras veces, Rekke examinó el cuerpo para ver lo que podía detectar acerca de su vida. Pero en esta ocasión no era el hombre en sí lo que le interesaba. Era su propia manera de centrarse en los detalles. ¿No resultaba eso un poco extraño?

Cuanto más miraba los pies del hombre —número cuarenta y

seis, conjeturó—, más desaparecía el mundo a su alrededor y más grande se le antojaban los pies. Sabía, por supuesto, a qué se debía. Era la ayuda que proporcionaba el cerebro para no perderlos de vista, pero también era una jugarreta del ojo, que cambiaba la perspectiva, y supuso que eso era precisamente lo que le pasaba a Julia. Ella miraba con tanta atención algunas partes de su propio cuerpo que estas crecían a sus ojos. Formaba parte de la oscura iluminación de la vida de la que eran culpables los trastornos alimentarios, y de nuevo se le vino a la mente el timbre de su voz al llamarla la noche anterior. Algo no iba bien, lo presentía, y apretó el paso.

Desde lo alto de Karlaplan, un ruido de un motor acelerando rasgó el aire, un aullido creciente en forma de *glissando*, en una especie de tercera aumentada, que iba desde la hasta do sostenido, y Rekke levantó la cabeza. Un coche deportivo rojo desapareció por Karlavägen. Seguro que no era nada. Östermalm estaba lleno de hombres atiborrados de hormonas que sentían la necesidad de pavonearse y de poner de los nervios a los demás con sus coches trofeo. Pero algo en el ruido y el aspecto del vehículo que desapareció le causó malestar, y siguió subiendo hasta el portal de Julia.

En el ascensor percibió el aroma a *aftershave* y perfume. Una pareja, creyó, acababa de estar ahí, y con una creciente sensación de desasosiego se bajó en la quinta planta y llamó a la puerta de Julia. Pero, como sospechaba, no había nadie.

Micaela dio una vuelta por el piso y pudo constatar que Rekke no estaba. Le preocupó y llamó a la señora Hansson, que en seguida la tranquilizó. Rekke solo había ido a ver a Julia, dijo, y le había visto con un aspecto radiante y veraniego.

—¿No estarás pensando en marcharte de aquí? —continuó.

—No lo sé —respondió Micaela.

—Él te necesita.

Le entraron ganas de preguntar si sus propias necesidades le interesaban a alguien por aquí.

—No sé si yo lo necesito tanto a él.

—Pero te estimula, ¿a que sí?

—Cuando consigue mantener la cabeza por encima del nivel del agua. Si no, solo me vuelve loca.

—Nos vuelve locos a todos. Por otra parte, a veces nos deja sin aliento.

Micaela reflexionó.

—Eso es verdad.

—Además, él te gusta, ¿no?

Micaela no respondió.

—Y sabes... —continuó la señora Hansson de modo un poco misterioso—. Es un auténtico caballero, por si alguna vez has dudado de eso.

Un pelmazo es lo que es, pensó ella.

—Creo que no me apetece mucho escuchar todo esto —dijo Micaela.

—Entonces te pido perdón.

A Micaela se le ocurrió otra cosa.

—Tú te ocupabas de Magnus y Hans cuando eran pequeños, ¿no? ¿Te acuerdas de un chico que se llamaba Gabor Morovia?

La señora Hansson calló.

—Ahora mismo subo —dijo—. Ahora mismo subo.

Capítulo 32

Rekke tenía un juego de llaves del piso de Julia. Pero nunca entraría sin su permiso, no como hacía la madre de Rekke cuando este era joven. Ella podía irrumpir en su casa en cualquier momento y hurgar entre sus cosas, como si tuviera pleno derecho a hacerlo, y desde entonces siempre sabía cuándo alguien había estado en su habitación. Lo sabía ya antes de que sus sentidos fueran conscientes de haberlo registrado, y había jurado respetar la integridad de Julia de una forma totalmente diferente, pero aun así...

Era padre y los padres atentaban contra sus principios todo el tiempo, formaba parte del trabajo. Abrió la puerta con la llave y en seguida se dio cuenta, por el aroma a *aftershave* y a perfume, de que Julia y el nuevo novio debían de haberse marchado hacía un momento. Perfectamente podrían haber sido ellos los que habían salido a toda pastilla en el coche que hacía ese ruido de motor; y, en tal caso, ya tenía tanto el registro tonal del coche del chico como su olor. Eso era un comienzo, y aquí dentro sin duda habría más pistas, si es que de verdad se decidía a ponerse a husmear. La casa se veía limpia y recogida, bien limpia, sí, señor, también algo que se había intensificado últimamente, como si fuese consecuencia de una estricta dieta. El orden sigue al orden. *Ordinem ducit ad ordinem.*

La cama estaba hecha, en la cocina habían metido los platos en el lavavajillas y habían limpiado tanto la mesa como el fregadero. En la mesa, tres números del *Dagens Nyheter* formaban un pulcro montón, y al lado había un taco de pósits. Muy bien, pensó, ahora sal de aquí. No empieces a hurgar en cajones y escondites. Pero aun así volvió a echar un vistazo a la mesa de la cocina y a los pósits, y entonces descubrió en ellos la débil huella de una palabra larga y dos números, posiblemente el 5 y el 2, sin duda una dirección. Podía leer una ampulosa «H» mayúscula al principio y una «b» y una «g» igual de sinuosas en el interior de la palabra. Más no podía descifrar, pero comprendió que no lo había escrito Julia. Se trataba más bien de un

hombre con una caligrafía algo recargada y descuidada a la vez, y le interesó durante unos instantes. Sabía que en 1975 se había introducido una nueva forma de escribir en los colegios suecos, con la idea de que la escritura fuera más fácil de leer y estuviera desprovista de adornos. La letra «g», por ejemplo, no se debía unir a la siguiente letra, para evitar lazos, pero aquí la g se unía con otras letras y no se veía ni rastro de esa nueva manera de escribir. El que lo había escrito, si es que se había criado en Suecia, pertenecía, en otras palabras, a una generación anterior, y eso le hacía bastante mayor que Julia, aunque eso no tenía por qué ser malo.

Pero tampoco era bueno, y arrancó el papelito con la débil huella y llamó a su hija, sin recibir respuesta de nuevo.

La señora Hansson subió elegantemente vestida con un pantalón de lino blanco y una rebeca de cachemir azul marino que parecía abrigar demasiado para el tiempo que hacía. Antes de ponerse a preparar el té se llevó la mano a la espalda con cara seria.

—¿Ha empezado Hans a hablar de Gabor Morovia? —dijo.

—El nombre ha aparecido en una antigua investigación que estamos revisando —respondió Micaela.

La señora Hansson esbozó una discreta sonrisa.

—¿Así que habéis vuelto a trabajar en un caso?

—Eso parece.

—Ay, cuánto me alegro. Eso le vendrá muy bien a Hans. También le pasaba de pequeño. En cuanto tenía un misterio con el que devanarse los sesos se animaba.

La señora Hansson recuperó la expresión preocupada y se sentó en una de las sillas de la cocina. Parecía cansada.

—¿Cómo te encuentras, Sigrid? —preguntó Micaela.

—Bueno —dijo—. Los años no perdonan, y he tenido algunas experiencias terribles en mi vida. Pero creo que las que implicaban a Morovia han sido las peores.

Micaela también se sentó.

—¿Así que lo conoces?

La señora Hansson se pasó la mano por la frente mientras parpadeaba nerviosamente.

—Enterré al gato de la familia que él quemó y pasé varias noches

en vela, con miedo a que también intentara prender fuego a la casa. Pero ya lo conocía de antes, cuando la familia creía que era un chico inteligente cualquiera.

—Pero ¿no lo era?

—No, no —contestó ella, y se levantó para servir el té y unos *scones*—. Pero tardamos en darnos cuenta. Al principio solo sabíamos que el doctor Brandt había visto al chico durante un torneo de ajedrez en Viena y se había quedado profundamente impresionado, casi enamorado. Soñaba con que Hans y Gabor se hicieran amigos, que compitieran y se midieran el uno con el otro. Con toda sinceridad creo que sus intenciones no eran más que buenas.

—Entiendo.

—Pero la cosa no podía salir bien de ninguna forma. Gabor había mamado el odio contra la familia Rekke desde que nació.

—Eso tengo entendido —dijo Micaela.

—Fue Harald Rekke, el padre de los chicos, quien se dio cuenta de la situación, pero entonces ya era demasiado tarde, y no sé si te puedes imaginar el revuelo que se levantó. Harald contactó tanto con los servicios sociales como con la policía, e irrumpió de muy malos modos en la embajada húngara en Viena. Pero el chico ya no vivía allí y nadie quiso decirle adónde se había ido. Luego nos enteramos de que el doctor Brandt le había ayudado a conseguir una beca para un colegio en Bonn. Harald nunca le perdonó aquello al doctor y rompió toda relación con él.

—¿Sabes qué fue de Gabor Morovia después? —preguntó Micaela.

La señora Hansson sirvió el té para las dos.

—Como soy la única que mantiene el contacto con el doctor Brandt, sé más de eso que ningún otro miembro de la familia —admitió.

—¿Y me lo podrías contar?

—No lo sé —dijo la señora Hansson.

—¿Por qué dices eso?

La señora Hansson terminó de masticar.

—He querido evitarle esa información a Hans.

—¿Por qué?

—Siempre he tenido miedo a que Gabor fuera a por él otra vez, y no quería que Hans sintiera ningún tipo de simpatía por él. Eso podría

debilitarlo.

—Suena increíble que Hans pudiera sentir algo de simpatía por Morovia después de lo sucedido.

La señora Hansson se echó a reír con algo de resignación.

—Con Hans nunca se sabe. Se identifica con todo tipo de psiques. Nada humano le resulta ajeno. *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*, como suele decir. Pero, Micaela, puedo contártelo, si prometes no transmitirle la información en seguida.

—Lo prometo —aseguró ella preguntándose si realmente lo decía en serio.

—A Morovia le fue más o menos como cabía esperar —continuó la señora Hansson—. Tuvo una brillante carrera universitaria y levantó un negocio exitoso. Aun así, algo no iba bien. Personas de su entorno desaparecían o morían, y el doctor Brandt se arrepintió de haber tenido algo que ver con el chico. Luego sucedió algo que parecía que fuera a cambiarlo todo.

—¿Qué?

—Gabor tenía nuevas aventuras amorosas constantemente, y sus abogados se veían obligados a defenderlo una y otra vez de acusaciones de abusos. Al mismo tiempo había una mujer que siempre estaba a su lado, en las buenas y en las malas, una compatriota que había sido su alumna en Londres. Alicia Kovács se llama, y con ella tuvo un hijo, un chico muy guapo, dicen, que destacaba tanto en los estudios como en el deporte. Gabor lo quería tanto que intentó alejarse del crimen organizado, con el que colaboraba en Rusia.

—¿Y lo consiguió?

—No lo sé. Lo único que sé es que se granjeó aún más enemigos. En alguna ocasión durante la primavera de 1994 alguien puso una bomba en su limusina en San Petersburgo. Pero estaba tan mal colocada que solo la mitad del coche saltó por los aires. Gabor sobrevivió con quemaduras en el tórax y en las piernas. El hijo, Jan, no lo logró. Murió en los brazos de su padre, y después de eso Gabor se volvió completamente despiadado, dicen.

—Vaya —dijo Micaela pensativa.

—Y eso me preocupa. El chico tendría la misma edad que Julia hoy, si hubiera sobrevivido.

—Pero Morovia no irá a por Hans por eso, ¿verdad?

—No, quizá no. Pero Gabor está obsesionado con él.

Sinceramente, Micaela... —La señora Hansson volvió a tocarse la zona lumbar.

—¿Sí?

—Todos estos años he temido que Morovia vuelva, y que se le ocurra algún pequeño motivo por el que atacar a Hans de nuevo. Es la persona más cruel que he conocido en mi vida. ¿Te he dicho que torturó al gato antes de prenderle fuego?

—No.

—Y entonces solo tenía doce años, y hoy... Bueno, casi prefiero no contar lo que he oído. Dicen que lo mejor que les puede pasar a las personas que se enfrentan a él es que les meta una bala en la cabeza. Suelen acabar con el mismo destino que el gato.

—Algo he oído.

—Es una persona absolutamente terrible, Micaela, y muy muy inteligente, un genio a su horrible manera. Tienes que prometerme que Hans no volverá a enfrentarse con Gabor Morovia.

—Lo intentaré —dijo Micaela, y de pronto se oyeron los pasos de Rekke en el rellano.

Rekke entró y comprendió que la señora Hansson y Micaela hablaban de él. Aunque intuía un tono de gravedad en las voces, no le importó. Se dirigió a su estudio para examinar la huella en el pósit amarillo. No se veía gran cosa. Las palabras no se habían escrito con mucha fuerza. Aun así, podía leer «Hög —algo— gatan, 52», y justo al principio de la parte ilegible se intuía una «ä», una «ä» descuidada, lo cual debería convertir la palabra en Högbärsgatan. ¿Högbär?

¿Esa era una palabra? ¿Una baya que desconocía?[1] ¿O un error ortográfico? Una calle que sí existía era Högbergsgatan, situada en el barrio de Söder, y en el número 52 había un colegio, Maria Elementar. Sonaba inocente. ¿Se trataba solo de una paranoia suya, a pesar de todo? ¿Porque en realidad qué pruebas tenía? Una marca en la muñeca de Julia, su mirada algo desafiante, una voz en la noche que sonó preocupada y que casi seguro mintió, y luego la letra de un hombre que tenía más de treinta años y cuya recargada caligrafía posiblemente revelaba una personalidad algo grandiosa. Ahora bien, la grafología no es que sea una ciencia muy fiable, y las hijas mienten a menudo cuando tienen a hombres en casa. Quizá no se trataba más

que de la típica paranoia paternal, y esa presión en el pecho que sentía y las punzadas de dolor en el corazón tampoco es que mejoraran su estado de ánimo que digamos, y, para más inri, el repentino acceso de angustia saboteaba su concentración.

Sufría abstinencia y debería tomar algo. Pero dudó. Se suponía que tenía que ser un padre responsable. ¿Aunque de qué le servía a Julia si no podía pensar con claridad? De nada. Antes capaz que limpio de drogas, decidió, y se levantó para ir al cuarto de baño. De camino oyó a Micaela hablar por teléfono.

Hablaba de una reunión a la una y, cuando ella hubo colgado, se acercó. Micaela puso una cara como si la hubiese pillado haciendo algo prohibido. Se le notaba una sombra huraña en los ojos y bajó la mirada al suelo.

—¿Has visto a Julia? —preguntó.

—No —respondió Rekke—. No estaba en casa. Si lo he entendido bien, tú también te vas, ¿no?

—Voy a ver a la hermana de Claire Lidman, Linda.

—¿Y eso?

La señora Hansson recogía en la cocina detrás de ellos. Hacía más ruido que otras veces y a ratos se paraba a descansar. Se oían unos agudos tonos en do cuando introducía las copas de vino en el lavavajillas.

—Quiero confirmar que Claire está viva.

—Anda.

—Pero tranquilo, voy a escuchar entre líneas. No voy a preguntar a bocajarro.

—¿Te has enterado de algo más? —dijo Rekke.

—Kaj Lindroos la llamó anoche, y daba la impresión de estar borracho y paranoico.

—¿Otro más que ha pasado demasiado tiempo mirando esa foto?

—Eso parece.

—¿Quieres que te acompañe?

Micaela se mostró dubitativa, y Rekke comprendió que en realidad se había enterado de algo que no quería compartir. Por instinto aguzó el oído de nuevo hacia la señora Hansson, como si esperara obtener más información de los tonos que sus movimientos generaban.

—Pero probablemente lo harás mejor sola —dijo.

—No sé yo —respondió ella.

—Sí, creo que sí —insistió Rekke, y le dio unas palmaditas en el hombro y se preguntó si entretanto no debería ponerse con algo él también.

No podía limitarse a deambular de un lado a otro preocupándose por Julia. Tenía otras cosas que hacer. Había recuperado el collar, y había descubierto incoherencias en el viejo testimonio de William Fors; y sospechaba que había una relación, una línea recta que llevaba hasta las negociaciones de Nordbanken con Axel Larsson y la desaparición de Claire Lidman. Eso era algo concreto de lo que ocuparse en lugar de desconfiar de los novios de Julia. Cerró los ojos y luego se dirigió con pasos resueltos hasta el cuarto de baño y abrió el botiquín con el objetivo de repararse un poco.

Capítulo 33

De camino a los monumentos en el cementerio de guerra norteamericano en Normandía, Magnus vio a un hombre de mediana edad con pelo rizado y oscuro que raleaba en las sienes y que le resultaba familiar, pero que no lograba situar.

Era alguien ridículamente popular. Todo el mundo quería saludarlo. ¿Podría tratarse de algún hombre poderoso en la sombra del que no había oído hablar? No, eso resultaba imposible, nadie estaba tan al tanto de todo como él. Pero de repente lo entendió. Se trataba de Tom Hanks, y entonces bufó. *Un actor*. Corre, Forrest, corre, pensó, y se abrió camino para dejarlo atrás. No soportaba el peloteo ante las estrellas de Hollywood. Era peor que con la realeza, todo el mundo perdía la chaveta. Todo el mundo quería salir en la foto. Pero espera... Quizá había un rayo de esperanza a pesar de todo. Por allí caminaba una figura baja, con poco pelo y mejillas chupadas, a todas luces indiferente al revuelo. O al menos eso fingía, porque Magnus cayó en la cuenta de que también este hombre tenía una debilidad por esas cosas, aunque seguramente Tom Hanks era un tipo demasiado blandengue y liberal para su gusto. A Putin le iban más la acción y los músculos, los actores como Steven Seagal.

—Vladímir Vladimirovitj —llamó con un tono demasiado alto, y entonces la preocupación se extendió entre el séquito, bien porque Magnus se movía demasiado rápido, bien porque se había expresado de forma irrespetuosa, y entonces añadió:

—Señor *Präsident*. —Lo dijo no solo para mencionar el título, sino también porque sabía que a Putin le gustaba lucirse con su alemán.

—Magnus.

No pudo evitar sentirse halagado por el hecho de que este hombre lo llamara por su nombre de pila. Será que también en él había algo de pavoneo y ridícula vanidad, para ser sincero, y aparentemente esa familiaridad en el saludo no solo causaba impresión en él, sino también en muchos otros. Se abrió un espacio en

torno a Putin, y Magnus le tendió una mano que el mandatario estrechó de forma un poco blanda, pero aun así. Advirtió con el rabillo del ojo que la gente los observaba, quizá incluso Forrest Gump.

—¿Cómo estás? —dijo.

Putin le devolvió una sonrisa a la vez alerta y divertida.

—No me aburro.

—Se te ve exultante.

Putin puso una cara como si llevara todo el día oyendo lo mismo hasta la saciedad.

—Y felicidades por la victoria en las elecciones —continuó Magnus—. Poca competencia, ¿verdad?

—Eso ya es historia.

—Y la nueva se escribe todo el tiempo. Quería preguntarte sobre nuestro común... —dudó; ¿qué iba a decir? ¿*Amigo* o *enemigo*? Había muchas cosas muy poco claras desde el atentado con bomba contra él y su hijo—. Sobre una persona que los dos conocemos bien —se corrigió.

—¿Quién?

—Gabor Morovia.

Un viento gélido recorrió la cara de Putin y a Magnus le dio tiempo a pensar que podía considerarse afortunado por no haber dicho amigo o ni siquiera conocido. Putin odiaba a Gabor, eso estaba claro. Pero, al instante siguiente, el presidente se rio a pesar de todo, y entonces todos los demás también sonrieron, aunque difícilmente entendían de qué hablaban.

—¿Tienes problemas con él? —preguntó.

—Podría tenerlos —respondió Magnus con sinceridad.

Putin se inclinó hacia delante dirigiéndole una mirada que resultaba imposible interpretar.

—Pues pégale un tiro.

Era una broma, por supuesto. Aun así, Magnus se estremeció, no solo porque era algo inaudito oírlo de uno de los hombres más poderosos del mundo, sino también porque las palabras formulaban un sueño secreto. Qué alivio sería que Gabor desapareciera y se llevara sus secretos a la tumba, y quizá por eso respondió de manera bastante impropia para un secretario de Estado sueco:

—¿Y no podríais hacernos el trabajo?

—Estamos en ello —dijo Putin, y volvió a sonreír, y entonces

Magnus se echó a reír de forma algo más ruidosa de lo habitual, por si alguien, de casualidad, los escuchaba o, peor aún, por si las palabras acababan grabadas en algún sitio.

Pero entonces Putin y su séquito ya se habían puesto en marcha de nuevo, y, en un raro momento de debilidad, Magnus se preguntó si no debería soltar otro cumplido, algo sobre ese partido de hockey que había visto o por las salidas a pescar, pero no... Todavía le quedaba un poco de orgullo. Él no era como esos idiotas que rodeaban a Forrest Gump.

Mientras ralentizaba el paso para esperar a Kleeberger y al primer ministro, se le subió el ánimo. Menos mal que Morovia no contaba con el apoyo de Putin. Uno podría haber temido que los dos fueran buenos amigos. Pero era verdad, las personas parecidas no siempre hacen buenas migas, y seguramente en este caso tenía que ver con el hijo de Gabor. ¿Quién, aparte del entorno de Putin, se atrevería a llevar a cabo algo así contra Morovia? Se giró para contárselo a Kleeberger. Aunque, pensándolo bien, ¿qué pintaba Kleeberger en eso?

Decidió guardárselo para sí mismo, y callado y pensativo siguió caminando hacia el monumento donde el presidente Bush estaba a punto de pronunciar un discurso.

Rekke había salido y Micaela se sentía inquieta y llena de curiosidad. Había quedado con Linda Wilson a la una. Pero, ahora que tenía un momento antes de marcharse, no pudo evitar colarse en el estudio de Rekke para ver si lograba averiguar a qué había dedicado toda la noche.

Resultaba obvio que no había estado de brazos cruzados. En su mesa se veía un revoltijo de papeles de antiguas investigaciones, con anotaciones ilegibles en los márgenes, y Micaela echó un vistazo a la hoja que había encima de todas. Parecía ser un extracto del informe de un viejo interrogatorio a William Fors.

> Fors afirma que se encontraba «un poco borracho y loco». Había recibido una herencia y sacado una gran cantidad de dinero, y se le había ocurrido liar unos cigarrillos con billetes de mil coronas. También roció con champán las paredes e incluso el vestido de Ida Aminoff. Insistió en que le dejara beber de su zapato, y le dijo que quería alquilárselo por dos mil coronas. Puede entender que la mujer se enfadara. Pero eso no le daba derecho a robarle la cartera,

dice. Ante las reiteradas preguntas admite que no está seguro de que fuera ella quien se la sustrajera. También puede que la haya perdido, reconoce. Estaba muy ebrio y un poco «obsesionado con Ida». Ella «parecía la reina de Saba o algo así con su collar, y yo quería que se relajara». Pero no le hizo daño, solo fue tras ella por la noche. ¿Acaso resulta tan raro?, dijo. Es que con Ida todo el mundo pierde la cabeza. Tuve el presentimiento de que algo terrible podría pasarle. «Tal como estaba, como alocada», añadió.

Tal como *él* estaba, debería haber dicho, pensó Micaela. Madre mía. Rociar con champán las paredes y liar cigarrillos con billetes de mil coronas. Se enfadó más de lo que cabía esperar pensando en el dinero que le había dado a su madre, pero también en otras cosas, en su padre, que solía repartir sus billetes con una gravedad tan cargada de culpa como si le avergonzara no haber tenido más. Salió del estudio dando un portazo.

Rekke podía escarbar en la mierda de esos pijos él solito, pensó, y tras ponerse la cazadora vaquera se marchó. Tampoco pasaba nada por llegar un poco antes de la hora a casa de Linda Wilson.

No había mucho tráfico en la E4, y Lucas pisaba el acelerador. Alcanzó los 140 kilómetros por hora y miró a Julia. Su pelo cobrizo revoloteaba al viento, y él extendió una mano. Resultaba surrealista lo guapa que era. Debería llevarla a Husby. Natali, su novia, no estaba mal, pero no tenía esa clase. Todo el mundo lo miraría con envidia. Todo el mundo pensaría: joder con Lucas, puede ligarse a una tía así. Puede hacer lo que le dé la gana.

Por otra parte, debía tener cuidado. Julia iba acompañada de tentaciones, como un puto jarrón de lujo. Quería poseerla y al mismo tiempo destrozarla.

Era tan delicada y elegante que sentía una terrible comezón, y había estado a punto de sobrepasar el límite. Anoche, mientras ella dormía y él la miraba a través de la luz que se filtraba por la ventana, la agarró del cuello y apretó. Había algo tremendamente excitante en ello. Sintió el vértigo en el estómago. Pero, por suerte, supo dejarlo a tiempo y quizá no fuera solo a Julia a quien quería matar en ese momento. También a Micaela, ¿y quién podía reprochárselo? Era por su culpa que se había metido en esto.

Después de todo lo que había hecho por ella, ahora quería meterlo en la cárcel. Se trataba de una traición tremenda, y, si no

fuera por la vieja y por Vanessa, la habría estrangulado hace ya mucho; y nadie podría decir que no la había advertido. Pero estaba como ciega y sorda. Tenía que joderlo todo a cualquier precio y en realidad no era solo una poli que hacía su trabajo, sino que se aprovechaba de todo lo que había oído y visto durante su vida en común, y ahora él se veía obligado a devolverle el golpe.

Necesitaba a alguien como Julia. Pero, como se ha dicho..., era terreno minado, y llegar tan lejos como hacerle daño de verdad, eso quedaba descartado, sería un suicidio. Todo el mundo iría a por él. El plan era más bien mostrar lo enamorada que estaba Julia de él, y así hacer que Micaela se diera cuenta de que no podía desafiarlo. Podían pasar cosas. Solo que... no estaba del todo seguro de poder fiarse de sí mismo. Julia despertaba algo oscuro dentro de él.

Ese delgado cuello, pensó, esa boca, la expresión en su cara de una niña que lo ha tenido todo, pero que aun así —o quizá precisamente por eso— temblaba por lo más mínimo. Resultaba irresistible, ¿no? Y para colmo... su viejo, qué personaje. No era de extrañar que tuviera enemigos.

Pero, tal y como funciona el mundo, los enemigos de tus enemigos son tus amigos, y se había pasado la noche hablando con una abogada jodidamente encantadora que trabajaba para un pez gordo con el que había estado en contacto antes y que le ofreció dinero, mucho dinero, con la condición de que ellos también pudieran participar en presionar a Rekke. Querían fotos, nada más, de él y Julia juntos, material que pudiera servir para apretarle las tuercas al profesor, y a cambio Lucas podía disponer de la casa que tenían en Trosa.

La casa, por lo visto, era una maravilla, y habría champán y comida en la nevera. Parecía un plan estupendo, quizá incluso demasiado bueno. Pero la abogada, que se llamaba Alicia, había prometido apoyarlo jurídicamente si algo se torcía. Aunque en realidad..., sinceramente, no creía que pudiese hacerlo si a él se le iba la olla como anoche. Tendría que ir con cuidado. Tendría que controlar esas manos. Pero no debería ser un problema, aun así. Que no soy un novato, joder, había salido de muchos apuros simplemente porque era más listo que los demás. La confianza le volvía a subir burbujeando, y echó una ojeada al retrovisor. Guapo también era, y le sobraba encanto. Podía tener a quien le diera la gana y ya nadie se

atrevía a engañarlo. De eso se había asegurado, y al pensar en ello, en todo lo que había conseguido, fue el detonante que le llevó a querer sobrepasar todos los límites. Como una recompensa.

Pisó a fondo. El indicador de velocidad saltó a ciento setenta, y Julia se puso rígida. Era como si el acelerador estuviera conectado a su sistema nervioso.

—¿Puedes ir más despacio? —dijo.

—Lo siento, cariño, me he excitado un poco —respondió, y era cierto. Le habían aparecido todo tipo de imágenes en la cabeza, y la agarró fuerte de la muñeca, como a él siempre le había gustado hacer. Si tú supieras lo valiosa que eres, niñata consentida, pensó, y volvió a sentir esa irresistible tentación de darle un susto de muerte.

Capítulo 34

Linda Wilson se arrodilló para rezar. «Señor nuestro Jesucristo y santa madre de Dios.» Pero se interrumpió en seguida. La espalda le dolía, así que estiró los brazos. Le crujieron los omóplatos, y eso también era, se suponía, una especie de respuesta a la oración. Llevaba meses tensa como un arco, y tampoco cabía extrañarse.

Algo terrible le había pasado a su hermana, aunque nadie hablaba claro, y nadie parecía estar seguro tampoco. Había habido días en los que se había sentido mejor y en los que había pensado que no se trataba más que de un largo silencio, uno de esos silencios que Claire les había hecho sufrir tantas veces durante su vida en el exilio. Pero hoy el miedo había regresado peor que nunca. Había tenido una visita preocupante, y pronto acudiría otro policía a hablar con ella.

Pese a todo se levantó fortalecida por no haber sucumbido a la oración. Teniendo en cuenta la complejidad del mundo y todos los destinos humanos en los que Dios debía intervenir para satisfacer un solo deseo, la lógica de la oración es absurda, había dicho Claire en una ocasión hacía mucho tiempo, y se habían reído y se habían prometido no rezar nunca más. Una promesa que llevaba mucho tiempo respetando. Si es que había rendido culto a algún dios más bien había sido a Dioniso. Había bebido y armado jaleo como si no hubiese un mañana.

Aun así, al fin y al cabo, daba igual. Cuando llegó la crisis, las garras de la religión se clavaron de nuevo en ella, y, aunque no se había quedado con nada de lo bueno de la fe católica, le sobraba de lo otro: culpa, vergüenza, sentimientos de estar condenada, y hoy era peor que nunca. Necesitaba un trago, o tres, pero sobre todo necesitaba una señal de vida.

—Por favor, querida Claire, ponte en contacto conmigo —murmuró para sí misma y fue a prepararse un gin tonic.

La cocina era moderna, renovada hacía diez años, pero por lo demás se trataba de un piso anticuado lleno de muebles antiguos del

siglo XIX. Linda compraba y vendía antigüedades victorianas, cosa que no le proporcionaba grandes beneficios precisamente, más bien todo lo contrario. Pero dinero tenía de todos modos, eso sí. Claire había dejado más de lo que necesitaba porque, aunque no había muerto de verdad, los bienes se habían repartido según dictaba el testamento, por si acaso, y gracias a eso Linda podía vivir donde vivía en el centro de la ciudad, no muy lejos de la plaza de Östermalmstorg.

Era lo que menos había esperado de la vida cuando, con tan solo cuarenta años de edad y tras saltar de un trabajo temporal a otro en restaurantes y bares, le concedieron una pensión por invalidez a causa de sus problemas de espalda. Así que estaba claro que no debía tener motivos para quejarse. Se convirtió en alguien solo en virtud de su hermandad con Claire. Pero eso también conllevaba otras cosas: todo un mundo de espionaje con mensajes encriptados, mensajeros secretos y paranoia constante, y, justo cuando se había acostumbrado, algo sucedía, como ahora, y entonces se volvía loca. No podía dormir, apenas pensar, y odiaba a Claire por hacerla pasar por eso. La odiaba y la amaba.

Llamaron a la puerta. Soltó una palabrota. ¿Ya estaba aquí? Apenas le había dado tiempo a recoger tras la visita de Lars Hellner. Se acercó al espejo del hall y suspiró. Tenía ojeras y un aspecto asustadizo, le pareció; y de borracha.

—Un momento —gritó en dirección a la puerta.

Pero al menos no iba mal vestida, pensó, con pantalones de algodón sin arrugas y una blusa negra recién planchada. Sin duda, hoy también sería capaz de mentir bien. Al menos en ese punto no podían quejarse de ella.

—Voy —gritó—. Voy.

Linda Wilson hizo que Micaela se sintiera pequeña. Linda era alta y corpulenta, de facciones ajadas pero finas, y grandes ojos despiertos. Se podía ver a Claire en ella: una Claire más robusta, un poco mayor, pero aun así... Linda Wilson tenía presencia y una sonrisa nerviosa y bonita, y vivía como si perteneciera a otro siglo. En la pared colgaba un oscuro óleo de Jesucristo recién bajado de la cruz, y por todas partes había cómodas y sillas antiguas.

Micaela sabía que la madre de las hermanas —que se había

casado con un ingeniero inglés que no tardó en abandonar a la familia — había llevado una vida desenfrenada de joven. Después de haber estado ingresada en una institución religiosa para desintoxicarse por su adicción a la heroína, se convirtió al catolicismo y se hizo cada vez más ortodoxa y posiblemente también más extravagante en su fe. No solo Rebecka Wahlin, sino más personas habían dicho que la madre había supuesto una influencia decisiva y, en muchos sentidos, destructiva en las hijas.

—Tienes una casa muy bonita —comentó Micaela.

—No sé yo —replicó ella como si dudara de verdad, e invitó a Micaela a sentarse delante de una chimenea, en una silla de madera oscura y con un cojín verde demasiado delgado.

—Esto me resulta muy duro —continuó ella—. ¿Qué es lo que realmente quieres?

No había nada muy agresivo en la pregunta, pero a Micaela, aun así, le sorprendió, y se enredó en una larga aunque no muy convincente explicación que terminó con su reunión con el inspector Lindroos en la jefatura de policía.

—Le has metido majaderías en la cabeza —dijo Linda.

—Lo siento.

—Ahora parece creer que Claire está viva. Es una maldita locura y una falta de respeto. No te puedes ni imaginar las heridas que esta situación reabre. Y eso que él mismo la identificó en España.

Micaela asintió con la cabeza haciéndose la preocupada.

—¿No me habías dicho que te ha llamado borracho?

—Sobrio desde luego que no —afirmó ella—. Incluso ha intentado quedar para tomar una copa.

Micaela se acordó de la mirada que le lanzó cuando ella entraba en la jefatura de policía en Bergsgatan.

—¿No es lo que hace siempre?

Linda le devolvió una inesperada sonrisa.

—¿También ha intentado ligar contigo?

Micaela extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—A lo mejor debería considerarlo como un halago —continuó Linda—. Ya no me llegan muchas propuestas de esas. Pero, sinceramente, todo esto no me sienta nada bien.

—Lamento mucho haber reavivado algo doloroso —dijo Micaela.

Linda la miró con suspicacia.

—¿Habías escuchado antes rumores de que Claire está viva? —preguntó Micaela.

—He aguantado a Samuel durante catorce años, así que sí.

—Pero ¿no de otra persona?

—No. Yo diría que no.

Micaela percibió el cambio en su voz, y dijo, con el tono más neutro posible:

—Me interesa lo que ocurrió antes de su desaparición.

—Eso nos interesa a todos, ¿no?

—¿Y qué fue lo que pasó?

Linda Wilson pareció ofendida.

—Eso lo sabéis vosotros mejor que yo. Recibió amenazas y estaba bajo mucha presión.

—¿De quién?

—De Axel Larsson, de quién si no, y de la compañía húngara, Cartaphilus.

—¿Se refirió alguna vez al dueño de esa compañía, Gabor Morovia? —preguntó Micaela, y entonces una sombra recorrió el rostro de Linda Wilson, fugazmente, pero imposible no notarla.

—No lo sé, la verdad.

—Pero si intentas hacer memoria...

—Entonces creo que sí que lo mencionó.

—¿De qué manera?

—Dijo que al principio él la apoyaba y se mostraba atento. Se conocían desde la universidad. Fue Morovia, antes que nadie, quien le hizo comprender que la economía entraría en crisis. Ella... o, mejor dicho, sus herederos ganaron mucho dinero gracias a haber entendido eso. Morovia lo vio con claridad.

Claridad.

—Pero luego...

—La cosa se puso tensa. Claire empezó a tenerle miedo.

—¿Abusó de ella?

—Algo pasó. Ella tenía dolores de estómago y pesadillas, y empezó a mirar hacia atrás cuando iba por la calle.

—¿Quería denunciarlo?

—Es de esas cosas que nunca sabremos, supongo.

—Pero ¿huyó por culpa de Morovia?

—Fue por todo tipo de motivos, imagino.

—¿Por Samuel también?

Linda Wilson dudó y dirigió la vista al reloj de pulsera. A todas luces, no le gustaban los derroteros que había tomado la conversación.

—Quizá un poco.

—¿Por qué dices eso?

—Es agradable que te amen, pero quizá no en exceso.

—Pero de todos modos... —empezó Micaela.

—De todos modos, ¿qué?

—Dejarlo así, sin más, sin una sola palabra de explicación. Me parece muy duro.

—Quizá no vio otra salida —contestó Linda con una voz que resultó más profunda e hizo que todas sus demás respuestas quedasen como meras frases sin sentido, como comentarios vacíos. Era como si de repente, y sin pretenderlo, Micaela hubiese rozado algo que se aproximaba a la verdad, y reflexionó sobre cómo seguir.

—Solo le escribió una postal a Samuel antes de... morir. —Micaela alargó intencionadamente la última palabra—. Pero me pregunto... ¿No te escribió más a ti?

—No recibí ni una línea —dijo Linda.

—Aun así, estuvo redactando una larga carta durante varias horas antes de desaparecer, ¿verdad?

—Según Samuel, sí. Pero esa carta nunca llegó y, como sabes, tus colegas hicieron todo lo posible para encontrarla. Entre otras cosas, Correos abrió una investigación. Y llevo esperando a que me llegue desde entonces.

—¿Siempre escribía cartas largas?

Linda Wilson esbozó una sonrisa ambigua.

—Quería ser mi madre.

—¿De verdad?

—Sí, por mucho que fuera la hermana pequeña. Pero quizá resulta comprensible, en cierta manera. La nuestra no era lo que se dice una madre ejemplar.

—¿En qué sentido?

—Ya, ¿en qué sentido? Pues en todos. Nos dejó un sentimiento de culpa para una vida entera y más, y Claire pronto asumió el papel de la persona sensata de la familia, mientras que yo...

—¿Mientras que tú...?

—Mientras que yo más bien fui por mal camino.

—También es una salida.

—En efecto, y, cuanto más loca me volvía yo, más sensata y buena se volvía Claire. Mi debilidad la fortalecía.

Micaela pensó en su madre y en su otro hermano, Simon, quienes siempre habían reaccionado a los contratiempos hundiéndose mientras ella, por su parte, había apretado los dientes luchando aún más.

—Todo eso me suena —comentó Micaela.

Linda Wilson la examinó con la mirada.

—Aunque desde la otra perspectiva, ¿verdad? —dijo Linda.

—Sí, quizá. Pero por eso también he sido una persona bastante aburrida.

Linda la observó con una sonrisa cauta.

—Pues tendrás que hacer algo al respecto.

—Estoy en ello —aseguró Micaela, y se puso seria—. ¿Así que no había nada en especial que Claire supiera sobre Gabor Morovia? ¿Algo que motivara que Morovia tuviera miedo?

—No lo sé —dijo Linda—. Quizá.

—¿Quieres decir que ella llegó a insinuar algo?

—Sí, en cierto sentido.

Linda Wilson parecía alerta, o incluso asustada. Resultaba difícil determinar cuál de las dos cosas.

—¿No sería mejor que me lo contaras?

—Tenía una amiga que murió, que se quemó viva en su casa en Madrid el mismo otoño que Claire desapareció —continuó Linda.

—Sofía...

—Sí, Sofía Rodríguez. ¿Has oído hablar de eso? Estudiaban juntas y las dos eran del círculo de Morovia. Lo adoraban, creo. Pero luego Sofía quiso liberarse y quizá también susurró un poco al oído de la policía española. La verdad es que no te lo debería contar.

—¿Por qué no?

Linda dudó.

—Porque no sé gran cosa. Pero lo que sí te puedo decir es que a Sofía Rodríguez la hallaron en su casa quemada en la cama. Había indicios de que el fuego había empezado a sus pies para luego extenderse hacia arriba. Creían que estaba atada. La posición de sus manos así lo indicaba.

—Como si la hubiesen torturado.

—Sí.

—¿Y Claire creía que Morovia lo había hecho?

—No lo expresó directamente, pero yo lo entendí así.

Micaela se inclinó hacia delante y dijo de manera acusatoria:

—Y Lindroos y su equipo investigaron el caso a fondo, claro.

Linda Wilson le devolvió una mirada llameante.

—No, Lindroos precisamente no.

—Pero otros sí lo hicieron, ¿o qué?

Linda Wilson dirigió la vista hacia la cocina. Parecía reflexionar con intensidad sobre algo.

—He oído que colaboras con un profesor que es capaz de interpretar rastros y signos invisibles.

Micaela se puso en alerta.

—Estás cambiando de tema —dijo.

—No, de hecho no lo hago. Solo intento pensar un poco. Podría pedirle a alguien que os llame. Me pregunto si no están pensando en hacerlo ya.

—¿Quiénes?

Las manos de Linda se movían sobre los muslos.

—No puedo decírtelo.

—Pero hay algo que te preocupa, ¿verdad? —insistió Micaela.

—Quizá.

—¿Quieres hablar de eso?

—Quiero que te vayas.

—¿Qué?

A Micaela le costó digerir el repentino cambio de tono.

—¿Por qué?

—Porque sí. Quizá volvamos a hablar. Pero ahora quiero estar sola.

Micaela pensó en si había algo que podía decir para quedarse un poco más.

—Esa fotografía de unas vacaciones con la mujer... —empezó.

Linda Wilson se puso de pie.

—No quiero saber.

—Rekke, el profesor con quien trabajo, cree que la mujer mira nerviosa hacia atrás a alguien que andaba detrás de ella. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

—Gracias por la visita —respondió Linda.

Le tendió la mano. Micaela se levantó también, pensando que

parecía que de verdad había llegado el momento de marcharse. Tuvo la sensación de que algún tipo de decisión se estaba gestando dolorosamente.

Rekke llamó a Julia. El teléfono estaba apagado, y Rekke soltó una palabrota. Le envió un SMS a Lovisa, su exmujer. ¿Quizá fuera solo con él con quien no quería hablar? ¿Quizá prefería a la tibia madre antes que al padre nervioso? ¿La refrescante indiferencia antes que la preocupación irritante?

Inquieto había salido a pasear por Djurgården. Por todas partes caminaban familias con niños, al parecer despreocupados. También es verdad que se encontraba en la zona más turística, justo al lado de Skansen, Hasselbacken y del parque de atracciones Gröna Lund. Hacía un sol intenso, sudaba cada vez más y su malestar iba en aumento. Högbergsgatan, 52, pensó. ¿Podía tratarse de una dirección de otra ciudad en vez de una de Estocolmo? En cuanto llegara a casa lo buscaría. Pero primero tenía que idear una estrategia, si es que realmente iba a llamar a William Fors.

Estaba seguro de que ahí había algo más que los excesos y la terrible verborrea de Wille. Sí, lo cierto es que su buena disposición a reconocer en seguida hasta qué punto había sido un patético gilipollas durante aquella noche se le antojaba sospechosa. Wille Fors no era una persona que admitiera actos vergonzosos y errores a la ligera. Ni entonces ni ahora.

Más bien daba la impresión de querer mostrar hasta qué punto era un alma sincera. Además, había contradicciones en su testimonio, una serie de rarezas que se apreciaban con mayor claridad ahora que a Rekke, con el paso de los años, ya no lo cegaba la falta de juicio propia de la juventud. Con toda probabilidad Morovia tenía algo que podía usar contra Wille. El comportamiento de Nordbanken durante las negociaciones sobre el patrimonio de Axel Larsson así lo indicaba. A Rekke solo le tocaba elegir bien sus palabras y demostrar que era experto en técnicas interrogatorias también en la práctica. Aunque, para ser sincero..., no entendía cómo iba a poder conseguir nada. Se sentía miserable y tenía el síndrome de abstinencia.

Por otra parte, Wille no debía de estar en muy buena forma tampoco. Resultaba improbable que ahora le llovieran las ofertas de

trabajo. Pero ese paracaídas de oro de treinta millones que había recibido sin duda le mantenía de pie de todos modos, y a buen seguro todavía sabría explotar su encanto de vendedor de coches.

Que salga como salga, pensó. Cogió el móvil y llamó.

—Fors —contestó una voz al teléfono.

—Wille —dijo—. Soy Hans Rekke.

—Hans —repitió Fors.

No daba la impresión de que se tratara de la mejor llamada que había recibido y Rekke se preguntó si no sería buena idea intentar animarlo un poco. Los banqueros contentos hablan más. Pero le dio pereza.

—Siento molestarte. Pero creo que tenemos que hablar de Claire Lidman y de Ida Aminoff.

La llamada no mejoró que digamos para Fors.

—¿Estás diciendo que tienen algo que ver la una con la otra?

—Por muy inesperado que pueda parecerte, sí. Los mismos hombres se movían a su alrededor con una diferencia de poco más de quince años.

—¿Qué hombres?

—Gabor Morovia y tú. ¿Por casualidad sois amigos?

—En absoluto.

La pregunta parecía provocarle estupor.

—Tienes razón, claro. Uno no se hace amigo de Morovia con facilidad. Pero ¿quizá te ha susurrado instrucciones al oído?

—Ahora me estás insultando.

—Un poco, quizá.

—No sé nada más de lo que en su momento os dije a la policía y a ti. No entiendo por qué me llamas después de tantos años.

—¿Te acuerdas del collar de Ida?

—Bueno, sí, claro —respondió incómodo.

—Tú fuiste la última persona que se lo vio puesto.

—Eso no me lo creo —respondió Wille, y al fondo se le oyó tropezar con algo, una lámpara parecía ser.

—*Nostri nervi loquuntur*.

—¿Qué?

—Nuestros nervios hablan. Pero lo que te iba a decir es que el collar se lo arrancaron a la fuerza. Se lo quitaron del cuello con una brutalidad cuya magnitud no he entendido hasta ahora.

—¿Qué quieres decir con «hasta ahora»? —Wille parecía turbado.

—La marca en su cuello —explicó Rekke—. Ha estado ahí todo el tiempo como un punto inquietante, un eslabón perdido. Pero en su momento nadie se la tomó lo bastante en serio. Era una herida demasiado superficial, un corte con una profundidad de tan solo unos milímetros y que no parecía corresponder con el grosor del collar. Pero los investigadores olvidaron dos cosas: el collar quizá se lo habían arrancado *post mortem*, y el tirón podía haberse hecho rápido y con las dos manos, repartiendo la presión.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy viendo una nueva narrativa, William, e intuyo sus líneas generales en tus declaraciones. Ya desde el principio quisiste vender la idea de que Ida se había deshecho del collar ella misma. Había una intención en tu viejo testimonio, William.

—No entiendo de qué estás hablando.

—Yo creo que sí. Sé que mentiste y, mientras no la hayas matado, prometo perdonarte. Pero si no me ayudas, voy a ir a por ti con todo lo que tengo.

—¿Me estás amenazando, Hans?

—Casi lo parece. La verdad es que me sorprende un poco. Normalmente, acostumbro ser demasiado cortés. Por cierto, creo que debemos vernos ahora mismo.

—No, no, no puedo.

—Yo creo que sí. Ahora voy a ir a KMK a tomarme un par de espressos. Ven en cuanto puedas —dijo, y pensó que tampoco se le daba tan mal esto.

Samuel andaba por Strandvägen pensando en Claire, ya no con enfado, ni siquiera con amargura, sino pensativo, como si hubiera algo nuevo en ella que intentaba comprender. La había conocido en una fiesta en Bromma hacía casi quince años. Lo habían invitado por cumplir, en el último momento, porque había construido a medida un par de mesas de centro para el anfitrión, un director bastante arrogante de la agencia bursátil de Alfred Berg. Como era de esperar se sintió fuera de lugar. No había más que peces gordos y gente del mundo de las finanzas, y se había medio escondido en el jardín cuando ella se le acercó con una cautelosa sonrisa y dijo algo así

como: «Yo tampoco soporto esto».

Era un comentario encantador y elegante, pero no le ayudó a sentirse más cómodo. Su belleza le quitó el aliento, y se concentró sobre todo en no parecer demasiado torpe. Pero algo ocurrió, él solía decir que Dios le envió a un idiota como ayuda, un tipo embutido en un traje a rayas y pelo engominado que no paraba de mover ampulosamente las manos y que acabó derramando una copa de vino tinto en el vestido de Claire, y eso fue suficiente para que Samuel se encontrara en su elemento. Agarró al hombre y lo mandó volando como un muñeco de trapo sobre el césped.

—Pídele perdón ahora mismo y le ofreces pagarle la tintorería —dijo con repentina autoridad.

El hombre murmuró unas miserables disculpas antes de largarse de allí. Pero lo realmente asombroso fue la mirada de Claire. Lo miró con anhelo, con auténtico anhelo, y poco después lo cogió de la mano y lo sacó de allí. Ella salió con pasos apresurados, como si tuviera prisa, y él, de todo lo que podía contar de lo sucedido a partir de ese momento, se acordaba en especial de una cosa. Ya no se sentía torpe. Más bien era como si lo hubieran subido a un escenario. Se volvió más divertido e ingenioso que nunca, ebrio no solo de su enamoramiento. Claire lo entendía de forma tan rápida e intuitiva que las palabras salían por sí solas, y por eso no solo fue Claire la que entró en su vida aquella noche.

Se descubrió a sí mismo, descubrió una parte de su personalidad que no sabía que tenía, y después de eso todo ocurrió con una extraordinaria celeridad. Ya la primera noche, cuando Claire estaba tumbada a su lado rodeándolo con brazos y piernas, le dijo con una repentina seriedad:

—¿Vas a ser bueno conmigo?

—Siempre —respondió—. Siempre.

Lo juró con solemnidad, y desde entonces lo había visto como parte del pacto que tenían, de su acuerdo secreto. Pero ahora, mientras avanzaba por Strandvägen, sospechaba que había habido otra presencia invisible en la cama aquella noche: la sombra de otro hombre que no siempre había sido bueno, y que de alguna manera constituía la condición misma de que él estuviera ahí.

Se detuvo. ¿Era eso lo que era? ¿Un contraste, un respiro entre tormentas, una persona que en todos los demás contextos habría

resultado demasiado bondadosa y carente de interés, pero que justo entonces encajaba en la vida de ella? Alzó la vista y miró sobre el agua. Había mucha gente a su alrededor, y por todas partes en autobuses y tranvías se veía la bandera sueca. ¿Era la Fiesta Nacional? Le daba igual. Se limitó a seguir andando hasta que divisó al profesor Rekke ahí delante, entre la muchedumbre.

¿Debía acercarse corriendo y preguntarle sobre todas las novedades? No, el profesor parecía tener prisa. Samuel sacó la fotografía del bolsillo. ¿Realmente él había sido tan solo una parada para Claire, un descanso en el camino? Se negaba a creerlo y levantó la vista a los números de los portales de Strandvägen. Debería ser justo aquí, pero no había ningún letrero, y no fue hasta haber observado la fachada un buen rato que descubrió el nombre BUFETE DE ABOGADOS ADLER escrito en letras pequeñas y llamó al telefonillo. Una cámara siguió sus movimientos. La puerta se abrió con un zumbido sordo. Subió por una escalera curva mientras paseaba con nerviosismo la mirada a su alrededor.

Era un lugar elegante, y luchó por mantener la espalda erguida. No te dobles, pensó, y buscó algo que pudiera darle fuerza. Pero no resultaba fácil. Solo la habitación, los muebles y las obras de arte que colgaban en las paredes hicieron que se sintiera pequeño, y nada mejoró cuando apareció la joven que le atendió en la recepción. Tenía clase. De unos treinta años, era alta y bella y llevaba un traje de chaqueta verde grisáceo. Sus ojos eran amables y serviciales.

—*Welcome*, ¿Mr. Lidman? —dijo.

—Sí, eso es, buenos días, vengo a ver a Alicia Kovács —respondió mientras sacaba pecho.

—Creo que hay más personas a las que les gustaría intercambiar unas palabras con usted. Pero me temo que hoy vamos con retraso. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Una copa de vino, por favor —dijo, y se preguntó si eso resultaba demasiado osado, o incluso una muestra de alcoholismo.

Solo era la una y no creía que en las elegantes oficinas se bebiera a mediodía, y seguramente se notaba que ya llevaba un par de cervezas en el cuerpo, pero, en tal caso, al menos no era nada que la mujer dejara entrever.

—¿Burdeos, borgoña o chablis premier cru? —preguntó con la misma sonrisa cálida.

Le entró la vena gamberra.

—El que sea más fuerte.

Ella se quedó callada un momento, luego soltó una risita y entonces él consiguió también reírse con al menos algo de desenfado, y recuperó un poco de respeto por sí mismo.

—No lo sé muy bien, pero lo comprobaré, si quiere —respondió la chica.

—Sí, compruébalo —dijo él con una sonrisa.

Cuando la mujer desapareció con paso ligero, recorrió de nuevo la estancia con la mirada. Encima colgaba una araña de cristal; no, eran dos. En las paredes había librerías de nogal con volúmenes encuadernados en cuero, y luego cuadros modernos que tenían toda la pinta de haber sido adquiridos en una de las subastas de lujo en Bukowskis. A la derecha, en una pequeña mesa de mármol, reposaba un tablero de ajedrez con piezas finamente cinceladas. ¿Sabría Alicia Kovács algo de Claire? ¿Podía ser tan sencillo como que hubiera gente a la vuelta de la esquina, en su propia ciudad, que sabía cosas de Claire? La joven volvió con pasos apresurados.

—El de más graduación que he encontrado es una botella de Amarone, tiene catorce grados —dijo.

—Gracias, eso está bien —respondió Samuel sin ser capaz de mantener el mismo tono desenvuelto de antes.

Se sentía más bien avergonzado, y tomó dos o tres nerviosos tragos como si eso de la graduación del alcohol fuera una cosa de vida y muerte. Poco después, la mujer regresó y le informó de que podía subir a la planta de arriba.

—El profesor Morovia lo está esperando.

El profesor Morovia. Se le tensó todo el cuerpo, y pensó en las palabras que Claire le había susurrado: «¿Vas a ser bueno conmigo?».

Capítulo 35

A Magnus le dio pereza escuchar y, como estaba sentado muy al fondo, se marchó sigilosamente sin, en realidad, tener ningún asunto pendiente. Solo quería salir de allí y bajar hacia el mar, en el que reinaba una extraña quietud. Pero había soldados y guardias por todas partes, y la voz nasal de Bush se abrió paso entre sus pensamientos.

El presidente hablaba del Día D, y pronto abordó su tema favorito: la oración. Habló de las bendiciones que los soldados que desembarcaron ahí hacía sesenta años habían recibido de sus contemporáneos, y que Dios los acompañaba en cierto sentido. Chorradas, murmuró Magnus. Artimañas republicanas. Pero quizá —dio una patada a una piedrecita en el camino de grava— era una táctica que todavía funcionaba. Si no se podían cambiar las leyes de armas o salir airosos de la guerra en Irak, siempre quedaba la opción de mandar oraciones. Salía barato, y sonaba bonito. Podría intentarlo él también alguna vez cuando le tocara hablar en Estados Unidos.

Por el cielo despejado circulaba un helicóptero que luego desapareció a lo largo de la costa. Más allá, en una alameda, había un par de hombres jóvenes con pantalones y gorras blancos fumando. Parecían un poco rebeldes comparados con los otros tensos soldaditos de plomo que se habían alineado con las espaldas rectas. Magnus caminó hacia ellos, sintiéndose algo culpable, como un niño travieso que se hubiera escapado en mitad del discurso del director del colegio, y el hecho de que su resaca se hubiera intensificado tampoco mejoraba mucho la situación.

Pensó en su encuentro con Putin; fue curioso, ¿verdad? Por otra parte, Putin era una serpiente, un mafioso. A Magnus le había llevado algo de tiempo calarlo, y no era el único. No hacía mucho que el propio Bush había soltado: «Le miré a los ojos y vi su alma», como si esa alma fuera a ser bonita y fiable. Pero durante el último año, apenas quedaban dudas acerca de la verdadera personalidad de Putin. Se había dedicado a destruir medios de comunicación y a

transformarlos en canales de propaganda, pero sobre todo había desafiado y amenazado a los oligarcas a fin de convertirlos en miedosos y leales. En ese sentido era, naturalmente, una jugada maestra arrestar a Chodorkovskij, el más rico de todos. El objetivo residía en que nadie se sintiera seguro, por muchos miles de millones que hubiera acumulado. ¿Sería en ese proceso en el que Morovia y Putin se enemistaron? Aunque, por cierto..., tenía que haber sido antes. Magnus recordó una vez más la bomba que habían colocado en la limusina de Gabor y que había matado a su hijo. Nada bueno —por decir algo— para un hombre que ya era vengativo y peligrosísimo.

Todo resultaba muy preocupante, ¿y qué sabía Hans? A buen seguro demasiado, pero aun así... Unos años antes, cuando Magnus tanteaba el tema, más bien le había dado la sensación de que era al revés, como si Gabor fuera un asunto que Hans hubiera dejado atrás. Pero, evidentemente, la ignorancia y la inocencia no eran algo que a la larga pudiera esperarse de Hans. Por Dios, qué hombre más desesperante. ¿Y el maldito presidente no podía dejar de graznar ya de una vez? Era imposible pensar mientras siguiera dando la lata de esa forma. Bla, bla, bla..., *we stand united*.[1] Bueno, bueno, ya veremos en qué queda eso. Por cierto, ¿no había reforzado Bush su acento de Texas? Sí, definitivamente. Otra vieja artimaña, lo sabía. Cuando el presidente quería ser el *tough guy*[2] y ganarse a los votantes de a pie, intentaba sonar más como un vaquero. Pero ¿a quién le importaba? ¿Y qué iba a hacer él con Morovia? ¿Meter la cabeza en la tierra y huir? Claro que no, hay que mantener al enemigo cerca, pensó, y determinar hasta qué punto te encuentras en peligro.

Dudó un segundo o dos. Después sacó el teléfono y con una especie de desprecio mortal —que no solo lo atemorizaba, sino que también lo excitaba— llamó a Gabor.

Samuel oyó sonar un teléfono y subió a la planta de arriba para acto seguido entrar en una habitación grande con una terraza que daba a Strandvägen y a la bahía de Nybroviken. Justo a la izquierda de la terraza, junto a una mesa grande de roble, había un hombre de mediana edad, de espaldas. Ofrecía un aspecto atlético y llevaba un traje gris que le sentaba como un guante. Tenía el pelo moreno y espeso, y miraba su móvil.

Parecía divertirle lo que veía, y eso reforzaba la impresión de ser alguien que estaba muy satisfecho consigo mismo. El hombre se dio la vuelta y Samuel inspiró hondo.

Era como si hubiese creído que iba a ver a un demonio, una materialización de todo lo que tanto daño le había causado a Claire. Pero el rostro de Morovia era bello y amable, y eso desarmó su enfado, y Samuel intuyó en seguida que no sería fácil hacerse valer ante una persona así.

—Samuel Lidman, supongo —dijo Morovia en inglés, con una voz profunda y sonora que en seguida lo impresionó—. He oído muchas cosas buenas de ti.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —respondió mientras intentaba cruzar su mirada con la de Morovia, algo que tampoco era fácil. Los ojos de este parecían cambiar de color, y era como si a la vez lo atravesaran y se fijaran en un punto a su lado.

—Oh, sí —continuó Morovia—. Y no solo por tus récords de press de banca y peso muerto. He visto tus obras de ebanistería. Tienes ojo para los detalles. Eres un hombre apasionado y elegiste a la mejor persona de todas para casarte.

—Gracias. Pero también me quedé solo.

—Al final eso nos pasa a todos —respondió Morovia, y lo examinó aún más detenidamente—. Por cierto, ¿no somos tú y yo... —continuó, y se calló.

—¿Qué? —dijo Samuel con voz nerviosa.

—... un poco parecidos? Y no solo me refiero al hecho de que cuidemos nuestros cuerpos. Pienso en los rasgos y en los colores, nuestros labios, sobre todo.

—No lo sé —reconoció Samuel sorprendido por el comentario—. Pero me halagas.

Y de alguna manera, a pesar de todo, se sintió de verdad halagado por Morovia. Estaba ahí delante, tan elegante y digno, con sus ojos inteligentes y su carisma, y que Samuel en algún sentido se pareciera a él lo impresionó, aunque no quisiera.

—Todo lo contrario, el halagado soy yo. Es un auténtico placer conocerte, señor Lidman —continuó Morovia.

Samuel se esforzó por mantener una especie de calma. Necesitaba entender de qué iba todo esto, y no dejarse manipular.

—¿De qué se trata? —dijo—. ¿Tienes información sobre Claire?

Morovia miró por la ventana.

—Claire me ha hablado tanto de ti...

Se le subió la sangre a la cabeza.

—¿Cuándo?, ¿a qué momento te refieres? —quiso saber.

Morovia se acercó con la misma amable sonrisa, pero ya no con el mismo lenguaje corporal. Ahora había algo amenazador en él, y Samuel, asustado, dio un paso atrás.

—Siéntate —dijo Morovia señalando un sillón marrón que había delante de la mesa.

Samuel tomó asiento mientras Morovia se dejó caer en otro sillón justo al lado. Su mirada estaba concentrada, parecía más unicolor ahora.

—Me mantengo informado —continuó y volvió a sonreír, pero ahora algo desagradable se traslucía en su sonrisa.

—¿Está viva?

—Eso parece. Tenías una foto, ¿verdad?

Samuel se sintió aún más incómodo.

—¿Por qué lo aceptas así sin más, sin ni siquiera haberla visto? —preguntó.

—Tengo mis motivos para creerlo. Pero ¿por qué no echamos un vistazo a la foto antes de tratar el asunto? Quizá pueda ayudarte.

—¿Por qué me ibas a ayudar?

—Tenemos experiencias comunes, tú y yo.

—¿Y qué experiencias serían esas?

—Claire nos ha traicionado vilmente a los dos.

—Ella no ha... —empezó Samuel, pero se dio cuenta de que dijera lo que dijera se entendería mal.

Nadie podía negar que Claire lo había abandonado de una manera cruel, y no se atrevía ni quería saber cómo había traicionado a Moravia, ni tampoco deseaba saberlo. Quería enseñar la foto primero, e introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana. Antes de tenderle la instantánea le invadió una sensación de algo definitivo y fatídico. Morovia la cogió. Su cuerpo se tensó. Entornó los ojos y pasó un buen rato callado. De alguna manera a Samuel le resultó insoportable.

—Interesante —comentó Morovia al final—. Pero un poco desafortunado.

Samuel no preguntó por qué era desafortunado.

Se limitó a decir:

—¿Así que te parece que es ella?

Morovia no contestó, solo se oía un débil pitido en su respiración. Dio varias vueltas a la imagen.

—Extraño —dijo al final.

—Así que confirmas que se trata de ella.

—Sí, lo hago. ¿Hay más fotos en el mismo rollo?

—¿Qué? No..., ¿por qué? —indagó Samuel.

—Falta una persona en la foto.

—¿Quién?

Morovia le dirigió una mirada gélida.

—Nadie a quien necesites conocer, no por ahora. Pero te agradezco la información, me aporta un poco más de claridad.

—¿En qué sentido?

—En varios, cronológicos y causales. Por cierto, reconozco el libro que lleva en la mano.

Samuel se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también lo he tenido en la mano.

—¿*Sicilian Love* de Polugayevski? —tartamudeó Samuel.

—Exacto. La defensa siciliana ha sido importante para los dos. Tenemos recuerdos relacionados con ella. ¿Es Rekke quien ha hecho esa observación?

—Creo que sí. ¿Cómo es posible que hayas...?

—¿Qué más ha visto Rekke en la foto? —le interrumpió Morovia, como si no solo no hubiera oído lo que había dicho Samuel, sino tampoco advertido la tensión que se respiraba en el aire. La foto que por un instante le había puesto tenso, ahora solo parecía divertirlo.

—¿Has visto a Claire? —dijo Samuel.

—¿Qué más ha visto Rekke en la foto? —repitió Morovia.

Samuel no quería contestar. Quería respuestas a sus mil preguntas. Pero estaba allí sentado, a merced de ese amedrentador hombre, y pensó: tengo que hacer lo que él desea, al menos al principio.

—Ha visto que la mujer tenía una lesión de menisco, igual que Claire, y que irradiaba algo especial. ¿Qué fue lo que dijo? *Where I go, life goes.*

—¿Eso es una cita de Marilyn Monroe o qué?

—No lo sé —dijo Samuel.

—Bueno, da igual. Uno no se encuentra a menudo con ese tipo de personas.

—¿Como quién?

—Como Rekke. Normalmente la gente está ciega. Pero algunos ven. Es como si habitaran en otro mundo donde los detalles hablan en lugar de estar mudos, como un atrezo.

—Tienes que decirme si... —intentó Samuel, aunque había algo en Morovia que le hizo callar de nuevo.

—¿Qué piensas de Vargas, la compañera de Rekke?

Era como si no entendiera la pregunta.

—Micaela Vargas, ¿qué opinas de ella? —continuó Morovia.

Samuel se inflamó de ira.

—¿Por qué hablamos de ella cuando estamos ante el hecho de que Claire vive?

—Voy a contestar a tus preguntas, señor Lidman. Pero primero quiero que me hables de ella.

—No sé qué decir, la verdad. Tienes que entender...

—Siempre me ha interesado cómo elige Rekke a las mujeres —lo interrumpió Morovia, impasible a la reacción de Samuel—. A menudo poseen algo esencial de lo que él carece, y yo siempre me siento atraído por ellas también. Pero a esta aún no la he llegado a comprender. De todas las mujeres que podía elegir, ¿por qué colabora precisamente con ella? No lo entiendo.

Samuel se puso de pie, ya fuera de sí por completo.

—Ya basta —gritó—. Me importa una mierda Vargas. Me importa una mierda por qué Rekke trabaja con ella. ¿Qué sabes de Claire?

Morovia volvió a mirar la fotografía y contestó con calma.

—Al igual que a ti, me costó aceptar aquella notificación de su muerte. Todo aquello se llevó de un modo bastante torpe, ¿a que sí? No tardé mucho en darme cuenta de que el objetivo era protegerla de mí. Fue por mí por lo que se montó todo ese espectáculo. Pero yo siempre he tenido mi forma de hacer las cosas. Logré dar con ella al cabo de unos años y en aquellos tiempos mis intenciones no eran buenas, las de ella tampoco, todo hay que decirlo. Pero aun así conseguimos establecer una relación medianamente aceptable, aunque tensa, antes de que me enterara por casualidad de una cosa que, de hecho, te concierne.

Samuel se volvió a sentar, atónito.

—¡Dios mío! ¿Y dónde está ahora?

Morovia lo miró con una sonrisa que de repente no parecía del todo hostil.

—¿Quieres verla?

—Sí, claro, por Dios. —Samuel escupió las palabras, completamente fuera de sí.

—Entonces se lo diré de tu parte. Porque debes entender, Samuel Anders Benjamin Lidman, que a mí nunca me amó, ni siquiera durante los primeros tiempos, cuando quise ofrecerle el mundo entero. *Tú* fuiste su gran amor.

Las palabras de Morovia le barrieron como una ola, y permaneció quieto, con miedo a moverse.

—¿Qué estás diciendo?

—Es a ti a quien ha querido todo el tiempo.

Las mejillas de Samuel ardieron. El corazón le palpitaba con fuerza.

—Pero ¿por qué no se ha puesto en contacto conmigo?

Morovia lo contempló, quizá no con compasión, pero sí al menos con vivo interés.

—Porque no ha podido, y porque yo no he querido. Era una situación delicada.

—¿Estás diciendo que ha sido por tu culpa?

Samuel apenas se daba cuenta de lo que decía.

—No, yo no diría tanto —replicó Morovia con la misma frialdad —. Si la responsabilidad únicamente me hubiera correspondido a mí, Claire no habría sido un problema. Pero ella jugaba a dos bandas con una habilidad bastante impresionante, y yo me dejé engañar, por muy vergonzoso que parezca. Aunque todo eso ya ha pasado, y estoy convencido de que estaría dispuesta a verte al final, pero antes tienes que escucharme.

—Te escucho —afirmó Samuel.

Odiaba el tono suplicante y patético que había en su voz, pero ya no tenía remedio.

—¿Qué tengo que hacer? —continuó.

—Vas a estar de mi lado, Samuel, y no vas a hablar con la policía ni con Rekke.

—Vale —respondió inseguro.

—Bien —dijo—. Alicia Kovács te llamará. Pero ahora debes irte. Tengo que hacer una llamada importante.

—No —protestó—. Necesito saber más.

Aun así, acabó aceptándolo. Necesitaba asimilar lo que había oído. Salió tambaleándose al sol, con una repentina sensación de felicidad, o al menos de esperanza, mientras pensaba una y otra vez: me quiere, me quiere.

Magnus le pidió un pitillo a uno de los soldados que estaba fumando y, cuando iba a iniciar una conversación con él, le sonó el móvil. Era Gabor, que le devolvía la llamada, y su corazón dio un vuelco. Decidió no contestar. Fue un error llamarlo, un error incluso haber tenido algo que ver con su existencia para empezar. Pero al final, tras el sexto o el séptimo tono, respondió. Morovia se alegraba de oír su voz, dijo. Había pensado en llamarlo él.

—¿Qué es lo que se oye al fondo?

Magnus levantó el teléfono al aire.

—¿Es el presidente Bush?

Magnus le explicó que se encontraba en Arromanches, en Normandía, en la celebración de los sesenta años del Día D, y entonces Gabor se echó a reír de forma incomprensible, como si Magnus le hubiera dicho que estaba en el circo.

—¿Y me llamas en medio de su discurso?

—¿Te parece irrespetuoso?

—Para nada —dijo Gabor—. Pero eso eres tú, Magnus, una caricatura de ti mismo.

—¿Y eso por qué?

—Te encanta el poder. Pero aún más burlarte de toda la pompa y el boato.

Magnus le devolvió una risa algo forzada.

—Por cierto, acabo de encontrarme con Vladímir Vladimirovitj —dijo.

—¿Putin?

—El mismo.

—¿Y eso te ha causado un buen subidón?

—¿De qué estás hablando?

—Tu hermano toma sus opiáceos. Tú te drogas con el poder,

Magnus. Putin te ha dado el coraje de llamar a tu enemigo, ¿no es así?

—Chorradas —soltó Magnus, pero comprendió que Gabor tenía razón.

Desde que Putin se había dirigido a él por su nombre de pila y habían bromeado y charlado amistosamente casi como iguales, se había sentido invencible durante un instante y se había vuelto temerario. Esa era la verdad y se avergonzó.

—Debes tener cuidado con Putin. Te quiere ver muerto de un tiro —añadió.

—¿Era de eso de lo que querías hablar?

—No —contestó y tragó saliva—. Lo que quería decirte... es que Hans ha vuelto a hurgar en la muerte de Ida Aminoff.

Morovia permaneció callado y por un momento Magnus creyó que esa información había asustado a Gabor tanto como a él mismo. Pero, al cabo de unos segundos, Morovia se limitó a reírse de nuevo.

—Creí que me ibas a contar alguna novedad, Magnus.

—De modo que lo sabías.

—Yo lo puse en marcha, podría decirse.

Magnus se quedó callado.

—¿A qué te refieres?

—Le devolví una pequeña cosa. Pero creo que empezó con su interés por Claire Lidman.

Magnus se rehízo. Por lo menos Claire Lidman era algo con lo que había ayudado a Gabor, cosa que debería contar a su favor.

—Te salvé de ella —dijo.

—Yo solito me salvé de ella. Pero gracias por tu aportación.

Magnus quería terminar la conversación.

—A los dos nos interesa que Hans lo deje.

—¿A los dos?

Morovia sonó sarcástico y Magnus se mordió el labio.

—La verdad es que a mí me interesa otra cosa muy diferente —continuó Gabor—. Llevo un tiempo investigando el tema, pero no he conseguido obtener ningún resultado definitivo y no quiero juzgar sin pruebas.

Magnus inspiró hondo.

—A ver, dime.

—Se trata del viejo amigo de Hans, Herman Camphausen. Te acuerdas de Herman, ¿no?

Magnus se acordaba perfectamente de Herman, la rata de biblioteca que más tarde se endureció y se hizo policía del servicio de inteligencia en el Bundesnachrichtendienst de Berlín, donde luchaba contra el crimen organizado con todos los medios a su alcance.

—¿Qué pasa con Herman? —preguntó Magnus.

—Como ya se sabe, siempre ha admirado a Hans.

—Seguro que sí.

—Exacto, y yo tengo curiosidad por saber si Herman le pidió ayuda a tu hermano en 1994.

—¿Por qué ese año?

—Eso, ¿por qué? —contestó Morovia de forma retórica—. Quizá porque una serie de idiotas en los servicios de inteligencia de Occidente pensaron entonces que Rusia era un nuevo y amable amigo, y le dieron a la KGB —o como se llamara entonces— información sensible.

Magnus sentía cómo la inquietud se le colaba bajo la piel.

—Pero concretamente —continuó Morovia— quiero saber si Herman metió a Hans en la investigación del asesinato de Chabarov en Berlín.

Magnus sintió miedo de verdad.

—¿Y cómo voy a saber eso?

—Porque siempre te has asegurado de saberlo todo acerca de Hans, Magnus. Por esa sencilla razón.

Todo su cuerpo se tensó.

—Eso no es cierto —objetó.

—Lo lamento.

Había un frío gélido en la voz de Morovia ahora.

—Pero... —empezó Magnus— si realmente pudiera averiguarlo, ¿por qué iba a contártelo?

—Por instinto de supervivencia, por supuesto. Si me das esa información seguiré siendo tu amigo.

—¿Y si no?

—Entonces, quizá susurre cosas al oído de ciertas personas.

Magnus miró hacia el presidente Bush, que acababa de concluir su discurso.

—No debería haberte llamado, ha sido una estupidez

—En absoluto, me has leído el pensamiento —replicó Gabor.

Magnus colgó y decidió pasar de la política mundial y regresar

cuanto antes a casa.

Capítulo 36

Micaela bajó de casa de Linda Wilson en el ascensor y salió a Nybrogatan. Al llegar a Östermalmstorg recibió un SMS. Era de Natali, la novia de Lucas, y creía saber exactamente de qué iba. Natali intentaría ir en plan suave: deja en paz a Lucas por el bien de la familia. ¿Por qué pelear cuando podéis cuidaros el uno al otro?

Ya lo había oído antes, y no era una mala estrategia. Claramente mejor que las amenazas y la violencia. En realidad, era ese tipo de ruegos los que la habían llevado a vacilar ya desde el primer momento. Pero resultó que no se trataba de eso, para nada.

Natali quería saber dónde se había metido Lucas. Estaba preocupada, escribió. *Celosa*. Era una confesión poco habitual; Natali no solía mostrar debilidad nunca, y no había nada más inquebrantable que su lealtad hacia Lucas. Y ahora de repente estaba *celosa*. A mí qué me cuentas, pensó Micaela. Pasó millas y pensó en Claire Lidman y en la reacción de la hermana cuando mencionó a Morovia. ¿Era terror lo que había visto en el rostro de Linda? ¿Y qué había querido decir con eso de que alguien iba a ponerse en contacto con ella?

Era como si algo estuviera en el aire, a punto de decantarse a un lado u otro, y miró hacia la ciudad y se preguntó si no debería intentar tomarse el resto del día libre, o al menos sentarse a reflexionar sobre todo lo que había ocurrido. Incluso podría llamar a Vanessa, o contactar con Jonas Beijer y pedirle perdón por su histérica llamada cuando se preocupó por Rekke.

Siguió por Riddargatan pasando por delante de la iglesia de Hedvig Eleonora y sintió de nuevo que no pertenecía a ese barrio. Por otra parte, tampoco se encontraba mucho mejor en Husby teniendo en cuenta lo que había sucedido. Sonó el móvil, pensó que sería Natali.

Pero se trataba de un número desconocido y respondió dubitativa. Era un tal Lars Hellner, comisario jefe de la Cancillería de Delitos Económicos de la policía nacional. La voz sonaba ansiosa y pensó que le iba a contar algo que la preocuparía o la alarmaría.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En Riddargatan. ¿Por qué?

—Estupendo —dijo en un tono más ligero—. Baja hacia Grevgatan y busca a un viejo bastante bajo y flaco de unos sesenta años. Lleva un par de gafas de sol ridículas que acaba de comprar en una gasolinera para protegerse del maldito sol. Por cierto, no hace mucho que te has cruzado con él. Y te ha observado con más detenimiento del que seguramente has sido consciente.

—¿De qué se trata?

—Te he estado buscando. Acabo de pasar por casa del profesor Rekke, pero os habíais escapado los dos. Aunque allí... Mira qué oportuno todo... Allí te veo, hablando por teléfono con el viejo bajito.

Micaela colgó y más abajo en la calle descubrió a un caballero con una camisa gris claro que llevaba un maletín bastante robusto y también gris. Tenía una cara alargada, con la piel enrojecida y escamada, pero por lo demás su apariencia resultaba juvenil y su paso ágil, y en realidad no era ni muy alto ni muy bajo. En cambio, iba de verdad ataviado con un par de gafas de sol redondas que no acababan de encajar con él. Se las quitó y saludó con un aire divertido, y lo razonable era pensar que debían de haberse visto hacía poco. No lo reconoció hasta que no se acercó más y le tendió la mano. Era el hombre que ayer por la tarde había entrado en el despacho de Lindroos y los había interrumpido.

—¿Tú? —dijo.

—Exacto, yo. Has desestabilizado por completo a mi inspector más fatigado. Al parecer le llevaste algo.

—Así es —dijo Micaela vacilando.

—Por cierto, ¿te ha ido bien con Linda? Estaba muy nerviosa antes de que fueras a verla.

Micaela se detuvo asombrada.

—¿Cómo sabes eso?

—He estado en contacto con ella todo el día —comentó.

Micaela, pensativa, echó a andar de nuevo.

—¿Por qué?

—Lindroos la llamó ayer delirando acerca de una foto reciente de Claire Lidman en Venecia.

—Ya lo he oído.

—Y eso me interesa mucho por varias razones. ¿No tendrás una

copia, por casualidad?

Micaela se puso en tensión.

—No, lo siento —dijo.

Hellner la miró decepcionado.

—Vaya, qué pena. Porque solo he visto partes de la foto. Intenté recomponer el puzle esta mañana, pero me faltan varias piezas.

—¿Y cómo es eso?

A Micaela la concentración se le disparó al máximo.

—Porque también he estado con Lindroos, claro. No me he quedado con los brazos cruzados si es eso lo que piensas. Pero el pobre idiota había roto la instantánea en mil pedazos en algún tipo de ataque de angustia.

—Eso no suena muy cuerdo.

—Efectivamente, y no ha conseguido más que avivar mi interés. No me entraba en la cabeza que Lindroos se hubiera ensañado con la foto si no hubiese descubierto algo allí. Es que aquella investigación es como una herida abierta para él. Se siente traicionado y adivino que siempre ha sospechado que hay algo allí sobre lo que nunca le hemos informado.

—¿Y es así?

El aire divertido, un poco pícaro, desapareció de los ojos del comisario jefe, y Micaela paseó la mirada sobre Riddargatan.

—Había pensado hablarlo con Rekke —dijo—. Incluso he traído documentos de confidencialidad que quiero que él y tú firméis. Porque, sabes, me encuentro en una situación muy complicada.

A Micaela le dio tiempo a imaginarse toda una serie de *situaciones complicadas* antes de contestar:

—¿En qué sentido?

—Tengo una necesidad acuciante de un rastreador y he oído que Rekke lee los lugares y a las personas como si fuesen un libro abierto.

—A veces, quizá —dijo, y sonrió un poco—. Otras veces le pueden las dudas. Le vendría bien tener un poco más de confianza en sí mismo.

—Un Sherlock sin soberbia, en otras palabras.

—Algo así —convino ella, y volvió a sonreír—. ¿Sobre qué le quieres preguntar?

—Sobre la foto. El momento en que se tomó la hace muy interesante, y me pregunto... —titubeó—. ¿No tendrás algún número

especial donde puedo localizarlo, aparte del móvil?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que tiene una reunión.

—Lo que pasa es que hemos sufrido una sangría de personal —continuó el comisario jefe—. La investigación se cerró hace ya mucho tiempo, algo que podemos agradecer al Gobierno, unos malditos sinvergüenzas, dicho sea de paso. Además, hay bastante gente a mi alrededor de la que no me fío. Y, como he comentado, necesitamos ayuda de alguien que pueda recomponer las piezas del puzle, y vuestro trabajo con ese árbitro de fútbol se ha vuelto casi mítico entre nosotros. Por eso he pensado...

Sus ojos brillaban por algún tipo de diablura.

—¿Qué has pensado?

Ella se inclinó hacia delante instintivamente, como si él le fuera a contar un gran secreto.

—Pensé que podía cometer una pequeña imprudencia.

Bien, pensó Micaela, muy bien.

—Es que la situación ha cambiado por completo —dijo Hellner—. Pero si empiezo a hablar, entonces tanto tú como Rekke tenéis que comprender que lo que vais a oír no se lo vais a poder contar a nadie. Incluso os meteré en la cárcel si lo hacéis.

—Entiendo.

—Estupendo, y, como he dicho, tengo unos papeles para firmar y algunas historias técnicas también —explicó mientras se ponía a rebuscar en su maletín—. Una de estas —dijo, y enseñó una caja metálica gris—. Una caja inhibidora para nuestros móviles.

—Claro —asintió ella y sacó su móvil.

Justo entonces sonó. Ahora sí que era Natali, y levantó la vista hacia Hellner, que realizó un gesto con las manos como si quisiera decir: cógelo, pero luego tendrás que estar un rato sin usarlo.

—Hola, Natali, ando un poco liada en estos momentos —dijo—. ¿Te puedo llamar más tarde?

Natali no pareció escucharla, pues en seguida empezó a contar que Lucas no había pasado la noche en casa y que estaba segura de que había conocido a una chica, alguna niña pija, «rollo una adolescente y eso». Le había oído hablar por teléfono. Fue una llamada terrible, comentó. Micaela se alejó un poco de Hellner para que no pudiera oírlas.

—¿Te dio la impresión de que se trataba de una relación seria o...?

—No —contestó—. Más bien como un juego malvado. Ni él mismo parece sentirse bien con eso, y durante los últimos días me he asustado, Micaela, perdóname por decirlo. Pero por primera vez me da miedo.

—Lucas nunca te haría nada —la tranquilizó.

—No tengo miedo por mí —respondió Natali.

—¿Y a quién crees que va a pasarle algo?

—Cuando hablaba con esa chica hizo un movimiento espantoso con la mano, como si le rompiera el cuello a un pájaro, más o menos. Fue horrible, Micaela, y creo que todo tiene que ver con que tú y él estáis peleados. Es como si se le hubiera ido la olla por completo. ¿No puedes hablar con él?

—Sí, claro, lo intentaré.

—Pero no le digas que hemos hablado.

—Te lo prometo. Te llamaré. Ahora necesito ocuparme de otro asunto. Cuídate —se despidió con un tono de voz que con toda seguridad nunca había usado con Natali.

Se volvió hacia Hellner, quien la miraba con aire preocupado, como queriendo preguntarle de qué iba la conversación. Pero lo dejó correr y se limitó a coger el teléfono de Micaela e introducirlo en la caja. Luego echaron a andar hacia Strandvägen y la bahía de Djurgårdsbrunnsviken.

—Tu compañero Jonas Beijer, que nos echa una mano de vez en cuando, te manda recuerdos —continuó Hellner.

—¿Qué ha dicho Jonas?

—Que eres una buena policía, pero que todo el mundo en la brigada de Solna habla mal de Rekke. ¿Puedes contarme por qué?

Ella se lo pensó.

—A nadie le cae bien alguien que ve más que los otros. Nadie quiere sentirse tuerto —concluyó.

Hellner se rio, pero en seguida se puso serio, y a pesar de que Micaela entendía que iba a enterarse de algo nuevo y quizá turbador, no podía dejar de pensar en Natali.

¿Qué era lo que Natali le había contado en realidad?

Quizá todo era un error. Lucas tenía malos presentimientos, no solo relacionados consigo mismo y con su palpitante deseo de asustar a Julia. Había recibido información contradictoria de parte de Alicia, la abogada con quien se comunicaba.

Ella tampoco parecía saber lo que quería, y ahora que se había desviado a una gasolinera, cerca de la salida a Gnesta y había llamado como habían acordado, la mujer le había dicho que aguardaba una orden, una especie de confirmación. Mientras tanto, Lucas debía mantener sus posiciones y no hacer ninguna tontería. ¿Qué chorradas eran esas?

¿Acaso no podía hacer lo que le diera la gana? ¿Quién coño era ella para darle órdenes? Pero, justo cuando iba a decírselo, ella le pasó a otra línea y se puso ese hombre con el que había hablado brevemente antes, y ya no llegó a decir nada de eso. Las palabras se le atragantaron. Había algo en esa voz que hizo que se limitara a murmurar «sí, claro», como un colegial, y cuando salió de la gasolinera y vio a Julia ahí sentada con sus grandes ojos nerviosos se cabreó aún más. Cerró la puerta del coche de un portazo. La voz de aquel hombre lo había empequeñecido. ¿Quién coño se creía que era?

—¿Qué has hecho? —preguntó Julia.

—Nada —contestó, y le pasó una Coca-Cola Light que se había llevado sin comprar en la gasolinera.

—¿Has llamado a alguien? Yo también tendría que...

—No —la interrumpió—. Solo he ido a mear.

Volvió a enfilar la E4 mientras tamborileaba en el volante con enfado, y de nuevo pensó en Micaela. Si algo se fuera a la mierda, ella tendría la culpa, solo ella.

Rekke estaba sentado en el café de Kungliga Motorklubben cuando William Fors llegó paseando despreocupadamente por el sendero peatonal. La vida parecía haberle tratado bien. Se le antojó igual de presumido que antes, con sus pantalones de golf y la cazadora de navegación y toda la pesca. No había nada en él que insinuara que de nuevo se encontraba en un aprieto, y quizá ni siquiera se había dado cuenta. *Beati pauperes spiritu*, bienaventurados los pobres de espíritu.

Rekke, por otra parte, tampoco tenía motivos para hacerse el chulo. No cabía duda de quién de los dos había pasado sus días al sol

y quién encerrado en casa dedicándose a la introspección. William, además, dio la impresión de tomar nota de ello con no poca satisfacción.

—Hans —saludó y se sentó—. ¿Qué te ha pasado? La última vez que te vi estabas dando una conferencia en el aula magna y nos tenías a todos boquiabiertos con tu sabiduría.

—Muy amable por tu parte recordarme mis mejores días. Tú, en cambio, pareces estar disfrutándolos ahora.

—No me puedo quejar. La bolsa sube y mi hándicap de golf baja.

—Maravilloso. ¿Qué más se puede pedir? Además, así encajarás bien los golpes si voy a por ti —dijo logrando al menos alterarle un poco.

William bajó la mirada hacia el agua.

—¿Por qué quieres volver a hurgar en aquello? —murmuró—. Es algo viejo y enterrado hace ya mucho.

Rekke se pasó la mano por el pelo y miró a William a los ojos.

—¿Enterrado? —repitió—. ¿El asesinato sin resolver de la persona que más he querido en el mundo? ¿Cómo podría enterrarse u olvidarse jamás?

—No ha sido mi intención ofenderte, Hans. Pero ¿ahora se trata de un asesinato? Yo creí que había sido una sobredosis.

Rekke se aseguró de permanecer callado un buen rato antes de hablar.

—Ha sido un asesinato sin resolver todo el tiempo —dijo luego—. Solo que en aquel entonces no lo vi con suficiente claridad. Pero, sobre todo, no tenía el eje de la historia, ese sol inquietante en torno al cual todo giraba.

—¿Qué quieres decir?

—El collar de perlas que le regalé.

William se rebulló en la silla.

—¿No lo encontraron nunca? —preguntó.

—Busqué hasta el infinito y me puse en contacto con todos los comerciantes importantes de ese tipo de perlas orientales, pero sin éxito. No obstante, aprendí una cosa: si un collar de esas características hubiese aparecido en el mercado, los expertos se habrían enterado y la información me habría llegado. Comprendí que la persona que se había llevado el collar tenía que habérselo quedado como un trofeo, como un recuerdo. Razonablemente esa persona —un

hombre, siempre lo imaginé como un hombre— debería ser alguien adinerado. Si no, la tentación de venderlo habría sido, sin duda, demasiado grande, y dediqué mucho tiempo a dibujar el perfil del sospechoso. ¿Quién guarda un objeto tan fatídico y tan valioso en su casa año tras año? ¿Es alguien que lo mira con regularidad, deleitándose un poco y trayendo a la memoria el momento en que ella murió? Siempre me lo había imaginado así, y pensé, a pesar de la marca roja en la nuca, o quizá justo porque la marca era tan insignificante, que el collar se lo habían quitado a Ida del cuello con cuidado. Vi algún tipo de sensualidad en el movimiento, la solemnidad del ladrón, una profanación cuidadosa, pero ahora...

Agarró la muñeca de William Fors.

—¿Sí? —respondió William nervioso.

—... me he dado cuenta de que estaba equivocado. Compruébalo por ti mismo.

Rekke sacó el collar del bolsillo y lo puso sobre la mesa. Un resplandor, una luz como de otra época, brilló sobre ellos. En las perlas, que se reflejaban al sol, se intuían todos los colores del arcoíris, y durante un instante Rekke comprendió, pese a todo, cómo había podido comprar algo tan exclusivo. Aún hoy en día, la joya le hacía perder el aliento, y no cabía duda de que también emocionaba a Fors.

—Precioso, ¿a que sí?

William miró a su alrededor con inquietud, como si Rekke hubiese puesto algún objeto de contrabando encima de la mesa.

—Sí, precioso —murmuró.

—Pero lo que te iba a enseñar era esto: mira el cierre.

Rekke le dio la vuelta al collar y se lo tendió:

—De buena calidad, ¿verdad? Aun así, desgarrado.

William asintió con la cabeza antes de apartar el collar.

—¿Así que no quieres examinarlo tú mismo?

William Fors negó con la cabeza.

—Vale, pero este cierre, aquí... ¿Lo ves?... Se partió. ¿Qué indica?

—No sé —dijo William desviando la mirada.

—Indica que hubo violencia, ¿y qué suele preceder a la violencia?

William Fors bajó la mirada a la mesa.

—Agresividad —murmuró.

—Bien, pero también violencia. La violencia es precedida de

violencia, y yo vi una hemorragia en el frenillo del labio superior de Ida cuya importancia no he entendido hasta hoy. Ella intentó abrir la boca para buscar aire. Seguramente tenía problemas con el alcohol y los opiáceos en el cuerpo, pero lo cierto es que alguien la ayudó a ahogarse. Ahora lo veo claro, y la verdad es que no soporto que me mintieras entonces.

—No te mentí —contestó William, y echó una mirada suplicante a la camarera, como si ella pudiera salvarlo. Pero la camarera, una chica joven con un corte de pelo a lo paje, no parecía mostrar interés alguno en él.

—Qué lata ser invisible, Wille. Tampoco es fácil ser demasiado visible. Pero ya pido yo. ¿Qué quieres?

—Un poco de agua y un cappuccino me vendría bien, Hans.

—Un poco de agua y un cappuccino, por favor —gritó Rekke.

La camarera reaccionó de inmediato y se puso con el pedido.

—Tu autoridad no ha desaparecido. Estoy impresionado —dijo William en un intento por aliviar la tensión.

—Bueno, como te decía... —continuó Rekke—. Anoche leí de nuevo las actas de tus declaraciones policiales, y metiste la pata.

William empezó a toquetear el collar.

—¿Qué quieres decir?

—Declaras que Ida no quería sentirse como la emperatriz de China.

William se pasó nervioso la mano por la cara.

—Sí, eso es. Eso dijo. Ya sabes cómo era. Completamente...

Se calló, con miedo a decir algo inapropiado, y entonces Rekke se inclinó hacia delante y clavó su mirada en él.

—Exacto, Wille, sé cómo era. Seguro que por eso te creí, creí que de verdad podría haber tirado el collar a la bahía de Djurgårdsbrunnsviken. Pero ahora, cuando leo la investigación, veo que tus palabras son falsas. Discrepan de otros testimonios de esa noche.

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así?

—Para dar una explicación alternativa a la desaparición del collar, claro, y no, no digas nada. No me vengas con evasivas estúpidas.

—No, no lo haré.

—Bien, porque si tú la mataste y robaste el collar, te voy a

destrozar. No me rendiré hasta demostrarlo y meterte en la cárcel. Pero si has visto algo que te callas porque tienes miedo o porque has prometido mantener la boca cerrada, pienso protegerte como mi aliado más importante. Solo busco a la persona que sostuvo el collar en sus manos y lo arrancó.

—Vi a tu hermano.

—¿Qué?

Evidentemente Rekke lo había oído, pero no podía digerirlo. Magnus lo había engañado muchas veces y había intrigado en su contra aún más a menudo, pero que estuviera implicado en la muerte de Ida Aminoff sobrepasaba su imaginación. Fijó la mirada en el rostro de William Fors para poder identificar la magnitud del secreto.

—Nada —dijo William, como si en seguida se arrepintiera de sus palabras.

—Qué raro —replicó Rekke—. Me pareció oírte decir que viste a mi hermano.

Rekke inspiró hondo, bien consciente de que no debía precipitarse.

—Pienso en Claire Lidman —añadió.

—¿En Claire Lidman? —repitió Wille, a todas luces desconcertado por el repentino cambio de tema.

—Exacto —continuó Rekke con toda la frialdad que fue capaz de reunir—. Me pregunto qué papel jugaste en su desaparición.

Wille pareció aún más atemorizado.

—No tuve nada que ver con... —tartamudeó.

—¿Seguro? El que miente en una investigación policial fácilmente puede hacerlo en otra.

—No te atreverías a insinuar que yo...

—Me atrevo, Wille. Pero también podría protegerte.

—Contra esto no.

Rekke lo examinó con la mirada.

—¿Tan malo es?

—Sí, lo es.

Rekke sonrió con esfuerzo.

—Puede que sea una especie de detective, pero no soy ni policía ni jurista, de modo que no tengo por qué preocuparme por algo tan insignificante como el perjurio o la protección de un criminal. Si no has matado ni a Claire ni a Ida, incluso podría acogerme a mi secreto

profesional como psicólogo. Pero de lo contrario...

—¿Qué?

—Si no me cuentas, Wille, entonces me convertiré en un perro sabueso. Lo desenterraré todo en cualquier caso, y entonces ya no seré tan bueno contigo.

—Has cambiado, Hans.

—Es verdad. Los asesinatos de las personas a las que quiero eliminan los rasgos amables de mi carácter. No volviste directo a casa, como afirmaste, después de haberte despedido de Ida.

—*Sí* volví directo a casa —aseguró Wille, a la defensiva.

—¿De verdad?

—Es que vivía en Styrmansgatan entonces, y recuerdo que a duras penas conseguí abrir la puerta con la llave.

—¿Estabas borracho?

—Como una cuba, y en casa todo estaba hecho un desastre, y yo, con una frustración de la leche.

—¿Y qué pasó?

—Me senté en el borde de la cama y empecé a llamar a chicas con las que había estado. Una de esas tonterías de borracho, ya sabes. Te pones a llamar a la desesperada a la gente.

—Tú te pones, yo no, Wille.

—Vale, yo. ¿Quieres que continúe, o vas a ir en plan moralista?

—Continúa.

—Pero necesito garantías. No quiero leer sobre esto en la prensa ni recibir llamadas de la policía ni ninguna mierda de esas.

—Me he acogido a mi secreto profesional, algo que es sagrado para mí. Pero eso, en cambio, implica que de verdad tienes que contármelo todo; es parte de nuestro acuerdo, ¿no?

—Vale, vale, pero tienes que darme un poco de tiempo.

Rekke asintió con la cabeza.

—Sí, claro. ¿Y qué pasó entonces? —dijo.

—¿Qué quieres que te diga? —continuó Fors—. Cuando ninguna de ellas contestó o las que sí contestaron se limitaron a mandarme a la mierda, volví a salir. No creo que tuviera ningún tipo de plan ni nada por el estilo. Supongo que solo esperaba que algo sucediera, y seguramente estuve una hora o más dando vueltas, pero al final acabé en Torstenssonsgatan y me planté como un idiota delante del portal de la casa de Ida.

—¿Te quedaste allí sin hacer nada?

—Quizá grité «Ida, Ida, perdóname», o algo por el estilo. «Solo quiero que hablemos, déjame entrar.» Fui patético, Hans, no puedo decir otra cosa. Pero de repente se abrió el portal y alguien salió, un hombre joven con una americana oscura, y por su cuerpo en seguida advertí que le había ocurrido algo. Salió como dando tumbos y yo grité algo como «Oye, oye» y entonces se dio la vuelta, y descubrí que era Magnus. Joder, Hans, te lo juro, nunca lo he visto así. Parecía desesperado y se me acercó medio tambaleándose, no porque estuviera borracho, sino porque estaba conmocionado, y la verdad es que no me acuerdo de lo que dijo exactamente, excepto de una cosa. «Tú no has estado aquí», dijo. «Tú no has estado aquí.»

—Y tú lo aceptaste sin más —concluyó Rekke.

—No la toqué. No sé nada de lo que le pasó. Has prometido estar de mi lado, Hans.

—Con la condición de que me hayas dicho la verdad —continuó Rekke y echó una mirada hacia la calle y para su gran sorpresa vio a Micaela entrar en Nobelgatan acompañada de un caballero de baja estatura y aspecto algo autoritario que llevaba unas gafas de sol redondas.

Capítulo 37

Las nubes se habían ido acumulando en el cielo, y no había mucha gente en la calle. El camino de grava chirriaba bajo sus pies. Arriba se situaban los elegantes palacetes de las embajadas, vallados y a veces provistos de ventanas con rejas. Micaela miraba al comisario jefe Hellner. Llevaba un rato callado y pensativo, pero ahora se aclaró la voz carraspeando, como ante un discurso o una confesión.

—Hace tan solo unos años, habría sido impensable que yo estuviera aquí paseando contigo y pensando en hablarte de Claire Lidman. Pero, como ya he dicho, la situación ha cambiado.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Hellner esbozó una sonrisa un poco melancólica y se quitó las gafas de sol.

—Lamentablemente, podemos decir que ya no tenemos nada que temer —dijo—. Lo que temíamos ha sucedido, y ahora solo queríamos tender una mano. Un poco inútil esperar ayuda.

—No sé si lo entiendo.

—Tampoco debes hacerlo. ¿No esperamos hasta localizar a Rekke?

—Hazme una pequeña introducción primero, para comprenderlo.

Hellner se detuvo y negó con la cabeza.

—No, no —dijo—. Esperemos; si no, tendré que repetirlo todo. Pero de acuerdo... Bueno, verás... Ya no soy capaz ni siquiera de ser medianamente coherente.

—La coherencia está sobreestimada —repuso ella.

Hellner se rio con resignación.

—Bueno, con brevedad y sin artificios: Claire Lidman vive. Pero me imagino que eso ya lo habéis deducido. O mejor dicho: esperamos que esté viva. La última señal que recibimos de ella fue precisamente en marzo de este año, justo antes de que se tomara esa foto.

Micaela, tensa, se sobresaltó.

—¿Qué pasó entonces?

—Desapareció sin más. Ninguno de nuestros contactos consigue dar con ella, y eso nos preocupa sobremanera. Pero, gracias a las cámaras de vigilancia y a informes de testigos, ya sabíamos que había estado en Venecia, lo cual es muy poco propio de ella. Nunca solía visitar ese tipo de lugares tan concurridos. Aunque quizá sea mejor que haga un breve resumen desde el principio.

Micaela asintió con la cabeza y Hellner ralentizó el paso y bajó la voz.

—Además, de esto Rekke ya está al tanto de todos modos, así que te lo puedo contar también. A finales de los años ochenta decidimos intensificar los esfuerzos contra el crimen organizado. Con creciente consternación, veíamos que cada vez se aceptaba con mayor normalidad, incluso entre los bancos y las compañías financieras más serias, acoger fondos de actividades criminales. La mayoría lo harían, supongo, porque el dinero es el dinero. El espíritu de los tiempos era ese. Pero otros tenían miedo, y no les faltaban motivos. Se asesinó a varias personas, otras desaparecieron, y muy pocas, si es que alguna siquiera, fueron llevadas a juicio. Estábamos ante un veneno social, y recibimos instrucciones del Gobierno de adoptar medidas enérgicas. En sus inicios se trataba de un proyecto de colaboración europea. Lo integrábamos seis o siete (dependiendo de cómo se cuenten) organizaciones policiales nacionales, y en seguida nos dotaron de recursos y personal. Pero la cuestión era: ¿por dónde empezar? ¿Por los actores insignificantes e ir escalando o, al revés, iniciarlo todo cortando una cabellera importante y así atraer de una vez mucha atención? Optamos por lo segundo y entonces un nombre apareció de inmediato.

—Gabor Morovia.

—Exacto, era perfecto: guapo, inteligente, experto en matemáticas y con amigos poderosos como Putin; aunque Putin en aquellos tiempos no pasaba de ser un simple funcionario de la KGB en Dresde. Pero Morovia tenía una historia fantástica y de los gánsteres que investigamos, era en su entorno donde la mayor cantidad de gente desaparecía. Muchos murieron abrasados o fueron torturados hasta morir, y nos sentimos enormemente motivados. Íbamos a ir a por ese cabrón. Al mismo tiempo nos advertían de que las posibilidades de lograrlo eran nulas. Se decía que tenía protectores poderosos por todas partes.

—El Estado sueco, por ejemplo —dijo Micaela.

—Sí, pero eso fue después. Cuando entramos en la década de los noventa, y llegó el otoño, la investigación de Morovia se consideraba un proyecto prioritario de máximo nivel, y también se nos abrió una brecha inesperada. Seguro que puedes deducir a qué me refiero. Claire Lidman vino a vernos a la jefatura de policía; quería hablar. Yo mismo la recibí.

—¿Y qué tenía contra Morovia?

—Estaba conmocionada, era una mañana temprano, y no creo que hubiera descansado mucho por la noche. Le costaba permanecer sentada y el cuello se le veía rígido. No lo dijo directamente y no era nada de lo que quisiera hablar en realidad, pero a mí en seguida me dio la impresión de que había sido víctima de algo que la motivaba aún más. Se notaba que estaba furiosa.

—¿Y qué quería contar?

—Lo que sabía. Traía documentos: anotaciones, diarios, listas de nombres. Pero, sobre todo, y eso resultó decisivo, poseía información que corroboraba que una de sus amigas de la universidad en Londres había sido asesinada en Madrid.

—Sofía Rodríguez.

—Exacto, y, en el mismo momento en el que nos dimos cuenta de que íbamos a poder confirmar lo que ella decía, supimos que lo teníamos.

—Sonaba prometedor —dijo Micaela.

—Exacto —convino Hellner—. Fue un momento importante, la sensación de que habíamos logrado un avance fundamental. Al mismo tiempo fuimos conscientes del riesgo al que la exponíamos, y empezamos a trabajar para proporcionarles a Claire y a su marido protección.

—¿Así que Samuel estuvo en la ecuación desde el principio?

—Por supuesto. No teníamos ninguna intención de separarlos, y eso era lo último que Claire quería. Ella amaba a Samuel, y decía una y otra vez que no podía vivir sin él.

—Aun así, él no la acompañó.

—No, de repente se apoderó de ella el pánico y cambió de idea por completo. Nos pareció incomprensible y mantuvimos largas reuniones con ella. Pero se negó a ceder. No fue hasta después, al organizar su muerte en colaboración con la policía española, cuando

comprendimos.

—¿Qué?

—Que estaba embarazada.

—¿Así que al final resulta que era verdad?

Pasaron por delante de un enorme chalé de ladrillo rojo donde dos mujeres se reían sentadas en un balcón.

—Sí, estaba embarazada —continuó Hellner—. Pero no sabía de quién. Lo más probable, claro, era que fuera de Samuel y entonces no sería más que una muy buena noticia, un feliz acontecimiento. Claire y Samuel llevaban bastante tiempo intentando ser padres y ella había anhelado un descanso en su carrera y tener algo nuevo por lo que vivir. Pero había un riesgo, uno pequeño, dijo ella, de que pudiera ser hijo de Morovia, y eso sería catastrófico, añadió, y en eso estábamos todos de acuerdo. Así que ya ves...

—Ella tenía esperanza y miedo al mismo tiempo.

—Sí, y las semanas iban pasando, y al mismo tiempo quería y no quería abortar. No era fácil para ella, la pobre. Aun así, vivíamos días bastante esperanzadores entonces. Habíamos instalado a Claire en una vivienda protegida, una pequeña casa en los Alpes, en la frontera con Austria. Tenía vigilancia, por supuesto, y uno de nosotros siempre estaba allí con ella. Yo mismo la acompañé a veces. Por las noches, cuando tomábamos té y jugábamos al ajedrez (o sea, cuando me enseñaba a jugar al ajedrez) teníamos conversaciones serias sobre la vida. Le atormentaba que Samuel pensara que había muerto, y me acuerdo de que me preocupaba que se pusiera en contacto con él. Es que todo había de hacerse con una cautela extraordinaria.

—Claro.

—Pero también ideé planes detallados de cómo una reunión podía organizarse; porque pensábamos que tenía que ser hijo de Samuel. Tenía que serlo. Claire lo decía todo el tiempo, y al final nos convenció, y todos soñábamos con un final feliz. Estábamos deseosos de ver reunidos al marido y a la mujer en torno al niño, y hablábamos mucho acerca de cómo llevar a Samuel hasta allí y cómo explicar su desaparición. Era algo grande en todos los sentidos.

—Pero no era hijo de Samuel, ¿o sí?

Hellner la miró con unos ojos que hicieron que Micaela conservara la esperanza de que quizá lo fuera a pesar de todo.

—Todos nos sentimos enormemente aliviados después del parto.

Nunca se me olvidará la llamada de Claire. Sonaba tan contenta... —dijo Hellner dirigiendo la mirada hacia el Museo de Ciencia y Tecnología, que se alzaba ante ellos.

Cuando Rekke vio a Micaela desaparecer por Nobelgatan sintió una punzada de añoranza, y quizá también de arrepentimiento. Debería haberse portado mejor con ella. Luego se volvió, con semblante serio, hacia William Fors.

—Continúa —le instó.

—Me fui a casa, nada más. Y al día siguiente por la noche me enteré de que Ida había muerto. Estaba viendo las noticias en la tele. Media hora después, como mucho, Magnus llamó a la puerta. No tenía mejor aspecto que la noche anterior. No creo que hubiera pegado ojo. En la mano sostenía un sobre con fotografías que le habían llegado por mensajero. Las puso encima de la mesa de la cocina. Estaban granuladas, las habían hecho en la oscuridad con un teleobjetivo, y me llevó un rato entender lo que representaban. Se trataba de una serie de imágenes de Magnus saliendo de la casa de Torstenssonsgatan, y podía verse, al igual que yo había visto, que estaba alterado y conmocionado. Magnus alineó las fotos encima de la mesa hasta que...

—Tú también aparecías en una.

—Sí, en una de ellas salía hablando con él y yo daba la impresión de encontrarme, quizá no en estado de shock, pero como si tuviera algo que ocultar, y me asusté. Ya entonces se hablaba de que existían sospechas de que se trataba de un asesinato, y le pregunté quién había hecho las fotos. Magnus no me lo quería revelar. «Es mejor que no lo sepa nadie», dijo. «Si voy a callarme esto, al menos necesito entender lo que pasó», grité, y entonces me lo contó. Había recibido una llamada en mitad de la noche. Alguien, no me dijo quién, lo había llamado para contarle que algo grave le había pasado a su hermano.

—¿A mí?

—Sí, a ti, Hans. Era urgente, aseguró la voz, e indicó la dirección de Torstenssonsgatan, y entonces Magnus salió pitando hasta allí. No tenía ni idea de que era allí donde vivía Ida, dijo. Se limitó a acercarse corriendo en mitad de la noche, y cuando llegó Ida yacía muerta en la cama, y ese al parecer era el motivo de la llamada. Alguien quería que

él la viera y que resultara implicado.

Durante unos instantes, Rekke no oyó lo que William Fors decía. Visualizó a Magnus en su cabeza, Magnus en aquella época en la que todavía no podía verse en él a alguien poderoso, sino solo a un hombre joven algo egocéntrico que nunca asistía a los conciertos de su hermano porque no soportaba estar a su sombra. ¿Esa persona —el más bien enternecedor hermano mayor que aún no sabía qué hacer con su indómito deseo de abrirse camino en la vida— había cargado con un secreto de esa magnitud? Apenas podía asimilarlo, pero aun así... tenía que ser verdad, sonaba a verdad, o, mejor dicho —Rekke recuperó la concentración y se guardó el collar en el bolsillo—, a una verdad a medias.

—Y no hay muchas personas que conozcamos capaces de hacer una llamada así —dijo.

—No, quizá no, pero es que entonces no lo conocía. Solo me enteré de que era despiadado, y peligroso, y mantuve la boca cerrada todo el tiempo. Lo siento, Hans.

—Incomprensible que yo no sospechara lo que me ocultaste.

—Aún no te habías convertido en el célebre catedrático de Psicología.

Fui ciego y sordo, pensó Rekke de nuevo. Dijo:

—Luego esas fotos volvieron a aparecer, ¿verdad?

William Fors se sobresaltó.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Algo hubo que os hizo ceder en las negociaciones con Axel Larsson.

—Sí, tienes razón, cómo no. La colaboradora de Morovia, Alicia Kovács, nos recordó su existencia.

—Así que mi Ida jugó un papel indeseado también en eso. Asegurándose de que el Estado perdiera miles de millones de coronas.

—Pero devolvimos el golpe bastante bien, ¿no?

—Sí, teníais a Claire Lidman.

—Formamos un equipo, todos, y luchamos por nuestros derechos.

Rekke se pasó la mano por la frente.

—Vuestro derecho a saquear.

—Hice lo que pude —murmuró William.

—¿Lo hiciste?

—Cartaphilus tenía buena reputación entonces.

—Pero tú sabías cómo estaban las cosas de verdad. *Non omnes infortunati corrupti.*

—¿Qué?

—La necesidad no convierte a todo el mundo en corrupto, William. Tú ya lo llevabas dentro. Lárgate y sufre. Ahora voy a hablar con mi hermano, porque hay algo que falta en tu historia —dijo Rekke, y se levantó. Justo en ese momento recibió un SMS de Micaela y vio que tenía varias llamadas perdidas.

Capítulo 38

A las 3.52 de la madrugada del 23 de julio de 1991, en lo alto de los Alpes, no demasiado lejos de Garmisch-Partenkirchen, Claire Lidman, cuyo apellido de soltera era Wilson, dio a luz a un niño que no emitió sonido alguno.

Reinaba un silencio inquietante. Solo se oían los movimientos de Hanna, la comadrona, y ningún niño lloraba, ni siquiera gemía. Está muerto, pensó Claire. Lo encontró del todo probable, no solo como una consecuencia moral. Lo había sospechado por la sonrisa forzada de Hanna y por sus nerviosos pasos, y, sinceramente, ¿acaso los dolores no los había sentido como más propios del infierno que del purgatorio?

Era como si su cuerpo ya desde el principio comprendiera que paría algo muerto, inánime, ¿o medio monstruoso? Había sufrido unos dolores que no podían ser sanos ni naturales, y cerró los ojos intentando desaparecer en su agotamiento, en el hecho de que el peor dolor ya había remitido. Pero, por supuesto, no existía ningún olvido, ninguna clemencia. Le pusieron encima a la criatura, al niño: al pequeño muerto. Se trataba de un saludo y una despedida a la vez. Yo te maté, pensó. Antepuse mi deseo de venganza a la vida y el amor. Perdóname, santa madre de Dios.

Pero, justo en ese momento de mayor desesperación, sintió un movimiento, una mano que procuraba agarrar algo en su piel, y pequeñas y rápidas respiraciones, y entonces abrió los ojos. ¿Se atrevería a mirar?

—Es un niño —dijo Hanna—. Un niño sano y bien formado que ha tenido un viaje complicado. Pero se espabilará. Tiene buen color de cara.

—¿Así que va a sobrevivir?

—Sí, Claire. Felicidades.

Ella intentó entenderlo y alegrarse, pero, antes de que la buena noticia la hubiese calado hasta el fondo, volvió todo lo demás que la

había mantenido despierta por las noches. ¿Quién es? ¿Es el hijo de la persona más buena que había conocido jamás?

¿O de la más malvada?

—¿A quién se parece? —preguntó.

—Se parece a ti.

Esa no era una respuesta. Era una evasiva, y bajó la barbilla y la mirada para poder ver. Movió al niño con cuidado hacia un lado. Pesaba mucho, le pareció, y eso resultaba prometedor. Pensó en el peso de Samuel contra su pecho. Se acordó de su olor y de sus brazos, le vino a la memoria todo un mundo perdido que había cambiado por... Sí, ¿por qué? ¿Por nada? Por un remover en todo lo que tanto daño le había hecho. Luego miró de reojo a la criatura —el niño, el chico— y era una personita peculiar: arrugado, de miembros delgados, que jadeaba con una mirada intensa, como una persona que acababa de ser salvada de morir ahogada, y Claire cerró los ojos de nuevo.

La imagen del pequeño se le quedó grabada en la retina y se fundió con sus recuerdos. Este niño no es ningún Morovia, pensó. Sintió una punzada de alegría que quiso contener en seguida. No saques conclusiones precipitadas, se dijo. Los bebés son seres extraños. Pero lo miró más de cerca y se convenció aún más. Reconoció la frente de Samuel y los labios, y lo colocó bien junto a su cuerpo. Los latidos del corazón del niño parecían reducirse y acompasarse con los suyos. Permaneció tumbada, exhausta, con una respiración pesada y profunda, y se imaginó llamando a Samuel para reparar todo lo que estaba roto.

¿Esta soy yo? No era la primera vez que Julia se planteaba esa pregunta. Se había preguntado lo mismo muchas veces durante el último año, y tampoco es que hubiera nada raro en ello. Se hacía mayor y buscaba una nueva identidad, como si sopesara pros y contras de su viejo yo en comparación con el nuevo, más adulto.

El día había amanecido radiante. Ni una sola nube en el cielo, y Lucas conducía despacio mientras buscaba la dirección. Estaba más tranquilo, y ella, por su parte, se encontraba mejor. Quizá ayudaba el entorno. Se hallaban en una zona pintoresca e idílica con viejas casas de madera y pequeños jardines. Era una Suecia de antes, el mundo de Astrid Lindgren, y Julia puso la radio del coche, que emitía un boletín

de noticias. Se celebraba el día nacional en todo el país. Había cierto revuelo en torno al pequeño partido xenófobo, los Demócratas de Suecia. Se difundió una breve necrológica de Ronald Reagan, que había fallecido el día anterior. *«Tear down this wall»*,[1] se le oyó decir. El presidente Bush había dado un discurso en Normandía. Lucas apagó la radio.

—No soporto oír esa mierda —dijo.

—Solo intento enterarme de lo que está pasando —murmuró Julia.

Lucas no contestó y Julia pensó en su padre: cómo solía sumirse en los periódicos todas las mañanas y cómo su mirada a veces se levantaba, siempre dispuesto a comentar la situación del mundo o a dar una pequeña clase magistral acerca de ella. Tenía que llamarlo sí o sí.

—Por favor, Lucas, ¿me puedes dar mi móvil?

—Pero si habíamos dicho que nada de móviles.

—Pero tú has hecho una llamada.

Ella odiaba la sumisión que desprendía su voz.

—Más tarde, ahora tengo que encontrar la dirección.

Avanzaba a paso de tortuga mirando a su alrededor. Pero de repente asintió con la cabeza para sí mismo, detuvo el coche y apagó el motor. ¿Habían llegado? El chalé que tenían delante no era desde luego un hotel, pero sí más grande que las otras casas de la misma calle. Estaba recién pintado de blanco y tenía una terraza amplia, y Julia volvió a pensar en esa pregunta: ¿esta soy yo? ¿Alguien a quien no dejan escuchar las noticias? En el jardín de la casa de al lado una mujer se reía. Algo en esa risa hizo que Julia sintiera una punzada de dolor, era como si perteneciera a un mundo del que ella estaba aislada. Al mismo tiempo, Lucas bajó del coche.

Su espalda se veía ancha y amenazadora, y ella lo contempló mientras se inclinaba junto a un garaje con dos puertas. Sacó un par de llaves de debajo de una maceta verde. Hizo una señal con la mano a Julia y ella se apeó del coche y se le acercó con movimientos exageradamente entusiastas, como si Lucas tuviera un nuevo e invisible poder sobre ella. Pero quizá quería mostrarse especialmente complaciente para poder recuperar su teléfono. Encima de ellos, en la fachada de la casa, había una cámara gris, como un ojo frío y vacío.

Lucas echó los hombros para atrás y enderezó la espalda. Ella lo

siguió de cerca cuando abrió la puerta y entró. Ella miró a su alrededor. ¿Qué tipo de decoración era aquella? Ninguna, pensó Julia. Impersonal y espaciosa, aunque con un toque lujoso, como en la sala VIP de un aeropuerto.

Tras pasar por una cocina grande y recién reformada, salieron a una nueva terraza que daba a un jardín protegido de las miradas ajenas, con una piscina y un jacuzzi.

—¿No íbamos a ir a un hotel? —dijo Julia.

—Esto es mucho mejor, una casa entera solo para nosotros.

No le pareció mejor de ninguna manera, y pensó en la conversación telefónica que había oído esa mañana.

—¿Por qué estamos aquí en realidad? —preguntó.

Lucas la miró como si las palabras lo ofendieran. Pero de repente se le iluminó la cara y se acercó a ella.

—Si no nos gusta, nos vamos a otro sitio.

Casi le dio la impresión de que quería que le contestara: sí, venga, vámonos ya. Pero ella negó con la cabeza, y dijo que seguro que iba a estar bien.

—Entonces voy a por las maletas, y nos cambiamos para bañarnos, ¿vale? —continuó Lucas.

A ella no le apetecía nada bañarse, pero no quería ser aburrida ni llevarle siempre la contraria. Quería recuperar su teléfono. De modo que se limitó a asentir con la cabeza mientras él se marchaba al coche. Cuando volvió parecía más contento y con una pequeña sonrisa burlona abrió la cremallera de su bolsa de deporte y sacó un par de bañadores azules. Si es que realmente se había mostrado algo inseguro hacía un momento, ya no se veía nada de eso. Se cambió delante de ella y estuvo un rato desnudo al lado de la piscina.

A Julia le entró pudor, se fue a la cocina y se puso el bikini que había comprado en Niza el año anterior. Le quedaba grande, y por tercera vez se preguntó: ¿esta soy yo? Luego salió al sol. Lucas le mostró una sonrisa antes de tirarse a la piscina con un movimiento algo descuidado, casi brutal.

Julia entró en el agua con cuidado, con miedo a que el bikini se le bajara si saltaba. El agua estaba fría, y tenía los pies apoyados en el fondo cuando Lucas se le acercó nadando y la llevó contra el borde de la piscina, y aunque le dejó besarla y agarrarle el culo, deseaba marcharse lejos de allí. Incluso aguzó el oído por si oía pasos de

alguien que pudiera venir a rescatarla.

Micaela y el comisario jefe Hellner siguieron paseando junto al agua mientras subían hacia Djurgården.

—Así que era hijo de Samuel —dijo ella.

—Eso era lo que creíamos —continuó Hellner—. Era lo que nos decíamos. Pero cuando se trata de bebés es complicado. Nada se podía afirmar con seguridad, y Claire no quería hacer un test de paternidad. «Es el hijo de Samuel», se limitaba a repetir. «Lo siento en mi corazón.» Al mismo tiempo se negaba a ponerse en contacto con él, y retrasaba nuestro trabajo con el caso. Por lo general, decía una cosa y luego hacía otra. Lo único obvio era que estableció un vínculo muy fuerte con el niño, aunque yo no tengo mucha experiencia sobre eso. Nunca he tenido hijos y entiendo que debe de ser de lo más especial tenerlos, y nadie tampoco ponía en duda que Claire se sintiera sola y expuesta y necesitara crear unos lazos más estrechos con alguien. Pero, aun así, Micaela, aun así...

—¿Qué?

—Sobrepasó todos los límites. Se volcó en su hijo por completo. Jakob, iba a llamarlo. El segundo nombre de pila de Samuel. Se volvió chaveta y se pasaba todo el tiempo con el niño apretado contra su pecho besándole las mejillas. Era bonito, una imagen arquetípica. Pero nos dio miedo perder el rumbo y el ímpetu, sobre todo teniendo en cuenta que...

Dudó, delante de ellos una persona hacía *footing*, un caballero bajito y cansado de mediana edad que se acercaba jadeando ahogadamente. Más allá, entrando ya en Djurgården, el bosque se espesaba a su alrededor.

—¿Sí? —dijo Micaela cuando el corredor los había pasado.

—Nos dio la impresión de que ya no recibíamos el mismo apoyo que antes.

—¿A qué te refieres?

—El director de la policía nacional empezó a vacilar. Pero no por voluntad propia. Alguien más arriba susurró en su oído, alguno de los pocos del entorno gubernamental que sabía lo que estábamos haciendo, y, por desgracia, había cierta lógica en ello. Si lográbamos llevar a juicio a Morovia, se revelaría que un banco sueco, propiedad

del Estado, no solo había hecho negocios con el crimen organizado, sino que además había dado su brazo a torcer en una lucha por miles de millones de coronas del dinero del contribuyente, y empezamos a preocuparnos por el futuro de la investigación. En invierno de 1993 nos encontrábamos en un callejón sin salida. No llegábamos a ninguna parte, y Claire se iba aislando cada vez más para dedicarse a su hijo, y me da vergüenza admitirlo, pero lo cierto es que nos relajamos en la vigilancia. Entonces ya la habíamos trasladado hacia el sur, a un pueblo cerca de Limena, en el norte de Italia, a una casa que le alquilamos a un editor alemán. En algunas ocasiones, iba sola a hacer la compra. Había una pequeña tienda a unos pocos kilómetros de distancia, en medio de la nada, y algún lumbrera creyó que no había ningún riesgo. O, incluso, puede que ella los convenciera a base de dar mucho la lata; aunque nos resulte vergonzoso reconocerlo, hay bastantes indicios de eso. «No lo soporto, necesito aire», decía a todas horas. Y el niño, Jakob; Dios mío, ese sí que era un capítulo aparte. Empezó a andar antes de que otros niños aprendan a gatear y no paraba ni un segundo. Era como vigilar a un gato, a un zorro.

—¿Y de quién era hijo? —intervino Micaela impaciente.

—No te adelantes a los acontecimientos. Pero en defensa de los guardaespaldas italianos: Claire había cambiado de aspecto. Tenía otro color de pelo, un estilo nuevo, una nueva identidad y una nueva forma de hablar, y no salía muy a menudo sola.

—Pero fue suficiente.

—Sí, por desgracia. La catástrofe ocurrió, y después de eso ya no hubo vuelta atrás. La investigación estaba muerta.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó?

Lars Hellner sonrió, a pesar de que había hablado de una catástrofe, como si su superioridad informativa le divirtiera. Eso irritó a Micaela, quien hizo un movimiento con la mano como para incitarle a continuar. Pero Hellner siguió sin contestar. Se limitó a levantar el maletín y sacar su caja inhibidora.

—Cuando te lo cuente, me gustaría que estuviera también Rekke. Ya he dicho demasiado. ¿Intentamos llamarlo otra vez?

Ella asintió, Hellner le dio el móvil y ella lo miró de hito en hito. Tenía dos llamadas perdidas de Natali, la novia de Lucas, y entonces se quedó pensativa y se olvidó de Hellner y de su historia. Las palabras de Natali le volvieron a la mente. Una niña pija, había dicho.

Lucas estaba viendo a otra, una chica joven. Había millones de chicas jóvenes y pijas, pero aun así... Hugo la había atacado y le había dicho: «Puede pasarle algo a alguien que te importa».

¿Podía ser Julia? No, no, pensó. Julia era de otro mundo. Acababa de terminar el instituto. Nunca se interesaría por un tipo con pinta de delincuente quince años mayor que ella. Pero de todos modos... Julia había cambiado de estilo y había conocido a alguien nuevo, valía la pena comprobarlo. Llamó a Rekke, tal y como le había pedido, pero no contestó, de modo que levantó la mirada hacia Hellner negando con la cabeza.

—¿No lo coge?

—No, pero seguro que me llama pronto —dijo ella, y pensó en Vanessa.

Vanessa pillaba todos los cotilleos más rápido que el viento. ¿Lo sabría ella? Micaela se apartó y llamó. Vanessa respondió con un sonoro *«Darling!»*, como si no hubiera habido ni por un instante la más mínima riña entre ellas.

—Hola, guapa —saludó Micaela—. Solo una cosa rápida: ¿se ha enrollado Lucas con otra?

Vanessa dudó.

—No debería decirte nada.

Joder, pensó Micaela.

—Venga.

—Está saliendo con una niña pija, según Hugo. Que vive por alguna parte cerca de vosotros.

—¿En Karlaplan?

—Algo así, estudia Historia del Arte o alguna mierda de esas. Quién lo hubiera dicho, ¿eh?

Micaela se quedó de piedra y miró aterrada a Hellner.

—Oye, Micaela, ¿qué pasa? —quiso saber Vanessa, que debía de haber advertido el cambio en el aire.

—Luego te llamo —dijo Micaela, y colgó.

Acto seguido murmuró una excusa y se marchó hacia el centro. Hellner gritó tras ella y pensó en volver, pues la había puesto al corriente de algo muy confidencial. No era muy profesional largarse sin más y tampoco había nada que indicase que Julia se hallaba en peligro.

Lucas nunca le haría daño sin motivo. Lo más probable era que

quisiera presionar a su hermana y hacer que ella dejara de perseguirlo. Pero era la hija de Rekke y ella tenía la culpa, y se acordó de lo que Natali había dicho de las manos de Lucas. «Como si le retorciera la cabeza a un pájaro.» ¿Cómo coño podía ser tan idiota como para desafiarla? ¿Y qué iba a decirle a Rekke?

Quizá nada, de momento, no hasta no haber averiguado algo más, y sacó de nuevo el teléfono y llamó a Julia y al mismo tiempo se dio cuenta de que Hellner se acercaba corriendo a ella. «¿Qué haces?», gritó. Lo ignoró. El móvil de Julia estaba apagado, y el de Lucas también. Joder, joder. ¿Qué estaba pasando? Se dio la vuelta y le dijo a Hellner que iba a buscar a Rekke y que volvería lo antes posible. Luego apresuró el paso y dejó atrás la embajada estadounidense, que se alzaba allí en lo alto con su arquitectura inánime. Se cerró la cazadora vaquera. Dios mío, hacía poco había estado cabreada con Rekke porque la desesperaba. Ahora sus propios actos habían conducido a que su hija estuviera en peligro. Esto era otro nivel y, sin pensárselo mucho, le envió un SMS a Rekke, nada concreto, solo un par de palabras sobre que tenían que hablar ahora mismo, aunque seguía sin saber lo que iba a contarle. Quizá solo algo de Claire Lidman y Lars Hellner. Ya se vería. Pero ante todo... tenía que hacer algo. Si le sucedía cualquier cosa a Julia, nunca podría perdonárselo. Se detuvo en seco. Un par de palomas revoloteaban alrededor de sus piernas.

¿Qué iba a hacer? Quería gritar: haz lo que sea, Lucas, rómpeme todos los huesos; pero pasa de Julia. Le escribió un SMS: «No hurgaré más en tu mierda si dejas en paz a Julia». No era perfecto. Podía provocarlo. Pero quizá no estaría mal que constara por escrito, aunque una promesa difícilmente sería suficiente. Lucas sin duda exigirá garantías, a poder ser algún tipo de complicidad en el crimen que acabe relacionándola con él. Espantó a las palomas con las manos.

Le pareció inquietante que llevasen los móviles apagados. Podía significar que Lucas no quería que los rastrearan; o incluso que estaba planeando alguna canallada. ¿O era simple paranoia? Quizá, pero se trataba de Julia, así que no podía arriesgarse. Se le ocurrió que Lucas tenía que haber apagado el móvil en algún sitio, eso podía dar una indicación de lo que tramaba, y acto seguido llamó a Jonas Beijer. Y eso que era muy consciente de que su relación ya no estaba exenta de complicaciones. Pero, aun así, Jonas siempre se mostraba galante y

considerado, y ocupaba un cargo importante en la brigada de crímenes graves en Solna. Debería poder ayudarla, y de nuevo respondió de manera alegre.

—¿Conseguiste localizar a tu Rekke al final? —dijo.

Ella lo soltó de inmediato.

—Necesito que me ayudes con otra cosa ahora.

—Vale —respondió—. Te escucho.

—Se trata de Lucas, mi hermano. Tengo que averiguar qué antena móvil registró su teléfono por última vez.

—¿Y quieres decirme por qué?

—No, todavía no.

Jonas se quedó callado.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No me lo pongas difícil, Jonas. Que estoy metida en un aprieto de los gordos, de verdad.

Jonas pareció pensárselo.

—De acuerdo —accedió—. Pero no va a ser fácil. Los dos sabemos que este tipo de tíos cambian de móvil todo el tiempo.

—Pero míralo, por favor.

—Lo intentaré porque me lo pides tú —añadió, y entonces ella pensó en decirle algo amable y que lo animara. Pero tampoco en esta ocasión le dio tiempo a terminar de hablar. Al igual que la última vez que llamó a Jonas vio a Rekke en la calle acercándose hacia ella con algo ausente y pesado en la mirada.

Capítulo 39

Magnus estaba a punto de embarcar en el avión a Estocolmo cuando el viejo amigo de Hans, Herman Camphausen, lo llamó desde una línea segura. Magnus había intentado localizarlo justo después de la conversación con Morovia dando a entender que se trataba de algo urgente, lo cual, por supuesto, era una imprudencia, pues incrementaba las exigencias de lo que necesitaba largar.

—Herman —dijo con nerviosismo al tiempo que se apartaba de la cola de la puerta de embarque—. Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

—Me pica la curiosidad cuando un caballero tan ocupado me llama —respondió Herman—. Ahora mismo estoy viendo una fotografía que ha difundido la AFP de ti y Putin. Parece que lo habéis pasado bien.

Magnus recuperó al instante la confianza en sí mismo. *Putin y yo*. No sonaba tan mal. No, joder, no pensaba estar ahí con la gorra en la mano rogando que le diera información. Se camelaría a este bufón de los servicios de inteligencia y acabaría sonsacándole lo que quería.

—Hemos hablado de Morovia —dijo.

—Anda.

Eso reforzó aún más la seguridad en sí mismo. Así de fácil se podía cambiar el equilibrio de poder, pensó, y por si acaso alargó la pausa antes de seguir.

—Exacto, ese ha sido nuestro tema del día —contestó de forma un poco tonta.

—¿Qué te ha dicho Putin de Morovia?

Magnus se preguntó si no sería el momento de inventarse alguna mentira interesante ahora que tenía una prueba fotográfica del encuentro con Putin.

—Putin quiere verlo muerto de un tiro.

Herman Camphausen soltó una risa contenida.

—Suena increíble que hayas podido sacarle un comentario así.

—Hemos bromeado, pero había seriedad ahí detrás —continuó—.

Y he pensado que te convendría saberlo si es que por fin vas a intentar atrapar a tu némesis.

—No es ninguna novedad que Morovia y el Kremlin andan a malas —dijo Herman con un tono más expectante.

—Sí, claro, es cierto. Desde el asesinato de Chabarov, ¿verdad? —Mejor mencionar el elefante en la habitación ya de una vez—. Pero también Morovia se ha reactivado —prosiguió—. Me llamó y me habló en un tono amenazador.

—¿Esperas poder enfrentarlos de alguna manera?

—No, no, yo... —se esforzó por sonar más serio— solo estoy preocupado. Tengo miedo de que Morovia vuelva a ir a por Hans.

Le hicieron señas desde la puerta de embarque. Respondió con un gesto, como si no fuera con él.

—¿Ha habido alguna novedad? —dijo Herman, más serio ahora también.

Magnus pensó que lo mejor era arriesgarse.

—Me temo que Morovia sabe que Hans os ayudó con la investigación de Chabarov.

Herman no contestó, y Magnus se concentró en interpretar el silencio.

—Eso no lo puedo comentar, Magnus, y tu hermano tampoco podrá hacerlo. Pero...

—¿Sí?

Cerró los ojos.

—Si a Morovia se le ha ocurrido algo así, Hans necesitaría protección o ser trasladado a un lugar seguro.

Debe de ser una confirmación, pensó Magnus, tiene que serlo, y de repente ya no supo qué más decir.

—Sí, la verdad es que sí —se limitó a responder—. Oye, Herman, tengo que subirme a un avión ahora. No paran de hacerme gestos. Mantengamos el contacto. Detengamos a Morovia de una vez por todas.

—¿No será otra de tus tretas? —dijo Herman.

Magnus fingió ofenderse.

—¿Qué...? No, en absoluto. Voy a asegurarme de que Hans esté a salvo. Hablamos —se despidió, y colgó pensando que iba a hacer justo lo que acababa de decir: advertir a Hans.

No obstante, mientras rebuscaba entre sus cosas para dar con el

pasaporte y la tarjeta de embarque, pensó que la familia lo es todo, que la sangre tira y todo eso, pero que el instinto de supervivencia tira aún más. Luego envió un mensaje encriptado a Morovia diciendo que Hans efectivamente había estado involucrado en la investigación de Chabarov, y subió a bordo. Llamaría a Hans nada más bajar del avión, se prometió a sí mismo.

Lucas la agarró más fuerte de lo que había pensado. Julia pataleaba y peleaba. Se cabreó y la metió bajo el agua, no durante mucho tiempo, para nada. Pero ella se puso fuera de sí. Todo degeneró en un jodido circo absurdo, y tuvo que ayudarla a salir de la piscina y sostenerla mientras tosía y jadeaba.

—Tranquila, es solo que me pones tanto... —dijo él.

—Me has hecho tragar agua —balbució, y se colocó bien la parte de arriba del biquini, que se le había caído, y él se quedó mirándole los pechos.

Joder, qué flaca estaba. Se le veían las costillas y la espalda se le curvaba como la de un gato, y le entraron ganas de volver a pegarle. Castigarla un poco por tener ese aspecto tan jodidamente irritante. Pero quizá ella se dio cuenta porque se sobresaltó. Y, en lugar de golpearla, tiró una tumbona que cayó al suelo con estrépito, y entonces ella dio un grito, como si hubiese visto un ratón. Maldita niña pija, pensó, y la agarró y a regañadientes le dijo unas palabras amables, incluso un «perdón». Lo que fuera para tranquilizarla. Estaba harto de todo esto. Tenía el presentimiento de que podía cometer una auténtica locura en cualquier momento.

Pero si las cosas salían así era por culpa de Micaela. Ella quería arruinarle la vida, y eso que él lo había hecho todo por ella, incluso salvarla de su padre. El viejo había sido un pobre miserable durante los últimos años. Se había limitado a quedarse ahí sentado, descontento, escribiendo quejas en sus papelitos de sordomudo: «Estoy preocupado por ti, Lucas. ¿De dónde sacas el dinero?». No era asunto suyo. Debería haberse alegrado de que alguien consiguiera dinero, punto. Además, era demasiado permisivo. Consentía que Micaela entrara y saliera a su antojo, y todo el tiempo se quejaba: «Estoy preocupado por tu carácter, Lucas —escribió—. ¿No te importa nada la decencia humana?».

Hacia el final su padre quería alejarlo de Micaela todo lo posible. Lo veía como su deber distanciarla de su hermano. Sobrepasó todos los límites. Porque ¿quién se ocupaba de la familia en realidad? Su padre no, sino él, Lucas, el único que era un hombre de verdad en casa, y lo que hizo después fue algo a lo que estaba obligado, nada más. La ocasión se presentó aquella madrugada invernal, y la aprovechó. Tenía esa capacidad, y a veces, incluso ahora, muchos años después, se apartaba y veía la escena delante de sí. Fue tan fácil, casi elegante, un empujón solo, un movimiento rápido, y acto seguido una caída y ni siquiera un grito.

En algún sentido, él vino al mundo en ese momento. Nació por segunda vez cuando mandó a su padre por encima de la barandilla de la galería. Después llevó todos los libros que había en casa al vertedero, pintó y cambió el empapelado de las paredes, y creó sus propias reglas, su propio mundo, y en ese mundo nadie era más importante que Micaela. Eran ellos dos contra el mundo, y aun así... joder. Lo ha traicionado de la peor manera posible, la muy hija de puta. De golpe se vio transportado de nuevo al presente, y quizá en medio de su enfado había acabado apretando a Julia en exceso. Ella le dio una patada en la pierna.

—Suéltame —espetó.

Lucas se sobresaltó. Era una rabia de la que no había visto asomo. Resulta que, de repente, tenía agallas. La soltó y se fue a buscar una toalla. Se la puso alrededor de la espalda, le pidió perdón de nuevo —en una especie de récord personal de disculpas— y la secó con cuidado. Ella se dejó hacer, y él se preguntó si no debería ir a por ese champán que supuestamente habría en el frigorífico. Si es que iba a sacar una foto y mandársela a Micaela, no estaría de más que se los viera felices y enamorados. Causaría más efecto. Pero no le dio tiempo a buscar nada. El cuerpo de Julia se tensó, como lleno de esperanza, y aguzó el oído.

¿Había escuchado algo?

Nada que él advirtiera. Pero lo había notado antes; Julia poseía una especie de superpoder. Se percataba de las cosas muy pronto, sumaba dos y dos más rápido que nadie que él conociera, y la verdad... ahora él también lo oyó. Había un coche fuera, en la calle. Paró. Se apagó el motor. Joder, joder. ¿Venía alguien a la casa? Habían prometido dejarlos en paz. Por otra parte... habían hablado de

un aviso, de una confirmación. ¿Habría pasado algo? Se maldijo a sí mismo por haber aceptado su puto dinero. Un momento, un momento. ¿Qué sucedía? La puerta se abrió. Podrían haber tocado el timbre por lo menos. Ahora se oyeron pasos, y le irritó que Julia pareciera más esperanzada que asustada. ¿Quería que alguien la rescatara de él?

—Yo cuidaré de ti —dijo Lucas.

Linda Wilson estaba a punto de desmoronarse, así lo sentía, y se levantó para apagar el móvil. Suficiente por hoy. No tenía fuerzas para hablar con nadie más, ni siquiera con Claire si es que ella, milagrosamente, llamara a la puerta.

Linda llevaba meses sin saber de ella, cosa que de por sí no era nada rara. Nunca habían mantenido un contacto muy frecuente, en parte, claro, por motivos de seguridad, y en parte porque los años habían pasado. Pero ahora tenía la sensación de que todo era diferente, y también había advertido en Hellner que algo iba realmente mal. Está muerta, pensó, y es culpa mía.

Linda había estado furiosa durante mucho tiempo con Claire por haberlo dejado todo —también la relación entre ellas— para colaborar en los intentos de atrapar a un hombre que, a pesar de todo, le había aportado tantas cosas buenas. Gabor Morovia había introducido a Claire en un mundo sofisticado y la había ayudado a conseguir un trabajo y mucho dinero. ¿Por qué atacar a una persona así? Linda no había podido entenderlo, y había seguido sin comprenderlo hasta que fue demasiado tarde. Hay cosas que no pueden quedar impunes. Hay cosas a las que tienes que poner fin, aunque para ello tengas que pagar con tu vida y tu libertad.

La última vez que estuvo en contacto con su hermana —pasando por todo el protocolo de seguridad— Claire iba camino de Venecia. La habían convocado hasta allí de alguna manera, había recibido un ultimátum, una orden, pero no quiso dar más detalles. Aun así, Linda comprendió en seguida que se trataba de un viaje importante. Si no, Claire jamás visitaría ese tipo de lugares tan turísticos. Se mantenía oculta, y Linda había esperado con gran curiosidad que le contara después. Pero, al no dar señales de vida, se activó la alarma. Hubo un gran despliegue policial secreto. Pero no se lograron más que unas borrosas fotos de unas cámaras de vigilancia y algunos testimonios

dudosos.

Lo mejor que Linda podía esperar era que Claire ya no se fiara de sus contactos policiales y que se los hubiera quitado de encima. Aunque Linda no lo creía. Algo terrible debía de haber pasado y por milésima vez se preguntó cómo era posible que las cosas se hubieran torcido tanto.

Todo había empezado —hasta ahí sabía— con la pandilla de la London School of Economics: Alicia, Claire y Sofía, tres chicas que hacían que Linda estuviera a punto de explotar de envidia. Daban la impresión de haberlo tenido todo: guapas, inteligentes, llenas de espíritu emprendedor y, por si fuera poco, contaban con un genio carismático —un matemático estelar, húngaro y muy rico— que les abrió puertas y las introdujo en la élite financiera. Todo un sueño hecho realidad, y durante aquellos años hubo momentos en los que Linda hubiera deseado que algo le ocurriera a su hermana. Claire lo tenía todo mientras que Linda parecía condenada a una existencia en los márgenes. Pero en realidad... debería haber sentido envidia de sí misma y de la sencillez de su vida. Mientras ella saltaba de un trabajo de camarera a otro, Claire, paso a paso, se veía arrastrada a la delincuencia. Era un contrato diabólico el que había firmado, del que no se podía salir más que de la manera por la que se había ido la bellísima Sofía Rodríguez: mediante la muerte y los tormentos del infierno. Ay, Señor, cuánto se avergonzaba. Se había comportado de forma imperdonable. Con Claire perdía su único verdadero apoyo en la vida, y nadie supo explicarle —por lo menos no con la convicción que ella precisaba— por qué su desaparición era tan necesaria. No podía evitar verlo como algo egoísta, casi malvado, y se acordaba con todo detalle de la morgue de San Sebastián.

Nunca se olvidaría del hedor nauseabundo ni de la mujer quemada que yacía sobre la camilla metálica, toda la maldita charada que tuvieron que interpretar. La odió desde el primer momento. Casi quería que fuera Claire la muerta. En aquel entonces le pareció que se lo merecía. Sí, quizá Linda en realidad quería vengarse de ella por su probidad y su intransigencia.

Además, probablemente —qué pensamiento tan terrible— había soñado con que el hombre que había hechizado a su hermana se fijara en ella. Quizá fue por eso por lo que se dejó manipular con tanta facilidad. Así debía de haber sido y sí, sí, cien veces sí: deberían

habérsele activado todas las alarmas cuando un día apareció andando detrás de ella en Sibyllegatan. Hasta pasado un buen rato no cayó en la cuenta de quién se trataba. Le pareció muy diferente a como lo había imaginado. Había una tristeza en su rostro, un rasgo suave en sus ojos verdes, e iba vestido de forma sencilla, con vaqueros y una cazadora de cuero. Tenía el aspecto de un hombre cualquiera, solo un poco más guapo, más atento que otros, pero sobre todo él la veía. Hizo que se sintiera especial.

—En realidad tú eres la más interesante de vosotras dos —comentó, y la invitó a tomar una copa en un restaurante chino que había al lado, y fue allí donde ella reparó en su voz. Era como si esa voz la tranquilizara meciéndola suavemente y atrayéndola hacia él. Y la verdad es que ella no habló gran cosa. Ni siquiera hizo falta que dijera que Claire no estaba muerta. Morovia ya parecía saber que seguía viva, y Linda no sabía mucho más que eso. Hellner y los demás se habían cuidado de no proporcionarle demasiada información. Pero al parecer, aun así, le dio algún tipo de pista.

Morovia debía de haber encajado una pieza con otra; no en vano se trataba, como decían, de un genio. Apenas era capaz de vivir sabiendo lo que se le había escapado aquel día. Tenía que aceptarlo. Ahora se trataba de compensarlo lo mejor posible y asegurarse de que su hermana volviera a estar a salvo. Ay, Madre de Dios, qué complicado era todo.

Capítulo 40

Había momentos que presagiaban la catástrofe. Durante la temporada que vivieron a las afueras de Limena en el norte de Italia, Claire a veces salía sin guardaespaldas hasta una tienda de alimentación que se hallaba junto a unos campos de maíz en medio de la nada. Su hijo, Jakob, apenas tenía tres años entonces y estaba tan delgado como un palito. Su peso y su estatura se situaban por debajo de los parámetros normales, pero estaba por encima en todo lo demás: habla, motricidad, cognición.

Ella no podía sentirse más orgullosa, y le había puesto pantalones cortos y una camisa celeste. La tienda era una casa amarilla de piedra con ventanas blancas. No solo vendían productos de alimentación, sino también ropa, juguetes y artículos de jardinería. Jakob entró saltando con los pies juntos. En aquellos días, cada paso que daba era una aventura para él y, como siempre, charlaron con Francesca, la joven hija del dueño de la tienda, que malgastaba su vida en la caja, y, como siempre, salieron cogidos de la mano.

Bien era cierto que las bolsas pesaban mucho y a Claire le dolía la rodilla. Pero era un día maravilloso de cielos despejados y resultaba agradable pasear sin guardaespaldas y librarse así de sus suspiros por las ocurrencias y caprichos del niño. No había la menor señal de preocupación en ningún sitio, y lo que sucedió tampoco fue demasiado dramático, al menos en apariencia.

Jakob sacó una pelota de goma del bolsillo y una tableta de chocolate envuelta en un papel rojo, un pequeño robo sin duda, pero se lo enseñó mirándola con los ojos tan abiertos y tan llenos de alegría que difícilmente podía ser consciente del significado de lo que había hecho. Aun así, ella le propinó una bofetada.

Jakob se quedó tan perplejo que ni siquiera salió corriendo, sino que permaneció allí plantado con el labio inferior temblando, y a ella le llevó un rato atreverse a admitir siquiera para sí misma lo sucedido. No se trataba del hurto.

Se trataba de la mirada de Jakob y de su sonrisa al mostrarle las cosas, y del hecho de que en ese momento su cara no se pareciera en absoluto a la de Samuel, sino que, al contrario, la hizo recordar todo aquello que quería olvidar: a Gabor sonriéndole amenazadoramente y pidiéndole que se desnudara y se quedara quieta junto al espejo; a Gabor susurrándole que ardería como Sofía si lo traicionaba. Una serie de recuerdos terribles afloró con la mera sonrisa de un niño al que quería con locura, y al que dejó salir corriendo una vez que se despertó de su perplejidad.

Lo vio desaparecer en medio de una pequeña nube de polvo mientras ella caía de rodillas con sus bolsas en el camino de grava.

Rekke salió al encuentro de Micaela pasando por delante de los palacetes de las embajadas que se alineaban a lo largo de la bahía. Había una determinación en sus pasos. Ha vuelto a ser él mismo, pensó Micaela, o al menos va en esa dirección, y habría sido fantástico si no fuera porque ahora ella tenía que mandarle de regreso a sus tinieblas. ¿Cómo iba a decírselo? «Lucas, mi hermano, sale con tu hija...»

Decidió aplazarlo, pues de todos modos no podían hacer nada. Primero tenían que localizarlos, y por eso decidió callárselo de momento a la espera de la información que le iba a dar Jonas Beijer. Además, quizá no corriera tanta prisa. Lucas quería que ella dejase de entrometerse en su vida, y entonces la amenaza era su gran baza, no un crimen consumado. Deberían poder estar tranquilos hasta que Lucas se pusiera en contacto con ellos. Micaela bajó la mirada al suelo.

Solo que... no tenía ni idea de qué tipo de sentimientos una chica como Julia podía despertar en él. ¿Deseo, soberbia, rabia, envidia, el impulso de poseer, o de destrozar?

—Hola —dijo.

Rekke presentaba un aspecto un poco salvaje, pensó. Se le veían venitas rojas en el blanco de los ojos y llevaba la mano derecha cerrada en un puño. Estaba a punto de decir algo cuando sonó su móvil. Miró el número, asombrado, e hizo un movimiento nervioso con la mano.

—Tengo que cogerlo —anunció, y se alejó.

Le oyó hablar en alemán, y advirtió que sus rasgos faciales se tensaron todavía más. Cuando regresó ya no tenía la mirada igual de concentrada, la desvió de ella hacia el agua y, de alguna manera, Micaela se lo agradeció.

—¿Me has mandado un SMS? —preguntó él.

Ella quería preguntarle por la llamada que acababa de recibir.

—He estado con un comisario jefe de la policía nacional —respondió Micaela— que pretende que firmes unos documentos de confidencialidad. Lleva muchos años trabajando con el caso de Claire Lidman.

Rekke se volvió hacia ella, al parecer con sus pensamientos lejos de allí. Seguía con la mano en un puño.

—¿Así que realmente está viva? —dijo.

—Al menos vivía en el mes de marzo. Creo que el comisario, se llama Lars Hellner, aspira a contratarte para averiguar lo que ha pasado.

Rekke asintió, ausente.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —contestó—. Pero primero tengo que localizar a mi hermano, Magnus.

—¿Por qué quieres hablar con él?

—No sé muy bien qué decirte —dijo—. Acabo de enterarme de que debo ponerme a salvo. Magnus ha... Apenas soy capaz de comprenderlo.

Parecía más bien en estado de shock hasta que levantó la vista hacia el camino de grava y se le iluminó la cara de modo un poco irracional.

—Por allí... —continuó—. Por allí viene tu comisario jefe Hellner con maletín y gafas de sol y todo. Da la impresión de que lo has abandonado de forma muy repentina.

No le preguntó cómo podía saber que el hombre que se dirigía hacia ellos era Hellner ni tampoco cómo era posible que supiese que se había marchado dejándolo de manera repentina. Se limitó a saludarlo con la mano, un poco agobiada por la culpa, antes de señalar con un gesto a Rekke, como si hubiese encontrado lo que buscaba. Entonces, a Hellner se le iluminó la cara, se les acercó e hizo una pequeña reverencia.

—Qué honor. He oído tantas cosas sobre ti... —dijo.

Lars Hellner no exageraba. Había oído muchas cosas sobre Rekke. Durante quince años su nombre había aparecido de vez en cuando y Hellner pronto había querido implicarlo en su trabajo. Pero a Rekke, al fin y al cabo, se le consideraba parte interesada y quizá —al menos según algunos— no del todo fiable. Aun así, el profesor había realizado una contribución muy importante sin que ellos lo supieran, y se enteraron tarde de ello. Resulta que un funcionario de alto rango de los servicios de inteligencia alemanes había consultado a Rekke por iniciativa propia. Al parecer, fue un golpe de suerte. El profesor Rekke descubrió un mundo entero en un par de pisadas en la ceniza. Los iniciados todavía hablaban de eso. Pero lo peor era que nada de aquello importó lo más mínimo al final. La batalla se perdió de todos modos, y se vieron obligados a soltar a Claire. Tuvo que apañárselas ella sola, más o menos, y desde entonces nadie sabía de qué lado estaba, en el legal seguro que no, se temía. Había sido algo tan terriblemente desafortunado, y su hijo... Hellner no quería pensar en el asunto. Deberían haber cuidado mejor de ellos.

—Lo digo en serio. De verdad que es un placer conocerlo, un gran honor —dijo.

—El placer es todo mío —respondió el profesor esbozando una sonrisa un poco inquieta—. Lo preocupante es que no solo Claire ha quedado expuesta. Parece que yo también. Así que, si he de intentar ayudar, el tiempo apremia.

—Sí, claro, por supuesto —dijo Hellner, y empezó a rebuscar, nervioso, entre los papeles de su maletín.

Capítulo 41

La catástrofe tuvo lugar un día inusualmente caluroso, cuando el sol estaba en lo más alto. Amparada en su nueva identidad, Claire había empezado a hacer transacciones con valores y derivados financieros, y a invertir en inmuebles. Pero sobre todo era madre. Jakob seguía unido a ella de una manera más bien enfermiza, y ruidos, luces, olores y cambios de tono y de expresiones faciales provocaban en el niño una fuerte reacción.

—¿Estás enfadada conmigo, mamá? —preguntaba todo el tiempo, y eso que ella nunca se enfadaba con él, aparte de aquella ocasión en que lo había abofeteado.

Él reaccionaba ante la menor modificación en la mirada o de los rasgos faciales, y hacía puzles de forma compulsiva y jugaba constantemente con las piezas de ajedrez. Lo amaba con locura, pero a veces el niño la sacaba de quicio. Un día, mientras se dirigía a la tienda —también ahora sin guardaespaldas—, Jakob caminaba tan cerca de ella que tenía que andar mirándose las piernas o avanzar en zigzag para no tropezar con él.

Francesca estaba en la caja del establecimiento con el pelo suelto y la blusa desabotonada. No tenía más de veinte años, y que trabajara allí era bueno para el negocio. Los chicos jóvenes compraban más cosas solo para poder pasar un rato con ella, todos convencidos de que estaba enamorada de ellos. Pero parecía que a Francesca con quien más le gustaba hablar era con Claire, o Sara, como se hacía llamar ahora. Francesca no sabía nada de ella, ni tampoco nadie de la zona, y lo poco que creían saber era falso e inventado. Aun así, Francesca se había dado cuenta de que Claire era alguien que venía de un mundo mucho más amplio que el suyo, y siempre se le iluminaba la cara cuando se pasaba por allí a comprar.

Pero justo ese día había algo esquivo y misterioso en ella. Se sonrojó cuando Claire se acercó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Claire.

—No puedo decir nada.

—Pues entonces no digas nada.

—Hay un hombre que te está buscando, un hombre rico y elegante.

Francesca temblaba de excitación al decirlo, y quizá esperaba la misma reacción en Claire, o al menos una señal de curiosidad o emoción. Claire se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

—Anda, mira tú por dónde.

Acto seguido pagó su compra y salió con tranquilidad, pero debía de haber agarrado la mano de Jakob con demasiada fuerza.

—Ay —se quejó este.

—Perdón —murmuró Claire sin soltar el agarre mientras toqueteaba su teléfono y su busca.

Naturalmente, debería haber avisado a sus guardaespaldas de inmediato. Aun así, se limitó a avanzar caminando a lo largo de la carretera como congelada dándose cuenta de que tenían que volver a mudarse. Llevaban demasiado tiempo en el mismo sitio. El sol le quemaba la nuca. Tenía la espalda empapada de sudor. Un tractor los dejó atrás, y Claire apresuró el paso. Jakob tuvo que correr a su lado.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué ha pasado? —dijo.

—Nada —aseguró ella—. Solo que tenemos que darnos prisa.

Lo sentó sobre sus hombros. Seguía siendo tan extrañamente ligero... El niño le tiraba del pelo de forma nerviosa —como si ella fuera un caballo— y ella miraba la carretera. Dentro de poco llegarían al arroyo y a la pendiente, y desde allí solo había que girar a la izquierda hacia el bosque y seguir cuesta arriba y ya estarían en casa. Todo iría bien. Envió un aviso con su busca, los guardaespaldas llegarían en cuestión de minutos.

Le dio unas palmaditas a Jakob en la pierna y le dijo que le dejara en paz el pelo.

A lo lejos se oía un coche con un motor que casi no hacía ruido. Avanzaba despacio, y ella esperaba que los adelantara, incluso hizo un gesto como indicando que pasara. Pero el automóvil continuó detrás de ellos, a paso de tortuga, como un depredador que aguardaba el momento para atacar. Bajó a Jakob de los hombros preparándose para tirarse a la cuneta con él y rodar hacia el prado.

Poco después, el coche se detuvo. Se abrió una puerta y se cerró de nuevo, y unos pasos se aproximaron hacia ellos, y ella tardó un

poco antes de atreverse a girarse. No fue hasta que Jakob le preguntó: «Mamá, ¿quién es?», que miró a la figura que se acercaba. Seguía igual, al menos en un primer vistazo. Vestía un traje de lino color caqui, camisa blanca y un sombrero, como el gánster de una película, y la observaba con sus ojos verdes llenos de matices.

—¿Voy a morir? —preguntó ella en inglés.

—Sí, amiga mía —respondió.

Sacó un arma de una funda que llevaba debajo de la americana. Algo es algo, pensó ella; al menos no iba a quemarla lentamente.

—¿Cómo nos has encontrado? —quiso saber.

—Nunca acabé de creerme ese accidente que inventasteis —dijo, y se llevó la mano al pecho—. Sentía en el corazón que estabas viva, pero, como has notado, me ha costado dar contigo. He puesto mucho esmero en ello. Te habían ocultado bien.

—Es tu hijo.

Él no dio la impresión de oírla. Se limitó a dirigir la vista hacia los campos de maíz y levantó el arma mientras dejaba que la mirada bajara al pecho de Claire como si fuese allí donde pensaba disparar. Llevaba los zapatos sorprendentemente sucios, y la frente y la barbilla estaban cubiertas de sudor. Los labios se veían secos y agrietados, y hacía uno o dos días que no se afeitaba. Quizá él también se sentía alterado, parecía haber envejecido.

Pero la mano se notaba firme y los pasos eran decididos, y Claire atrajo a Jakob hacia sí, aunque seguramente debería haberlo empujado tan lejos de ella como fuera posible.

—Es tu hijo —repitió Claire.

—Ya no tengo ningún hijo —dijo él.

—Míralo, Gabor. Es tuyo.

Ella aún no estaba segura del todo —al menos había días en los que esperaba lo contrario—, pero ahora aprovechó la oportunidad para anunciarlo a gritos.

—No tiene a nadie más que a mí, y es tuyo, maldito monstruo.

Gabor no miraba a Jakob, como si no quisiera verlo o dejarse conmover. Pero al final bajó la vista a pesar de todo y observó al niño, al principio solo fugazmente, luego con más detenimiento, con más intensidad, y entonces algo ocurrió en él. Una sombra recorrió su rostro. Los ojos, desconcertados, se le humedecieron y las lágrimas brotaron en la mirada y la mano tembló.

—Perdí a mi hijo —dijo—. Murió en mis brazos, y nadie puede...

Se calló y bajó el arma y apuntó a Jakob. A ella le dio el tiempo justo a pegar un grito cuando se oyó el disparo. Después, se hizo un terrible silencio.

Julia escuchó los pasos que se acercaban. Al principio le habían resultado bienvenidos. Lucas la había asustado y la interrupción la había alegrado. Pero ahora empezó a inquietarse. ¿Quién entraba sin llamar? Luego suspiró aliviada. Un hombre de aspecto amable y tranquilo, vestido con un traje gris, se encaminaba hacia ella con una sonrisa en los labios. ¿Era el dueño de la casa? Quizá se había producido algún malentendido con el alquiler, y se giró para echar un vistazo a Lucas.

Lucas parecía confuso él también. Julia se envolvió en la toalla y levantó los ojos hacia el hombre, quien alzó una ceja y desapareció un momento para regresar con un albornoz que le tendió a Julia. Ella dudó un poco antes de ponérselo. Toda la situación resultaba muy extraña. Aun así, se arrebujó en la prenda. Era demasiado grande, pero abrigaba y le dio las gracias. El hombre respondió en inglés.

—No hay de qué, un placer.

Se sentó en una de las tumbonas, al lado de ella.

—Perdona, ¿quién eres? —preguntó Julia.

—Pasaba por el vecindario —respondió el hombre.

Era una respuesta rara, y Julia miró de nuevo a Lucas, que ahora parecía irritado y enfadado. ¿Qué estaba pasando? La situación la incomodaba cada vez más.

—¿Qué quieres decir? —insistió ella.

El hombre —que poseía un marcado carisma y una voz que no la dejaba indiferente— respondió tranquilamente:

—Siento mucho molestaros. Voy a explicarlo todo. Pero quizá primero debería...

El hombre también miró a Lucas. Luego pidió disculpas, se levantó y se le acercó y habló con él en voz baja. Julia no oía nada de lo que decían. Se limitó a aguardar esperando que lo que estaba ocurriendo fuera algo bueno, pero se inquietó al ver el enfado de Lucas.

—Perdón —dijo el hombre cuando volvió—. ¿Cómo estás?

Se sentó de nuevo en la tumbona. Llevaba un reloj muy caro en la muñeca y las venas se le notaban con claridad.

—Mejor. Pero necesitaría mi móvil.

El hombre la examinó concentrado mientras esbozaba una melancólica sonrisa.

—Entonces vamos a asegurarnos de que lo tengas. ¿Has visto el móvil de la joven? —inquirió el hombre.

Pero Lucas negó sin más con la cabeza, a pesar de que había sido él quien lo había cogido para que pasaran su «fin de semana fantástico» juntos. Ella quería gritar: ¡dámelo! No seas tan idiota. Pero se sentía cada vez más insegura por toda la situación, y en su lugar le preguntó con amabilidad al hombre si podría dejarle el suyo.

—Por supuesto —dijo.

—Tengo que llamar a mi padre —explicó cuando vio que el hombre no hacía el ademán de sacar nada del bolsillo.

—¿Crees que está preocupado?

—Estoy segura de que sí —contestó ella—. ¿Tienes hijos?

No sabía por qué lo preguntaba. Lo más probable es que fuera su manera de hacerse mejor idea del hombre y de entender por qué no le daba el móvil directamente. Lo miró más de cerca. Estaba elegante con su traje. El pelo moreno era grueso y lo llevaba peinado hacia atrás con raya en medio, las facciones se veían tersas y puras, aunque asimétricas de una forma que no podía precisar. Pero quizá había algo justo en los ojos; parecían ser de colores diferentes, cosa que causaba una impresión discordante. Rondaba más o menos la edad de su padre. Quizá también le recordaba a él un poco, esa mirada penetrante y los ojos melancólicos, aunque su sonrisa no era igual de cálida, pero eso sería imposible, claro.

—Tenía dos chicos —respondió.

Ella pensó si debía preguntarle qué pasó con ellos, o si más bien sería mejor hacer como si no lo hubiera oído y volver a pedirle el teléfono.

—Pero ¿ya no? —dijo.

—Los perdí —replicó el hombre.

—Lo siento. ¿Qué pasó?

Debería haberse callado la boca, pero la pregunta salió por sí sola; por cortesía o por curiosidad, o simplemente porque sentía que era importante saberlo.

—Uno de ellos murió en un atentado de bomba —explicó el hombre.

Ella se sobresaltó.

—Vaya —dijo.

—Se llamaba Jan y era el chico más asombroso que te puedas imaginar. Solo tenía nueve años, pero ya era un maestro en kárate y yudo, yo le enseñé.

—Así que se trataba de un luchador.

Ella intentó esbozar una sonrisa.

—Sí —dijo el hombre con una exagerada seriedad—. Era fuerte y tenía mucha confianza en sí mismo.

—¿Y el otro hijo? —preguntó ella.

—Nunca fue como Jan.

—¿Qué le pasó?

—No sé si lo entenderías. Era débil. Conozco a tu padre.

—Ah, ¿sí?

Le turbó que llamara débil a su segundo hijo.

Y le gustó aún menos que conociera a su padre.

—Sí —dijo—. Desde hace mucho.

—¿Y cómo es eso?

—Nuestros padres se conocían. Pero su padre, tu abuelo, hundió al mío. No se recuperó nunca.

—Lo siento.

—Luego tu padre y yo coincidimos de niños. Él tenía un profesor que quería que compitiéramos y nos midiéramos entre nosotros.

Ella tragó saliva y miró a Lucas.

—¿Podías medirte con él? —quiso saber Julia.

La pregunta pareció hacerle gracia al hombre.

—Sí, podía. Pero fue un buen contrincante. Tu padre siempre me ha fascinado. ¿Has heredado alguna de sus capacidades?

Ella negó con la cabeza, atemorizada.

—No —dijo—. Yo no soy más que una chica normal.

—Quizá tengas que demostrar lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

El hombre no contestó. Sacó su móvil, y entonces ella olvidó por un momento lo desagradable de su insinuación. Quizá realmente iba a dejarle llamar a su padre. Pero el hombre no le dio el teléfono, sino que leyó un SMS que había recibido.

—¿Me puedes dejar el móvil? —pidió ella.

La miró con un nuevo rasgo de excitación en los ojos.

—Me hubiera gustado que tu padre estuviera aquí —dijo—. Pero me temo que eso habría sido un poco complicado.

Había algo desagradable en su manera de decirlo.

—¿Por qué?

Tardó en contestar.

—Me gustaría que él pudiera verlo.

No quería saber lo que su padre podría ver. Ni siquiera quería adivinarlo. En su lugar se concentró como si sospechara que su vida dependía de lo que fuera capaz de observar y entender de la situación, y había dos cosas que comprendió en seguida.

Había una desavenencia entre Lucas y el hombre. Resultaba cada vez más claro ahora que Lucas, con movimientos desafiantes y enfurecidos, se vestía junto a la piscina. Pensó que podría enfrentarlos y así tener una posibilidad de huir. Pero le preocupaba haber oído otros pasos allí fuera.

El segundo pensamiento era que algo determinante se ocultaba en la historia sobre los hijos del hombre. Incluso se le ocurrió que podía tener que ver con ella y con su padre, y en lugar de pedir de nuevo el teléfono dijo, con toda tranquilidad:

—¿Qué le pasó a tu segundo hijo? El que era débil.

Capítulo 42

A ella le dio la impresión de que el disparo le reventaba los tímpanos y levantó los ojos al cielo. El sol ardía. De repente el calor resultó implacable. A lo lejos se oía a gente gritando, quizá personas que habían reaccionado al escuchar el tiro. Olía a abono y a tierra quemada, y pensó: no bajes la mirada, aún no. Conserva la esperanza un segundo más. Pero luego oyó algo, no mucho, solo una respiración, un gemido, y comprendió que todavía tenía a Jakob cogido de la mano.

Sintió la mano del niño en la de ella y lo miró. Todavía se mantenía de pie. Estaba lívido y mudo, pero aún seguía vivo, y ella se dejó caer de rodillas y le palpó el cuerpo para ver por dónde sangraba. Por algún sitio tenía que haber entrado la bala. Estaba claramente herido. La vida parecía a punto de abandonarlo. Pero no encontró nada, y no fue hasta ese momento cuando lanzó una ojeada a Gabor, que todavía sostenía la pistola en la mano. El arma humeaba.

La cabeza asintió como para confirmar algo que ella no comprendía y en ese mismo instante sintió un peso contra su cuerpo, un golpe. Jakob cayó hacia ella, y ella logró agarrarlo con un brazo antes de que diera contra el suelo.

—¡Llama a una ambulancia! —gritó ella.

—No hace falta —respondió Gabor.

—¿Por qué no me has matado a mí en su lugar? —gritó.

—Me...

—¿Qué coño te ha pasado?

—Me he enfadado porque él vivía y Jan no. He perdido el control. O he estado a punto de perderlo.

—¿Cómo que has estado a punto de perderlo? —gritó Claire, y le quitó el jersey a Jakob. Siguió buscando heridas de bala.

No encontró nada, solo que el niño se había hecho pis encima; se había manchado los pantalones y la orina le corría por las pantorrillas.

—He disparado al suelo —aclaró Gabor mientras enfundaba el

arma.

La sangre le retornó a la cara y la miró a los ojos, no con su seguridad habitual, pero aun así con una sensación de haber recuperado el control, y dijo algo que Claire no entendió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Como ves, os voy a encontrar siempre. La más mínima palabra a la policía y os mato a los dos —dijo—. O quizá os queme vivos.

Ella no respondió, se limitó a bajar la vista y repitió el nombre de su hijo hasta que el niño abrió los ojos y la vida volvió, y el paisaje adquirió de nuevo un poco de color. «Mamá», murmuró, y ella lo apretó hacia sí, y aunque lo único que quería en ese momento era desaparecer, fue consciente de la presencia de Gabor cada segundo, y todo el tiempo sonaba en su interior: ¿qué le digo? ¿Qué le digo?

—Nunca testificaré en tu contra en un juicio. Lo juro por la vida de mi hijo, quizá incluso puedo ayudarte contándote lo que la policía sabe. Y si quieres, si fuera de alguna ayuda...

No sabía qué era lo que estaba diciendo, probablemente cualquier cosa que pensara que podría salvarles la vida.

—¿Sí, Claire?

—Si alguna vez quieres conocerlo, ver el resultado de lo que hiciste conmigo, podríamos organizarlo. Es un chico maravilloso.

—Está escuálido y débil y para nada es como mi...

Gabor pareció perderse de nuevo en sí mismo, y ella se arrepintió de lo que había dicho. Pero se encontraba en un estado en el que habría ofrecido sus brazos y piernas con tal de proteger a su hijo.

—Haré que coma mejor, lo prometo, vas a estar orgulloso de él —aseguró ella, y entonces Gabor asintió con la cabeza y se acercó.

Ella se inclinó. Él se dejó caer de rodillas también y acarició a Jakob en la mejilla con el dedo índice, el mismo dedo con el que acababa de apretar el gatillo. Con un tono infantil dijo:

—Buen chico, menudo petardo que he soltado, ¿verdad?

Luego se levantó y se fue. Claire se acordaba de sus pasos alejándose, la puerta del coche que se cerró y el corazón de Jakob martillando contra su pecho. Pero en seguida se serenó y alzó a Jakob y se lo puso sobre los hombros. De camino a casa se encontró con sus guardaespaldas, que corrían presurosos hacia ella.

¿Cuándo se lo iba a contar? En seguida, por supuesto, en seguida. Solo debía esperar la llamada de Jonas Beijer y quizá también conseguir contactar con Lucas para ver qué quería. Delante de ella, Rekke y Hellner hablaban. El lenguaje corporal de Hellner mostraba que el respeto que sentía por Rekke era de otro calibre al que sentía por ella. Estaba tenso, atento, se interrumpía ante la más mínima intervención de Rekke.

—¿Cuándo archivasteis la investigación contra Morovia? —preguntó Rekke.

—En 1994 nos rendimos definitivamente. Ni teníamos ya apoyo desde arriba ni recibíamos ningún tipo de ayuda de Claire. Se retractó de sus anteriores declaraciones.

—¿Por qué?

Lars Hellner echó un vistazo a su alrededor y descubrió un banco en el sendero, abajo, junto al agua, el mismo banco en el que Rekke y Micaela habían estado la tarde anterior.

—¿Nos sentamos? —sugirió.

Bajaron y se acomodaron, y el policía puso sus móviles en la caja inhibidora. Esperó a que pasara una señora que paseaba con dos perros salchicha atados a una correa.

—Sinceramente creo que arrojamos a Claire a los brazos de Morovia —dijo luego—. Cuando no pudimos protegerla, ella no vio otra salida que buscar refugio en él. Supongo que hay algún tipo de oscura lógica en ello, por desgracia. Si nosotros no éramos capaces de mantenerla segura, tenía que aliarse con su enemigo.

—Así que Morovia la encontró —constató Rekke.

—Sí, pero tardamos un tiempo en darnos cuenta. Solo entendíamos que algo terrible debía de haberles pasado. El niño dejó de hablar durante una temporada, y Claire se apartó de nosotros; estaba visiblemente trastornada. Pero ninguno de los dos quería contarnos lo que había ocurrido, y poco después Claire pidió que aflojáramos las riendas y redujéramos la protección de los guardaespaldas.

—¿Y lo hicisteis?

—Sí, al final, pero no se debió a las exigencias de Claire. Obtuvimos pruebas de que se mantenía en contacto con Morovia en secreto, y entonces carecía de sentido que la protegiéramos de la persona con la que por voluntad propia seguía relacionándose.

Micaela intervino en la conversación.

—¿Por qué perdonó Morovia a Claire cuando se había mostrado tan despiadado con todos los demás que lo traicionaron?

Hellner se volvió hacia Micaela.

—Por el niño —dijo—. No veo otro motivo. Quizá simplemente es su punto débil, y en realidad tampoco resulta tan difícil imaginárselo. Acababa de perder a un hijo en un atentado y, de repente, aparece un niño que Claire asegura que es de él. Debe de haber sido como un milagro.

—Así que el niño es de Morovia.

—Al menos Morovia asume la paternidad durante un tiempo, y ve al niño y le hace regalos caros, eso lo sabemos por nuestras fuentes. Pero lo mantiene estrictamente en secreto. Ni siquiera sus más allegados lo saben.

—Pero ¿después sucede algo?

—Claire empieza una nueva vida en muchos sentidos, y vuelve a cosechar numerosos éxitos como analista financiera. Compra inmuebles en Alemania y Francia. Parece bastante a gusto con su vida las pocas veces que la veo. Ha amasado una fortuna e irradia una fuerza y una seguridad nuevas. Pero hay algo que la atormenta, eso resulta evidente, y no quiere regresar a Suecia. No me cabe ninguna duda de que Morovia tiene algo contra ella, y también notamos que el niño, Jakob, no está bien. Sé que Claire intenta alejarlo de Morovia lo mejor que puede. Pero a veces él los convoca y entonces ella no se atreve a decir que no. Estoy bastante seguro de que algo así ocurrió en marzo. Claire y Jakob viajaron a Venecia, donde Morovia tiene una casa que da al Gran Canal. Nada indicaba que hubiera algo especial en ese viaje, solo parecía otro de esos encuentros esporádicos que Morovia mantiene con su hijo. Pero Claire desapareció en Venecia. Se esfumó.

—¿Cuándo fue? —dijo Micaela.

—El 22 de marzo, y de ahí que la foto que le llevaste a Lindroos sea tan importante para nosotros. Puede ser una de las últimas pruebas de vida de las que disponemos.

Micaela visualizó la fotografía en su cabeza.

—¿Qué otras pistas tenéis? —preguntó.

—Eso era lo que os quería enseñar. Me gustaría saber si podéis ver más que nosotros. Pero primero... —Hellner se volvió de nuevo

hacia Rekke y esperó a que pasara otro perro con su dueño— tengo que preguntarte otra cosa, profesor.

Rekke lo miró molesto.

—¿Has dicho que habías quedado expuesto? —le preguntó Hellner.

—Por lo visto, formo parte de una cadena que llevaba a que el hijo de Morovia, Jan, muriera en un atentado —explicó Rekke.

—Esa es una forma drástica de expresarlo —replicó Hellner.

—Solo lo planteo desde la perspectiva de Morovia. Me he enterado hace nada.

—¿No será más bien que ayudaste a resolver el asesinato de Andrej Chabarov en Berlín? —continuó el policía.

Rekke hizo un gesto con los brazos.

—¿Quién era Chabarov? —preguntó Micaela.

Rekke se volvió hacia ella:

—Era un *silovik*, como se decía entonces, un hombre de negocios, o mejor dicho un gánster, con un pasado en la KGB. Era cercano al círculo de poder en San Petersburgo, con Putin entre otros, y se mostraba muy agresivo con los oligarcas, los nuevos ricos. En febrero de 1994 lo hallaron muerto, quemado, en un almacén al este de Berlín. El cuerpo estaba deformado y carbonizado. Antes de morir, se había mordido la lengua hasta partírsela, y había sufrido terriblemente. En esa época yo trabajaba en un libro sobre técnicas de interrogatorio en tiempos de guerra. Había aprendido bastante sobre torturas y, por estúpido que pueda parecer, acepté colaborar cuando mi viejo amigo Herman Camphausen quiso consultarme durante la investigación del asesinato.

—¿El mismo Herman del que hablaste antes?

—Sí —dijo—. Pero en realidad no hice gran cosa. Herman ya se figuraba quién era el autor del crimen, así que me limité a confirmar sus sospechas. Miré el material fotográfico y los informes forenses. No había muchas pruebas. Quienquiera que lo asesinara había limpiado la escena bastante bien. Pero a una decena de metros del lugar del crimen se encontraron tres huellas de pisadas conservadas entre todo el polvo y la ceniza, y me centré en ellas.

—¿Qué viste? —preguntó Hellner.

—Vi que el pie izquierdo se había inclinado ligeramente hacia el interior. La pisada era ligera, suave, mientras que el zapato derecho en

la tercera y última huella visible había presionado con una fuerza inusitada, como para compensar la levedad de las dos primeras pisadas. Era un patrón que había visto antes.

—¿Dónde?

—Entre los arbustos en nuestra casa en Viena cuando tenía once o doce años. Los pies eran más pequeños entonces y la distancia entre los pasos no tan grande. Pero aun así había unas características claras y a Herman solo le dije: «Se parecen a las de Morovia». Eso fue todo. Él asintió con la cabeza y desapareció, y yo me olvidé del asunto. O más bien: me aseguré de reprimirlo. Pero ahora... —Echó una ojeada a Nobelgatan, situada por encima de ellos—. Me acaba de llamar Herman y me ha dicho que nuestra conclusión en esa investigación se ha filtrado a los servicios de seguridad de San Petersburgo. Y allí, alguien, vinculado directa o indirectamente con la organización, debe de haber decidido tomar cartas en el asunto. Con unas consecuencias nefastas —continuó Rekke, y parecía a punto de levantarse.

—Desde luego, qué situación más desafortunada —comentó Hellner, estresado ahora, a todas luces nervioso por que Rekke decidiera marcharse—. Pero aun así... ¿qué me dices?, ¿echamos un vistazo a esas pistas de Claire y su hijo?

Rekke parecía extremadamente reacio a encargarse de la tarea, y se puso a mirar sobre el agua. Micaela pensó en Lucas y Julia, su hermano y la hija de Rekke.

—Perdón —dijo—. Necesito mi teléfono.

—Madre mía —replicó Hellner—. Pensaba que al menos durante un ratito iba a poder disfrutar de vuestra plena atención, pero bueno, venga... —Sacó el móvil de la caja inhibidora.

Micaela le aseguró que se trataba solo de una llamada rápida y subió hacia Nobelgatan para llamar a Jonas Beijer. Sonaron bastantes tonos antes de que contestara. Se le antojó irritado y estresado. Pero sí, tenía información. El móvil de Lucas había sido captado por una antena a las afueras de Järna, al sudoeste de Estocolmo.

—Antes ha pasado por Tumba, Salem y Pershagen, así que se supone que se ha dirigido hacia el sur por la E4. Pero después de eso no tenemos nada —explicó.

Ella asimiló la información y pensó que, ya que estaba, por qué no echarle un poco más de cara, ¿total?

—¿Podéis buscar imágenes de su coche también, su Audi Cab, en

las cámaras que hay por el camino? Es que necesito de verdad averiguar dónde está.

Jonas tardó en contestar.

—No es poca cosa lo que pides sin ni siquiera presentar una sospecha de delito —dijo luego.

—Por favor —pidió—. Haré lo que sea.

—Veré lo que puedo hacer.

Colgó y volvió al banco, decidida a contarle a Rekke todo lo que estaba pasando. Pero Lars Hellner, naturalmente, no se había quedado de brazos cruzados esperándola. Había sacado un portátil de su maletín y ahora mostraba fotografías de unas cámaras de vigilancia de Venecia. Pero a Rekke parecía que le costaba prestarles atención, su cuerpo seguía dando la impresión de querer marcharse de allí.

Luego le enseñó un pequeño vídeo también, y entonces Rekke de repente se quedó rígido, como si hubiese descubierto algo.

Micaela decidió posponer la noticia un poco más.

Capítulo 43

Lo que contemplaban en el ordenador de Lars Hellner era un vídeo granulado de Claire, captado por una cámara de vigilancia en la plaza de San Marcos, en Venecia, a las 18.22 del 22 de marzo de este año.

El vídeo probablemente se había grabado poco después de que su imagen quedara plasmada en la fotografía de Erik Lundberg. Pero si la Claire que aparecía en ella había dado la impresión de llevar la vida a la foto —o como fuera que Rekke lo hubiera expresado—, ahora se les antojaba preocupada.

Parecía estar diciéndole algo a un chico de unos trece años, según el comisario jefe, pero que semejaba más joven, con unos ojos grandes y nerviosos y el cabello moreno y rizado. Tenía brazos y piernas delgados y era pequeño, y en la secuencia —que solo duraba seis segundos— negaba con la cabeza, como si Claire le hubiese dicho algo de lo que no quisiera saber nada. Había algo conmovedor e indefenso en toda su figura, y se le notaba incómodo con su indumentaria. Llevaba un traje claro y una camisa azul, y parecía haber corrido o caminado con mucha prisa. Respiraba con vehemencia y se quedó quieto unos instantes antes de que Claire lo sacara de la imagen.

—¿Qué opinas? —dijo Hellner dirigiéndose a Rekke.

—No lo sé muy bien —respondió este—. Pero resulta preocupante. Ella da la impresión de sentirse perseguida. Además... ¿Puedes rebobinar? Quiero ver una cosa.

Repasaron la secuencia de nuevo, y a Rekke se le iluminó la cara, quizá no se le veía alegre, pero al menos alerta y espabilado, como si mil pensamientos se le vinieran a la mente a la vez.

—Hablan en inglés, ¿verdad? Estoy bastante seguro de que Claire dice: *«We will leave the car»*. ¿Habéis encontrado un coche o algún vehículo que pueda vincularse con ella?

—No tenemos ningún automóvil por la zona registrado a su antiguo nombre o alquilado con el nuevo, Sara Miller, ni tampoco contamos con fotos de ella a su llegada a Venecia. Debe de haber

extremado las precauciones.

Rekke se pasó la mano por el pelo.

—¿Habéis comprobado qué coches se llevó la grúa de los aparcamientos alrededor de Venecia durante los días posteriores a la desaparición, o qué vehículos se han quedado aparcados en el mismo lugar demasiado tiempo? —preguntó.

—Lo hemos intentado, pero no nos ha llevado a ningún sitio. No es una tarea fácil, como comprenderás.

—Ya, pero tampoco es una investigación cualquiera —puntualizó Rekke—. ¿Puedes enseñarme las otras fotografías de nuevo? —continuó.

—Claro que sí —dijo Hellner, y sacó las instantáneas que le había mostrado mientras Micaela no estaba: seis fotos hechas desde distintos ángulos en el transcurso de unos pocos minutos.

—¿Habéis notado algo recurrente en las fotos?

Lars Hellner reflexionó.

—En realidad, no; aparte de ese hombre de ahí.

Señaló a un joven con pantalón negro y una camisa moteada con estampado de leopardo, cuya presencia se intuía un poco por detrás de Jakob en una de las imágenes.

—Se le ve en dos de las fotografías —continuó Hellner.

—En tres si contamos con su espalda aquí —le corrigió Rekke y puso el dedo encima de otra de las imágenes, y allí estaba realmente el hombre, aunque no se le veía demasiado.

Lo ocultaba el mismo grupo de japoneses que aparecía en la primera de las fotografías. Pero Micaela lo reconoció aun así, por los hombros y la manera estudiadamente femenina con la que alzaba la mano izquierda. El hombre iba teñido de rubio. El pelo que le crecía cerca del cuero cabelludo era más oscuro, y quizá no fuera tan joven al fin y al cabo, sobre los treinta y cinco o los cuarenta años, más bien. Llevaba un anillo en la oreja y era guapo; y consciente de serlo. Sonrió, en apariencia contento consigo mismo. Daba la impresión de ser un turista y de ser gay. Resultaba difícil creer que tuviera algo que ver con Claire. Posiblemente lo único sospechoso era que miraba al hijo de Claire, pero, claro, podría haber muchos motivos para que lo hiciera. El chico atraía las miradas con su elegante traje y su figura frágil e inquieta.

—Está mirando a Jakob —dijo ella—. Quizá con deseo.

—Sí, y lo más probable es que ellos dos no se percataran —continuó Rekke—. Pero no es en eso en lo que estoy pensando. Mira a ese de ahí. —Rekke levantó una de las fotos—. ¿Veis la mano derecha y el pulgar? Está curvado, no tiene un aspecto del todo natural.

Hellner estudió la mano del hombre con gran interés.

—Sí, es verdad —asintió—. No me había fijado en eso.

Rekke cerró los ojos un instante.

—¿Tienes un bolígrafo? —preguntó—. O algo delgado y alargado. Eso es, gracias.

Se metió el boli que le dio Hellner dentro de la camisa, a lo largo del brazo, y lo sostuvo allí dejando que se apoyara en su pulgar, que se arqueó.

—Sí, Dios mío —dijo Hellner—. Eso es. El hombre oculta algo allí. ¿Podría ser un arma? ¿Un cuchillo?

—Sí, podría ser. Se puede intuir, aunque resulta difícil verlo, algo negro, como partes de un mango, que se aprietan contra el pulgar. Y tienes razón, Micaela. A mí tampoco me gusta la manera en que el hombre mira al chico. Me preocupa.

—Sí, no está bien.

—Sí, mi consejo es encontrar a ese hombre, preferentemente averiguar su identidad. No tengo ni idea de hasta qué punto se han desarrollado vuestros programas de reconocimiento facial durante los últimos años. Pero con un poco de suerte deberíais poder encontrarlo en las imágenes de otras cámaras de vigilancia y conseguir una dirección, un punto de partida, e incluso localizarlo, y escenificar un *examen rigorosum*.

—¿Perdón?

—Un interrogatorio estricto. Tiene algo que contar, y el chico... Un niño pequeño, a pesar de todo. Me pregunto... Hay algo característico con su...

No terminó la frase y, de repente, pareció desorientado. Acto seguido se centró de nuevo y pidió que le devolvieran el teléfono a él también. Se apartó, igual que ella, y, aunque Micaela no escuchó muchas palabras, supo que hablaba con su hermano. Mientras tanto, Hellner y ella volvieron a las fotografías para intentar comprender las observaciones que Rekke había hecho acerca del niño, pero no entendieron a qué se podía haber referido, por lo que se limitaron a comentar en términos generales cómo encontrar al hombre de la foto.

Cuando Rekke terminó su conversación y volvió a unirse a ellos, tenía una expresión seria, casi parecía en estado de shock, aunque se esforzó por mostrar su habitual cortesía.

—Mis más sinceras disculpas —dijo—. Te quería pedir que, por favor, me enviaras un archivo encriptado con las fotografías y todo el material que sea posible. Pero ahora me temo que debo marcharme.

—No, no —protestó Hellner negando con la cabeza—. Hay más cosas que necesito consultaros.

—Lo siento —continuó Rekke y le tendió la mano al tiempo que lo miraba a los ojos.

Luego le hizo un gesto a Micaela para que lo acompañara, cosa que la halagó un poco, debía admitir. Ella era ya una parte imprescindible de su vida. Regresaron al centro de la ciudad, y aunque Rekke de nuevo se sumió en sus pensamientos, y estaba claro que no necesitaba más problemas, ya no podía aplazarlo más, pensó Micaela.

—Estabas preocupado por el nuevo novio de Julia —comenzó ella.

—Sí, así es.

—Me temo que el novio es mi hermano Lucas —anunció.

No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar él, pero de forma instintiva dio un paso para alejarse.

—¿Qué? —dijo.

—Lo siento muchísimo.

Rekke permaneció quieto un momento, con la misma rigidez que antes.

—¿Sabemos dónde están? —preguntó.

Ella contó lo que había pasado y lo que Jonas Beijer había dicho. Rekke no hizo ningún comentario. Se limitó a permanecer en la misma posición murmurando algo que sonaba como una dirección. Pero tampoco ahora explicó nada ni dijo ni una palabra acerca del hecho sorprendente de que su hija se hubiera liado con el hermano gánster de Micaela. Era como si lo hubiera visto venir, y la única señal clara de que reaccionaba fue que apretó el paso aún más. Micaela tuvo que medio correr para no rezagarse.

—Para que lo sepas —añadió—. Le he enviado un SMS a Lucas diciéndole que dejo todas las investigaciones sobre él. No tiene motivo alguno para hacerle daño a Julia.

Rekke no contestó. Siguió andando y al llegar al portal marcó el

código de acceso. Entraron juntos en el ascensor y no fue hasta ese momento cuando resultó patente. Rekke se hallaba concentrado, en una especie de trance, y absorbía cada detalle allí dentro. Se inclinó. Examinó un poco de grava que había en el suelo. Recogió unos cuantos guijarros y los sopesó en la mano. Luego se irguió, abrió la puerta del ascensor y dijo que tenían visita. Micaela también percibió el aroma de perfume que flotaba en el rellano de la escalera, y con mucho cuidado abrió la puerta. La señora Hansson se acercó hacia ellos con gesto pesaroso.

—Tu madre está aquí —informó mirando a Rekke.

—Ya lo sé —respondió él, pero no pareció importarle en absoluto.

Se limitó a ir hasta su ordenador, tecleó un par de palabras en el buscador de Altavista mientras unos estridentes tacones marchaban hacia ellos. Había algo autoritario en esos pasos: poder, pensó Micaela, pero también un eco reprobatorio. Un segundo después estaba allí, la madre de la que Micaela había oído hablar tanto, la que sacó a Rekke del colegio para convertirlo en concertista de piano y estrella mundial, y que durante mucho tiempo combatió todos los intentos de su hijo de orientarse hacia su hábitat natural: la lógica y el análisis empírico.

—Hans —dijo ella con tono severo.

Rekke ni siquiera levantó la vista. Pero Micaela se quedó mirando hechizada a la mujer. ¿Qué edad tendría? ¿Unos setenta y cinco años quizá? Aun así, se la veía juvenil, esbelta, con la espalda recta y el pelo recogido. Calzaba botas de equitación y llevaba una blusa azul, sobriamente abotonada, y un par de pantalones negros igual de sobrios. Micaela, por instinto, tuvo el impulso de erguirse o incluso de hacer una reverencia, como ante una visita aristocrática. La mujer medía sin duda en torno a uno ochenta, y seguía siendo bella, de alguna manera se parecía a Hans, pero con un aire más severo. Recordaba a una vieja bailarina de ballet, marcada por la férrea disciplina de su profesión, con pómulos afilados y grandes ojos atentos.

—Hans, ¿ni siquiera me vas a saludar? —insistió.

—Hola, madre —dijo—. ¿Has pescado alguna perca?

—¿Qué? Sí, dos. ¿Cómo diantres puedes saber eso?

—La grava que llevas contigo es del sendero que conduce hasta la

cabaña de pesca en la casa de campo, y no me imagino ningún otro motivo que puedas haber tenido para ir hasta allí aparte de recoger la red de pescar percas.

—Madre mía, ¿estás en fase maníaca de nuevo?

No le queda otra, pensó Micaela.

—Estoy centrado —replicó Rekke—. Déjame que te presente a Micaela. Mi amiga e inquilina.

La mujer, Elisabeth Rekke, cuyo apellido de soltera era Von Bülow, examinó a Micaela de arriba abajo, claramente descontenta con lo que veía. Pero se requería una mirada aguileña para captarlo, cosa que Micaela tenía en ese momento; percibió la fingida benevolencia, pero también el desprecio oculto.

—Por fin, querida —dijo, y le tendió la mano—. He oído tantas cosas sobre ti.

Micaela asintió con la cabeza mientras se preguntaba si debía devolver el cumplido. Se contentó con un «encantada de conocerte».

—Pero si eres una joven absolutamente encantadora. Tienes una cara preciosa. Pero, cuando Hans disponga de más tiempo y no esté ocupado con sus tonterías, debería sacarte por ahí a comprarte ropa un poco más elegante. Es que aquí en Östermalm tenemos otro estilo.

—Somos, sobre todo, prejuiciosos y condescendientes —intervino Rekke—. Pero aun así me alegro de verte, madre. —Levantó la mirada hacia ella—. Y estoy orgulloso de que hayas recogido la red por ti misma. ¿Tenía Lotten el día libre?

Elisabeth Rekke bajó la mirada a sus manos.

—¿Qué...? No, en absoluto. Pero no podía dejarla sola con eso. La red se había enredado de una forma terrible. Vivian Sparre acaba de llamar toda agitada porque circula una foto en internet de Magnus pavoneándose ante el presidente Putin. Creo que tu hermano debería mostrar un poco más de dignidad.

—Si tú supieras —murmuró Rekke, y se levantó con ojos negros de ira—. Lo siento, madre, me tengo que ir. ¿Querías algo en especial?

—Madre mía..., ahora hay que querer algo especial para verte, Hans. He estado muy preocupada, y no contestas cuando te llamo. No entiendo cómo pudiste abandonar tu carrera. Podrías haber sido lo que hubieras querido.

—Tú también, madre. Pero todavía no es demasiado tarde. Cuando tengamos tiempo, Micaela y yo podemos sacarte por ahí y

buscarte un look algo más actual. Es que el estilo del siglo XXI es un poco diferente. ¿Sabías que me han devuelto el collar que le regalé a Ida Aminoff?

—No menciones a esa horrible persona. De verdad creo que deberías reconciliarte cuanto antes con Lovisa.

—*Vare, Vare, redde mihi legiones meas* —murmuró Rekke, se marchó y se puso a rebuscar en cajones y bolsillos de abrigos y en cómodas y bajo la ropa, manteniendo al principio una tensa calma.

Pero en seguida algo sucedió con toda su figura. La mano empezó a temblarle. Los ojos erraron y fue de un lado a otro de la casa arrancando y dándole la vuelta a todo lo que se interponía en su camino, y, casi como si de un baile se tratara, su madre y la señora Hansson circulaban a su alrededor. Micaela estaba bastante segura de que esa escena se había repetido muchas veces antes.

—Por Dios, ¿qué buscas, Hans? —preguntó Elisabeth Rekke.

—Las llaves del coche, ¿verdad? —dijo la señora Hansson.

—Sí, eso es —respondió Rekke.

—Te las he escondido, Hans. No creo que hoy hayas estado en condiciones de conducir. Y sinceramente, Hans, ahora tampoco deberías sentarte al volante.

—No tengo elección, Sigrid. Por favor, dámelas —pidió.

Su voz se sustentaba en una autoridad tan exaltada que, pese a todo, la señora Hansson asintió con la cabeza y se fue a buscarlas a algún sitio al fondo del piso.

Luego Rekke le dijo a Micaela que lo acompañara y se marcharon mientras las señoras allí dentro protestaban.

—Nos vamos a Trosa —dijo Rekke cuando ya bajaban en el ascensor.

Capítulo 44

Joder, qué lío de mierda. Debería haber llamado a Hans antes de subirse al avión. Ahora, al recibir su llamada, lo había pillado en bragas. Se dirigía hacia la salida de Arlanda con la americana al hombro y la corbata desanudada, colgándole como un estrecho fular sobre el pecho. Se sentía como una persona ruin, y eso no le solía pasar. Pero ahora había liado una buena. Para salvar su propio pellejo había expuesto a su hermano a un grave peligro, y con ello había sobrepasado incluso sus propios límites. Dios mío, ¿cómo podía haberse torcido todo tanto?

Se le había venido el mundo encima y recorrió la sala de llegadas con pasos apresurados hasta salir y meterse en un taxi. Malhumorado le espetó al taxista que lo llevara a Grevgatan. Mejor enfrentarse con Hans cara a cara para intentar minimizar los daños tanto como fuera posible. Pero, por otra parte, ya no podía hacer gran cosa. O sí, sí que podía, a pesar de todo. Llamó a su contacto en la policía de seguridad, explicó la situación y pidió que vigilaran a Hans y que le pusieran protección. Después se sintió mejor, pero no le duró más que unos pocos segundos.

La conversación con su hermano había sido muy breve y la mayor parte del tiempo había hablado solo él, aun así, a Hans le dio tiempo a decir —con una desagradable frialdad en la voz— que había averiguado más cosas sobre la muerte de Ida Aminoff, y eso también le causó pavor.

—¿Qué? No, nada, tú a lo tuyo —le soltó con irritación al taxista, un señor mayor con largas patillas, que le preguntaba qué le había sucedido.

Le fastidiaba verse en un taxi como si fuera un Svensson cualquiera. Debería haber pedido en el ministerio que le enviaran un coche. Pero se había sentido culpable y no tan poderoso como era habitual, y ahora, encima, había un atasco. Estaba a punto de estallar. Los recuerdos lo invadieron, los recuerdos de esa boda de mierda en

Djurgården en la que un montón de gilipollas rociaban champán y se hacían trizas la ropa. Fue como una caricatura de una fiesta de clase alta. Se había emborrachado para aguantar, y llegó tarde a casa, y acababa de quedarse dormido con la ropa puesta cuando sonó el teléfono. Se acordaba de cómo extendió el brazo hacia la mesilla de noche y levantó el auricular.

Era Gabor Morovia y sonaba alterado, y entonces, claro, a Magnus deberían haberle saltado las alarmas. Gabor nunca se alteraba. Todo en él era cálculo y frialdad, y pasó un rato hasta que Magnus entendió lo que decía. Al parecer, Gabor también estaba en Estocolmo y pedía disculpas, lo cual en realidad resultaba todavía más extraño. Gabor no era hombre de disculpas. Pero había sido injusto, dijo, y se había pasado con Hans.

—¿No está Hans en Helsinki? —preguntó Magnus.

—No, y está mal —continuó Gabor—. Necesito ayuda. — Y seguramente Magnus debería haberlo calado ahí también.

Pero se acababa de despertar, aún estaba borracho y no controlaba el calendario de las giras de Hans. Ese concierto en Helsinki igual podría haber sido el día anterior o hacía dos días, y quizá pensó también que no le vendría mal echarle una mano a su hermano. Necesitaba marcarse algún punto con él, y por eso salió a toda prisa hacia la dirección que Gabor le había indicado, Torstenssonsgatan, 6. Caminaba como en un sueño. Parte de él parecía dormir todavía cuando tecleó el código del portal y subió a la segunda planta.

En el rellano había un zapato de tacón alto. Resultaba un poco raro, pero no se paró a pensar en ello. Venía de una fiesta donde la gente había tirado la ropa a su alrededor, de modo que sin molestarse en recoger el zapato llamó a la puerta. Morovia abrió; su aspecto era pulcro y parecía recién afeitado, como si su día más bien acabara de empezar en lugar de terminar.

—¿Qué ha pasado? —dijo Magnus.

Gabor no contestó. Se limitó a dejarlo entrar, cerrar la puerta y señalar una amplia cama de matrimonio que había justo a la derecha. Allí estaba Ida Aminoff tumbada boca arriba luciendo su resplandeciente collar. A pesar de que a todas luces se encontraba mal, ofrecía un aspecto provocativo. El vestido negro se le había subido a los muslos, y una de las piernas —la que todavía llevaba un

zapato— descansaba en la cama mientras que la otra colgaba fuera.

Ida tenía el vestido desabotonado sobre los pechos y respiraba pesadamente mientras su mano derecha se movía hacia la garganta. Parecía aturdida y atormentada, murmuraba algo acerca de Hans, un perdón, creía, un «lo quiero», un par de palabras que sonaban más desesperadas que amorosas. Ella añadió: «Ayúdame, por favor». Pero entonces, Magnus ya se había dado la vuelta con ímpetu.

—Tenemos que llamar a un médico.

Gabor lo miró con la misma serenidad y tranquilidad que en la puerta.

—Tranquilo. Solo se ha pasado con los opiáceos y el alcohol. Pensé que podrías ayudarme a arreglar esto. He traído naloxona, eso pone fin a la disnea —dijo, y puede que sonara bien, pero algo claramente no cuadraba.

Si Gabor podía ayudarla, ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Y por qué había llamado a una persona que no sabía nada de sobredosis o dificultades respiratorias?

—¿Qué estás haciendo? —gritó Magnus—. ¿De qué va todo esto?

—La estoy ayudando —respondió Gabor, e introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana como si fuera a sacar el medicamento, pero solo era un movimiento de distracción.

Magnus cayó de rodillas. El golpe había salido de la nada, y tuvo que esforzarse para respirar. Aun así, comprendió en seguida que no era él quien estaba en peligro, sino Ida. Retorciéndose de dolor en el suelo, Magnus la miraba, y extendió una mano hacia la joven mientras Gabor se inclinaba sobre ella, la besaba y le tocaba los pechos y entre las piernas. Le pareció un ultraje terrible. Ida intentaba desesperadamente quitárselo de encima, pero estaba demasiado débil. Magnus consiguió levantarse tambaleando, recibió otro golpe y cayó de nuevo al suelo, y no fue hasta que se recuperó un poco cuando vio cómo Gabor se agachaba sobre ella, le tapaba la nariz y la boca con la mano, y la mantenía ahí.

No duró mucho. No podía haberlo hecho. A Magnus ni siquiera le dio tiempo a ponerse de pie antes de que el cuerpo de Ida se estremeciera, y en esa sacudida había algo insoportable. Fue breve y silencioso, y aun así del todo espeluznante, y, cuando Magnus por fin consiguió acercarse a la cama, la cara de ella había cambiado. Había adquirido una nueva expresión, un nuevo malestar, y ya no respiraba.

Estaba muerta, y Magnus no sabía lo que hacía. Solo que fue directo a por Gabor. Pero no tenía la menor oportunidad, y quizá estuviera más fuera de sí que enfadado, y, después de forcejear durante unos segundos enloquecidos, Gabor lo sujetó, como en un abrazo demente, mientras le susurraba:

—Ahora estamos unidos, Magnus, ahora caemos juntos o seguimos con nuestras vidas juntos.

Gabor igual podría haberle clavado un cuchillo en la espalda, y cuando Magnus poco tiempo después, a falta de alternativas, salió del piso dando tumbos y se cruzó con William Fors en la temprana mañana, no creía que fuera posible sobrevivir a una experiencia así. Creía que ya nada sería igual. Pero los días pasaron, y los meses, y los años. De alguna manera, la vida continuó, sobre todo cuando la investigación policial determinó que se había tratado de una sobredosis; y Hans, en la medida en que tuvo fuerzas para buscar respuestas, siguió todo el tiempo el rastro que llevaba a la fiesta de la boda. Pero allí no había nada, solo pistas falsas. Esa noche Gabor se había mantenido oculto, y después sabía exactamente cómo mantener a las víctimas de su chantaje de buen ánimo. Sabía concederles beneficios y poco a poco Magnus fue estableciendo una relación con Morovia, solo una relación temporal, se convencía a sí mismo, pero intercambiaban favores, unidos por un recuerdo atroz.

Era una realidad desde hacía mucho tiempo y Magnus había dado por finalizado el peligro. Pero eso, evidentemente, resultaba ingenuo. Hans era Hans. Tenía la capacidad de desentrañar lo que fuera, incluso a decenios de distancia. Magnus miraba por la ventanilla, impacientándose cada vez más. Lenta, muy lentamente, se acercaban a Östermalm. Sonó el teléfono. Lo llamaba Kleeberger, que sin duda quería saber dónde se había metido. Magnus no tuvo fuerzas para contestar. Pensó en Putin, entre todas las personas. Ojalá ese cabrón matara a Morovia. ¿Qué se lo impedía?

Era desesperante el tiempo que se tardaba en llegar. Por todas partes semáforos en rojo, calles de dirección única, más atascos, peatones pachorrudos y conductores seniles. ¿Por qué coño debía aguantar esto? Putin sin duda habría despejado las calles de toda la ciudad. Pero por fin, allí delante, estaba Grevgatan, la pequeña calle que bajaba a Strandvägen. Magnus se repetía para sí mismo lo que iba a decirle a su hermano cuando el taxi frenó en seco y soltó un taco.

Habían estado a punto de chocar con algún idiota, y al instante siguiente vio que ese idiota era Hans con su asistenta latina o lo que sea que fuera.

Capítulo 45

Rekke podría haberse permitido un buga más elegante, pensó Micaela. Pero suponía que no era como en su barrio, en Husby.

En Husby los coches eran el no va más. Si querías mostrarle al mundo que habías triunfado en la vida, lo hacías con un carro que molara. Pero Rekke no parecía darle ninguna importancia a su coche. Ni siquiera sabía decir qué modelo era. «Volvo», se limitó a murmurar, y salió conduciendo del garaje con el mismo tipo de neurosis que hacía un momento, y acto seguido estuvieron a punto de chocar con un taxi.

—Tranquilo —dijo ella—. Tranquilo.

Pero la reacción de Rekke fue todo menos tranquila. Frenó en seco, paró el coche y salió disparado, y Micaela estaba convencida de que se pelearía con el taxista, por poco que eso encajara con su carácter. Pero no fue el incidente de tráfico lo que lo había cabreado. Era su hermano, que iba en el asiento trasero del taxi, y que en seguida se bajó y lo esperó en la acera. Rekke clavó en él una mirada furiosa. Magnus movía agitadamente el brazo derecho mientras murmuraba algo sobre la protección.

—Yo no necesito ninguna protección, pero tengo una hija, ¿se te ha olvidado?

Magnus lo observó aterrado.

—¿Le ha pasado algo a Julia?

—Espero que no.

—Lo siento mucho, nunca ha sido mi intención...

Rekke le cortó.

—Ya me he imaginado todas tus excusas, y no soportaría oírlas ahora. Pero, en cuanto tenga tiempo, quiero saber exactamente de qué manera Morovia ha ejercido su influencia sobre ti. Después pensaré en... —Rekke se calló y echó un vistazo a Micaela, que seguía en el coche.

—¿Sí? —dijo Magnus—. ¿En qué?

Rekke parecía querer soltar algo fatídico, por ejemplo: «En cuál va a ser tu castigo, Magnus». Pero no le dio tiempo a añadir nada más. Un poco más abajo el portal se abrió y Elisabeth Rekke salió con toda su adusta presencia, algo que no mejoró precisamente el estado de ánimo de Magnus.

—¿Qué coño? —murmuró—. ¿Vas a meter a mamá en todo esto?

Rekke dirigió una mirada ausente a su madre para volverse hacia Magnus de nuevo:

—No me importa meter a todo el mundo. Si algo le pasa a Julia, dedicaré el resto de mi vida a destruiros a ti y a Morovia.

Magnus miró a su madre como si ahora, en lugar de molestarle su presencia, quisiera pedirle ayuda.

—Pero si yo quiero a Julia. Dime qué puedo hacer.

—Dios mío, ¿qué le pasa a Julia? —quiso saber Elisabeth Rekke, que se acercaba hacia ellos.

Rekke no le dirigió ni una mirada a su madre. Solo dijo, clavando sus ojos en los de Magnus:

—Puedes dejarme pasar, Magnus. Estate pendiente del teléfono.

—Sí, claro —respondió.

Rekke volvió a subir al coche y arrancó. Ninguno de los dos comentó nada. Estaban ocupados con temores y planes alternativos, pero al final, ya en la autopista E4, cuando Rekke aumentó la velocidad y estaba oscureciendo, Micaela no pudo contenerse por más tiempo. Dijo calladamente y con semblante serio:

—Me cuesta imaginar que Lucas pueda hacerle algo a Julia. Solo quiere presionarme. No tiene motivo alguno para causarle daño.

Rekke la miró un instante.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

Ella reflexionó. ¿Por qué decía eso?

—Porque cuando Lucas hace algo terrible se lo ha pensado bien —explicó—. Creo que podemos estar tranquilos hasta que él se ponga en contacto conmigo. No es una persona impulsiva.

—¿Es eso realmente verdad? —respondió Rekke, y ella se dio cuenta en seguida de que él tenía razón, al menos en parte.

Lucas no se controlaba tanto como normalmente pretendía sostener; aunque después de hacer algo siempre contaba con una buena explicación. En muchos sentidos, era una bomba de relojería. Aun así, Micaela no quería ceder ante Rekke.

—No tiene antecedentes penales —repuso—. Se ha asegurado todo el tiempo de no cometer ninguna estupidez.

Rekke murmuró algo.

—¿O te preocupa que se alíe con Morovia? —añadió Micaela.

—Sí —admitió—. Eso me preocupa.

—Lucas odia que otras personas se metan en sus asuntos, sobre todo, tipos como Morovia. Quiere manejarlo todo él mismo.

—Se te olvida una cosa —dijo Rekke—. Lucas no es tan listo como su hermana —le esbozó una melancólica sonrisa—. Morovia sabe encandilar a gente joven como Lucas. Capta su deseo de ser vistos y les lava el cerebro —continuó—. Y luego los ahoga en dinero.

Ella inspiró hondo.

—¿Así que de verdad crees que pueden tener algún tipo de colaboración?

—Temo que sea así —dijo—. He conseguido averiguar una dirección en Trosa, y justo antes de que saliéramos hice una búsqueda. Resulta que la casa es propiedad de una fundación de Suiza, y eso me preocupa. Pero puede que me equivoque, ojalá me equivoque.

Se calló y apretó el volante con fuerza, y entonces ella permaneció en silencio también, sin saber qué decir. Nunca había visto a Rekke conducir antes, de modo que pudo estudiarlo de una manera nueva. Era una persona tan contradictoria... Había un enorme refinamiento en sus movimientos, pero también cada vez más señales de que estaba a punto de derrumbarse por completo. Movió varias veces la mano izquierda arriba y abajo, y buscó en los huecos del asiento sin encontrar nada, siguió después con sus bolsillos hasta que al final logró dar con una pequeña pastilla que examinó para luego tragársela.

—Tienes síndrome de abstinencia —dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, me viene bien ocuparme con algo.

Ella le dio unas palmadas en el hombro.

—Y en medio de todo esto resulta que Claire Lidman está viva —comentó ella.

—Sí, esperemos que sí —dijo Rekke.

—Aunque en las imágenes de vigilancia te preocupó el hombre con el pelo teñido de rubio, ¿verdad?

Rekke asintió sin dar muestras de querer seguir con la conversación, pero Micaela no podía parar ahora que había empezado a hablar.

—Y luego el hijo de Claire, Jakob. También has visto algo en él, ¿no?

—Sí, quizá —contestó Rekke.

Joder, qué difícil se ha puesto de repente, pensó ella.

—¿Qué has visto?

Rekke murmuró como si hablara para sí mismo:

—Algo. Pero también que se trata de un chico inteligente, claramente, que acaba de vivir una experiencia dramática y perturbadora.

—¿Cómo has podido ver eso?

—Por sus brazos, sus cejas, la forma en que mira a su alrededor, su manera de juntar las rodillas. Pero en cuanto... —dudó antes de seguir— haya llevado a Julia a casa voy a analizarlo con más detenimiento para asegurarme. Tengo una idea.

—¿Por qué tienes que ser tan enigmático?

—Creo que puedo engañarme a mí mismo.

Ella lo observó mientras seguía buscando más pastillas que seguramente sabía de sobra que no iba a encontrar.

—Así que también fue Morovia el que mató a Ida.

—Eso parece.

—¿Y Magnus lo sabía?

—Creo que fue testigo de ello.

Micaela asimiló sus palabras.

—Deberíamos estrangular a nuestros hermanos —dijo.

Rekke sonrió a su pesar antes de pisar a fondo mientras tamborileaba con virtuosismo el volante con todos los dedos. Hizo que sonara como una pequeña orquesta de tambores que avanzaba marchando por la carretera.

Esa mañana, el 22 de marzo, Claire pasó mucho tiempo delante del espejo, y a pesar del calor se puso un abrigo rojo nuevo hecho a medida que había encargado en Londres. Pero no solo ella se arregló con esmero. Le había comprado un traje de lino a Jakob, y le puso una camisa blanca recién planchada y una corbata con el nudo algo suelto.

Puede que fuera pequeño y delicado, pero también podía ofrecer un aspecto adulto y encantador con ese rostro serio. En todo caso, no vendría mal que se presentara lo más guapo posible. Había algo desasosegante en el aire.

La invitación de Morovia, naturalmente, había sido tan afable como siempre: «Me gustaría invitaros a comer y a otras celebraciones en mi casa en Venecia», ponía en la tarjeta escrita a mano. Pero llevaban mucho tiempo sin verse los tres, y nada de lo que recordaba del último encuentro en París le dejaba una buena sensación. Gabor se había mostrado abiertamente hostil, e incluso le había tirado a Jakob del pelo sin justificación alguna.

Sin duda, había sido un arreglo demencial ya desde el principio. Pero era la única salida que había visto. Si no puedes evitar a tu enemigo, únete a él. Había sido un acto de desesperación, nada más, y desde luego sabía que Gabor los vigilaba, y por supuesto no hacía falta que la amenazara nunca más. La amenaza estaba allí de todos modos, en cada paso, en cada respiración, en la presencia constante del recuerdo del campo de maíz en Italia.

Metió en su bolso un poco de ropa interior, cosas de aseo y un libro. No se molestó en llevar nada más. Contaba fríamente con volver la misma noche, o con alojarse en un hotel en el camino de regreso. Se fue al recibidor y llamó a Jakob. El chico se acercó a regañadientes y juntos salieron a la fría mañana y subieron al coche, un vehículo modesto, un Passat, que había alquilado con un carné falso que le había proporcionado uno de los empleados de Gabor. Jakob y ella solían pasar la primavera en las afueras de Rosenheim, en el sur de Alemania, y atravesaron Austria para entrar luego por el norte de Italia y continuar hasta Venecia. Creía haber ocultado su preocupación bastante bien durante el viaje, pero temía que Jakob estuviera haciendo lo mismo.

Cuando dejaron el coche en el aparcamiento público de Santa Croce, los ojos de su hijo irradiaban angustia.

—Date un poco de prisa, cariño —le apremió ella.

Jakob caminaba despacio, muy despacio. Llevaba los brazos cruzados. Cuando Claire se giró para pedirle que apresurara el paso, pisó en falso. Sintió una punzada de dolor en su vieja rodilla y se apoyó en la pared. Jakob se acercó a ella.

—¿No podemos volver a casa? —pidió.

Ella lo miró con amor. Jakob tenía trece años y no era demasiado bajo, pero todavía estaba delgado, con grandes ojos oscuros y pelo negro rizado. No le iba tan bien en el colegio como ella había esperado. Vivía en su propio mundo, y en realidad no tenía amigos. La mayor parte del tiempo se quedaba en casa con sus juegos y su ordenador. Preguntaba constantemente: «¿Estás enfadada conmigo, mamá?». A menudo se le notaba preocupado, y todo el tiempo se le rompían cosas que tenía en las manos, o las perdía.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Me duele un poco la rodilla, nada más.

—Le tienes miedo, ¿verdad?

—No —dijo ella—. No tengo miedo. Pero vamos a asegurarnos de que sea una visita breve.

Luego echaron a andar, muy cerca el uno del otro, hasta el muelle, que no se hallaba a mucha distancia. En un banco los aguardaba Ricardo Bruni fumando, vestido con una cazadora de cuero marrón. Ricardo siempre le había caído bien, la verdad; él rompía esa homogeneidad de hombres muy machos y mujeres jóvenes y guapas que rodeaba a Gabor. Ricardo era estudiadamente gay y parlanchín, y a diferencia de Gabor solo tenía palabras amables para Jakob. Aun así, las últimas veces también Ricardo la había hecho sentir incómoda, quizá precisamente por su forma de mirar a Jakob.

—Venga, venga —les metió prisa Ricardo cuando se acercaban.

Claire y Jakob bajaron agachando la cabeza a un yate que los esperaba y desaparecieron bajo cubierta. No podían dejarse ver durante el trayecto y ella tampoco tenía muchas ganas de que la vieran. Eran las dos y cuarto de la tarde, y contempló a Jakob. Por muy mal que el niño se sintiera no podía evitar mirar a su alrededor con ojos de asombro. Pobre chaval. Después de una vida en fuga no estaba acostumbrado a muchas sensaciones. Por otra parte, las vistas eran maravillosas. Avanzaron a lo largo del Gran Canal y las casas se reflejaban en el agua como en un caleidoscopio multicolor. Dejaron atrás barcos turísticos y góndolas, y pasaron debajo de puentes y arcos. Más allá se alzaban las cúpulas de la basílica de San Marcos, y ella pensó en Samuel y en su antigua vida, y en su hermana Linda.

Bajaron en el muelle de Gabor, los condujeron rápido al interior de la casa y subieron dos tramos de escalera. Gabor los esperaba en una gran sala de aire eclesial con frescos en el techo, y ella reparó en

seguida en que no le dedicaba ni una sola mirada a Jakob. Se limitaba a darle coba a ella, cosa que la puso cada vez más nerviosa. Cuando él la ayudó a quitarse el abrigo rojo, ella hizo un movimiento descuidado. El libro de ajedrez que llevaba consigo cayó del bolso. Gabor lo recogió y señaló el título:

—¿Amor siciliano?

Ella le arrancó el libro de las manos, no era asunto suyo.

—Interesante —continuó él.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

Él no contestó. Solo sonrió con frialdad y miró a Jakob por primera vez; con asco, le pareció a ella, y eso la asustó. Mantuvo al chico a su lado mientras Gabor los llevaba a la terraza, donde habían preparado una mesa con marisco, burrata, bruschetta, prosciutto... —un impresionante surtido de aperitivos italianos— y champán. Ricardo, que también había salido, le sirvió una copa.

—Hoy no bebo —explicó ella—. Tengo que conducir de vuelta a casa.

—Ah, ¿sí? —dijo Gabor, ligeramente amenazador, y entonces Claire cogió a Jakob de la mano mientras pensaba que no le quedaba otra que ser fuerte.

Se colocó bien el vestido antes de sentarse de espaldas al canal y a la ciudad. Eran las dos y media del 22 de marzo de 2004 y no faltaban más que unas horas para que su imagen quedara plasmada en una fotografía hecha por un turista.

Capítulo 46

Jonas Beijer había llamado. Se había esforzado en ayudarla. El Audi de Lucas había sido visto entrando en Trosa, y eso confirmaba lo que Rekke creía desde que había encontrado el pósit en casa de Julia.

—Högbergsgatan —dijo—. Vamos hasta allí y echemos un vistazo.

Micaela asintió con la cabeza mientras se preguntaba si debía llamar a fin de asegurarse de que los agentes de patrulla estuviesen preparados para intervenir. Pero decidió esperar.

Seguía convencida de que Lucas no iba a hacer daño a Julia, y no podía creer que hubiera involucrado a una persona como Morovia en sus asuntos personales. Incluso pensaba que lo mejor sería dejar a Lucas y Julia en paz. Si irrumpían en plena cita, lo más probable era que acabasen provocando algo indeseado.

Además, ella no iba armada. Nunca llevaba su arma reglamentaria cuando no estaba de servicio, y ¿qué haría Rekke si a Lucas se le iba la olla? Lucas no tenía rival en la lucha cuerpo a cuerpo, eso lo sabía todo el mundo en Husby, y a Micaela no le sorprendería lo más mínimo si resultaba que su hermano llevaba una pistola en el coche.

—Deberíamos esperar hasta recibir algún tipo de mensaje de Lucas —propuso Micaela—. Le he enviado al menos diez SMS. Me contestará pronto.

Rekke asintió mientras volvía a rebuscar por el coche para ver si encontraba alguna pastilla. Había empezado a chispear. Ahora llegó la lluvia, y ella activó los limpiaparabrisas. Rekke imitó el sonido —zis, zas— con el tono exacto y dijo que era como un metrónomo para sus pensamientos. Luego no añadió nada más y, absortos en sí mismos, entraron en la ciudad de Trosa. Ella nunca había estado allí, pero había oído que se trataba de algo así como un paraíso para la clase media, un lugar de veraneo con antiguas casas de madera alineadas a lo largo de pequeños canales. Más allá, junto a la carretera, en la vía

de entrada al lugar, dos chicas de la edad de Julia paseaban mientras hablaban animadamente.

—Lo siento... —dijo Micaela.

—¿Qué...?

Rekke la miró desconcertado, como si estuviera muy lejos de allí en sus pensamientos.

—... por haberte implicado en esto.

—Creo que nos hemos implicado mutuamente —respondió Rekke.

—Pero tú tienes una hija, y eso lo empeora todo.

—Sí —convino—. Eso lo empeora todo.

Consiguieron llegar a la dirección, y Micaela no tardó mucho en entender que habían dado con la casa correcta. El Audi de Lucas se hallaba aparcado delante, pero también había otros vehículos, un Mercedes, un Land Rover, y eso la preocupó. ¿Debía llamar a Jonas y activar la alarma? No, sería demasiado pronto, no se había cometido ningún crimen, que ella supiera. ¿Y cómo no iba a haber coches elegantes en una calle como esta? Seguro que eran todos unos ricachones aquí también, los muy cabrones.

Pero ella estaba tensa, y mosqueada con Rekke, que dejó el coche mal aparcado y bajó sin cerrar bien la puerta. El cinturón de seguridad se quedó atrapado. Pero lo que le faltaba como conductor lo compensaba con creces como observador. Examinó los vehículos y la casa con una mirada aguda. En el sendero de un metro de ancho que conducía a la puerta, se dejó caer de rodillas y estudió el suelo.

Varias personas habían pasado por allí recientemente, eso lo vio ella. Pero las huellas eran tantas y tan poco claras que no fue capaz de deducir nada más y dirigió su atención a Rekke.

Este se levantó, con el cuerpo ahora aún más tenso.

—Habías contactado con un colega.

—Sí —respondió ella.

—Quizá deberías avisarlo de que entramos en esta casa ahora.

—No vamos a entrar de ninguna manera —replicó ella—. Parece que ahí dentro hay muchas personas. Pero sí..., voy a contactar con él.

Micaela se apartó y envió un SMS a Jonas Beijer con una breve explicación y la dirección. Luego se volvió hacia Rekke de nuevo. Él estaba justo delante de la puerta, con la vista clavada otra vez en las pisadas que había en el sendero de grava. Se le veía aún más pálido.

—Creo que tienes razón —dijo.

—¿En qué?

—En que no deberíamos entrar. Veo las huellas de cinco personas, y una de ellas es Julia. Los otros cuatro son hombres, pero en realidad no es eso lo que me preocupa. Es más bien... —Se calló y señaló el suelo de manera algo vaga—. Es ese pie izquierdo —continuó—. La inclinación y el giro de la pisada. Lo siento, Micaela.

—No —dijo Micaela.

Pero ya era tarde. Rekke abrió la puerta de un tirón, y ella soltó una palabrota para sí misma. Estaba segura de que era un error. Pero ya no había vuelta atrás, y tampoco pasó nada. La casa permanecía en silencio, y ella gritó: «¡Policía, vamos a entrar!», lo que la convirtió en una idiota tan grande como Rekke. Dios mío, ¿qué estaban haciendo? No podía salir bien de ninguna manera.

Con el corazón palpitando con fuerza miró a su alrededor. Una escalera conducía a un piso superior, y a la izquierda había un salón decorado de forma impersonal. Pero no se oían pasos, nada que indicara que había alguien allí, a pesar de las huellas del sendero, y de nuevo Rekke se agachó. Examinó el suelo y pasó el dedo índice por el parqué.

Se dirigió a la izquierda, al salón. Micaela seguía sin ver señales de que hubiera gente en la casa, no encontró bolsas ni ropa, ningún desorden. Pero al fondo había otra habitación, y entonces percibió algo, una persona que respiraba, una persona que debía de estar completamente quieta porque no advirtió ningún movimiento, solo la respiración, y volvió a gritar:

—¿Hay alguien?

—Hermana.

La voz sonaba más oscura de lo habitual y quizá más amarga, y al instante siguiente oyó sus pasos. Caminaba con prisa y cuando Micaela lo descubrió no se parecía para nada al Lucas controlado que conocía. Estaba furioso y tenía la cara roja, y fue directo hacia ella y la agarró fuerte del brazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Lucas miró a Rekke y echó un rápido vistazo hacia atrás, algo había sucedido ahí dentro. Resultaba evidente, pero Micaela no entendía qué era e intentó en vano soltarse del agarre de su hermano.

—¿Dónde está Julia? —dijo.

—¿Cómo coño sabíais que estábamos aquí? ¿Son esos idiotas de allí dentro los que se han chivado? —inquirió, y lanzó otra mirada hacia el interior del chalé.

¿Qué idiotas?, pensó Micaela. Pero se calló. Tenía que comprender y se soltó con un tirón furioso, y en seguida Lucas le dio un fuerte empujón. Parecía que podría perder los estribos por completo en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado? —dijo Micaela.

—No la he tocado, y si algo ha pasado eres tú. Lo has jodido todo.

Ella lo apartó con un empellón para ir hacia la cocina. Pero eso, al parecer, bastó para que Lucas perdiera el control. Le pegó en la cara, y ella devolvió el golpe agitando los brazos todo lo que pudo. En ese momento su hermano no la asustaba lo más mínimo. Estaba completamente decidida a seguir internándose en la casa y encontrar a Julia. Pero en ese mismo momento sucedió algo cuyas consecuencias no se podían prever de inmediato. Rekke arrojó a Lucas contra la pared y se quedó plantado delante de él.

Durante unos segundos los dos hombres se miraron, y a Micaela en realidad no le sorprendió que Lucas en seguida se hiciera con la situación. Ese tipo de pugna era parte de su entorno natural, y lo lógico, claro, habría sido que Rekke reculara y con su inteligencia intentase calmar la situación. En su lugar, optó por la peor estrategia posible. Le dijo a Lucas:

—No la toques.

Entonces Micaela entendió que se iba a armar, especialmente cuando Rekke añadió:

—¡Quítate de en medio!

Lucas bloqueaba la entrada a la cocina.

—Y si no, ¿qué? —le espetó.

—Te sorprenderás —replicó Rekke, y apartó la mirada de Lucas.

—¡Julia! —gritó hacia el interior de la casa.

—Papá —respondió una voz que parecía proceder del jardín.

—¿Qué es lo que me va a sorprender, profesor? —le retó Lucas con tono amenazador.

Rekke no contestó. Se limitó a pasar a la cocina, a todas luces fuera de sí tras oír la voz de Julia y sin preocuparle lo más mínimo que Lucas siguiera bloqueando la puerta. Lo apartó de un empujón,

claramente una idea aún peor. Lucas se puso como loco y se abalanzó sobre Rekke con una fuerza descomunal, y todo lo que le dio tiempo a pensar a Micaela en ese momento fue lo mismo que había pensado en el coche: Lucas nunca perdía una pelea cuerpo a cuerpo. Lo decía todo el mundo. No solo porque era violento y estaba fuerte, sino también porque carecía de ese grado de vacilación normal en otras personas; golpeaba sin más en los puntos más débiles. Y, efectivamente, Rekke cayó al suelo, en apariencia indefenso del todo, y Micaela se acercó corriendo para intervenir. Pero entonces ocurrió algo extraño. Rekke se transformó. Micaela tardaría mucho en olvidarlo.

Capítulo 47

Claire lo había sabido todo el tiempo, por supuesto. Era absurdo buscar protección en el hombre que había querido matarlos. Aun así, había una tenebrosa lógica en ello. Ya lo sospechó en la mirada de Gabor aquel día, en el camino de grava a las afueras del pueblo de Limena. Había un seguro de vida allí: en la voz rota, en la mano temblorosa, en toda esa fiera reacción emocional que contrastaba tanto con su habitual frialdad.

Un hijo, un sustituto de ese que había perdido, podía mantenerlos con vida, y durante mucho tiempo creyó que llevaba razón. Gabor mostraba una nueva faceta más humana con Jakob, y la hostilidad hacia ella desaparecía o le concedía un respiro. Pero nada dura para siempre. La sombra de la decepción asomaba cada vez con mayor frecuencia en los ojos de Gabor cuando contemplaba al chico y lo comparaba sin cesar con Jan, nunca para ventaja de Jakob.

Si Jan había sido atlético y audaz, Jakob era todo lo contrario: frágil, delgado y tímido, y las cosas empeoraban a cada año que pasaba. Los defectos que veía en Jakob no hacían más que multiplicarse mientras la mítica aureola en torno al hijo muerto se reforzaba, y ahora, desde que habían llegado a Venecia y se habían sentado en la terraza, no parecía quedar nada más que puro desprecio. Gabor miraba a Jakob con repugnancia. A Claire le habría encantado coger el tenedor y clavárselo en la mano.

—Es mejor que tú —le espetó Claire.

—¿Quién? —dijo Gabor fingiendo incomprensión.

—Jakob —contestó Claire.

—*Ese* —escupió Gabor—. Como mucho servirá para hacer ciertas cosas prácticas, carpintería sencilla, quizá, aunque seguro que será demasiado nervioso para eso también.

—No hables así delante de él —dijo ella cogiendo al niño de la mano por debajo de la mesa.

Gabor indicó que quería más champán. Ricardo se acercó

corriendo para servirle.

—Yo hablo como me da la gana —continuó Gabor—. El chico es un inútil en el deporte y no entiende nada de ninguna de las artes mayores, y menos aún de matemáticas.

—No sabes nada de él.

—Es un cobarde.

—Lo ha pasado mal, y no es de extrañar considerando la infancia que tú te has asegurado de que tenga.

—Mi hijo no lo habría pasado mal. Se habría espabilado. Recuerdo que Jan...

—Me importa una mierda Jan —soltó Claire, y miró a Jakob, que tenía la vista clavada en sus piernas—. *Nosotros* somos quienes estamos aquí ahora, Gabor, y quiero que nos digas por qué nos has pedido que viniéramos. Si no, nos marchamos ya. No nos quedaremos aquí escuchando tus insultos.

—Me has traicionado tres veces, Claire, tres. No puedes pedirme nada.

Ella sintió una punzada de terror.

—¿Qué cuentas son esas? —dijo.

—Le cogí un pelo la última vez que nos vimos.

—¿Qué? —contestó ella desconcertada.

—Cogí un pelo de su cabello y lo mandé a un laboratorio de Berlín. Compararon su pelo con uno de los míos.

—¿Qué dices? —exclamó ella.

—Te has aprovechado de mí.

—Es tu hijo, Gabor.

—Al principio, el crío me cayó bien. En esa época estaba tan desesperado que me engañé a mí mismo. Vi similitudes que no existían. Pero luego, Claire, mis ojos se aclararon y descubrí lo deleznable de su naturaleza, la flaqueza de su carácter. Sí, obsérvalo. Ni siquiera es capaz de mirarnos a los ojos. Se retuerce como una anguila.

—No te permito que hables así.

Gabor apuró su copa.

—No es mío, Claire —aseveró—. Recibí el informe hace un par de semanas.

Claire no era capaz de asimilarlo y menos aún de alegrarse por ello, como habría hecho de encontrarse en otra situación. Ahora no

veía más que el peligro que acechaba.

—No puede ser —dijo ella—. Yo he visto...

—¿Qué has visto?

Ella miró a Jakob, quien desesperadamente seguía con la mirada fija en el suelo.

—Te he visto a ti en él.

—Yo no estoy ahí. Me has engañado.

—Estaba convencida, Gabor, convencida.

—Pero ahora lo sabemos, y no he olvidado, Claire, que fuiste a la policía. No lo olvidaré nunca.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo he decidido todavía.

Ella agarró la mano de Jakob.

—¿No?

—No —dijo él, y de repente sonrió, casi encantador—. ¿Sabes en qué estoy pensando?

Ella negó con la cabeza.

—En tu libro, Claire.

—¿Qué libro?

—El de Polugayevski. Sobre el amor siciliano. Me ha hecho recordar nuestras partidas de antes.

Ella miró inquieta a su alrededor.

—Te he ganado siempre —continuó—. Pero pienso a menudo en la noche en Estocolmo.

—Cuando me violaste.

—Cuando jugamos al ajedrez —respondió—. Cuando te faltó poco para ganarme.

—No estoy tan segura.

—Pero apostaste a lo grande.

—Bueno, sí, quizá.

—Y eso es lo que quieres también ahora. Quieres salir de este aprieto en el que te has metido, y ganar.

Ella tragó saliva.

Gabor se reclinó contento en la silla e hizo señas a los hombres que los atendían.

—Solo quiero irme, Gabor. Quiero que nos dejes en paz —pidió ella.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados esperando a que

me claves de nuevo un cuchillo en la espalda, Claire?

—Nunca volvería a acudir a la policía, y lo sabes. Haré lo que haga falta para proteger a mi hijo.

Gabor fijó la mirada en ella.

—¿Sabes que el Kremlin también va a por mí? El mismo Putin. Hago que caten todos los alimentos antes de comerlos. Miro siempre a mi alrededor, preguntándome qué peligros debo evitar. No corro riesgos innecesarios.

—Pero yo no soy Putin —contestó ella—. Soy completamente inofensiva.

—¿Lo eres? ¿No eres en realidad más peligrosa que la mayoría? Pero de acuerdo... Quizá debería darte una oportunidad a pesar de todo. Como agradecimiento por los sueños que me hiciste tener una vez. He pensado que deberíamos jugar una partida de ajedrez para decidir vuestro destino.

Ella apretó la mano de Jakob aún más fuerte.

—No quiero hacer eso, Gabor.

—Querida Claire —continuó él—. No estás en posición de poner condiciones.

Luego gritó al aire:

—¡Kristof!

Kristof era otro de sus hombres más cercanos, joven y atlético, con algo brutal en la mirada y una pálida cicatriz bajo el labio. Aunque en realidad él no la asustaba más que Ricardo, lo cierto era que no tenía nada de esa dualidad que se percibía en su compañero. Por mucho que Claire buscara no podía encontrar nada amable o apacible en él.

—Tráenos un tablero de ajedrez, Kristof, el más bonito que puedas encontrar.

Kristof desapareció, y el miedo se ciñó como una soga alrededor del cuello de Claire. A Gabor le encantaban los juegos crueles. Se rumoreaba que había permitido a alguna de sus víctimas en San Petersburgo que apostara su vida a los dados.

—¿Qué nos jugamos concretamente? —preguntó ella.

—Vosotros —respondió Gabor—. Vuestra libertad.

—No quiero hacerlo, de verdad.

—Me temo que ya hemos empezado.

Ella cerró los ojos.

—De acuerdo —accedió—. Pero si ganamos, nos dejas en paz.

Él sonrió seguro de sí mismo.

—Vale —dijo.

—¿Y si se queda en tablas?

—Entonces uno de vosotros conseguirá su libertad.

—No quiero, Gabor —dijo ella aterrada—. No puedo.

—No haberme traicionado —le recriminó él.

Poco después llegó Kristof y levantó el mantel de la mesa en un lateral para colocar un tablero de ajedrez con las piezas ya puestas. El malestar se mascaba en el aire. Kristof parecía agitado. Ricardo y los demás allí dentro intercambiaban miradas de curiosidad, y ella comprendió que no tenía sentido protestar más.

En su lugar se preguntó, con una repentina concentración: ¿tendría alguna oportunidad de ganar? ¿Alguna posibilidad de sorprenderle? Siempre había llevado anotaciones meticulosas de sus partidas, y durante todas las horas en soledad desde la huida de Suecia había repasado sus viejos enfrentamientos con Morovia; siempre, como ahora, con Jakob a su lado.

—Preferiría jugar con negras —comentó ella.

—Anda, vaya. ¿Quieres darme ventaja?

Morovia giró el tablero.

—¿O se trata de algún truco siciliano que has aprendido en el libro de Polugayevski? —añadió.

—Algún truco he aprendido —contestó ella con una sonrisa forzada mientras contemplaba el ajedrez.

Las piezas eran exquisitas, figuras chinas hermosamente talladas con rasgos de personas y rostros amables, todas menos las reinas, que tenían aspecto de asesinas.

—O sea, que, si yo gano, nos dejas libres —dijo ella.

—Sí —convino él—. Nos despediremos.

—Y ya no hará falta que vayamos mirando hacia atrás ni pasemos miedo.

—Mientras no penséis en actuar contra mí, entonces sí, tenéis mi promesa. Pero empecemos —instó.

Ella asintió, sin ser consciente del todo de dónde se metía, pero quizá no podía evitar jugar. Siempre había albergado la sensación de que era posible vencerlo, y quizá podría ocurrir ahora, cuando todo su cuerpo gritaba por liberarse de él.

Él abrió con peón a e4. Ella respondió de inmediato con c5. Luego se pusieron en marcha, sin reloj ni otras reglas.

La cara de Gabor cambió y se volvió seria y concentrada; Claire tampoco se habría esperado otra cosa. Quiere acabar conmigo, pensó. Quiere demostrar su superioridad antes de aniquilarme, y ella opuso toda la resistencia de la que era capaz. Pero en seguida se sorprendió por algo muy distinto. Jakob, que durante toda la conversación había estado con los ojos clavados en el suelo, ahora los había alzado y observaba el tablero con la misma concentración que ella, y se le ocurrió a Claire que eso ya lo había notado antes. Pero no era nada sobre lo que pudiera reflexionar ahora. Tenía que concentrarse en el juego.

Gabor jugaba de forma cada vez más agresiva y poco ortodoxa, iba a ser difícil, más duro de lo que ella había podido imaginarse, y, a pesar de que no debería permitir que sus pensamientos vagaran, pensó en Samuel.

Samuel Lidman estaba de vuelta en el gimnasio y se apretaba el cinturón. Hoy tocaban piernas. Odiaba los días de piernas. Aun así, no quería contenerse. Como siempre, pensaba maximizar el peso, llevarlo al límite, casi hasta romperse, y si alguien preguntaba por qué, no sería capaz de contestar, solo que las rutinas son las rutinas y que siempre lo había hecho así.

Igual que en sus mejores tiempos, empezó haciendo sentadillas con mucho peso. Puso ciento cincuenta kilos en la barra, y se colocó con las piernas separadas bajo el soporte. Ya está, pensó. Ahora solo se trataba de apretar los dientes y esperar que las rodillas y las venas aguantaran. Levantó la jodida barra y, mientras esta se balanceaba sobre sus hombros, resoplaba y bufaba tan fuerte que le salió saliva volando de los labios. Joder, cuánto pesaba. Inspiró hondo y, cuando estaba a punto de empezar, sonó el teléfono en su bolsa.

No pares, pensó. No alimentes la esperanza. Pero aun así... se acordó de lo que había dicho Morovia. «Ella te quiere.» Rechazó la idea. Deja ya de soñar. Eran disparates. Claro que no puede ser Claire. ¿Por qué iba a regresar después de tantos años solo porque él la hubiera visto por casualidad en una fotografía? Era ridículo. Tonterías. Aun así, joder..., ya había perdido la concentración y avanzó

tambaleándose un par de pasos. Pero al parecer resultó más de lo que era capaz de aguantar. Se le nubló la vista. Las piernas se le doblaron y solo con un movimiento desesperado logró arrojar la barra hacia delante, en dirección a la pared y los espejos.

Se oyó un ruido ensordecedor. Cristal que se rompía. Y él cayó de lado mientras la barra rebotaba de un lado a otro como si tuviera vida propia, y probablemente se hizo daño. Sintió una quemazón en el muslo, y es posible que también en la cabeza, y acudió gente corriendo de todas partes. Pero lo único que le preocupaba era el teléfono en su bolsa, y tumbado en el suelo consiguió sacarlo y gritó a todos los que se acercaban que estaba bien.

Solo tenía que comprobar una cosa, iros a la mierda, dijo, y se quedó mirando fijamente el móvil. El número le resultaba familiar. Le pareció a la vez fatídico y esperanzador. Luego comprendió. Era el número de Alicia Kovács, y con gran esfuerzo consiguió levantarse y apartó a la gente y salió cojeando de la sala y llamó. El corazón le palpitaba con fuerza. Quizá había algo, a pesar de todo, pensó. Si no, ¿por qué iba a llamar?

—Alicia Kovács —dijo una voz en el auricular.

—Me has llamado —contestó Samuel.

—Dios mío, ¿te encuentras bien? Estás jadeando.

—Es que estoy en el gimnasio —explicó—. ¿Qué querías?

Alicia Kovács se calló y la sensación se agudizó. Algo había pasado, algo importante. Bueno o malo no lo sabía, pero algo era, y destensó el cinturón al tiempo que intentaba controlar la respiración y el dolor. Cerró los ojos.

—He hablado con una persona a la que le gustaría verte —continuó Kovács, y entonces él pensó: está ocurriendo, está ocurriendo de verdad.

—Claire —dijo.

—No quiero decir nada, no por teléfono. Pero si puedes venir a la oficina dentro de una hora, os podréis ver. Tenéis mucho de que hablar.

—Sí, claro —consiguió balbucir, y se dio cuenta de que tenía que ir a un baño con un espejo para asearse.

Tenía que estar más elegante que nunca, por muy jodido que fuera el dolor en el muslo y en la cabeza.

Capítulo 48

Lucas se abalanzó sobre Rekke. Le propinó un brutal empellón y le asestó unos puñetazos, y todo apuntaba a que sería algo rápido. Lucas era agresivo y musculoso; Rekke, larguirucho, de mediana edad y un poco desgarbado, y, como cabía esperar, encajó otro par de golpes más, uno en la cara y otro en el hombro, y retrocedió tambaleándose.

Pero el tercer golpe lo esquivó, dio un paso a un lado, y fue en ese instante cuando su transformación resultó evidente. Todo su cuerpo se mostró preparado y alerta, y se colocó en una posición que parecía aprendida, con las manos tensas a lo largo del cuerpo. La mirada erraba alrededor, como si absorbiera toda la información, y la pierna izquierda se movía en pequeños saltos como cuando analizaba las cosas.

Lucas debía de haber sentido el cambio en el aire, pues vaciló antes de volver al ataque, en esta ocasión más concentrado y vigilante, como un boxeador que busca una posición que le otorgue ventaja. Daba pequeños brincos alrededor y, de pronto, como un relámpago, pegó, y debería haber dado resultado, era rápido y explosivo. Pero tuvo problemas en seguida.

Rekke se movió hacia un lado y le devolvió el golpe, y le agarró del brazo al tiempo que adelantaba la pierna derecha y giraba el cuerpo de modo que se colocó muy cerca y pudo aplicar un agarre.

Luego pegó un tirón, y ni siquiera llegaron a balancearse midiendo sus fuerzas. Lucas se fue directo al suelo con un topetazo ensordecedor. Micaela no daba crédito. Le parecía imposible.

Era la persona equivocada la que estaba en el suelo, y también la persona equivocada la que estaba de pie encima, preparada para lanzarse de nuevo a por la otra.

—Qué coño —murmuró Lucas.

—Exacto —dijo Rekke—. La ira nos ciega. *Ira nos caecos facit.*

Lucas se levantó, aún más provocado por el latín y el tono de voz. Rekke le dejó levantarse y recuperar el equilibrio antes de volver a

derribarlo con otro movimiento, y en esta ocasión Lucas se dio un golpe bastante feo en la cabeza. Nada serio, pero aun así se quedó visiblemente aturdido y, al intentar ponerse de pie de nuevo, se tambaleó y cayó otra vez al suelo.

—Eres fuerte —reconoció Rekke, como si quisiera animarlo—. Pero demasiado impulsivo y predecible. A tus ataques los preceden unos tirones en la zona de tus hombros. Tu cuerpo te delata, eso es algo en lo que tienes que trabajar, y ahora, ahora mismo, estás desconcertado y un poco grogui, y pienso aprovecharlo.

Rekke levantó a Lucas y lo empujó contra la pared, e iba a decir algo sobre Julia. «Julia», le dio tiempo a pronunciar. Pero acto seguido cambió de nuevo, se puso rígido, aguzó el oído y soltó a Lucas. A Micaela le inquietó que bajara la guardia. Aunque parecía que Lucas también había percibido algo, y entonces Micaela oyó unos pasos, acompañados por el ligero silbido de una respiración aguda.

—Sol, y ahora un fa sostenido —murmuró Rekke, y de repente allí estaba, el hombre del que Micaela tanto había oído hablar, hasta el punto de que ya se había convertido en una fuerza mítica en su conciencia.

—Estoy impresionado, Hans —aseguró—. Te has mantenido en forma. Te doy la bienvenida. Lo cierto es que no creía que nos encontraras aquí. Pero, como siempre, me sorprendes.

—Suelta a mi hija, o te mato.

—Ah, ¿sí? ¿Realmente me vas a matar? —dijo Morovia sonriendo, y se giró hacia Micaela; entonces ella se asustó de verdad.

La miró como un depredador estudia su presa, y detrás de él aparecieron dos hombres con armas en las manos, y reconoció a uno de ellos en seguida. Era el tipo con el pelo teñido de rubio que había visto en las imágenes de las cámaras de vigilancia de Venecia.

Claire observaba el tablero; podría llegar a tablas sin problema, pero tablas no era una alternativa. En ese caso uno de ellos perdería la libertad y quizá la vida, había dicho Gabor, y tal cosa era espeluznante. Tenía que sacar todo su instinto ganador y jugar como nunca en su vida. Cerró los ojos durante un segundo.

Cuando los volvió a abrir, contempló el tablero con ojos que parecían arder, y de repente se impacientó y se llenó de odio aún más.

Lo iba a destrozar, simplemente, y al instante siguiente vio algo, una jugada magistral, pensó. Podía avanzar con su caballo y crear una amenaza doble, tanto para la torre como para el alfil de Gabor, y agarró la pieza. Entonces sintió un pellizco en el costado. Era Jakob. Jakob se había comportado de forma extraña durante toda la partida, mirando el tablero con ojos vidriosos. No resultaba fácil entender lo que se le pasaba por la cabeza. Sabía que siempre le habían interesado sus partidas, pero difícilmente sería capaz de seguir el juego en este nivel, quizá solo intentaba sobrellevar la tensión que había en el ambiente.

—Sí, cariño. ¿Qué quieres?

Jakob no contestó. Se limitó a lanzar una mirada llena de intención sobre el tablero y agarró la mano de su madre, que estaba en el caballo. ¿Debería ella pedir que hicieran una pausa para ver cómo estaba el chico? No, tenía que centrarse en el juego y aprovechar su oportunidad, y por eso se soltó con amabilidad de Jakob y se dispuso a mover la pieza, y en ese momento el niño pronunció su primera palabra en toda la partida.

—No —dijo.

Una expresión sarcástica se formó en la cara de Morovia.

—¿Está intentando ayudar?

Ella miró inquisitiva a Jakob.

—Adelante, deja que lo intente, a ver si así podemos terminar esto a tiempo —continuó Gabor.

—Somos tú y yo los que jugamos —contestó ella—. No metas al chico en esto.

—¿Ves? Ni tú crees en él. Sabes que es un inútil.

—Animal —murmuró ella, y casi se le echa encima, pero se serenó justo a tiempo—. Creo que es bastante más inteligente que ese hijo matón tuyo que daba patadas de yudo —le espetó en cambio.

Los ojos de Gabor brillaron de furia.

—No te atrevas a seguir por ahí —dijo él.

—Me atrevo a más cosas de las que crees. Y confío en mi hijo. Así que, Jakob, ayúdame.

Jakob bajó la mirada, profundamente incómodo con la atención, pero sí que dijo algo, aunque ninguno de los dos lo oyó.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Debes replegarte con la reina hasta b4 —murmuró, y entonces

ella le sonrió con cariño, preguntándose al mismo tiempo qué coño estaba haciendo.

¿Por qué iba a avergonzar al chico de esa manera? Retirarse con la reina sería renunciar a toda la posibilidad de aventajarse. Aun así, hizo lo que Jakob sugería, quizá simplemente para no darle la razón a Gabor. Quería dejar claro que confiaba en su hijo, aunque en su interior se maldecía por haberse dejado provocar. Esa jugada podría costarle la victoria y quizá la vida.

Samuel estaba delante del espejo en el gimnasio afanándose al máximo para ponerse guapo. Le iba regular. Debía de haberse hecho un rasguño en la mejilla al caer. Tenía una marca un poco por debajo del ojo izquierdo y eso reforzaba el color encarnado y el aire ebrio que había en su aspecto.

Además, la mitad izquierda de su cara —y eso en realidad era lo peor— se veía más caída que la derecha. Parecía torcido, ¿verdad?, ¿y viejo? Ahora, ante la posibilidad de reencontrarse con Claire, le resultaba doloroso ver todo aquello a lo que no había dedicado ni un solo pensamiento durante los últimos años. Su torso, sin embargo... Se quitó la americana y se quedó en camisa delante del espejo. Del cuello hacia abajo seguía aparentando treinta años. Eso al menos debería impresionar a Claire, y se peinó el pelo hacia atrás para ocultar la calva, que resultaba evidente en la coronilla.

Luego se marchó. Había escampado y hacía un sol radiante. El día había amanecido muy bonito, y sentía una esperanza inevitable. Y si realmente podía verla... ¿qué le diría? Ni un solo reproche, decidió. Se mostraría comprensivo. Ella le había hecho un daño terrible, pero no la iba a juzgar. Iba a escuchar y a intentar ponerse en su situación. Tenía que haber una explicación.

Apretó el paso y el recuerdo de ella se tornó más nítido que en muchos años. Estaba delante de él sin asomo de aquel aire hiriente que siempre solía rodearla en su memoria. Acto seguido, se preocupó. Quizá se le castigaría por tener pensamientos tan luminosos y esperanzadores. Bajó la mirada a la acera y a sus piernas, y se dio cuenta de que cojeaba. El sudor le manchaba la frente y la pechera de la camisa. No podía llegar sudoroso o, aún peor, oliendo mal.

Claire era sensible a los olores. Después se rio nervioso. No

dependería de unas gotas de sudor, pero aun así, nunca se sabía. Los detalles pequeños podían ser decisivos, y cuando un taxi pasó cerca —estaba entonces a la altura de Odenplan— lo paró y al sentarse intentó tranquilizarse. *¿Decisivos para qué...?* Tenía que serenarse. ¿De verdad se imaginaba que ella volvería con él después de catorce años? Eso eran esperanzas demenciales. Lo cierto era que él no sabía nada. Nada de nada. Quizá ni siquiera se trataba de Claire. O, mejor dicho, sería un milagro que fuera ella. Pero aun así... «Tenéis mucho de que hablar», había dicho Alicia Kovács. Tenía que ser Claire. Entrelazó las manos y empezó a rezar, justo como había hecho Claire cuando se sentía débil.

Querido Señor Jesucristo y Santa madre de Dios, permite que sea Claire.

El taxi avanzaba por Birger Jarlsgatan y enfiló Strandvägen. Le pidió al taxista que le dejara un par de centenares de metros antes; quería disponer de tiempo suficiente para prepararse. Consultó el reloj. Llegaba pronto, muy pronto. Pero tenían que entenderlo, ¿no? No podía ser puntual cuando toda su vida estaba en juego. Se dio prisa, entró en el bufete de abogados marcando pecho y se encontró con la chica que le había servido la copa de vino Amarone. Ella lo miró asustada y Samuel estaba lo suficientemente lúcido como para comprender el motivo. Sin duda, parecía un salvaje.

—Siento llegar tan pronto —se disculpó.

La chica consultó el reloj de la pared y con cierta aspereza dijo: «Pues sí, la verdad», y eso lo irritó. Afortunadamente en seguida la reprendieron por su actitud. Alicia Kovács bajó por la escalera con una amplia sonrisa y aseguró que no tenía ninguna importancia, que casi mejor.

—Tu visita ya está aquí —anunció.

—¿Dónde? —preguntó Samuel.

—Arriba, en el despacho de Gabor, donde has estado antes —dijo ella, y, con el corazón palpitando con fuerza y cojeando más que nunca, Samuel subió por la escalera y lo condujeron al despacho.

Justo antes de entrar, cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, su mirada erró por la estancia sin comprender lo que estaba viendo.

Capítulo 49

Micaela, por alguna razón, se había imaginado a Morovia parecido a Rekke —alto, intenso, de facciones afiladas—, pero más oscuro, no solo en los colores, sino en su aspecto general, y no iba muy desencaminada. Era más bajo y más fuerte, de pasos suaves, casi femeninos, y movimientos estudiadamente elegantes. Llevaba un traje gris con chaleco y un fular alrededor del cuello. El rostro resultaba más bien bello, y la tez, bastante clara, pero el pelo era negro y espeso, y la mirada, penetrante, como la de Rekke.

Los ojos cambiaban de color y los labios se veían redondeados y sensuales, mientras que el resto de su cuerpo daba una impresión nítida y, al igual que las facciones, afilada, y, con independencia de que Micaela quisiera o no, su presencia la abrumó. Era como si se hubiera hecho con el control de todo en la habitación, y nada en su mirada mostró sorpresa por ver a Lucas humillado y tirado en el suelo. Pero probablemente le traía sin cuidado, y a Micaela, casi también. Era como si el mundo entero se redujera y temblase ante el encuentro de Gabor con Rekke.

—Hans, si tú supieras lo que he ansiado verte de nuevo preso de esa concentración tan consumada —dijo Morovia, y entonces Micaela lo sintió directamente, como algo en el pecho.

De verdad había algo hipnótico en su voz y en su carisma. Pero Rekke no solo no se molestó en contestarle. Tampoco lo miró. Dirigió sus ojos hacia los hombres que estaban detrás de Morovia y en dirección a la cocina. Era cierto que necesitaba con urgencia hacerse una visión general de la situación, pero aun así la impresión que dio fue de una clara provocación. Ni siquiera se dignó a mirar a Morovia. Todo su cuerpo parecía querer demostrar hasta qué punto le odiaba.

—¿No me quieres responder? —preguntó Morovia.

—Solo me interesa hablar con mi hija.

Morovia dio otro paso en su dirección.

—Me temo que esto lo vamos a tener que hacer a mi manera —

aclaró—. Y si por casualidad entrase más gente aquí, no sería nada bueno para ella.

Fijó la vista en Micaela y volvió a sonreír.

—Entiendo —contestó ella.

Morovia le tendió la mano. Micaela se la estrechó en contra de su voluntad y sin saber adónde dirigir la vista. Pero Morovia en seguida se giró hacia Rekke.

—Te felicito por tu interesante elección de pareja. No del todo de tu círculo, ¿verdad?

—Puedes hablarme directamente también, ¿eh? —dijo ella.

—Puedo, claro que puedo. Pero en el fondo este es un diálogo que tengo que mantener con Hans, y por eso me dirijo a él. Podría añadir que lo que ahora está pasando con Julia es responsabilidad mía. Descargo de culpa a tu hermano Lucas.

—Llévame a ella —lo interrumpió Rekke, todavía sin mirar a Morovia.

—¿Me desafías? —dijo Morovia.

—Haré lo que sea necesario para recuperar a mi hija —respondió Rekke.

—Eso me temo que es mucho. Pero venga, vamos primero a verla. Es una chica buena, sensible, ¿a que sí?

Rekke tampoco contestó a eso. Se limitó a observar a su alrededor mientras entraban en la gran cocina, que daba a una terraza, y de pronto su cuerpo se estremeció. Al otro lado de la ventana, junto a una piscina, estaba Julia, agachada, envuelta en un albornoz grande y azul, atada, amarrada a dos argollas metálicas que estaban clavadas en el suelo. Se la veía pálida y asustada, y a su lado se encontraba el hombre rubio. Llevaba un arma en la mano, y en el pavimento empedrado junto a la piscina había un bidón gris y una cámara cinematográfica que le provocaron escalofríos a Micaela.

—Julia —dijo Rekke mientras salían corriendo los dos.

—Papá —susurró Julia—. Lo siento.

—La culpa es mía y de nadie más —respondió Rekke.

—Más bien es mía —murmuró Micaela, al tiempo que Rekke se acercaba a Julia con los brazos abiertos.

Lo detuvo el hombre rubio con el arma, y aparentemente Rekke decidió no pelearse esta vez. Tan solo lanzó una mirada furibunda a Morovia, quien hizo un gesto con la mano mientras seguía sonriendo

con la misma confianza en sí mismo.

—Quizá no sea la escena más grandilocuente que podía haber encontrado. Pero valdrá, y siempre he pensado que...

—¿Puedes cerrar el pico, Gabor? —interrumpió Rekke—. ¿Y decirme de una vez qué es lo que quieres?

—Venganza, Hans, quiero venganza. ¿No es evidente? Pero primero quiero darte las gracias. Los enemigos nos mantienen alerta y vivos. Nos necesitamos mutuamente para no perder la agudeza, ¿verdad?

—Ahórrame tus estúpidas teorías filosóficas del poder.

Gabor negaba con la cabeza como si el rechazo de Rekke se le antojara casi conmovedor.

—Considéralo como una oportunidad, Hans. Nada está decidido. Siempre hay esperanza. Así que aprovéchala y habla conmigo. A veces pienso en tu gato.

—No lo dudo —dijo Rekke.

—Así encontré mi camino. Muchos se han consumido entre las llamas desde entonces. Pero tu gato fue el primero. ¿Sabes lo que he pensado a menudo?

Rekke no contestó. Se limitó a sonreírle a Julia con los dientes apretados murmurando otra disculpa.

—A menudo he pensado en el hecho de que lo llamaras Ahasverus —continuó Morovia—. Se trataba de una proyección, ¿a que sí? Ahasverus eras tú. Condenado a vagar sin descanso y a verlo todo. Condenado a buscar claridad, pero siempre para no encontrar más que una nueva oscuridad. Condenado a resolver misterios, pero siempre para darte cuenta de que la pregunta es más interesante que la respuesta, el misterio más resplandeciente que la solución.

—Realmente estás loco.

—Pero hallaste el amor por el camino. Eso te lo concedo. Tenías a tu Ida, y luego... —Morovia echó un vistazo a Julia—. Por un capricho del destino tuviste una hija al mismo tiempo que yo un hijo, y supongo que quieres a tu hija como yo quise a mi Jan.

—Lamento lo que sucedió, Gabor —dijo Rekke, y por primera vez su mirada se cruzó con la de Morovia.

—Gracias, Hans. ¿Así que pese a todo te importa un poco? Resulta casi conmovedor. Pero es, por supuesto, demasiado tarde.

—Nunca es tarde para dudar de las intenciones de uno.

La voz de Rekke se quebró.

—Seguro —continuó Morovia—. Pero, antes de que nos dediquemos a Julia, quiero que sigamos con nuestra conversación. Considera estos minutos como un regalo para ti y tu acompañante. Buscáis a Claire Lidman, ¿verdad?

—Yo no hago ninguna otra cosa que salvar a mi hija —replicó Rekke.

—Permítame que te corrija —dijo Gabor—. Buscasteis a Claire Lidman antes de que la vida se redujera a otra cuestión. Déjame que te hable de ella. Prometo cuidar de Julia mientras tanto. Ricardo, ¿le das un poco de agua y unos analgésicos? Pregúntale también si quiere comer algo...

Rekke lanzó otra mirada de preocupación hacia su hija mientras murmuraba:

—Todo se arreglará, corazón, nos sacaré de esto.

La cara de Gabor se iluminó, como si le hubieran gustado esas palabras.

—Claro que sí, puedes hacerlo —afirmó—. Te voy a dar una oportunidad. A Claire se la di y la aprovechó, aunque... Bueno, no voy a destriparos la historia. Os la contaré desde el principio. ¿O prefieres que te hable de Ida primero?

—Yo solo quiero oír lo que debo hacer para llevarme a Julia de aquí.

Gabor Morovia dio un paso hacia delante y bajó la vista a sus manos, donde se veía un llamativo anillo de sello con una piedra negra en el dedo meñique.

—Estás mirando mi anillo, ¿verdad? Lo llevo en recuerdo de Jan, tengo sus fechas grabadas. Murió a las tres y cuarto de la tarde del 23 de febrero. Tenía nueve años, y lo último que dijo fue: «Perdón, papá», como si le correspondiera algún tipo de culpa por lo que pasó. —Morovia se volvió hacia Rekke de nuevo—. Creo que te habría caído bien. Pero... —asentía con la cabeza hacia Rekke, quien miraba sin cesar hacia Julia— no te voy a cansar con mi dolor, sino que me concentraré en el tuyo, el que tienes y el que tendrás.

—Vete al infierno.

—Ya, pero si no quieres oír sobre Ida ni sobre Claire, déjame contestar tu pregunta. ¿Hay algo que puedas hacer? Dame algo importante como recompensa por tu hija, y me lo pensaré.

—Te doy mi vida a cambio —dijo Rekke.

—*¿Tu vida?* —Morovia se rio de forma teatral—. Las palabras de un héroe. Pero eso no basta y, además, ¿con quién voy a jugar si tú no estás? No, Hans, tendrás que ofrecerme algo mejor. Dame unos secretos. ¿Qué le dijiste a Camphausen para que viniera a por mí? ¿Y quién le filtró la información al sicario de Putin?

Rekke se pasó la mano por el pelo.

—No le dije nada a Herman que él no supiera ya —respondió—. Y no sé quién filtró la información. Pero no me hagas creer que eso marcaría ninguna diferencia. Tú nunca te vengas de verdad, Gabor. Solo buscas pretextos para hacer daño y despertar lo que está muerto dentro de ti. La venganza no es más que una quimera con la que enmascaras tu sadismo. Pero puedo darte una cosa.

—¿Qué, Hans? ¿Qué?

—Compasión, Gabor. Intentas curar tu herida, pero lo único que logras es hacerla más profunda. *Veritas odium parit*. Y ahí dentro solo encuentras más odio.

Morovia bufó.

—No olvides que te he visto pelear, Hans. Te he oído tocar. Te he mirado a los ojos mientras me echabas de tu camerino. El odio se mueve dentro de ti igual que en mí. Lo veo en tu cara. Y sé que siempre has querido medir tus fuerzas conmigo.

Rekke dio otro par de pasos en dirección a Julia.

—Sabes menos de lo que crees, Gabor. Como todos los pequeños tiranos solo proyectas tus perversiones. No tienes ni idea de lo que estoy pensando ahora. Tu soberbia te hace vulnerable —dijo, y echó una ojeada a Micaela, una mirada que parecía exhortarla a actuar, y al instante siguiente estalló.

Con una patada, Rekke le quitó la pistola al rubio y lo tiró a la piscina de un rápido movimiento. Acto seguido, se volvió hacia Morovia, preparado para la lucha. Era como si se hubiese puesto ante un espejo. Morovia imitó con la rapidez de un relámpago su posición de ataque, y en un segundo los dos hombres parecían listos para abalanzarse uno sobre otro. Pero Micaela no esperó a ver lo que pasaba; echó a correr a por el arma que estaba a unos diez metros de ella, al lado de la piscina, aunque no le dio tiempo a alcanzarla. Julia gritó desesperada:

—¡Detrás de ti!

Micaela se giró. El otro de los hombres de Morovia, un tipo fornido con ojos fríos, la apuntaba con una pistola. Micaela permaneció como paralizada un par de segundos buscando una salida a la situación. Finalmente, Julia volvió a gritar.

—¡Lucas!

Sí, ¿dónde coño se había metido Lucas? Allí. Ahora lo veía. Lucas estaba en la cocina. Tenía el cuerpo torcido, como si quisiera ir en dos direcciones a la vez. Pero no contestó a los gritos de Julia. Parecía indeciso y furioso.

—Ayúdanos. ¿No estarás del lado de estos idiotas? —gritó Julia, y no fue una mala forma de plantearlo.

No era su estilo atar a mujeres jóvenes y guapas y amenazar con matarlas, pero Lucas, el maldito cobarde, permanecía inmóvil, al parecer desconcertado, y luego se largó. Desapareció soltando un taco, y justo entonces Morovia lanzó un nuevo ataque contra Rekke que lo hizo tambalearse hacia atrás.

Se veía en seguida que Gabor era el más fuerte y rápido de los dos, el que más en serio y con mayor determinación se había dedicado a las artes marciales. De golpe, la situación se antojó una causa perdida, sobre todo cuando el hombre rubio trepó fuera de la piscina y se inclinó, empapado, a recoger su arma, que descansaba sobre el suelo empedrado.

Pero Rekke dio un paso hacia atrás y le hizo una señal con la cabeza a Julia. Y, de súbito, en un movimiento que debía de haber practicado, le quitó de una patada la pistola de la mano al hombre y se lanzó encima de Morovia con una serie de golpes y puntapiés. La cara de Morovia brillaba, más bien de placer, como si estuviera plenamente convencido de que iba a ganar. Devolvió los ataques, parecía una danza, como algo coreografiado.

Micaela dio un paso hacia delante y le asestó un cabezazo al hombre rubio, pero en el alboroto que siguió los dos cayeron a la piscina y sin poder hacer nada vio cómo Morovia acertaba una violenta patada en el estómago de Rekke que le hizo doblarse.

Acto seguido sucedió algo incomprensible que Micaela debería haber previsto, pero que aun así la dejó en shock. El otro hombre, el de los ojos fríos que la había apuntado con la pistola, avanzó un paso y, obedeciendo una señal de Morovia, cogió el bidón que estaba justo al lado de Julia. Desenroscó el tapón, levantó el bidón con un resuelto

movimiento y vertió el contenido sobre Julia. A pesar de los gritos que atravesaron el aire y el caos general que se produjo, nada resultó más nítido en ese momento que el inconfundible olor a gasolina.

Claire había perdido la iniciativa al retirar la reina, e hizo todo lo posible por reparar el daño que creía que la jugada le había causado. Pero mientras se acomodaba en la nueva posición, vio algo en la cara de Gabor. No fue gran cosa, solo un matiz en sus ojos verdes. Pero algo había que le molestaba, eso quedaba claro, y ella de repente lo comprendió; había desbaratado su plan o, mejor dicho, Jakob lo había hecho.

La jugada la había salvado de una trampa en el flanco derecho, y ese pensamiento hizo que la sangre circulara veloz y ella entró en estado de *flow*. Era como si todo el trabajo al que se había dedicado todas las noches solitarias de repente resultara rentable e intuitivamente vio lo que debía hacer.

El cerebro le funcionaba como nunca y, mientras ella desplazaba sus piezas con rapidez, Gabor se tomó su tiempo, y aun así ella previó sus jugadas. Había asumido el mando y, por mucho que le daba vueltas a la situación, no veía que Gabor tuviera salida alguna, y pensó en decirle: ¿te rindes? Pero temía su reacción.

No tenía ni idea de cómo la autoestima de Gabor gestionaría una derrota, pero ahora no podía echarse atrás. Él le había prometido la libertad si ganaba, de modo que ella seguía adelante, cada vez con mayor determinación. El mundo entero desapareció. Solo veía el tablero, y aumentó el ritmo aún más. Vio que podría ir hasta el final con el peón y cambiarlo por otra reina. Ya no cabía duda: la partida estaba acabada.

—Te puedo ofrecer tablas —dijo él.

Ella lo miró perpleja.

—¿Bromeas? —respondió ella—. Pero si estás perdiendo. ¿No lo ves?

Gabor fingió no oírla y, en lugar de mirarla a ella, se giró hacia Jakob con ojos decepcionados.

—Yo nunca pierdo —dijo.

Ella no sabía qué decir, pero se esforzó para no montar en cólera.

—Muestra un poco de dignidad y asúmelo como un hombre,

Gabor. Eres mejor jugador que yo, pero esta vez no ha sido suficiente —hizo un gesto señalando las piezas para ilustrar hasta qué punto su situación no tenía salida— y me has prometido... —continuó.

Gabor levantó la mano como para detenerla y entonces ella se calló a fin de entender mejor lo que pasaba.

—Además, has aceptado ayuda —objetó él—. Según todas las reglas del juego, eso es hacer trampa.

Ella no se podía creer lo que oía.

—Me ha ayudado el niño al que acabas de llamar inútil; además, por iniciativa tuya.

Gabor dirigió la vista hacia el canal y se ajustó el cuello de la camisa.

—*Es* un inútil —replicó.

Claire hizo un esfuerzo por quedarse quieta.

—No tienes derecho a decir eso —se quejó.

—Pero es la verdad. Fíjate en él. Ni siquiera es capaz de mirar a la gente a los ojos. Tartamudea y se rebulle. Es raro, Claire, nada más. Y débil.

—Lo suficientemente fuerte para ver tus intenciones sobre el tablero.

Las mejillas de Claire ardían.

—Es patético.

—No lo conoces —le espetó Claire con una voz que ya le resultaba imposible controlar.

—Solo hago lo que tengo que hacer y, por lo demás, nuestra partida ha terminado. Sois libres de iros.

Ella lo contempló, con la boca seca y el corazón palpitando con fuerza.

—¿Así que admites haber perdido?

—Hemos quedado en tablas. Has ganado a medias.

Mantén la calma, pensó ella, es un momento decisivo, no lo eches todo a perder.

—Podemos sentarnos tranquilamente y analizar nuestras opciones, si quieres —sugirió ella.

—No me apetece —dijo él mientras empezaba a recoger las piezas.

—No —gritó ella, y puso su mano sobre la de él.

Gabor rechazó el contacto y la apartó. Luego se puso de pie, y

entonces ella no vio otra salida que levantarse también, pero, aunque le hizo un gesto a Jakob, este se quedó sentado con las piernas enroscadas como un nudo.

—Como he dicho, fíjate en él —dijo Gabor.

—Monstruo —espetó ella, pero eso, claro, era también una táctica errónea.

Las palabras solo calmaron a Gabor. Por lo visto, ella podía vencerlo al ajedrez, pero nunca sería capaz de ganarle en este tipo de juego psicológico, y, efectivamente, él se limitó a sonreírle, como si fuese el anfitrión perfecto que lidiaba con un invitado que decía algo inapropiado.

—Ha sido un placer teneros aquí. Pero ahora debo retirarme. Permíteme que vaya a buscar tu abrigo y tu bolso. ¿Te apañas con tu hijo o quieres que le pida a Ricardo que te ayude?

—Mi hijo se las arregla perfectamente solo —replicó ella, y ayudó a Jakob a levantarse.

El niño se mostró más envalentonado de lo que Claire se había esperado. Enderezó la espalda y salió con ella sereno hasta la estancia abovedada, donde Claire recibió su bolso y su abrigo.

Gabor le tendió la mano.

Ella se la estrechó mirándolo a los ojos. Gabor le sonreía casi con tristeza. Si Claire no lo conociera tan bien, habría podido interpretar la sonrisa como amable.

—¿Ahora nos dejarás en paz? ¿Podemos sentirnos seguros?

—Adiós, Claire —dijo Gabor sin soltar su mano—. Y adiós, Jakob.

Resultaba más que evidente que no había contestado a la pregunta, y Claire dudaba si debía volver a hacerla o no. En su lugar se despidió con un movimiento de cabeza y se giró, cogió a Jakob de la mano y bajó por la escalera curva con pasos briosos, un poco descuidados. El libro de ajedrez se le volvió a caer del bolso. Gabor se acercó con rapidez para recogerlo.

—Quizá no lo necesites. Es evidente que lo has estudiado en profundidad —dijo Gabor, y eso será, pensó ella, lo más cerca que llegará nunca a admitir que ella lo había vencido.

Pero no lo comentó. Se limitó a coger el libro con la mano derecha y a salir con Jakob camino de la plaza de San Marcos.

Capítulo 50

Samuel estaba tan mentalizado de que iba a ver a Claire que no entendía lo que sucedía. Lo que se había esperado se entremezclaba con lo que tenía delante, algo incomprensible, una especie de figura angelical con brazos escuálidos a la que veía ora borrosa ora nítida, como si a su ojo le costara enfocarla, y que confluía con la luz solar que se filtraba por la ventana.

Pero, cuando Samuel consiguió calmar la respiración y parpadeó un par de veces, se dio cuenta de que se trataba de un chaval de pelo rizado y grandes ojos nerviosos. El chico llevaba un traje beige, arrugado, que le sentaba a la perfección, pero que parecía demasiado adulto para él. El traje y toda su inquieta figura reforzaban la sensación de que no era más que un niño pequeño, a pesar de su altura. Su cabeza se mecía de un lado a otro, y el pie derecho se enredaba con el izquierdo haciendo que todo el cuerpo diese una impresión de inestabilidad, como si en cualquier momento fuera a caerse hacia delante.

—¿Quién eres? —preguntó el niño en inglés, y cuando Samuel no contestó inmediatamente, el chico continuó—. Han dicho que era importante que te conociera. Pero no han querido explicarme nada más. ¿Sabes dónde está mi madre? Ella desapareció, y dicen que no tienen ni idea de dónde está. Pero yo creo que mienten. Dicen que tú la conoces. Ella nunca desaparecería así, si no hubiese pasado algo grave.

Las palabras le salieron a raudales y Samuel quería marcharse de allí. Estaba enfadado porque el niño no era Claire. Se sentía víctima de una terrible traición, y si solo hubiera obedecido sus instintos, le habría gritado al niño y hubiera salido dando un portazo. Pero se hallaba lo suficientemente sereno como para comprender que eso sería despiadado. Al chaval se le notaba tan alterado como a él mismo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se retorcía como una serpiente y, en una curiosa reflexión, a Samuel se le ocurrió que el chico era un reflejo de

él mismo. De su propia desesperación.

—¿Quién es tu madre? —preguntó.

—Sara Miller —respondió el chico.

El chaval dio un paso vacilante hacia Samuel y pareció a punto de caerse de bruces. Samuel se preparó para agarrarlo.

—¿Qué? —dijo—. ¿Quién?

—He estado viviendo con un viejo —siguió el niño, como si no hubiera oído la pregunta—. No he ido al colegio desde marzo, y nadie me ha explicado nada. Solo que debo esperar. Pero esta mañana...

El chico empalideció.

—Creo que necesitas sentarte —interrumpió Samuel, y lo ayudó a acomodarse en el mismo sillón en el que había estado Morovia hacía unas horas.

Samuel se sentó al lado y se preguntó si debía llamar a Alicia Kovács. Le daba la sensación de que el chaval necesitaba ayuda.

—¿Qué ha pasado esta mañana? —continuó.

—Me dijeron que debía ir al aeropuerto. Apenas me dio tiempo a hacer la maleta, y viajé en un avión privado. Vi a mi padr... —cambió — a Morovia allí delante. Pero no quiso hablar conmigo. Me miraba como si lo hubiera decepcionado enormemente.

—¿Es Morovia tu padre?

—No, pero durante mucho tiempo creí que lo era. O al menos antes mi madre me decía que debía llamarlo padre. Pero ella tenía miedo, creo. Me dejaba verlo para que estuviéramos más seguros.

—¿Y tu madre se llama Sara Miller?

El niño volvió a mecer la cabeza, y a Samuel le dio la impresión de que estaba al borde de una crisis nerviosa.

—También la llaman Claire a veces. Se llamaba así antes.

—Dios mío —exclamó Samuel.

—¿La conociste?

—Fui su marido —dijo Samuel, y se corrigió—: *Soy* su marido.

—¿Su marido?

El chico pareció aún más desconcertado.

—Tu madre y yo estábamos casados —continuó Samuel, y se esforzó por mantener la objetividad—. Pero ella desapareció, y durante muchos años he creído que estaba muerta. Supongo que se ha mantenido escondida...

—De Morovia —completó el chaval, y de repente sonó más

tranquilo; y mayor.

—Sí, probablemente —convino Samuel, y sintió cómo mil preguntas se formaban en su cabeza.

Pero se las calló. No quería arruinar aquello que —a pesar de la decepción de hacía un momento— de repente se le antojó valioso, como algún tipo de recompensa por Claire.

—La amaba —dijo él.

El chico pareció reflexionar.

—¿Eres tú el que es tan fuerte? —dijo—. ¿El manitas? ¿El que puede arreglarlo todo?

—No sé si arreglo muchas cosas ya. Pero soy bastante fuerte.

Samuel hizo una pequeña y torpe pose de doble bíceps.

—Todo el mundo dice que yo también debería hacer ejercicio —explicó el chico—. Morovia me llama débil.

—A mí me parece que estás bien así.

—No —dijo el niño con tanta tristeza que Samuel sintió el impulso de agarrarle las manos.

—¿Qué tonterías son esas? —contestó—. Así piensan todos los que lo han pasado mal. Te ves como un inútil al final, pero en realidad...

—Mamá me ha hablado de ti —interrumpió el chico.

—Ah, ¿sí?

Samuel se sobresaltó. No quería oírlo. Todo había ido demasiado rápido. No podía entender que, de pronto, estuviera hablando con el chaval con tanta confianza. Debía de ser una evasión, pensó, una manera de alejarse de todas las preguntas que le quemaban por dentro. ¿Dónde estaba Claire? ¿Qué estaba pasando?

—Decía que nunca aprendió a cocinar porque tú te encargabas de todo. Se volvió discapacitada, decía.

—Siento mucho haberla discapacitado.

—Creo que lo decía como un cumplido.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué le pasó a tu madre?

—Estuvimos en Venecia —explicó el chico.

Samuel se inclinó hacia delante, con todo el cuerpo en tensión.

—¿Qué hicisteis allí?

—Visitamos a... Morovia —continuó el chaval al tiempo que hacía una mueca de desagrado.

—¿Qué pasó? —inquirió Samuel.

—Comimos y ellos empezaron a jugar al ajedrez. Parecía una partida importante; como si jugaran por algo decisivo. Nuestra libertad, dijo mi madre.

—¿Vuestra libertad?

—Sí —continuó—. Mi madre estaba tensa, como si fuera a vida o muerte y estuviera a punto de caer en una trampa. Pero yo la ayudé un poco. Recuperó su ventaja.

Samuel miró al chico como si no lo hubiera entendido bien.

—¿La ayudaste? No conozco a nadie capaz de ayudar a Claire jugando al ajedrez.

—La partida me sonaba, recordaba un poco a la que jugó Capablanca contra Marotti en Londres en 1922.

Samuel lo contempló perplejo.

—¿Sabes de esas cosas?

—Sí —contestó el chaval con seriedad, pero sin parecer orgulloso —. No he tenido mucho que hacer y en realidad nunca he tenido amigos. He estudiado partidas antiguas y he jugado conmigo mismo.

—Contigo mismo.

—Y a veces contra un ordenador de ajedrez.

Samuel tragó saliva.

—Debes de ser un genio. Uno no ayuda a Claire, sino que te acomodas en el sillón y la admiras.

El chico sonrió con melancolía y dijo, de nuevo de manera adulta:

—Tiene sus defectos.

Samuel le devolvió una sonrisa triste.

—Es verdad. Los tiene. ¿Qué pasó?

—Le quedaban seis movimientos antes de hacer jaque mate cuando Morovia interrumpió la partida y ofreció tablas.

—¿No quería perder?

El chaval miró por la ventana.

—No —contestó—. El ambiente daba bastante miedo y Morovia dijo un montón de cosas terribles.

—¿Como qué?

—¿Tengo que contártelo?

—No.

—Luego nos marchamos. A mi madre le entró mucha prisa.

—¿Y llegasteis a la plaza de San Marcos?

—¿La plaza de San Marcos?

—Vi una foto de ella allí.

—Ah, ¿sí? Pero no conozco los nombres de los lugares allí. Mi madre estaba muy estresada y caminaba muy rápido. Había un montón de edificios antiguos y muchísima gente y pájaros y no sé cómo me quedé atrás y, de repente, escuché a alguien llamarme. Era uno de los chicos de Morovia, se llama Ricardo...

Era evidente que le resultaba difícil hablar de eso, y de nuevo la cabeza empezó a mecerse.

—¿Y? —dijo Samuel.

—Me paré. Supongo que pensé que se nos había olvidado una cosa o algo así, y cuando quise alcanzar corriendo a mi madre de nuevo no la encontré. Ya no estaba, y grité todo lo que pude, y una vez la oí chillar «Jakob, Jakob». Pero no entendía de dónde venía la voz. Di vueltas corriendo durante horas preguntando por ella e intenté llamarla por teléfono. Pero había desaparecido.

—Dios mío —dijo Samuel, y sintió un nuevo impulso de agarrarle las manos, pero permaneció sin moverse en la silla—. ¿Qué pasó después? —preguntó.

—Apareció Morovia y dijo que mi madre se había tenido que ir de viaje, pero no le creí y pegué patadas y golpes y le arañé y le grité que lo odiaba, y entonces se marchó y luego vinieron otras personas a buscarme y estuve viviendo con una señora bastante amable en Milán. Pero creo que ella no me aguantaba. Rompía cosas e intenté escaparme varias veces, y me trasladaron con un viejo que decía que era familia de Morovia y con sus dos criados.

—¿Y luego te trajeron aquí en avión?

—Sí, estaba completamente seguro de que iba a poder ver a mi madre por fin. ¿No era en Suecia donde vivíais?

—Sí, aquí era, no muy lejos.

—Pero ella no llega. Llevo horas en estas oficinas. ¿Qué voy a hacer?

Samuel no tenía ni idea de lo que iba a hacer el chico, pero en ese momento descubrió algo extraño en sus ojos y en las comisuras de los labios que le causó un repentino vértigo. Aunque no, eso sería ridículo. Era otra vana ilusión estúpida, y tampoco le dio tiempo a terminar de pensar sobre ello. La puerta se abrió y entró Alicia Kovács

con una cara como si ella también hubiese pasado por un drama interior. Estaba pálida. Los ojos agitados.

—Creo que lo mejor es que os vayáis ahora mismo —dijo.

Samuel se levantó.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy preocupada —murmuró ella—. Poneos a salvo. Está del peor humor posible.

¿Quién?, se preguntó Samuel, ¿quién está del peor humor posible? Pero en realidad no hacía falta que lo preguntara. Lo entendió. Cogió al chico de la mano y se marcharon.

Julia comprendió al instante que se trataba de gasolina. El mundo entero se detuvo, y ella parpadeó con desesperación para que no le entrara en los ojos. Pero otra cosa en su interior empezó a actuar, o, mejor dicho, ante la imposibilidad de actuar empezó a pensar, a centrarse. Levantó la vista hacia el hombre que acababa de echarle la gasolina encima. Llevaba una cazadora verde de tela y se le veía musculoso y con una mirada fría, pero sus manos temblaban y eso era bueno, pensó ella. Estaba bajo mucha presión y tenía demasiadas cosas de las que estar pendiente: su arma, que metió en la funda, todo el caos a su alrededor, y lo que ahora sacaba del bolsillo del vaquero y que manoseaba torpemente. Un pequeño objeto metálico que brillaba como si fuera de plata y que la hizo revolverse. El objeto era un mechero.

Ella iba a arder en cualquier instante y trató por todos los medios a su alcance de no quedarse paralizada por el miedo. Intentó continuar pensando con claridad y averiguar si no tendría alguna manera de soltarse de las cuerdas y tirarse a la piscina. Pero no había tiempo. El hombre realizó un movimiento aterrador con los dedos. Iba a suceder, y aunque ella, en algún sitio de su mente, comprendía que tanto su padre como Micaela gritaban, lo que oía era otra cosa. Era la hipnótica voz de Morovia y sus palabras, pronunciadas despacio y con solemnidad, con un vibrato bajo y un ligero pitido en la respiración:

—Quiero, Hans, que la veas arder como yo vi a mi hijo Jan. Quiero que compartamos ese dolor.

Resultaba tan incomprensible que era como si el fuego ya hubiese prendido en ella. Julia se movió de nuevo con violencia. Pero estaba

atrapada, y entonces se fijó en algo extraño. Su padre se levantó y alzó el brazo, como si quisiera hacerle señas o despedirse. Luego retrocedió un poco mientras Morovia se ponía delante de él en posición de ataque. Pero eso no era lo único que ocurría. Por todas partes, como a cámara lenta y con una aterradora claridad, percibió movimientos, cambios, amenazas y esperanzas de salvación: Micaela salió de la piscina, en seguida un arma la apuntó, otra persona salió del agua. Eso presagió lo que iba a ocurrir y, aunque no quisiera asimilarlo, ya no cabía duda: la banda de Morovia jugaba con ventaja, eran tres contra dos, más las armas y el mechero.

Pero, de pronto, tanto su padre como Micaela se lanzaron rápidamente hacia ella. Un segundo después se escuchó un tiro. Se oyó un splash en el agua, y Julia no entendía del todo lo que sucedía, solo que su padre estaba peleando con Morovia y que Micaela se había precipitado hacia ella, y que se oyó algo inquietante, algo metálico que dio contra el suelo. ¿Era el mechero? ¿Ardería?

De lo único que estaba segura era que se dispararon más tiros, y alguien gritó:

—¡Para, joder! ¡Suéltala!

Y entonces se sobresaltó, convencida de que era la policía, que había llegado para rescatarlos, pero se equivocaba. No se trataba de la policía. Era Lucas, que había salido al jardín con una pistola en la mano y un brillo enajenado en la mirada.

Capítulo 51

Claire creyó divisar una cara familiar entre la muchedumbre, y eso la inquietó. Aun así, se lo quitó de la cabeza en seguida. Había otras cosas más urgentes de las que preocuparse. Estaba convencida de que Gabor iría a por ella. Tenía que buscar protección.

Había una comisaría de policía no muy lejos, en Rampa Santa Chiara. Lo había averiguado antes. Avisaría a Lars Hellner en Estocolmo. Él se encargaría de sacarlos de allí, pensó, y apretando el paso adelantó a un grupo de turistas japoneses que escuchaban a un guía. Un hombre de aspecto latino que estaba justo al lado del grupo le dedicó un silbido, y ella alzó orgullosa la cabeza, como para dejar clara su indiferencia ante cualquier tipo de galanteo. ¿Podía seguirla bien Jakob? Sería una pesadilla perderlo. Se dio la vuelta. Una paloma levantó el vuelo batiendo las alas y oyó el clic de una cámara. Suspiró aliviada. Jakob la seguía de cerca.

—¿Cómo estás, cariño?

—¿Por qué tenemos tanta prisa? —preguntó él.

—Es solo que me siento un poco estresada. Pero todo va bien ahora. Ven, corazón —dijo ella, y le tendió la mano.

No quiso cogerla. Eso era una novedad. Ya no quería ir de la mano de su madre. A Claire le pareció algo un poco conmovedor y ralentizó el paso. Le sonrió como si hubieran salido a una inocente aventura, nada más. Pero no conseguía calmarse y Jakob lo advirtió, por supuesto.

—¿Hicimos mal en ganarle? —quiso saber.

—Al contrario —contestó ella—. Alguien como él necesita perder alguna vez, y nos prometió...

—La libertad —completó Jakob.

—Sí —dijo ella, y de nuevo se preguntó lo que Gabor había querido decir en realidad, pero apartó ese pensamiento de su cabeza.

Tenía que darse prisa. Tenía que llegar a la comisaría, y echó una ojeada rápida a su alrededor. Delante de ella había uno de esos

hombres pintados de oro que fingían ser estatuas para ganarse unos euros. Qué trabajo, le dio tiempo a pensar, y en ese momento chocó con alguien. No creía que hubiera sido culpa suya. Pidió disculpas de todos modos, y justo entonces recibió un golpe por detrás y en diagonal, un golpe violento, desagradable, que le dolió en el costado. La rabia se apoderó de ella.

Pero, en lugar de discutir, se giró para mirar a Jakob. No lo vio, le entró el pánico y gritó a pleno pulmón. De repente, sintió algo mojado y pringoso bajo el vestido. Se tocó la cadera. Dios mío, estaba sangrando, ya se ocuparía luego. Primero tenía que encontrar a Jakob, pero al echar a correr se tambaleó y dos brazos lo condujeron con rapidez y determinación al interior de un portal justo a la izquierda. Acto seguido, se desplomó y la sacaron de allí en brazos mientras se le nublaba la vista y el mundo desaparecía.

Micaela estaba empapada y se lanzó al suelo, convencida de que se irían todos a la mierda. No tenían ninguna oportunidad, y ahora la apuntaban con un arma. Quizá iba a morir. Pero primero salvaría a Julia tirándola al agua. Eso, en realidad, era lo único que ocupaba sus pensamientos, y en ese mismo instante algo cayó al suelo con un ruido sordo. No entendía qué podría haber sido, todo se había convertido en un caos a su alrededor, pero luego lo vio. Era el mechero, que estaba encendido. El fuego prendió con un segundo de retardo, y entonces ella rodó tapándolo con su cuerpo, indiferente a la posibilidad de consumirse entre las llamas.

Se oyó un repiqueteo de disparos en el aire, y Micaela se estremeció creyendo que la habían alcanzado esta vez. Era un blanco fácil. Ahí tirada en el suelo estaba completamente indefensa. Pero a todas luces había conseguido ahogar el fuego, y sentía el mechero bajo el pecho. Al mismo tiempo se acercaron unos pasos. ¿La iban a ejecutar como a un perro, con un tiro en la nuca? Levantó la vista, y no entendió nada.

El hombre fornido de la cazadora verde que había manejado el mechero cayó de rodillas con las manos en el estómago, pero eso no era todo. El chico que habían visto en la cámara de vigilancia en Venecia, y que acababa de salir de la piscina, se tambaleó hacia atrás y volvió a caer al agua. Era un cambio de escenario total, y más allá,

junto a la entrada a la cocina, se encontraba su hermano con una pistola en la mano.

—Idiotas —murmuró Lucas, y apuntó a Morovia, quien trastabillaba hacia atrás después de encajar otro golpe de Rekke.

—Lucas —dijo Micaela.

—Hermana —respondió acercándose, y entonces ella sintió que todavía no estaba del todo claro lo que iba a pasar.

Lucas los había salvado y había matado a sus agresores, pero para él no resultaba igual de sencillo decidir quién era enemigo y quién amigo. No cabía duda de que Morovia lo había traicionado intentando hacer algo terrible que no formaba parte de su acuerdo, pero nadie lo había humillado tanto como Rekke. Era a Rekke a quien odiaba más que a nadie, y ella vio en los ojos de su hermano que se hallaba fuera de control y era capaz de hacer cualquier cosa.

Lucas dejó que el arma vagara de un lado a otro hasta que acabó apuntando a Rekke.

—Mátalo —gritó Morovia.

—No, no —dijo Rekke, y avanzó un paso—. Tú eres más inteligente que eso, Lucas.

Hinchó el pecho como si quisiera exponerse a un disparo. Micaela dudaba de que esa fuera la mejor estrategia e inspiró hondo. Lucas tenía el dedo sobre el gatillo.

—Tú empezaste todo esto —soltó Lucas furioso—. Tú jodiste a mi hermana con tu jerga psicológica de mierda.

Rekke avanzó otro paso más, al parecer completamente tranquilo, y a Micaela le aterró que eso provocara a Lucas.

—Puede ser —dijo Rekke—. Pero piensa con sensatez. Ahora mismo eres nuestro héroe. Eso hablará a tu favor. *Fortes fortuna adiuvat*. La suerte acompaña a los valientes. Si me matas, la cosa se complicará bastante.

—No diré nada malo sobre ti si dejas en paz a mi padre —gritó Julia.

—Prometo dejar de hurgar en tu mierda —soltó Micaela sintiendo que podía prometer lo que fuera, pero no parecía que sirviera de ayuda.

Lucas solo parecía enfurecerse todavía más ante el recuerdo de lo que ella había hecho. Aun así, murmuró:

—Lo tendrás que hacer, hermana.

—Lo prometo —dijo Micaela.

Lucas asintió con la cabeza, dando la impresión de recuperar el control sobre sí mismo, y apuntó su arma a Morovia, quien estaba inmóvil con una cara que irradiaba odio y orgullo. Acto seguido, Rekke se acercó la mano al oído y murmuró:

—Nino, nino, nino...

Sonaba como si imitara las sirenas policiales con un tono perfecto.

Se acercaban coches, y Rekke se lanzó a desatar las cuerdas que rodeaban las manos y los pies de Julia. Le quitó el albornoz empapado de gasolina mientras Micaela y Lucas —en una alianza tan repentina como inesperada— observaban a Morovia y seguían atentos sus movimientos.

Al cabo de un minuto, los compañeros de la policía de seguridad irrumpieron en la casa, y, detrás de ellos, Magnus Rekke, con el rostro encarnado, daba vueltas despistado y atolondrado y por todos los medios evitaba mirar a su hermano a los ojos. Hans, por otra parte, tampoco le prestó la menor atención a Magnus. Estaba plenamente concentrado en ocuparse de Julia, y en seguida, al llenarse la casa de más policías, todo se convirtió en un caos absoluto. De pronto, aquello era un hervidero de agentes y Micaela, Rekke y Julia se marcharon sin dedicarles una sola mirada a Morovia y sus soldados heridos.

Era el 6 de junio por la tarde, y Micaela vio que Samuel Lidman la había llamado seis veces.

Capítulo 52

Micaela salió de la iglesia católica de Folkungagatan ataviada con un vestido negro que le rozaba. Era 12 de julio, y la mayoría de las personas que conocía estaban de vacaciones, aunque ella misma ya se había incorporado al trabajo y, la verdad, no le faltaban cosas que hacer.

Había sido una ceremonia convencional, algo larga y tediosa. Aun así, se había emocionado, a pesar de que nunca había conocido a la mujer a la que enterraban. Pero quizá se debía sobre todo a que Samuel Lidman había estado en primera fila con un chaval de trece años al que acababa de conocer, pero que se arrimaba tanto a él que parecía que Samuel ya fuera el mundo entero para el chico.

Habían hallado los restos de Claire Lidman tres semanas antes en el lago de Garda, al oeste de Venecia, y los habían llevado a Estocolmo. Al principio, teniendo en cuenta los vaivenes de fe de Claire, no estaba del todo claro que se fuera a celebrar una ceremonia católica. Pero la hermana, Linda Wilson, había insistido, y al final había resultado bastante bonito a pesar de todo. El sacerdote no dijo excesivas tonterías y la música fue hermosa. Micaela se alegraba de haber asistido, y ahora miraba sobre la plaza de Medborgarplatsen. Se despidió de Rebecka Wahlin, que pasó a su lado luciendo algo ridículamente elegante que hizo que a Micaela el vestido le pareciera aún más incómodo y barato. Paseó la mirada a su alrededor un poco más.

Luego se acercó al chico, Jakob, que se había escondido detrás de la ancha espalda de Samuel, que llevaba un traje negro de lino y una rosa roja en la mano que se le había olvidado dejar sobre el féretro. Parecía anhelar estar lejos de allí.

—Hola, Jakob —dijo Micaela—. Lo siento mucho.

Sabía que no era fácil hacerle hablar y solo había pensado en darle el pésame para luego marcharse a casa. Pero el chico se empezó a rebullir.

—¿No ha venido el profesor? —preguntó.

—No, al final no ha podido —respondió, irritada con Rekke, que mientras iba de camino a la iglesia con ella de pronto había decidido volverse a casa.

Por culpa de algún lío con Magnus, creía Micaela.

—Quería preguntarle una cosa —continuó Jakob.

—¿El qué? —contestó ella.

—Samuel dijo que el profesor vio algo especial acerca de mí en esas imágenes de las cámaras de vigilancia en Venecia.

Ella sonrió.

—Se fijó en tus lóbulos, Jakob. No cuelgan; están pegados a la cara, igual que los de Samuel.

El chico reflexionó.

—Así que entendió eso para lo que Morovia necesitó un test de ADN.

Ella hizo un gesto con los brazos como diciendo: «Ya ves».

—No estaba seguro, se le ocurren todo tipo de cosas constantemente. Le falta poco para entrar en fase maníaca otra vez.

—¿Qué significa eso?

—Que no para de correr de un lado a otro sacando conclusiones sobre cualquier cosa. A veces no se le escapa nada. Otras veces parece que se ha vuelto completamente chiflado.

El chico reflexionó sobre eso también, y Micaela le puso una mano en el hombro. Luego le dio un abrazo a Samuel y vio cómo padre e hijo se marchaban juntos. Esos dos se necesitan, pensó ella, igual de incómodos y peculiares los dos con las miradas errantes en la esperanza de no tener que cruzarlas con las de nadie.

Echó un vistazo al reloj y constató que le daría tiempo a pasarse por Grevgatan antes de ir al trabajo. De modo que echó a andar con paso raudo hacia Slussen para coger el metro a casa. Mientras subía por Götgatan, sonó el teléfono. Su madre. Micaela contestó con desgana. Últimamente estaba muy pesada. No paraba de quejarse de que presionaban con demasiada dureza a Lucas en los interrogatorios «cuando él era el auténtico héroe». Micaela no tenía fuerzas para decirle que Lucas, dadas las circunstancias, había salido tan bien parado que resultaba ridículo. Era una maldita vergüenza, nada más.

—Sí, mamá —dijo ella—. ¿Qué pasa?

No habría sido necesario preguntar.

—No puedo entender que le aprieten tanto las tuercas a tu hermano cuando el verdadero criminal se libra.

—Morovia no se libra de nada —contestó Micaela—. Le va a caer una buena, ya verás.

—Pero abogados de postín tiene, ¿y no ha salido Berlusconi, entre todas las personas, a defenderlo?

—No lo sé.

—Pero así va el mundo. Los ricos se escapan, mientras que a la gente como nosotros no nos perdonan ni una.

—No simplifiques, mamá.

—Solo te digo cómo se vive desde fuera. Vanessa piensa como yo. Acabo de verla donde Dolores. No te imaginas lo guapa que está con su nuevo peinado, y no estaría de más que tú también...

—Voy a colgar.

—Perdona, hablo demasiado. Pero es que me pongo nerviosa cuando hablo contigo, ahora que te has convertido en alguien tan importante.

—Ya vale.

Micaela giró dirigiéndose a la boca del metro.

—Aunque sobre todo estoy orgullosa de ti, claro. Estoy increíblemente contenta de que estés otra vez con tu conde.

—Anda, ¿así que ahora se ha convertido en conde también?

—En todo caso, sigo esperando una invitación. No te puedes imaginar todas las cosas interesantes que podría decirle. Pero a lo que iba, cariño...

—¿Sí? —dijo Micaela irritada.

—A Lucas, debido a todo esto, apenas le da tiempo a pasar a verme, tampoco es que me haga mucha falta, en realidad. Acabo de terminar un cuadro fantástico que con toda seguridad voy a poder vender. Por cierto, ¿qué tal está esa chica joven? ¿Se encuentra mejor?

—¿Cuánto necesitas?

—No mucho, para nada. Como la última vez, más o menos, cuando andabas con esa prisa tan horrible.

—Paso a verte mañana después del trabajo —dijo, y, después de colgar, bajó al metro ignorando que su madre al menos llevaba razón en una cosa.

Llamaron a la puerta. Por fin, murmuró Rekke. Magnus llevaba dos horas de retraso y no había podido contactar con él ni por teléfono ni por correo electrónico, y eso le dio mala espina. Pero fue Julia la que llegó y entonces a Rekke se le iluminó la cara y la abrazó.

—Estás muy guapa —dijo, y era verdad en muchos sentidos.

Julia iba vestida de manera informal, con pantalones de algodón y una blusa azul marino, y ya no estaba tan delgada.

—Tú, en cambio, estás hecho una mierda —respondió ella.

—¿Qué? No. Solo preocupado por ti, como siempre. Pero venga, pasa para que pueda envolverte en mi nervioso amor. ¿Has comido?

—Esperabas a otra persona, ¿verdad?

Rekke le contó que su hermano venía de camino, pero que se había retrasado mucho.

—Entonces seguro que no trae buenas noticias —dijo ella.

Buenas para él quizá, pero no necesariamente para mí, pensó Rekke, y entró en la cocina.

Abrió el frigorífico para ver lo que podía ofrecerle.

—Deberías incriminarlo —continuó Julia, y se sentó a la mesa de la cocina.

Rekke mostró una mueca fugaz.

—Llamarán a Magnus como testigo en el juicio contra Morovia, y su reputación va a sufrir un daño considerable. Me contento con eso, de momento.

Y con la verdad, pensó. La mejor versión de la verdad.

—¿Aunque oculta algo?

—Correcto.

—Y se avergüenza.

—Eso debemos verlo como un avance —contestó Rekke mientras intentaba entender qué era ese plato que había descubierto en la nevera, algo que la señora Hansson había preparado, claro. ¿Era lasaña? ¿O moussaka?

—¿Qué te parece este plato delicioso y muy bajo en calorías? —dijo mostrándoselo.

—No tengo hambre —respondió Julia.

—¿Seguro?

Aguzó el oído.

—Está subiendo el ascensor —constató.

—¿Es Magnus?

Ella escuchó los pasos que salieron del ascensor.

—Es Micaela —anunció él—. En su compás de ocho por ocho con puntillo. Y... Magnus. Vienen juntos.

—Eso es raro —dijo Julia.

—¿Qué...? Sí...

Rekke perdió la concentración y sintió en el estómago que esos pasos traían malas noticias.

Capítulo 53

Magnus se mostró inusualmente frío cuando Micaela se topó con él delante del portal. Pero, claro, no resultaba tan raro teniendo en cuenta lo que ahora sabían de él. Aun así, Micaela pensó que el hombre debía esforzarse más, aunque fuese por instinto de supervivencia. No tenía mucho que ganar tratándola como una mierda.

—¿Y en qué andas tú? —dijo él.

Examinó su incómodo vestido negro, y ella decidió no morderse la lengua.

—He estado en el entierro de Claire Lidman. Y tú, ¿en qué andas? —replicó, y entonces él se sobresaltó, al parecer le desagradó el comentario. Algo es algo, pensó Micaela.

Además, miró nervioso hacia atrás, como si temiera que lo hubieran seguido, y cuando Micaela también echó un vistazo a su alrededor descubrió a una mujer recién entrada en la mediana edad que los miraba con fijeza. La mujer era guapa e iba vestida de forma espectacular con una americana verde de terciopelo y una falda negra con abertura y botones plateados, pero parecía nerviosa, y al cruzar su mirada con la de Micaela apartó los ojos en seguida.

—Bruja —murmuró Magnus marcando el código de la puerta, y entraron juntos en el portal.

Una vez ya en el ascensor se advirtió aún con mayor claridad el grado de incomodidad de Magnus. Jadeaba y murmuraba palabrotas para sus adentros, y ella se preguntó si debía decirle algo. A la mierda con decirle nada, pensó, y salió del ascensor unos pasos por delante de él. Rekke les abrió la puerta. Se había quitado la americana negra y sostenía un plato con algún tipo de gratinado. Se divisaba a Julia dentro de la casa.

—Me gustaría que me lo contaras todo del entierro, Micaela —dijo—. Pero primero tú tienes que desembuchar con pelos y señales todo lo que ha pasado, Magnus.

—Necesito una cerveza primero.

Rekke puso una cara como planteándose si Magnus de verdad se merecía una cerveza. Luego asintió con la cabeza, fue a la cocina, dejó el plato en la encimera y sacó dos Peroni de la nevera. Le dio las dos a Magnus y le invitó a sentarse.

—Bueno —dijo.

—No creo que sea buena idea que Julia se quede —continuó Magnus.

—Desde luego que voy a quedarme —replicó Julia.

—Entonces, creo que es mejor que yo vuelva en otro momento.

Rekke sacó un abrebotellas y un vaso, y le sirvió un poco de cerveza a Magnus.

—No, eso no va a ser mejor —dijo—. Tienes suerte de no estar en la cárcel. Últimamente hablo a diario con Herman Camphausen, y sé demasiado bien lo que has hecho. Pero primero vas a soltar tú lo que tengas que decir. Y Julia se queda donde está.

Magnus apuró de un trago el vaso de cerveza y se limpió los labios.

—Rusia ha querido que extraditemos a Morovia —empezó.

—Eso he oído.

—Sí, eso es, ha habido enormes presiones y, entre nosotros, algunas negociaciones sobre el gas ruso, yo no he participado de ninguna manera.

—Claro que no —dijo Rekke sarcástico—. Tú no eres más que un modesto secretario de Estado.

—Y, por supuesto, no lo aceptamos. Antes hay que investigar los crímenes cometidos en suelo sueco.

—¿Pero...?

Rekke tamborileaba con los dedos en la mesa.

—Pero accedimos a que unos investigadores rusos interrogaran a Morovia, así que lo trasladamos a un lugar más seguro, o al menos a un lugar que se consideraba más seguro, y en relación con eso...

Magnus se calló y se sirvió más cerveza en su vaso mientras parpadeaba nerviosamente.

—Suéltalo.

—Sí, sí..., a eso voy. Todavía no hemos aclarado lo sucedido y los medios de comunicación aún no saben nada. Pero sospecho que se trata de una combinación de chantaje y sobornos. Hemos detenido a

dos policías y un guardia de prisiones.

—¡Joder! ¿Se ha escapado?

Micaela casi gritó.

—Más bien ha comprado su huida —dijo Magnus evitando la mirada de Micaela—. Lo siento mucho. La Interpol ha emitido una orden de busca y captura, y naturalmente vamos a organizar algún tipo de vigilancia para vosotros, aunque dudo que Morovia se atreva a volver a pisar esta ciudad.

—Y una mierda —espetó Micaela—. Ahora va a tener aún más ganas de vengarse.

—Vamos a tomar medidas —murmuró Magnus.

Rekke permaneció en silencio. Todos se callaron. Era como si, de repente, les faltaran palabras, aunque en el aire se respiraba la sensación de calma antes de la tormenta. Pero cuando Rekke finalmente empezó a hablar no sonaba furioso, sino sereno. Dijo casi susurrando:

—Qué oportuno que no hayas tenido que testificar en el juicio.

—Habría testificado con mucho gusto... —replicó Magnus.

—No, no lo habrías hecho en absoluto —le interrumpió Rekke—. Pero venga, termínate la cerveza, y luego lárgate de aquí y angústiate. Nosotros tenemos que cuidar de Julia.

—No necesito que nadie cuide de mí.

—No, claro. Pero también tenemos...

—Una nueva visita —completó Julia.

Micaela los miró desconcertada.

—¿Tenemos otra visita? —dijo.

—Eso es —continuó Rekke—. Clic, clac. Una mujer, de unos cuarenta y pico años, con paso algo nervioso, pero de cuerpo ligero. Ya se ha dado la vuelta una vez, pero ahora está de regreso. Le preocupa algo.

—Creo que la vi en la calle —comentó Micaela.

Magnus se levantó y murmuró que debería irse y «ocuparse de todo este lío». Acto seguido, se despidió con un gesto de cabeza e hizo un intento de abrazar a Julia, quien se apartó de él. Luego esbozó una sonrisa incómoda y se dirigió hacia la puerta.

No era el mejor mutis de su vida. Pero, aunque su espalda proyectaba la imagen de alguien alicaído y humillado, en secreto iba perfilándose una sonrisa en sus labios. Había salido mejor parado de

lo que esperaba, pensó, y no se molestó en saludar a la señora que estaba delante de la puerta. Se limitó a entrar en el ascensor, contento de marcharse de allí, mientras su hermano se levantaba para recibir a la visita.

Era la una del mediodía y Micaela empezaba a tener prisa por volver al trabajo, pero decidió quedarse para ver lo que quería la mujer. Había algo raro en ella.

Tal como Rekke había adivinado, rondaba los cuarenta años, o un poco menos, y vestía, como Micaela había advertido antes, ropa exageradamente elegante, como si fuera de camino a una fiesta. Llevaba el pelo recogido y tirante sobre la coronilla, lo que resaltaba las facciones distinguidas de su rostro. Pero, aunque su cuerpo era esbelto, sus movimientos resultaban bruscos e indecisos. Parecía hallarse en proceso de desintegración, y clavó la mirada en Rekke al tiempo que le tendió una mano firme.

—Siento molestar. Llego en mal momento, ¿verdad? —dijo mirando a Julia y a Micaela.

Rekke sonrió con amabilidad y le pidió que se sentara.

—Al contrario —respondió Rekke—. Llegas en el momento más oportuno. Todos necesitamos otra cosa en la que pensar. ¿Te han interrumpido la comida?

La mujer miró perpleja a Rekke.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Te has vestido como si quisieras impresionar a alguien, y es la hora de comer. Pero sobre todo resulta evidente que acabas de oír algo perturbador. ¿Se trata de tu exmarido?

La mujer parecía atónita.

—Dios mío, ¿os ha llamado?

—En absoluto —dijo Rekke—. Veo en tu dedo que acabas de quitarte la alianza, y solo son conjeturas. Soy un poco maníaco, a decir verdad, y yo también estoy alterado, por otros motivos bien distintos. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—He oído hablar de ti, profesor Rekke —contestó la mujer—. Y también de ti, Micaela —añadió en seguida, un poco por cortesía—. Sois buenos resolviendo problemas, dicen, y yo estoy metida en una

historia de lo más extraña con, sí..., en efecto, con mi exmarido, y ahora mismo acabo de enterarme de una cosa completamente demencial. Bueno, tendréis que perdonarme. Va a sonar como una auténtica novela negra.

Rekke lanzó una mirada a Micaela y sonrió con amabilidad a la señora.

—Me parece que suena como un buen comienzo —dijo él, y la pierna izquierda empezó a moverse inquieta.

Agradecimientos del autor

Gracias a Jessica Bab, mi agente en lo bueno y en lo malo; a Eva Bergman, mi hábil editora de mesa; a Eva Gedin, mi perspicaz editora, y a mi amigo Johan Norberg; a la editora de mesa Åsa Sandzén, y a la médica forense Eva Rudd.

Y gracias a Anne y a los niños.

Notas

Capítulo 4

1. Adonde yo voy, la vida va. *(N. de los t.)*

Capítulo 10

1. En español en el original. *(N. de los t.)*
2. En español en el original. *(N. de los t.)*

Capítulo 12

1. En español en el original. *(N. de los t.)*
2. En español en el original. *(N. de los t.)*

Capítulo 30

1. Sí, sí, suena genial. *(N. de los t.)*

Capítulo 32

1. *Bär* significa «baya» en sueco. *(N. de los t.)*

Capítulo 35

1. Nos mantenemos unidos. *(N. de los t.)*
2. El tipo duro. *(N. de los t.)*

Capítulo 38

1. Derribe este muro. *(N. de los t.)*

Memoria
David Lagercrantz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Memoria*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Jonas Haage, nkel.se

Memoria © David Lagercrantz, publicado por Norstedts, Suecia, 2023
Publicado de acuerdo con Norstedts Agency and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción del sueco, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

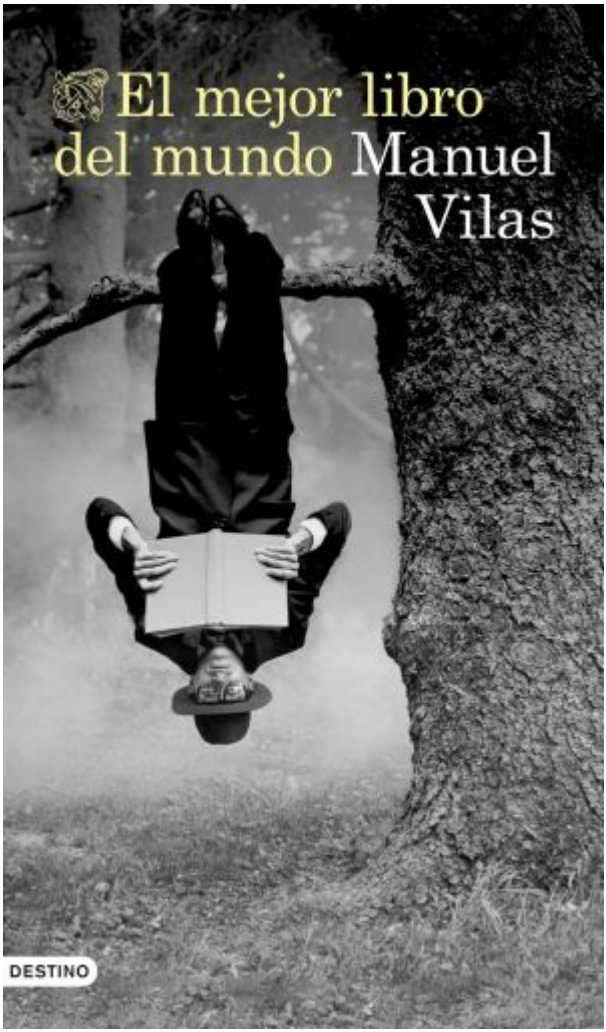
Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2024

ISBN: 978-84-233-6581-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


El mejor libro del mundo
Manuel Vilas
DESTINO

El mejor libro del mundo

Vilas, Manuel
9788423366002
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

TODO EL MUNDO QUIERE VIVIR EN UN LIBRO DE MANUEL VILAS Más de 250.000 lectores.

NADIE ANTES QUE MANUEL VILAS HA EXPLORADO LA VULNERABILIDAD DE UN ESCRITOR COMO LO HACE ÉL AQUÍ.

Su nueva novela, de clara inspiración autobiográfica, narra la historia vital de un escritor que se levanta todas las mañanas, desayuna y se va a trabajar a su oficina particular para crear el que espera que sea el mejor libro del mundo. En esta divertida, irreverente y locuaz historia, Vilas rompe el famoso techo de cristal para contar a todo el mundo quién y qué es un escritor desde un lugar distinto, en el que nunca ha sido expuesto, desde su fragilidad: el síndrome del impostor, la constante -y cómica- comparación con los demás, las decepciones, la incertidumbre, convivir con la alegría y el fracaso y así hasta sus últimos días.

Una mirada única, ocurrente y muy real sobre cómo un escritor lucha día tras día por ser apreciado, sentirse querido y pasar a la posteridad. Pero siempre desde la comedia.

Todo en literatura es pura ficción. Este libro cuenta la verdad que nadie dice.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El tiempo
de las fieras
Víctor
del Árbol
DESTINO

El tiempo de las fieras

Árbol, Víctor del
9788423366057
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El atropello de una joven será la punta de lanza de una trama colosal de crimen y poder en la que todas las piezas que la componen empezarán a tambalearse.

Un policía a las puertas de la jubilación es desterrado por los suyos hasta la tranquila Lanzarote, donde deberá pasar los últimos años de su carrera. Lo que no puede imaginar, ni él ni nadie, es que la investigación del caso del atropello de una joven de diecinueve años originaria de Europa del Este va a desenmascarar una trama de crimen y poder en varias ciudades europeas.

En una espiral de intriga que no da tregua al lector, conoceremos desde las razones íntimas de unos personajes inolvidables hasta los altos intereses económicos que mueven las insospechadas piezas del juego. **Una novela magistral que nos acerca al corazón de la gente corriente y nos muestra cómo el ansia de poder puede transformar a las personas en esta era que vivimos: el tiempo de las fieras.**

Un *thriller* épico y voraz.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

María
Oruña
Los inocentes
DESTINO
Los libros del Puerto Escondido

Los inocentes

Oruña, María
9788423364077
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL NUEVO CASO DE «LOS LIBROS DEL PUERTO ESCONDIDO». MÁS DE 1.000.000 DE LECTORES

2.ª edición

Faltan dos semanas para la boda de la teniente Valentina Redondo y Oliver Gordon. En plenos preparativos, los sorprende la noticia de un atentado masivo en el Templo del Agua del famoso balneario cántabro de Puente Viesgo.

Las instalaciones del idílico paraíso de agua estaban ocupadas por un grupo de empresarios, y todo apunta a que la masacre ha sido perpetrada con una peligrosísima arma química. Valentina tendrá que cooperar con el ejército y con un equipo de la UCO para resolver el crimen.

Pronto descubrirán que un cerebro hábil y cruel ha puesto en marcha una maquinaria infalible, ejecutando cada uno de sus movimientos con extraordinaria frialdad, en un claro desafío a la inteligencia y a las habilidades deductivas de Valentina y del propio lector. La teniente Redondo llegará a dudar de los pasos que debe seguir, porque las sospechas no tardarán en recaer sobre alguien que jamás ha visto pero que, en el fondo, siente que conoce. El peligro es un latido que no se extingue nunca.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todos aquellos mares
Laia Aguilar
DESTINO

Todos aquellos mares

Aguilar, Laia
9788423365999
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres generaciones de mujeres marcadas por un pasado común en la isla de Formentera.

Una tarde de verano, Julieta, una niña de siete años, desaparece en una playa entre rocas de la isla de Formentera sin que su hermana Greta, de once, pueda hacer nada. Veinte años más tarde, una Greta ya adulta que vive en Londres vuelve a la isla por primera vez después de la tragedia para cuidar a su abuela, que está enferma. Allí también se reencontrará con su madre, a la que no ve desde que era pequeña, y coincidirá con Max, un amigo al que le une la fuerza de la infancia compartida. Inducida por las leyendas formenteranas que le cuenta su abuela, Greta viajará hacia su pasado para buscar un nuevo significado a lo que sucedió tiempo atrás.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las garras del águila
Karin Smirnoff
Una novela de Lisbeth Salander
DESTINO

Las garras del águila: una novela de Lisbeth Salander (Serie Millennium)

Smirnoff, Karin
9788423364046
592 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mientras existan hombres que no amen a las mujeres… Lisbeth Salander volverá. La nueva novela de la Serie Millennium, el fenómeno literario que ha atrapado a más de 105 millones de lectores, de la mano de Karin Smirnoff, autora revelación de la narrativa sueca. «Ningún escritor, salvo el mismísimo Stieg Larsson, podría haber escrito una novela así.» Uppsala Nya Tidnig

Múltiples intereses están en juego en el Norte de Suecia: tierras apenas habitadas y ricas en recursos naturales son codiciadas por las multinacionales más poderosas bajo la excusa del ecologismo. La corrupción y el dinero fácil pronto atraen a los grupos criminales más peligrosos. Hacia allí se dirigen Lisbeth Salander y Mikael Blomkvist por diferentes motivos: los servicios sociales han informado a Salander de que su sobrina adolescente, Svala, necesita un tutor legal tras la desaparición de su madre, y Mikael acude a la boda de su hija con uno de los políticos más influyentes de la región.

El frío norte se convertirá en el escenario en el que Lisbeth Salander, Mikael Blomkvist y la indomable Svala se enfrentarán a una red de corrupción amparada en la explotación de energías renovables y combatirán la violencia contra las mujeres, en medio del ambiente político en el que asciende imparable la ultraderecha.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)